

# UN CAPITAN

DE QUINCE AÑOS

SEGUNDA PARTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

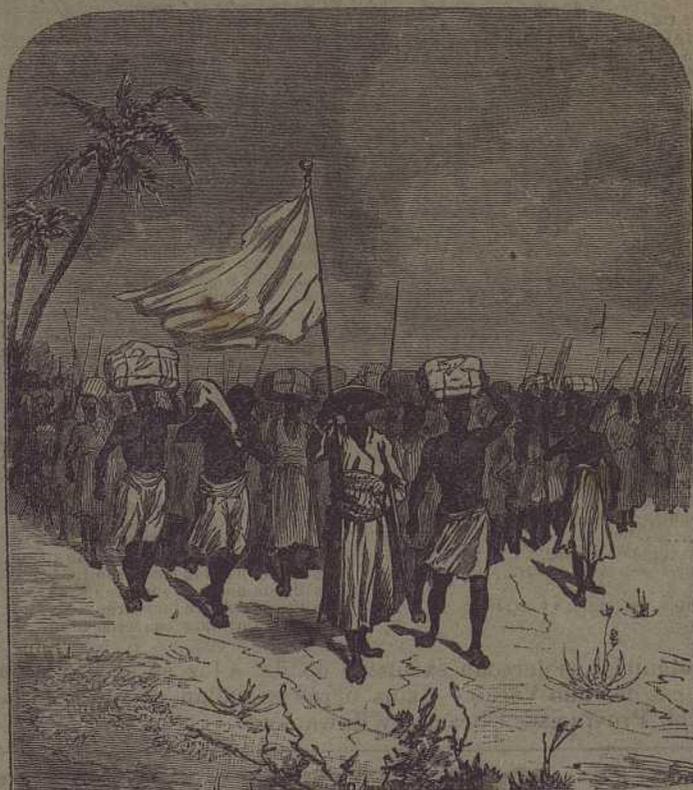
POR

**JULIO VERNE.**

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA

*Segunda edicion ilustrada con grabados.*



AGUSTIN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS

10, CALLE DE CAMPOMANES 10

MADRID.—1887

# OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS

VAN PUBLICADAS

	Ptas. Cts.		Ptas. Cts.
Los Ingleses en el Polo Norte.....	75	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (3.ª parte.).....	1 25
El Desierto de Hielo.....	1	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (4.ª parte.).....	1 25
Cinco Semanas en Globo. (1.ª parte.).....	1	La Casa de Vapor. (1.ª parte.).....	1
Cinco Semanas en Globo. (2.ª parte.).....	1	La Casa de Vapor. (2.ª parte.).....	1
Viaje al Centro de la Tierra.....	1	La Casa de Vapor. (3.ª parte.).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur.....	75	La Casa de Vapor. (4.ª parte.).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia.....	1	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (1.ª parte.).....	1
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico.....	1	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (2.ª parte.).....	1
De la Tierra á la Luna.....	75	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (3.ª parte.).....	1
Alrededor de la Luna. (2.ª parte De la Tierra á la Luna).....	1 25	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (4.ª parte.).....	1
Un Descubrimiento Prodigioso.....	50	La Jangada (1.ª parte.).....	1
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (1.ª parte: Del Atlántico al Pacífico.).....	1	La Jangada. (2.ª parte.).....	1
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (2.ª parte: Del Pacífico al Atlántico.).....	1 25	La Jangada. (3.ª parte.).....	1
Una Ciudad Flotante.....	75	La Jangada. (4.ª parte.).....	75
De Glasgow á Charleston.....	50	Diez Horas de Caza.....	75
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el África Austral.....	1	El Rayo Verde. (1.ª parte.).....	1
Un capricho del Doctor Ox.....	75	El Rayo Verde. (2.ª parte.).....	1
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (1.ª parte.).....	1	Escuela de los Robinsones. (1.ª parte.).....	1
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (2.ª parte.).....	1	Escuela de los Robinsones. (2.ª parte.).....	1
Una Invernada entre los Hielos. (El Capitán Corabutte.).....	50	Kerabán el Testarudo (1.ª parte.).....	1
Maese Zacarias.—Un Drama en los Aires.—Estas dos novelitas encuadradas bajo una cubierta.....	50	Kerabán el Testarudo. (2.ª parte.).....	1
La Isla Misteriosa. (1.ª parte: Los Naufragos del Aire.).....	1 25	Kerabán el Testarudo. (3.ª parte.).....	1
La Isla Misteriosa. (2.ª parte: El Abandonado.).....	1 25	Kerabán el Testarudo. (4.ª parte.).....	1
La Isla Misteriosa. (3.ª parte: El Secreto de la Isla.).....	1 25	El Archipiélago de Fuego. (1.ª parte.).....	1
El Chacocellor.....	1	El Archipiélago de Fuego. (2.ª parte.).....	1
Martin Paz.....	50	La Estrella del Sur. (1.ª parte.).....	1
El País de las Pielas. (1.ª parte.).....	1 25	La Estrella del Sur. (2.ª parte.).....	1
El País de las Pielas. (2.ª parte.).....	1 25	Matias Sandorf. (1.ª parte.).....	1
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros.....	1	Matias Sandorf. (2.ª parte.).....	1
Miguel Strogoff. (1.ª parte.).....	1 25	Matias Sandorf. (3.ª parte.).....	1
Miguel Strogoff. (2.ª parte.).....	1 25	Matias Sandorf. (4.ª parte.).....	1
Las Indias Negras.....	1 25	Matias Sandorf. (5.ª parte.).....	1
Héctor Servadac. (1.ª parte.).....	1 25	Robur el Conquistador. (1.ª parte.).....	1
Héctor Servadac. (2.ª parte.).....	1 25	Robur el Conquistador. (2.ª parte.).....	1
Un Capitán de Quince Años. (1.ª parte.).....	1 25	Un Billeto de Lotería. (1.ª parte.).....	1
Un Capitán de Quince Años. (2.ª parte.).....	1 25	Un Billeto de Lotería. (2.ª parte.).....	1
Los Descubrimientos del Globo. (1.ª parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 1.º).....	1
Los Descubrimientos del Globo. (2.ª parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 2.º).....	1
Los Descubrimientos del Globo. (3.ª parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 3.º).....	1
Los Descubrimientos del Globo. (4.ª parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 4.º).....	1
Los Quinientos Millones de la Princesa.....	1 25	El Naufrago del Cynthia (cuaderno 1.º).....	1
Los Amotinados de la Bounty.—Un Drama en Méjico.—Estas dos novelitas, encuadradas bajo cubierta.....	50	El Naufrago del Cynthia (cuaderno 2.º).....	1
Las Tribulaciones de un chino en China.....	1 25	El camino de Francia (cuaderno 1.º).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVII. (1.ª parte.).....	1 25	El camino de Francia (cuaderno 2.º).....	1
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (2.ª parte.).....	1 25	Dos años de vacaciones (cuaderno 1.º).....	1
		Dos años de vacaciones (cuaderno 2.º).....	1
		Dos años de vacaciones (cuaderno 3.º).....	1
		Dos años de vacaciones (cuaderno 4.º).....	1
		Familia sin nombre (cuaderno 1.º).....	1
		Familia sin nombre (cuaderno 2.º).....	1
		Familia sin nombre (cuaderno 3.º).....	1
		Familia sin nombre (cuaderno 4.º).....	1

El Editor ha adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.—Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

## OBRAS DE ESPRONCEDA

Ilustradas con grabados.

50 CÉNTIMOS CADA CUADERNO

- El Diablo Mundo.—Un cuaderno.
- El Estudiante de Salamanca.—Un cuaderno.
- Poesías varias.—Un cuaderno.

C-2763

LIBRERIA  
DE OLIVOS

JULIO VERNE



UN CAPITAN DE QUINCE AÑOS



# UN CAPITAN

DE QUINCE AÑOS

SEGUNDA PARTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

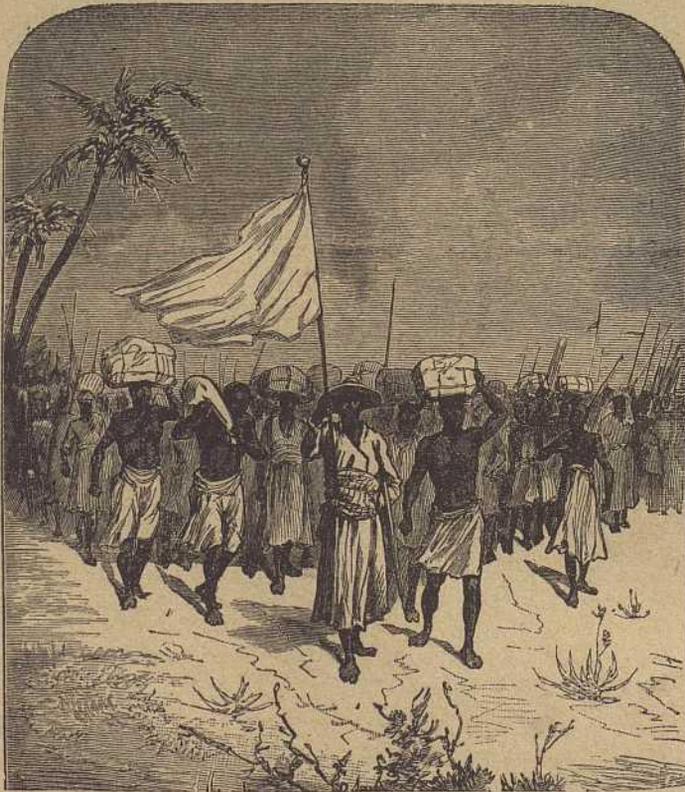
POR

**JULIO VERNE**

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA

*Segunda edicion ilustrada con grabados.*



MADRID

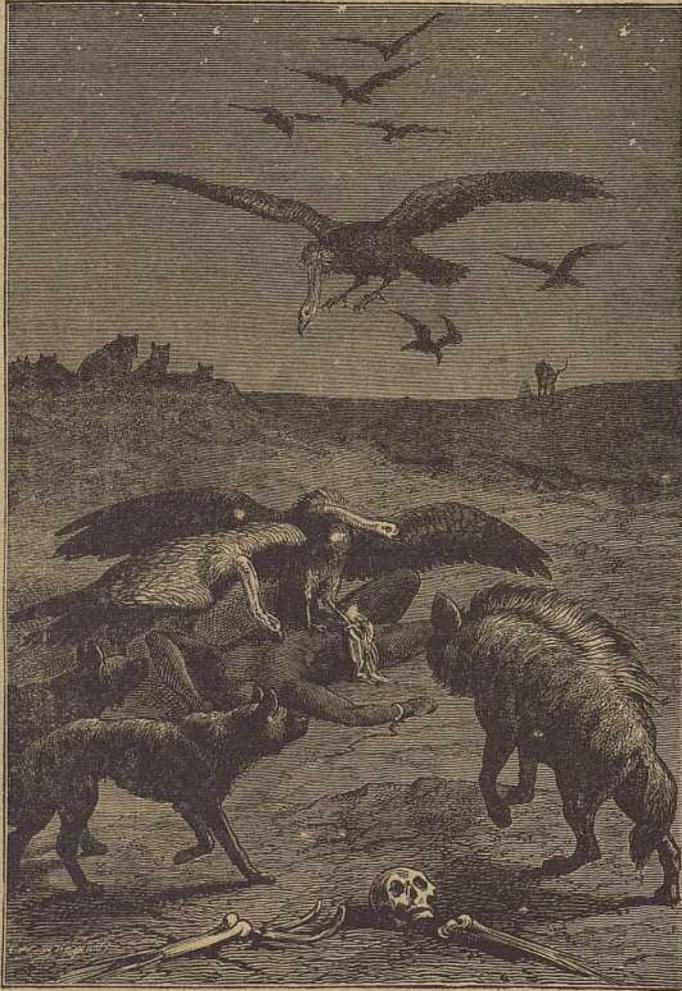
AGUSTÍN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS

10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

1887

*Es propiedad del Editor.*



# UN CAPITAN

## DE QUINCE AÑOS.

### CAPITULO PRIMERO.

#### LA TRATA.

¡La trata! Nadie ignora la significacion de esta palabra que jamás habria debido tener entrada en ninguna lengua humana. Ese tráfico abominable, por largo tiempo practicado en provecho de las naciones europeas que poseian colonias de ultramar, ha sido prohibido desde hace bastantes años. Sin embargo, todavia se verifica en vasta escala y principalmente en el Africa central. En pleno siglo XIX la firma de algunos Estados que se dicen cristianos, falta todavia al acta de abolicion de la esclavitud.

Podria creerse que la trata no se hace ya y que esa

compra y esa venta de criaturas humanas han cesado; pero no sucede así, y es preciso que el lector lo sepa si quiere interesarse más íntimamente en la segunda parte de esta historia. Es preciso que sepa lo que son actualmente todavia esas cacerías de hombres que amenazan despoblar todo un continente para el sosten de algunas colonias esclavistas; es preciso que sepa dónde y cómo se ejecutan esas razzias bárbaras, lo que cuesta de sangre, lo que provocan de incendios y de robos, y en fin, en provecho de quién se hace.

En el siglo XV es donde por primera vez se vé ejercer el tráfico de negros, y véase en qué circunstancias fué establecido.

Los musulmanes despues de haber sido espulsados

de España, se habían refugiado mas allá del estrecho en la costa de Africa. Los portugueses que ocupaban entonces esta parte del litoral les persiguieron con encarnizamiento. Cierta número de estos fugitivos fueron hechos prisioneros y llevados á Portugal. Reducidos á la esclavitud, constituyeron el primer núcleo de esclavos africanos que se ha formado en la Europa occidental despues de la era cristiana.

Pero aquellos musulmanes pertenecian en su mayor parte á ricas familias que quisieron rescatarles á precio de oro. Los portugueses se negaron á aceptar el rescate por importante que fuese. No necesitaban el oro extranjero, y lo que querian eran brazos indispensables para el trabajo de las colonias naciales, es decir, los brazos del esclavo.

Las familias musulmanas, no pudiendo rescatar á sus parientes cautivos, ofrecieron entonces cambiaries por mayor número de negros africanos, de los cuales era facilísimo apoderarse. La oferta fue aceptada por los portugueses, que ganaban en el cambio, y así se fundó la trata en Europa. (1) A fines del siglo XVI este odioso tráfico estaba generalmente admitido y no repugnaba á las costumbres, todavia bárbaras, de la época. Todos los Estados le protegian á fin de llegar mas rápida y seguramente á colonizar las islas del nuevo mundo. En efecto, los esclavos de origen negro podian resistir la fatiga allí donde los blancos, mal aclimatados, é impropios para sufrir el calor de los climas intertropicales hubieran perecido por millares. El transporte de los negros á las colonias de América se hizo pues, regularmente por medio de buques especiales, y este ramo de comercio trasatlántico produjo la creacion de factorias importantes en diversos puntos del litoral africano. Allí la *mercancia* costaba poco al pais de produccion y los beneficios eran considerables. Pero por necesaria que fuese bajo todos los puntos de vista la fundacion de colonias en Ultramar no podia justificar esos mercados de carne humana. Levantarónse pronto voces generosas que protestaron contra la trata de negros y pidieron á los gobiernos europeos que decretaran su abolicion á nombre de los principios de humanidad.

En 1751 los quakeros se pusieron á la cabeza del movimiento abolicionista en el seno mismo de la América del Norte, donde cien años despues, debia estallar la guerra de separacion á la cual no fué extraña esta cuestion de esclavitud. Diversos Estados del Norte, la Virginia, el Connecticut, el Massachusetts, la Pensylvania, decretaron la abolicion de la trata y la emancipacion de los esclavos llevados á fuerza de gastos á su territorio.

(1) No hemos visto en ninguna parte dado semejante origen al tráfico de negros. Desde tiempo inmemorial ha habido esclavos negros en Africa y en Asia sin necesidad de que los portugueses vinieran á hacer la negociacion de que habla el autor. La trata en las colonias españolas, que despues se estendió á las demás, comenzó con el objeto de conservar la poblacion indigena, sustituyendo al trabajo de los indios americanos el de los negros; pero ya la esclavitud hacia sus estragos en lo interior del Africa y en el Asia. Los reyezuelos del pais estaban constantemente en guerra entre sí, y los prisioneros eran ó degollados ó mantenidos en servidumbre y vendidos á los musulmanes ó conservados para los trabajos agrícolas ó domésticos del pais. La importacion de negros en las colonias no hizo sino abrir un mercado más á esta horrible mercancia; mercados que abastecieron despues considerablemente los ingleses que hicieron á principios del pasado siglo un tratado con Felipe V, obteniendo de él el privilegio esclusivo de proveer de negros á las colonias españolas. Justo es decir, sin embargo, que un siglo despues emanciparon los suyos y fueron los primeros de Europa en dar esta satisfaccion á la humanidad. A estos siguieron los franceses, que á pesar de lo que dice el autor, no abolieron definitivamente la esclavitud hasta 1848; luego los anglo-americanos, que la abolieron en 1839 á consecuencia de la guerra separatista, y por último la España, que hizo en 1869 dos leyes, una para la emancipacion inmediata de los esclavos de Puerto Rico, y otra para la emancipacion gradual de los de Cuba. No hay, pues, importacion de negros en las provincias españolas de América desde un tiempo anterior á los sucesos que el autor describe.

(N. del T.)

La campaña comenzada por los quakeros no se limitó á las provincias septentrionales del nuevo mundo. Los esclavistas fueron vivamente atacados al otro lado del Atlántico. La Francia y la Inglaterra mas particularmente, reclutaron partidarios para esta justa causa. «Perezcan las colonias y sálvense los principios;» fué el grito generoso que resonó en todo el antiguo mundo, grito que apesar de los grandes intereses políticos y comerciales empeñados en la cuestion se trasmitió eficazmente á toda la Europa.

Dado el impulso, en 1807 la Inglaterra abolió el tráfico de negros en sus colonias, y la Francia siguió su ejemplo en 1814 haciéndose un tratado entre las dos naciones con este motivo, tratado que confirmó Napoleon durante los cien dias.

Esto, sin embargo, no era mas que una declaracion puramente teórica: los negreros no cesaron de correr los mares y depositar en los puertos coloniales su *cargamento de ibano*.

Para poner fin á este comercio tuvieron que adoptarse medidas mas prácticas. Los Estados-Unidos en 1820, y la Inglaterra en 1824, declararon la trata acto de pirateria y piratas, á los que en ella se ocupaban, debiendo por consiguiente estar sujetos á la pena de muerte y ser perseguidos á todo trance. La Francia se adhirió á este nuevo convenio; pero los Estados del Sur de la América, las colonias españolas y los portugueses no intervinieron en este acto de abolicion, y la esportacion de negros continuó en provecho suyo apesar del derecho de visita generalmente reconocido que se limitaba á averiguar el pabellon de los buques sospechosos. (1)

Sin embargo, la nueva ley de abolicion no habia tenido efecto retroactivo. No se hacian nuevos esclavos; pero los antiguos no habian recobrado todavia su libertad.

En estas circunstancias la Inglaterra dió el ejemplo. El 14 de mayo de 1833 se emanciparon todos los negros de las colonias de la Gran Bretaña por medio de una declaracion general, y en agosto de 1838, seiscientos setenta mil esclavos fueron declarados libres.

Diez años despues, en 1848, la república francesa emancipaba los esclavos de sus colonias, ó sean doscientos sesenta mil negros.

En 1859 la lucha que estalló entre los federales y confederados de los Estados-Unidos, acabando la obra de la emancipacion, la estendió á toda la América del Norte.

Las tres grandes potencias habian cumplido por consiguiente esta obra de humanidad. Hoy la trata no se ejerce sino en provecho de las colonias españolas ó portuguesas, (2) y para satisfacer las necesidades de las poblaciones de Oriente, Turcas ó Arabes. El Brasil si todavia no ha devuelto la libertad á sus antiguos esclavos, por lo menos no recibe esclavos nuevos y los hijos de los negros nacen libres.

En el interior del Africa á consecuencia de esas guerras sangrientas que los jefes africanos se hacen; en estas cacerias humanas se reducen á la esclavitud tribus enteras. Las caravanas de esclavos toman dos direcciones opuestas: las unas al Oeste hacia la colonia portuguesa de Angola, y las otras al Este sobre Mozambique. De estos desgraciados, de los cuales solo una pequeña parte llegan á su destino, los unos son enviados á Cuba ó á Madagascar, los otros á las provincias Arabes ó Turcas del Asia á la Meca ó Mascate. Los cruceros ingleses y franceses no pueden impedir este tráfico sino en una pequeña parte

(1) Véanse las notas anteriores.

(2) El derecho de visita no se limitaba á esto; al contrario, dió lugar á muchos abusos contra el comercio legítimo de las demás naciones, queriendo Inglaterra monopolizar el de Africa; y en el mismo Parlamento francés se suscitaron grandísimas reclamaciones contra semejantes abusos.

(N. del T.)

por ser muy difícil ejercer una vigilancia eficaz en costas tan estensas.

¿Pero es todavía considerable la cifra de esa exportación?

Sí. No se calcula en menos de ochenta mil el número de esclavos que llegan al litoral, y este número no representa sino la décima parte de los indígenas esterminados. Despues de esa carnicería espantosa, los campos devastados quedan desiertos, los pueblos incendiados quedan sin habitantes; los rios arrastran los cadáveres; las fieras ocupan el país. Livingstone, al día siguiente de una de esas cacerías humanas, no conocia ya las provincias que habia visitado pocos meses antes. Los demás viajeros, Grant, Speke, Burton, Cameron, Stanley, no hablan en otros términos de esas llanuras cubiertas de árboles del Africa central, principal teatro de las guerras entre los jefes de tribus. En la region de los grandes lagos, en toda esa vasta comarca que alimenta el mercado de Zanzibar, en el Bornu y el Fezan, mas al Sur, en las orillas del Nianza y del Zambesi, mas al Oeste en los distritos del alto Zaira que acaba de atravesar el audaz Stanley, se observa el mismo espectáculo de ruinas, muertes y despoblación. ¿Será que la esclavitud no puede concluir en Africa sino con la destruccion de la raza negra, y sucederá con esta raza lo que sucede con la australiana en la Nueva Holanda?

Pero el mercado de las colonias españolas y portuguesas se cerrará un día; faltará este mercado porque pueblos civilizados no pueden por largo tiempo tolerar la trata.

Sí, sin duda, y este año de 1878 debe ver la emancipación de todos los esclavos aun poseidos por los Estados cristianos. Sin embargo, durante largos años todavía las naciones musulmanas mantendrán ese tráfico que despuebla el continente africano. En efecto, hacia ella se dirige la mas importante emigración de negros, pues que la cifra de los indígenas arrancados á sus provincias y dirigidos hacia la costa oriental, pasa anualmente de cuarenta mil. Mucho antes de la expedición francesa á Egipto, los negros del Senaar eran vendidos por millares á los negros del Darfur y recíprocamente, y aun el general Bonaparte pudo comprar un gran número de ellos para convertirlos en soldados y organizarlos á la manera de los mamelucos. Desde entonces, durante este siglo, cuyas cuatro quintas partes han trascurrido ya, el comercio de esclavos no ha disminuido en Africa, al contrario, ha aumentado.

El islamismo, en efecto, es favorable á la trata y ha sido necesario que el esclavo negro venga á reemplazar en las provincias musulmanas al esclavo blanco de otro tiempo. Así es que este execrable tráfico se ejecuta en grande escala por tratantes de todo origen, y lleva un suplemento de población á esas razas que se extinguen y que desaparecerán un día, pues que no se regeneran por medio del trabajo. Estos esclavos, como en los tiempos de Bonaparte, se convierten con frecuencia en soldados, y en ciertos pueblos del alto Níger componen la mitad de los ejércitos de los jefes africanos, y en esta condicion su suerte no es sensiblemente inferior á la de los hombres libres. Por lo demás, cuando el esclavo no es un soldado, es una moneda que tiene curso, es un objeto; y en el Bornu los oficiales y los empleados son pagados en esta moneda. El viajero Guillermo Lejean lo ha visto y lo ha dicho. (1)

Tal es el estado actual de la trata.

Sensible es tener que añadir que muchos agentes de las grandes potencias europeas no se avergüenzan de mostrar una indulgencia deplorable respecto

(1) No sabemos cómo se mantendrá aquel oficial inferior á quien le paguen todos los meses con un esclavo.

(N. del T.)

de este comercio; y mientras los cruceros vigilan las costas del Atlántico y del Océano indio, el tráfico se verifica regularmente en el interior, las caravanas caminan á la vista de ciertos funcionarios; y las manzanas en que diez negros perecen para sacar un esclavo, se ejecutan en épocas determinadas.

Ahora se comprenderá lo que tenian de sensibles las palabras que Lick Sand acababa de pronunciar.

—¡El Africa! ¡el Africa ecuatorial! ¡El Africa de los tratantes y de los esclavos!

Y no se engañaba, era el Africa con todos sus peligros para sus compañeros y para él.

¿Pero á qué parte del continente Africano les habia conducido una inexplicable fatalidad? Sin duda ninguna á la costa occidental, y, circunstancia agravante, el jóven aprendiz debia pensar que el *Pilgrim* habia encallado en el litoral de Angola, precisamente á donde llegan las caravanas que toman su mercancía en toda aquella parte del Africa.

Así era en efecto. Estaban en el país que Cameron al Sur y Stanley al Norte, debian atravesar pocos años despues á costa de esfuerzos inauditos. De aquel vasto territorio que se compone de tres provincias, Benguela, el Congo y Angola, no se conocia entonces mas que el litoral que se estiende desde el Nurse al Sur hasta el Zaira, al Norte, donde dos ciudades principales forman cada una puerto, que son Benguela y San Pablo de Loanda, capital de la colonia portuguesa.

En el interior, este país era casi desconocido. Pocos viajeros se habian aventurado á penetrar en él. Un clima pernicioso; terrenos cálidos y húmedos que engendran las fiebres; indígenas bárbaros, de los cuales algunos son todavía canivales; la guerra en estado permanente de tribu á tribu; la desconfianza de los tratantes de esclavos contra todo extranjero que trata de penetrar los secretos de su infame comercio, con las dificultades que hay que superar y los peligros que hay que vencer en esa provincia de Angola, una de las mas peligrosas del Africa ecuatorial.

Tuckey en 1816 habia subido por el rio Congo hasta mas allá de las cataratas de Yellala; pero sin recorrer mas que doscientas millas, y esta sola etapa no podia dar un conocimiento acabado del país; sin embargo de lo cual causó la muerte de la mayor parte de los doctos y de los oficiales que componian la expedición.

Treinta y siete años despues, el doctor Livingstone penetró desde el cabo de Buena-Esperanza, hasta el alto Zambesi (1). Desde allí en el mes de noviembre de 1853, con una audacia nunca sobrepujada, atravesó el Africa de Sur al Noroeste pasando el Coango, uno de los afluentes del Congo, y llegando el 31 de mayo de 1854 á San Pablo de Loanda. Era la primera vez que un extranjero habia penetrado en los países desconocidos de la gran colonia portuguesa.

Diez y ocho años despues, dos audaces descubridores iban á atravesar el Africa de Este á Oeste, saliendo el uno por el Sur y el otro por el Norte de Angola á costa de dificultades inauditas.

El primero, en el órden de fechas, fue el teniente de la marina inglesa Verney-Howet Cameron. En 1872 creyóse que la expedición del norte-americano Stanley, enviada en busca de Livingstone á la region de los grandes lagos, se hallaba muy compro-

(1) Ponemos los nombres de los descubrimientos del Africa interior tal como deben pronunciarse y por consiguiente escribirse en Español con arreglo á la pronuciación que les dan los naturales del país y segun los datos publicados por el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*.

Por lo demás el primero é interesante viaje del doctor Livingstone, fué publicado por los editores Gaspar y Roig en su obra *El Nuevo Viajero Universal*, coleccionada por el traductor de la presente.

(N. del T.)

metida. El teniente Cameron se ofreció para ir á buscarla, y aceptada la oferta, partió de Zanzibar acompañado del doctor Dillon, del teniente Cecilio Murphi y de Roberto Moffat, sobrino de Livingstone. Despues de haber atravesado el Ugogo encontró el cadáver de Livingstone que sus fieles servidores llevaban á la costa oriental. Continuando despues su camino al Oeste con el decidido propósito de pasar de un litoral al otro, atravesando el Uñañembe, el Ugunda, el Kahuele, donde recogió los papeles del gran viajero, pasando el Tanganika, las montañas del Bambarre, el Lualaba, cuyo curso no pudo bajar, visitó todas estas provincias, devastadas por la guerra, despobladas por la trata, el Kilemba, el Urua, las fuentes del Lomane, el Uluda, el Lovale, atravesó el Coanza y sus inmensos bosques, en los cuales Harris acababa de perder á Dick Sand y sus compañeros, y llegó por último á San Felipe de Benguela en las costas del Oceano Atlántico. Este viaje de tres años y cuatro meses, costó la vida á dos de sus compañeros el doctor Dillon y Roberto Moffat.

Al inglés Cameron sucedió casi inmediatamente, en la vía de los descubrimientos, el americano Enrique Moreland Stanley. Sabido es que este intrépido corresponsal del *Herald* de Nueva-Yorck, enviado en busca de Livingstone, le habia encontrado el 30 de octubre de 1871 en Uiyi, á orillas del lago Tanganika; pero lo que acababa de hacer tan afortunadamente bajo el punto de vista de la humanidad, quiso volverlo á hacer en interés de la ciencia geográfica. Su objetivo fue entonces el completo reconocimiento del Lualaba, que no habia hecho mas que entrever. Cameron estaba todavía perdido en las provincias del Africa central, cuando Stanley, en noviembre de 1874, salía de Bagamoyo en la costa oriental, abandonaba veintinueve meses despues el Uiyi, diezmado por una epidemia de viruelas, y efectuaba en setenta y cuatro dias el trayecto del lago á Nangüe, gran mercado de esclavos ya visitado de Livingstone y Cameron, y asistía á las mas horribles escenas de las razias, ejecutadas en el país de los marungües y de los mañuemas, por los oficiales del sultan de Zanzibar.

Stanley se dispuso entonces á reconocer el curso del Lualaba, bajándole hasta su embocadura. Ciento cuarenta portadores alquilados en Nangüe y diez y nueve barcos formaban el material y el personal de su expedición, en la cual tuvo que combatir desde el principio á los antropófagos del Ugusú y emplearse tambien en el transporte de las embarcaciones á fin de evitar las intransitables cataratas. Bajo el ecuador, en el punto en que el Lualaba tuerce al Noroeste, cincuenta y cuatro barcos, tripulados por muchos centenares de indígenas, atacaron á la escuadrilla de Stanley que logró ponerlas en fuga. Despues el valeroso americano, subiendo hasta el segundo grado de latitud Norte, averiguaba que el Lualaba no es mas que el alto Zaira ó Congo, y que siguiendo su curso llegaria directamente al mar. Esto es lo que hizo peleando casi diariamente contra las tribus ribereñas. El 3 de junio de 1877 en el paso de las cataratas de Masasa perdió á uno de sus compañeros, Francisco Pockock, y él mismo, el 18 de julio, fue arrastrado con su embarcación á la cascada de Embelo y por milagro se libró de la muerte.

En fin, el 6 de agosto llegó á la aldea de Nisanda, á cuatro dias de marcha de la costa; dos dias despues entraba en Bazambuko, encontraba las provisiones que le habian enviado dos negociantes de Emboma y descansaba al fin en aquel pueblo del litoral, envejecido á los treinta y cinco años por las fatigas y las privaciones, y despues de haber atravesado completamente el continente africano en un viaje de dos años y nueve meses. Pero el curso del Lualaba estaba reconocido hasta el Atlántico; y se sabe ya que si

el Nilo es la grande arteria del Norte, si el Zambesi es la grande arteria del Este, el Africa posee además al Oeste el tercero de los mayores rios del mundo, el que en un curso de 2,900 millas (1), bajo los nombres del Lualaba, Zaira y Congo, une la region de los lagos con el oceano Atlántico.

Sin embargo, entre estos dos itinerarios, el de Stanley y el de Cameron, la provincia de Angola era casi desconocida en 1873, época en que el *Pilgrim* se perdió en la costa y solo se sabia que era el teatro de la trata occidental por sus importantes mercados de Bihe, de Casañe y de Kazonde.

A este país habia sido llevado Dick-Sand, á mas de cien millas del litoral, con una mujer estenuada de fatiga y de dolor, un niño moribundo y compañeros negros de origen, presa naturalmente indicada á la rapacidad de los mercaderes de esclavos.

Sí, era el Africa y no la América donde ni los indígenas, ni las fieras, ni el clima son verdaderamente temibles. No era aquella region propicia situada entre las Cordilleras y la costa, donde abundan las poblaciones, y donde las misiones hospitalarias están abiertas á todo viajero. Estaban muy lejos aquellas provincias del Perú y de la Bolivia, á donde la tempestad hubiera seguramente llevado al *Pilgrim* si una mano criminal no le hubiera desviado de su rumbo, y donde los naufragos habrian encontrado tantas facilidades para volver á su patria.

Era la terrible provincia de Angola y no la parte de la costa vigilada por las autoridades portuguesas, sino el interior mismo de la colonia, surcado por las caravanas de esclavos bajo el látigo de los havidares.

¿Qué sabia Dick-Sand de este país donde la traicion le habia arrojado? Poca cosa; lo que habian dicho los misioneros de los siglos XVI y XVII, los mercaderes portugueses que frecuentaban el camino de San Pablo de Loanda al Zaira por San Salvador; lo que habia contado el doctor Livingstone al describir su viaje de 1853 y esto hubiera bastado para abatir un alma menos fuerte que la suya.

En verdad, la situacion era espantosa.

## CAPITULO II.

### HARRIS Y NEGORO.

Al dia siguiente de aquel en que Dick-Sand y sus compañeros establecieron su último campamento en el bosque, dos hombres se encontraban á tres millas de aquel sitio, segun estaba probablemente convenido entre ellos.

Eran Harris y Negoro, y ahora vamos á ver á qué se reducía la parte de casualidad que habia reunido en el litoral de Angola al portugués procedente de Nueva Zelanda y al americano á quien su oficio de tratante en negros obligaba á recorrer con frecuencia aquella provincia del Africa occidental.

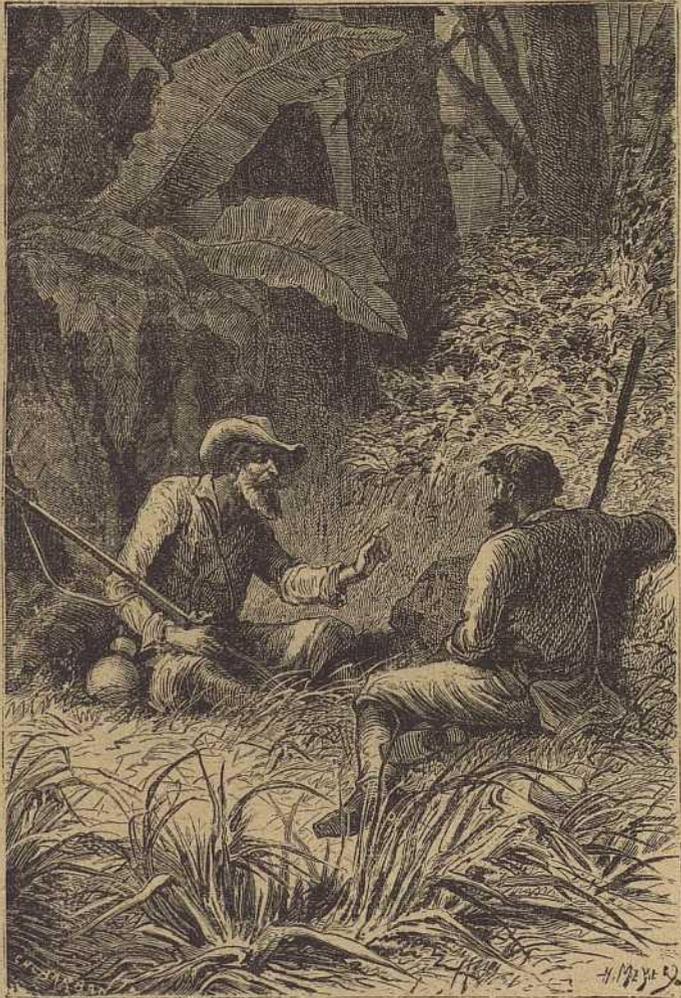
Harris y Negoro estaban sentados al pie de un enorme bananero á orillas de un torrente que corria entre dos hileras de papiрус.

La conversacion comenzaba, porque el portugués y el americano acababan de encontrarse, y desde luego giró sobre lo que habia ocurrido durante las últimas horas.

—Así Harris, dijo Negoro, no has podido hacer penetrar algo mas en la provincia de Angola á la caravana del capitán Sand, como llaman á ese aprendiz de quince años.

—No compañero, respondió Harris, y aun es admirable que haya llegado á hacerles andar cien millas desde la costa. Des le hace muchos dias, mi jóven

(1) 4'650 kilómetros.



—¿Cómo se han de escapar? preguntó Harris.

amigo Dick Sand me miraba con inquietud. Sus sospechas se iban cambiando poco á poco en certidumbres, y por mi vida....

—Cien millas mas todavía, Harris, y esa gente habria estado con mas seguridad en nuestras manos. Sin embargo, es preciso que no se nos escape.

—¿Como se han de escapar? preguntó Harris encogiéndose de hombros. Te lo repito Negro, era ya tiempo de despedirme de ellos á la francesa. He leído diez veces en sus ojos que mi jóven amigo trataba de enviarme una bala que me atravesara el pecho, y tengo mal estómago para digerir esas ciruelas de doce en libra.

—Bueno, dijo Negro; yo tambien tengo una cuenta que arreglar con ese aprendiz.

—Y la arreglarás á tu sabor con los intereses compañero. Por mi parte, durante los primeros dias de marcha, logré hacerle tomar esta provincia por el desierto de Atacama, que visité en otro tiempo; pero el muñeco que reclamaba sus juguetes y sus pájaros moscas, y la madre que pedía la quina, y el primo que se obstinaba en buscar cucuyos.... ¡Pardiez! yo

no sabia que decir ya, y despues de haberles hecho tragar con gran trabajo avestruces por girafas... invencion portentosa, Negro, yo no sabia que diablo inventar. Por lo demás, era evidente que mi jóven amigo no aceptaba ya mis esplicaciones. Luego dimos con huellas de elefantes; luego vinieron los hipopótamos, y tú sabes Negro que ver hipopótamos y elefantes en América, es como ver un hombre honrado en los presidios de Benguela. En fin, para concluir, el viejo negro descubre al pie de un árbol horcas y cadenas que algunos esclavos habian dejado allí para huir; en el mismo momento ruge un leon y era imposible hacer tomar su rogado por el mahido de un gato inofensivo. No tuve, pues, mas tiempo que para saltar sobre mi caballo y escurrirme hasta aquí.

—Comprendo, respondió Negro; sin embargo, hubiera querido tenerles cien millas mas adentro en la provincia.

—Se hace lo que se puede, compañero, respondió Harris. En cuanto á tí, has hecho bien en seguir nuestra caravana á distancia desde la costa, porque

allí creían que no estabas lejos. Viene un tal Dingo que no parece que te quiere mucho. ¿Qué le has hecho á ese animal?

—Nada, respondió Negro; pero no tardará en recibir una bala en la cabeza.

—Como la hubieras tú recibido de Dick-Sand si te hubieras mostrado un poco á doscientos pasos de su fusil. Tira muy bien mi joven amigo y entre nosotros debo confesar que es en su género un muchacho sólido.

—Por sólido que sea, Harris, me pagará cara su insolencia, respondió Negro, cuya fisonomía tomó un aire de implacable crueldad.

—Bueno, murmuró Harris; veo que mi compañero viene lo mismo que le he conocido siempre. Los viajes no le han cambiado.

Hubo un momento de silencio y Harris continuó:

—A propósito, Negro, cuando tan impensadamente te encontré allí en el teatro del naufragio en la embocadura del Longa, no has tenido tiempo mas que de recomendarme á esa gente, rogándome que les condujera todo lo mas lejos posible de la costa, al través de esta supuesta Bolivia; pero no me has dicho lo que ha sido de tí desde hace dos años. Dos años en nuestra existencia accidentada son muchos, compañero. Un día despues de haber tomado la direccion de una caravana de esclavos por cuenta del viejo Alves, de quien somos humildes agentes, saliste de Casañe y no se ha vuelto á oír hablar de tí. Yo pensaba que habias tenido algun disgusto con el crucero inglés y que habias sido ahorcado.

—Ha faltado muy poco Harris.

—Eso vendrá con el tiempo Negro.

—Gracias.

—¿Qué quieres? respondió Harris con indiferencia filosófica; ese es uno de los gajes del oficio. No se hace la trata en la costa de Africa, sin riesgo de morir fuera de la cama. En fin ¿te cogieron?

—Sí.

—¿Los ingleses?

—No los portugueses.

—¿Antes ó despues de haber entregado tu cargamento? preguntó Harris.

—Despues... replicó Negro que habia vacilado un poco en responder. Esos portugueses se hacen ahora de pencas. No quieren ya la esclavitud, aunque antes han sacado provecho de ella. Habia sido denunciado y vigilado, y por último me prendieron.

—¿Y te condenaron?...

—A concluir mi vida en el presidio de San Pablo de Loanda.

—¡Mil diablos, exclamó Harris; un presidio. Ese es un sitio muy mal sano para personas habituadas como nosotros á vivir al aire libre. Yo quizá hubiera preferido ser ahorcado.

—No hay medio de escaparse de la horca, respondió Negro; pero de la prision...

—¿Tu pudiste escapar?

—Sí Harris. Quince días despues de estar en presidio, pude ocultarme en la bodega de un vapor inglés que salia para Auckland en la Nueva Zelanda. Un barril de agua y una caja de conservas que habia en el sitio donde me oculté, me suministraron comida y bebida durante toda mi travesía. He sufrido mucho por no poderme mostrar al descubierto cuando estábamos en alta mar; pero si hubiera cometido la tontería de hacerlo, me hubieran vuelto á poner en la bodega y voluntariamente ó no el tormento hubiera sido el mismo, fuera de que á mi llegada á Auckland, me habrian entregado á las autoridades inglesas y me habrian vuelto á conducir al presidio de Loanda, ó tal vez ahorcado como tú decias, por eso preferí viajar de incognito.

—Y sin pagar pasaje, exclamó Harris riendo. Eso

no es delicado compañero, hacerse trasportar y alimentar gratis.

—Sí, repuso Negro; pero treinta dias de travesía en una bodega.

—En fin ya se acabó Negro; llegaste á la Nueva Zelanda, al país de los Maories. Pero despues has vuelto; ¿se ha hecho la vuelta en las mismas condiciones?

—No tal. En aquel país no tenia mas que una idea fija; volver á Angola y continuar mi oficio de tratante en negros.

—Sí repuso Harris, la costumbre hace amar el oficio.

—Durante diez y ocho meses...

Antes de terminar la frase Negro, se levantó de repente y asíó á su compañero del brazo poniéndose á escuchar.

—Harris le dijo en voz baja, ¿no has sentido como un estremecimiento en esa mata de papiro?

—En efecto, respondió Harris tomando su fusil y dispuesto á hacer fuego. Negro y él se levantaron, miraron por todas partes y escucharon con la mayor atencion.

—No hay nada dijo al cabo Harris. Es sin duda el torrente que engrosado por las lluvias hace mas ruido que nunca. Como has estado ausente dos años, has perdido la costumbre de conocer los ruidos del bosque; pero ya la recobrarás. Continúa pues la relacion de tus aventuras. Cuando sepamos bien lo pasado, hablaremos de lo presente.

Negro y Harris se volvieron á sentar al pie del bananero, y el portugués prosiguió en estos términos.

—Durante diez y ocho meses he vegetado en Auckland. Cuando llegó el vapor pude desembarcar sin ser visto, pero sin una peseta, sin un duro en el bolsillo, y para vivir tuve que ponerme á toda clase de oficios...

—¿Incluso el de hombre honrado, Negro?

—En efecto, Harris.

—¡Pobre muchacho!

—Esperaba una ocasion que tardaba en venir, cuando el *Pilgrim*, buque ballenero llegó al puerto de Auckland.

—¿El *Pilgrim* es ese buque que encalló en la costa de Angola?

—El mismo y en él tomaron pasaje la señora Weldon, su hijo y su primo. Como yo habia sido marino y hasta segundo á bordo de un buque negrero, no tuve inconveniente en volver á entrar en servicio en un buque. Me presenté pues al capitán del *Pilgrim*, pero la tripulacion estaba completa. Afortunadamente para mí, el cocinero del bergantin goleta desertó, y como todo marino entiende de cocina, me ofrecí como maestro cocinero. No habiendo otra cosa mejor me aceptaron, y pocos dias despues el *Pilgrim* habia perdido de vista las tierras de la Nueva Zelanda.

—Pero, dijo Harris, segun lo que mi joven amigo me ha contado, el *Pilgrim* no hacia rumbo á la costa de Africa. ¿Cómo has venido aquí?

—Probablemente, Dick-Sand no lo comprende todavía ni quizá lo comprenderá nunca, respondió Negro, pero yo te voy á explicar lo que ha pasado, y podrás decirselo á tu joven amigo si te agrada.

—¿Cómo pues? Habla compañero, habla.

—El *Pilgrim* dijo Negro, iba destinado á Valparaiso, y cuando yo me embarqué pensaba llegar hasta Chile. Era andar una buena mitad del camino, entre la Nueva Zelanda y Angola, acercándome á bastantes millares de millas de la costa de Africa. Pero tres semanas despues de haber salido de Auckland, el capitán Hull que mandaba el *Pilgrim*, desapareció con su tripulacion pescando una ballena. Aquel dia no quedaron mas que dos marinos á bordo: el aprendiz y el cocinero Negro.

—¿Y tomaste el mando del buque?

—Al principio tuve ese pensamiento, pero observé que desconfiaban de mí. Había á bordo cinco negros vigorosos que eran hombres libres; no hubiera podido hacer mi voluntad, y despues de haberlo reflexionado bien resolví permanecer lo que era, es decir cocinero del *Pilgrim*.

—¿Entonces es la casualidad la que ha conducido el buque á la costa de Africa?

—No Harris, respondió Negro; no hay mas casualidad en toda esta aventura, que la de haberte encontrado durante una de tus escursiones de comercio, precisamente en esta parte del litoral donde encajó el *Pilgrim*. Pero en cuanto á venir á la vista de Angola, la venida se ha verificado por mi voluntad secreta. Tu jóven amigo todavía muy novicio en navegacion, no puede fijar su posicion sino por medio de la brújula y de la corredera. Pues bien, un día la corredera desapareció en el fondo del mar, y una noche la brújula fué falseada y el *Pilgrim*, empujado por una violenta tempestad, tomó diferente rumbo del que debia. Lo largo de la travesía inesplicable para Dick Sand, lo hubiera sido tambien para el marinero mas entendido. Sin que el aprendiz pudiera saberlo ni siquiera sospecharlo, doblamos el cabo de Hornos pero yo, Harris le conocí entre las brumas. Entonces la aguja de la brújula volvió á tomar su verdadera direccion, gracias á mí y el buque arrastrado por el viento Nordeste, por ese espantoso huracan vino á arrojar sobre la costa de Africa, precisamente en estas tierras de Angola á donde yo queria llegar.

—Y en aquel momento mismo, Negro, respondió Harris, la casualidad me habia traído al sitio conveniente para recibirte y guiar á esa buena gente hácia el interior. Se creian y no podian menos de creerse en América, y me ha sido fácil hacerles tomar esta provincia por la baja Bolivia, con la cual tiene justamente alguna semejanza.

—Sí, lo han creído como tu jóven amigo habia creído ver la isla de Pascuas, cuando pasaba á la vista de Tristan de Acuña.

—Cualquiera otro se hubiera engañado, Negro.

—Ya lo sé Harris, y yo contaba explotar este error. En fin ya tenemos á la señora Weldon y á sus compañeros á cien millas, en el interior de esta tierra de Africa á donde yo queria traerles.

—¿Pero ahora ya saben donde están, dijo Harris?

—Y ahora que me importa exclamó Negro.

—¿Qué vas hacer de ellos? preguntó Harris.

—¿Qué haré? dijo Negro... Antes de decirte lo, Harris, dame noticias de nuestro principal el tratante Alves á quien no he visto hace dos años.

—¡Oh! El tunante goza de una salud perfecta, respondió Harris y tendrá mucho gusto en verte.

—¿Está en el mercado de Bihe? preguntó Negro.

—No, compañero: hace un año que está en su establecimiento de Kazonde.

—¿Y van bien los negocios?

—Sí, voto al diablo, exclamó Harris, aunque la trata se va haciendo cada dia mas difícil, á lo menos en este litoral. Las autoridades portuguesas de un lado, y los cruceros ingleses del otro, dificultan las exportaciones; y solo en los alrededores de Mosamedes al Sur de Angola, es donde puede hacerse ahora el embarque de negros con alguna probabilidad de éxito. Así en este momento los barracones están llenos de esclavos, esperando los buques que deben cargarlos para las colonias españolas. En cuanto á pasarlos por Benguela ó San Pablo de Loanda ya no es posible. Los gobernadores no se dan la razon, y los jefes de distritos mucho menos. Habrá pues que llevarlos á las factorías del interior, y esto es lo que piensa hacer el viejo Alves; es decir dirigirse á Nangúe y á Tanganika, y cambiar sus telas por marfil y esclavos. Los negocios continuan bien

con el alto Egipto, y la costa de Mozambique que abastece á todo Madagascar, pero creo que llegará un dia en que no podrá hacerse la trata, porque los ingleses hacen grandes progresos en el interior del Africa y los misioneros se adelantan y marchan contra nosotros. Ese Livingstone á quien Dios confunda, despues de haber explorado la region de los lagos va á dirigirse segun dice hácia Angola. Háblase tambien de un teniente Cameron, que se propone atravesar el continente del Este al Oeste, y se teme que el americano Stanley quiera hacer otro tanto. Todas estas visitas acabaran por dañar á nuestras operaciones, y por eso si conociéramos nuestros intereses, ninguno de esos visitantes volveria á contar por Europa, lo que hubiera tenido la indiscrecion de ver en Africa.

Al oír á aquellos dos facinerosos, hubiérase dicho que hablaban como honrados negociantes, molestados por el momento á causa de una crisis comercial. ¿Quién creeria que en vez de sacos de café ó de bocoyes de azúcar, hablaban de seres humanos espeditos como mercancías? Los negreros no tienen idea ni alguna de lo justo ni de lo injusto. Les falta absolutamente el sentido moral; y si alguno lo tiene antes de ejercer el oficio, lo pierde pronto en medio de las atrocidades horribles de la trata africana.

Pero Harris tenia razon cuando decia que la civilizacion penetraba poco á poco en aquellos países salvajes en pos de los atrevidos viajeros, cuyo nombre está indisolublemente ligado á los descubrimientos del Africa ecuatorial. A la cabeza de todos está David Livingstone, despues de él vienen Grant, Speke, Burton, Cameron, Stanley, héroes que dejaron una fama imperecedera como bienhechores de la humanidad.

Al llegar á este punto de la conversacion, Harris sabia ya lo que habia ocurrido á Negro en los dos años últimos de su vida. El antiguo agente del negrero Alves, el prófugo de la penitenciaría de Loanda, reaparecia tal como siempre lo habia conocido, es decir, dispuesto á todo. Pero que partido contaba tomar Negro respecto de los naufragos del *Pilgrim*, Harris no lo sabia todavía y se lo preguntó á su cómplice diciendo:

—¿Y qué vas á hacer ahora de esa gente?

—La dividiré en dos partes, respondió Negro como hombre cuyo plan está determinado muy de antemano. A los unos los venderé como esclavos y á los otros...

Negro no acabó su frase pero su fisonomía feroz hablaba por él.

—¿A quién vas á vender? preguntó Harris.

—Á los negros que acompañan á la señora Weldon, respondió Negro. El viejo Tom no tiene quizá gran valor, pero los otros son muchachos muy vigorosos que se venderán caros en el mercado de Kazonde.

—Ya lo creo respondió Harris. Cuatro negros bien constituidos, acostumbrados al trabajo y que se parecen tan poco á esos brutos que nos llegan del interior, ciertamente les venderás caros. Esclavos que han nacido en América y vienen á venderse á los mercados de Angola, son una mercancía muy rara. Pero no me has dicho si habia algun dinero á bordo del *Pilgrim*.

—¡Oh! unos pocos centenares de duros, cuyo salvamento he verificado por mí mismo. Por fortuna cuento con ciertos recursos...

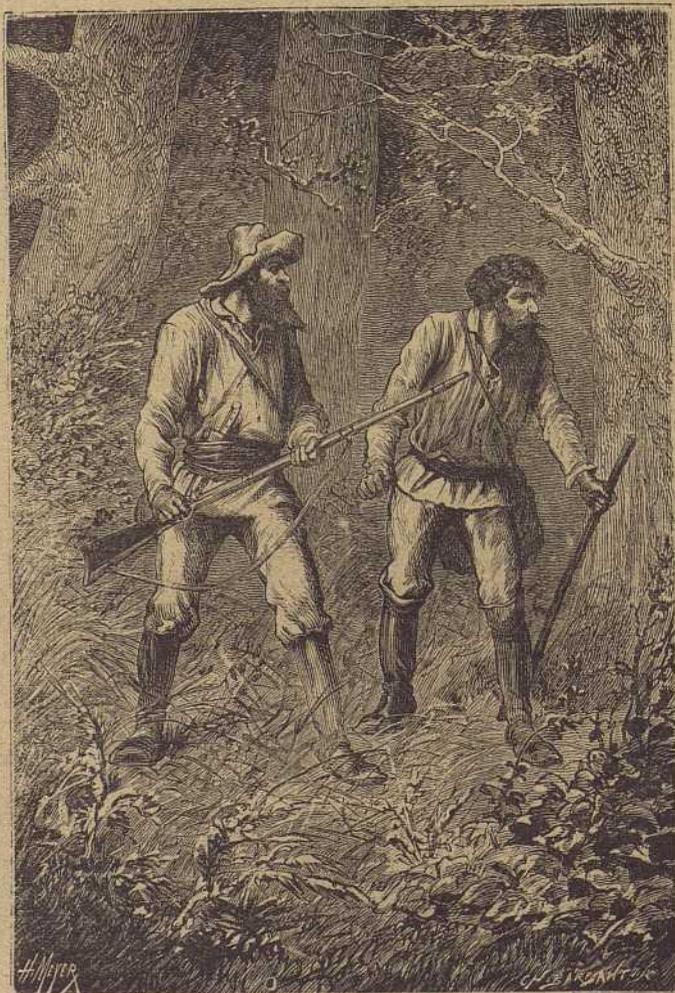
—¿Cuales compañero? preguntó con curiosidad Harris.

—Nada... respondió Negro como sintiendo haber dicho demasiado.

—Falta ahora apoderarse de toda esa mercancía de gran precio, dijo Harris.

—¿Te parece tan difícil? preguntó Negro.

—No compañero á diez millas de aquí, á orillas



—Esta vez no me se escapará, dijo Negro.

del Coanza, está acampada una caravana de esclavos dirigida por el árabe Ibn-Hamis, y que me está esperando para tomar el camino de Kazonde. Con esa caravana vienen mas soldados indígenas que los que se necesitan para capturar á Dick Sand y sus compañeros. Solo falta pues, que mi jóven amigo tenga la idea de dirigirse hácia el Coanza...

—¿Pero tendrá esa idea? preguntó Negro.

—Seguramente, respondió Harris, porque es inteligente y no puede sospechar el peligro que le amenaza. No debe pensar en volver á la costa por el camino que hemos traído, porque se perdería en los inmensos bosques. Estoy cierto que tratará de llegar á uno de los rios que corren hácia el litoral, para bajar por él en alguna balsa. No tiene otro partido que tomar y le conozco, le tomará.

—Sí..... tal vez....., respondió Negro reflexionando.

—No digas tal vez; dí ciertamente, exclamó Harris; vendrá á las orillas del Coanza como si yo le hubiera dado cita para ese sitio.

—Pues bien, respondió Negro; en marcha. Co-

nozco á Dick Sand y sé que no se retardará ni una hora. Es preciso que lleguemos antes que él.

—En marcha, compañero.

Harris y Negro se habian ya levantado cuando se renovó el ruido que habia llamado ya la atención del portugués. Era un estremecimiento de los tallos entre los altos papiros.

Negoro se detuvo y asió la mano de Harris. De repente se oyó un sordo ladrido y un perro apareció á la orilla del torrente con la boca abierta y pronto á lanzarse sobre Negro.

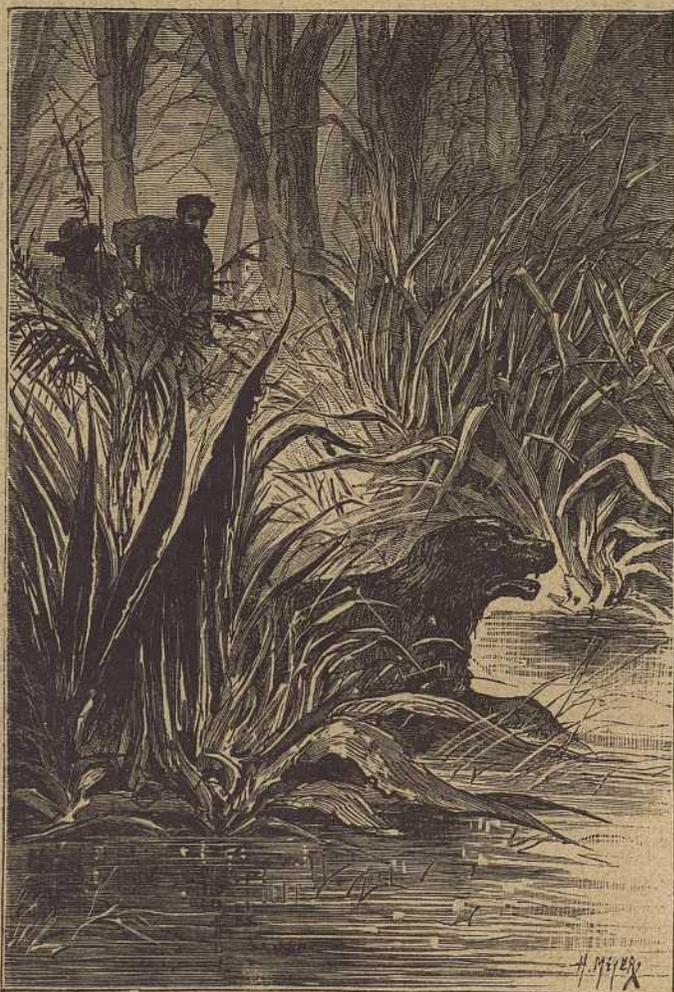
—¡Dingo! exclamó Harris.

—¡Ah! esta vez no se me escapará, dijo Negro.

Dingo iba á lanzarse sobre él, cuando Negro tomando el fusil de Harris, se le echó con presteza á la cara é hizo fuego.

Un largo aullido de dolor respondió á la detonación y Dingo desapareció entre la doble fila de arbustos que corría á orillas del torrente.

Negoro bajó hasta ellos. Gotas de sangre manchaban los tallos de papiro y un largo rastro rojo se dibujaba entre los gujarros.



Dingo desapareció entre la doble fila de arbustos.

--Al fin he arreglado la cuenta con ese maldito animal, exclamó Negoro.

Harris habia asistido sin pronunciar una palabra á toda esta escena.

--¡Hola, Negoro! dijo, ese perro te tenia un ódio particular.

--Así parece, Harris; pero ya no me le tendrá.

--¿Y por qué te detestaba, compañero?

--¡Oh! es un negocio antiguo que teniamos que arreglar entre los dos.

--¿Un negocio antiguo?..... preguntó Harris.

Pero Negoro no quiso responder y Harris dedujo que el portugués le ocultaba alguna aventura de su vida pasada; sin embargo no insistió en su pregunta.

Pocos instantes despues, ambos siguiendo el curso del torrente se dirigian hácia el Coanza.

### CAPITULO III.

#### EN MARCHA.

¡El Africa! Este nombre tan terrible en las circunstancias actuales, este nombre que era necesario al fin

sustituir al de América, no podia borrarse ni un instante de la memoria de Dick Sand. Cuando el jóven aprendiz recordaba los sucesos de pocas semanas antes, era para preguntarse cómo el *Pilgrim* habia ido á estrellarse en aquella peligrosa playa, cómo habia doblado el Cabo de Hornos y pasado de un Océano á otro. Ciertamente se esplicaba ya, porque á pesar de la rápida marcha del buque se habia mostrado tan tarde la tierra, pues que la longitud del trayecto que habia debido hacer para llegar á la costa americana, era doble menor que la que habia hecho para llegar á la costa de Africa.

--¡El Africa! ¡el Africa! repetia Dick Sand.

Despues y rápidamente mientras él evocaba con tenaz voluntad los incidentes de aquella inexplicable travesía, le ocurrió la idea de si se habria falseado el movimiento de la brújula. Se acordó entonces de que la primera brújula se habia roto y la corredera tambien, lo cual le habia puesto en la imposibilidad de comprobar la velocidad del *Pilgrim*.

--Si, pensó, no quedaba mas que una brújula á bordo, una sola cuyas indicaciones no podia yo com-

probar. Y una noche me despertó un grito del viejo Tom. Negoro estaba allí á popa, acababa de caer junto á la bitácora. ¿No pudo desarreglar la brújula?

La mente de Dick Sand se iluminaba con una nueva luz. Tocaba á la verdad con un dedo y comprendía al fin todo lo que tenia de sospechosa la conducta de Negoro. Veía su mano en aquella serie de accidentes que habian ocasionado la pérdida del *Pilgrim* y comprometido tan espantosamente á sus pasajeros y tripulacion.

¿Pero quién era aquel miserable? ¿Había sido marino y habia tenido oculta su profesion? ¿Era capaz de combinar aquella odiosa maquinacion que debia arrojar el buque sobre la costa de Africa?

En todo caso, si habia puntos oscuros en lo pasado, en lo presente no ofrecia ningunos.

El joven aprendiz, sabia ya demasiado que estaba en Africa, y muy probablemente en aquella funesta provincia de Angola, á mas de cien millas de la costa. Sabia tambien que la traicion de Harris, estaba fuera de duda y de esto á deducir que el americano y el portugués se conocian muy de antemano, que una fatal casualidad les habia reunido en aquel litoral, que entre los dos se habia acordado un plan cuyos resultados debian ser funestos á los naufragos del *Pilgrim*, no habia mas que un paso al cual conducia la mas sencilla lógica.

Pero ¿por qué esas odiosas maniobras? Podia admitirse en rigor que Negoro quisiera apoderarse de Tom y de sus compañeros y venderlos como esclavos en aquel país de la trata; podia admitirse tambien que el portugués, movido por un sentimiento de odio, quisiera vengarse de Dick Sand que le habia tratado como merceda; pero la señora Weldon, pero aquella madre y aquel niño, ¿qué queria hacer de ellos el miserable.

Si Dick Sand hubiera podido sorprender alguna parte de la conversacion entre Harris y Negoro habria sabido á qué atenerse y qué peligros amenazaban á la señora Weldon, á los negros y á él mismo.

La situacion era terrible, pero el joven aprendiz no desmayó. Capitan á bordo continuaria siendo capitan en tierra; á él tocaba salvar á la señora Weldon y á Juanito, pues que el cielo habia puesto en sus manos la suerte de la madre y del hijo. Su tarea, lejos de terminar, casi empezaba entonces y debia cumplirla hasta el fin.

Al cabo de dos ó tres horas, durante las cuales el presente y el porvenir resumieron en su espíritu todas sus buenas y malas probabilidades (estas últimas en mayor número por desgracia) se levantó firme y resuelto.

Los primeros albos del dia iluminaban las últimas ramas del bosque y á escepcion del aprendiz y de Tom todos dormian.

Dick Sand se acercó al viejo negro.

—Tom, le dijo en voz baja; has oido el rugido del leon, has conocido los instrumentos del mercader de esclavos y sabes que estamos en Africa.

—Sí, señor Dick, lo sé.

—Pues bien, Tom, ni una palabra de todo esto á la señora Weldon ni á tus compañeros. Es preciso que seamos los dos los únicos que sepamos la verdad, los únicos que tengamos que temer.....

—Solos..... en efecto..... Es preciso....., respondió Tom.

—Tom, continuó el aprendiz; tenemos que velar mas estrictamente que nunca. Estamos en país enemigo; ¡y qué enemigos! ¡y qué país! Bastará decir á nuestros compañeros que Harris nos ha hecho traicion para que estén siempre alerta; pensarán que tenemos que temer algun ataque de los indios nómadas y esto bastará.

—Puede usted contar absolutamente con su valor y su adhesion, señor Dick.

—Lo sé, y tambien cuento con vuestra sensatez y esperiencia. Tú me ayudarás, mi viejo Tom.

—En todo y por todo, señor Dick.

Dick Sand habia tomado su partido y fue aprobado por el viejo negro. Si Harris habia visto descubierta la traicion antes de la hora que él queria, era señal por lo menos de que el joven aprendiz y sus compañeros no estaban amenazados de un peligro inmediato. En efecto, lo que habia determinado la desaparicion repentina del americano era el encuentro de cadenas abandonadas por algunos esclavos y el inesperado rugido del leon. Se habia visto descubierto y habia huido probablemente antes que la caravana á quien servia de guia, hubiera llegado al sitio donde debiera ser atacada. En cuanto á Negoro cuya presencia habia designado Dingo en los últimos dias de marcha, sin duda se habia reunido con Harris á fin de concertarse con él. En todo caso deberian pasar algunas horas antes que Dick Sand y los suyos fuesen acometidos y de esta tregua era preciso aprovecharse.

El único plan que se podia adoptar, era volver á la costa lo mas pronto posible. Respecto de esta costa el joven aprendiz tenia toda clase de motivos para pensar que debiera ser la de Angola. Por consiguiente despues de haber llegado á ella, trataria de dirigirse ya hácia el Sur ya hácia el Norte, á alguno de los establecimientos portugueses donde sus compañeros podrian esperar en seguridad algun buque que pudiera volverles á su patria.

Mas para efectuar el regreso al litoral, ¿debía tomarse el camino ya recorrido ó debía buscarse otro? Dick Sand no creia que pudiera volverse por donde habian pasado y en esto Harris le habia juzgado bien entendiendo claramente que las circunstancias obligarian al joven aprendiz á tomar el trayecto mas corto.

Hubiera sido torpe por no decir imprudente, volver sobre sus pasos caminando al través del bosque, para llegar simplemente al punto de donde habian partido, porque esto pudiera permitir á los cómplices de Negoro seguir con seguridad su pista. El medio mejor que se ofrecia y el único camino que se podia tomar sin dejar huellas, era buscar un rio para bajar por él hasta el mar. Por este medio habria tambien que temer menos los ataques de las fieras que hasta entonces por una feliz casualidad, no se habian presentado muy de cerca. Tambien en estas circunstancias presentaba menos gravedad cualquiera agresion por parte de los indígenas, porque Dick Sand y sus compañeros, una vez embarcados en una sólida balsa y bien armados, estarian en mejores condiciones para defenderse. La cuestion pues, era encontrar un rio.

Es preciso añadir tambien que dado el estado de la señora Weldon y de su niño, aquel medio de transporte era el mas conveniente. Cierta que no faltaban brazos para llevar al niño enfermo, porque á falta del caballo de Harris, podia establecerse con ramas una litera portátil en la cual la señora Weldon hubiera podido ir. Pero tendrian que emplearse para esto dos negros de los cinco y Dick Sand queria con razon que todos sus compañeros tuvieran libres sus movimientos para el caso de un ataque repentino.

Por último, bajando por la corriente de un rio, el joven aprendiz se encontraba en su elemento.

La cuestion se reducía pues á saber si existia en las inmediaciones alguna corriente de agua utilizable. Dick Sand lo creia así y no le faltaban razones para creerlo.

El rio, que desembocaba en el Atlántico, en el sitio donde habia encallado el *Pilgrim*, no podia su-

oir ni muy al Norte ni muy al Este de la provincia, pues que una cadena de montañas bastante próximas, las mismas que los viajeros habían tomado por la de las Cordilleras, cerraba el horizonte por los dos lados. Por consiguiente, ó el río bajaba de aquella altura ó torcia hácia el Sur y en los dos casos, Dick Sand no podía tardar en encontrarle. Quizá antes de hallarse este río tributario directo del Océano, se presentaría alguno de sus afluentes que bastase para el transporte de la pequeña caravana. En todo caso una corriente de agua cualquiera no podía estar lejos.

En efecto durante las últimas millas del viaje la naturaleza de los terrenos se iba modificando. Las pendientes eran menores y mas húmedas; acá y allá corrían estrechos arroyuelos que indicaban que el subsuelo era una red acuosa. Durante la última jornada de marcha la caravana había costado uno de esos arroyuelos cuyas aguas enrojadas por el óxido de hierro tenían sus orillas resquebrajadas. No debía ser largo ni difícil encontrarle, sin duda, no podría bajarse por la corriente torrenciosa, pero sería fácil seguiría hasta su embocadura en algun afluyente mas considerable y por lo mismo mas navegable.

Tal fué el plan sencillísimo en que se fijó Dick Sand despues de haber conferenciado con el anciano Tom.

Cuando llegó el día todos sus compañeros se fueron despertando. La señora Weldon dejó á Juanito todavía adormecido en brazos de Nan. El niño estaba en el período de la intermitencia y daba lástima ver lo descolorido que se encontraba.

La señora Weldon se acercó á Dick Sand, y despues de haber mirado á un lado y á otro, le preguntó:

—¿Dónde está Harris? No le veo.

El jóven aprendiz pensó que aunque dejase creer á sus compañeros que estaban en Bolivia, no debía ocultarles la traicion del americano, por lo tanto sin vacilar dijo:

—Harris no está ya aquí.

—Se ha adelantado á nosotros para avisar nuestra llegada? preguntó la señora Weldon.

—Ha huido respondió Dick Sand. Ese Harris es un traidor y de acuerdo con Negro, nos ha traído hasta aquí.

—¿Con qué objeto? preguntó vivamente la señora Weldon.

—Lo ignoro, lo que sé positivamente es que tenemos que volver sin tardanza á la costa.

—Ese hombre..... un traidor, repitió la señora Weldon. Me lo temía. ¿Y piensas Dick que está de acuerdo con Negro?

—Así lo presumo, señora Weldon; porque ese miserable nos seguía. Sin duda la casualidad ha hecho que se encuentren estos dos tunantes y....

—Y yo espero que no se habrán separado cuando yo les encuentre, dijo Hércules. Entonces romperé la cabeza del uno con la cabeza del otro, añadió el jigante estendiendo sus dos formidables puños.

—¿Pero y mi hijo? ¿Y los remedios que esperaba encontrar en la hacienda de San Félix?

—Juanito se restableciera, respondió el viejo Tom, cuando se acercó á la parte mas sana del litoral.

—Dick, volvió á preguntar la señora Weldon, ¿estás seguro de que Harris nos ha hecho traicion.

—Sí señora, respondió el jóven aprendiz que hubiera querido evitar toda esplicacion sobre este punto.

Por lo mismo se apresuró á añadir, mirando al viejo negro:

—Esta noche Tom y yo hemos descubierto su traicion y sinó hubiera saltado sobre su caballo y apelado á la fuga, yo le habria muerto.

—¿Por consiguiente esa hacienda?...

—No hay hacienda, ni aldea, ni poblacion ninguna por los alrededores, respondió Dick Sand. Señora Weldon, lo repito, es preciso volver á la costa.

—¿Por el mismo camino Dick?

—No señora sino bajando por algun rio que nos llevará hasta el mar sin fatiga y sin peligro. Solo tendremos que andar algunas millas á pie y no dudo.....

—¡Oh! yo soy fuerte Dick, respondió la señora Weldon sacando fuerzas de flaqueza; andaré; llevaré al niño....

—Nosotros estamos aquí para eso señora Weldon, repuso Bat, y para llevarla á usted tambien,

—Sí, sí, añadió Austin; con dos ramas de árbol y follaje al traves....

—Gracias amigos míos, respondió la señora Weldon; pero quiero andar y andaré. En marcha.

—En marcha respondió el jóven aprendiz.

—Deme usted á Juanito dijo Hércules, que tomó el niño de los brazos de Nan; cuando no tengo nada que llevar me siento fatigado.

El valiente negro acomodó delicadamente entre sus robustos brazos á Juanito dormido que no se despertó.

Se requirieron las armas con cuidado, se reunió en un solo fardo lo que quedaba de las provisiones para que no hiciese sino la carga de un hombre. Acteon le tomó sobre sus hombros y sus compañeros quedaron así libres en sus movimientos.

El primo Benedicto cuyas largas piernas de acero desafiaban toda fatiga estaba dispuesto á marchar. ¿Había observado la desaparicion de Harris? Seria imprudente afirmarlo. Poco le importaba. Por lo demás estaba abrumado por una de las mas terribles catástrofes que podían sobrevenirle.

Por una grave complicacion habia perdido sus anteojos y su lente de aumento.

Por fortuna, pero sin que él lo supiese, Bat habia encontrado los dos preciosos aparatos en medio de las grandes yerbas, donde habia dormido; pero se los habia guardado por consejo de Dick Sand, porque de esta manera, era seguro que el gran niño permanecería sosegado durante toda la marcha, pues que como suele decirse no veía más allá de sus narices.

Colocado entre Acteon y Austin con la orden formal de no separarse de ellos no hizo reclamacion ninguna y siguió en su puesto como un ciego llevado por su lazarillo.

Apenas habia andado la caravana cincuenta pasos cuando el viejo Tom se detuvo diciendo:

—¿Y Dingo?

—En efecto Dingo no está aquí, exclamó Hércules. Y con su voz poderosa llamó al perro muchas veces.

Ningun ladrido le respondió.

Dick Sand permanecía silencioso. La ausencia del perro era sensible porque hubiera prevenido á la pequeña caravana contra toda sorpresa.

—¿Habrá seguido á Harris? preguntó Tom.

—A Harris, no.... respondió Dick Sand; pero ha podido seguir la pista de Negro porque sin duda ha adivinado que seguía nuestros pasos.

—Ese cocinero maldito le habrá enviado pronto una bala, exclamó Hércules.

—Sí es que Dingo no le estrangula antes contestó Bat.

—Quizá, añadió el jóven aprendiz; pero no podemos esperar su vuelta. Por lo demás si está vivo el inteligente animal sabrá encontrarnos. ¡Adelante!

El tiempo estaba muy caluroso. Desde el amanecer cubrían el horizonte negras nubes; habia amenazas de tempestad y probablemente el día no terminaria sin truenos. Por fortuna el bosque aunque menos espeso mantenía un poco de frescura en la

superficie del suelo. Aquí y allá grandes árboles limitaban por todos lados las praderas cubiertas de una yerba alta y espesa. En ciertos sitios enormes troncos, ya petrificados yacían por tierra, indicio de terrenos carboníferos como los que se encuentran frecuentemente en el continente africano. Después en los sitios despejados, cuya alfombra verde se mezclaba con algunas yerbecillas rosadas, las flores variaban sus colores, jengibres, amarillos y azules, lobelias pálidas, orquídeas rojas incesantemente visitadas por los insectos que en ellas depositaban sus huevos.

Los árboles no formaban ya entonces una espesura impenetrable pero las especies variaban mucho más. Eran elais, especie de palmeras que dan un aceite muy buscado en Africa, alodóneros que formaban matas de ocho y diez pies de altura, cuyos tallos leñosos formaban un algodón de largas hebras casi análogo al de Fernambuco. Eran también copales que dejaban destilar por las hendiduras debidas á la trompa de ciertos insectos, una resina odorífera que corre hasta el suelo donde se depositaba y de donde la recogían los indígenas. Aquí se veían limoneros, granados silvestres y otras mil plantas arborescentes que atestiguan la prodigiosa fertilidad de aque la llanura del Africa central, y en muchos puntos también el olfato se sentía agradablemente afectado por un fino perfume de vainilla sin que pudiera descubrirse el árbol que lo exhalaba.

Todo aquel conjunto de árboles y de plantas verdeaban aunque reinaba la estación seca y aunque eran pocas las tempestades que venían á regar terrenos tan feraces. Era pues la época de las fiebres pero como lo ha observado Livingstone es posible librarse de ellas huyendo del sitio mismo donde se han contraído. Dick-Sand conocía esta observación del gran viajero, y esperaba que Juanito no la desmentiría. Así se lo dijo á la señora Weldon después de haber notado que el aereo periódico no había vuelto como era de temer, y que él niño descansaba tranquilamente en los brazos de Hercules.

Marchábase pues con prudencia y con rapidez. A veces los viajeros veían huellas recientes de hombres ó de animales. Las ramas de los arbustos y de las matas estaban partidas ó rotas y permitían marchar con paso más igual. Pero la mayor parte del tiempo se presentaban obstáculos que era preciso renovar y que retardaban el viaje de la caravana con gran descontento de Dick Sand. Eran lianas entrelazadas que se podían comparar justamente al aparejo en desorden de un buque; sarmientos parecidos á alfanjes encorvados cuya hoja estuviera guarnecida de largas espinas; serpientes vegetales de cincuenta ó sesenta pies de longitud que tienen la propiedad de volverse para picar al transeunte con sus agudos dardos. Los negros con el hacha en la mano las cortaban; pero reaparecían desde flor de tierra hasta la cima de los más altos árboles á los cuales servían de guirnaldas.

El reino animal no era menos curioso que el reino vegetal en aquella parte de la provincia. Las aves revoloteaban en gran número bajo el potente ramaje; pero ya se comprenderá que no debían temer un disparo de fusil de parte de personas que querían pasar con todo el secreto y rapidez posibles; había bandadas numerosas de pintadas; francolines de diversas especies muy uraños y algunas de esas aves á las cuales los americanos del Norte dan por onomatopeya el nombre de *whip-pur-will*, tres sílabas que reproducen exactamente sus gritos. Dick Sand y Tom habrían podido creerse verdaderamente en alguna provincia del nuevo continente, mas por desgracia sabían ya á que atenerse.

Hasta entonces las fieras tan peligrosas en Africa no se habían acercado á la caravana. Los viajeros en

esta primera etapa vieron girafas que sin duda Harris hubiera llamado avestruces aunque esta vez en vano. Las girafas pasaron rápidamente asustadas por la aparición de gente en aquellos bosques tan poco frecuentados. A lo lejos al extremo de la pradera se levantaba á veces también una espesa nube de polvo; era un rebaño de búfalos que galopaban con un ruido semejante al de los carros muy cargados.

Por espacio de dos millas Dick Sand siguió el curso del riachuelo que debía desembocar en algun rio más importante, impaciente por confiar sus compañeros á la rápida corriente de uno de los rios del litoral, pues de este modo creía que los peligros y las fatigas de la travesía serían menores.

Hacia el medio dia habían andado tres millas sin encontrar nada desagradable. De Harris, ni de Negro no había señal ninguna. Dingo tampoco había parecido.

Fue preciso hacer alto y tomar descanso y alimento.

Se estableció el campamento en un bosque de bambues que abrigó completamente á la caravana.

Se habló poco durante la comida. La señora Weldon había vuelto á tomar en sus brazos al niño y no cesaba de mirarle: no podía comer.

—Es preciso tomar algun alimento, señora Weldon, repitió varias veces Dick Sand. ¿Qué será de usted si deja que la abandonen las fuerzas? Coma usted, coma. Pronto nos volveremos á poner en camino y una buena corriente de agua nos llevará sin molestia á la costa.

La señora Weldon miraba á Dick Sand cara á cara mientras que hablaba. Los ojos ardientes del jóven aprendiz decían todo el valor de que se sentía animado; y viendo así y observando á los valientes negros tan adictos no quería perder todavía la esperanza. Era mujer y madre y además ¿por qué desesperar? ¿No se creía en tierra hospitalaria? La traición de Harris no podía en su concepto tener consecuencias muy graves. Dick Sand adivinaba el curso de sus pensamientos y hubiera bajado la cabeza si no hubiera tenido fija sobre él la mirada de la señora Weldon.

#### CAPITULO IV.

##### LOS MALOS CAMINOS DE ANGOLA.

En aquel momento Juanito se despertó y echó los brazos al cuello de su madre. Sus ojos denotaban que estaba mejor; la fiebre no había vuelto.

—¿Te sientes mejor querido mio? preguntó la señora Weldon estrechando al niño contra su corazón.

—Sí mamá, respondió Juanito; pero tengo sed.

No se pudo dar al niño mas que agua fresca de la cual bebió con placer algunos tragos.

—¿Y mi amigo Dick? preguntó.

—Aquí estoy Juanito, respondió Dick Sand tomando la mano del niño.

—¿Y mi amigo Hercules?

—Presente señor Juan respondió el gigante acercando su rostro al niño.

—¿Y el caballo? volvió á preguntar.

—¿El caballo? se marchó, respondió Hercules. Ahora soy yo el caballo. Yo soy el que le llevo á usted. ¿Es que tengo el trote duro?

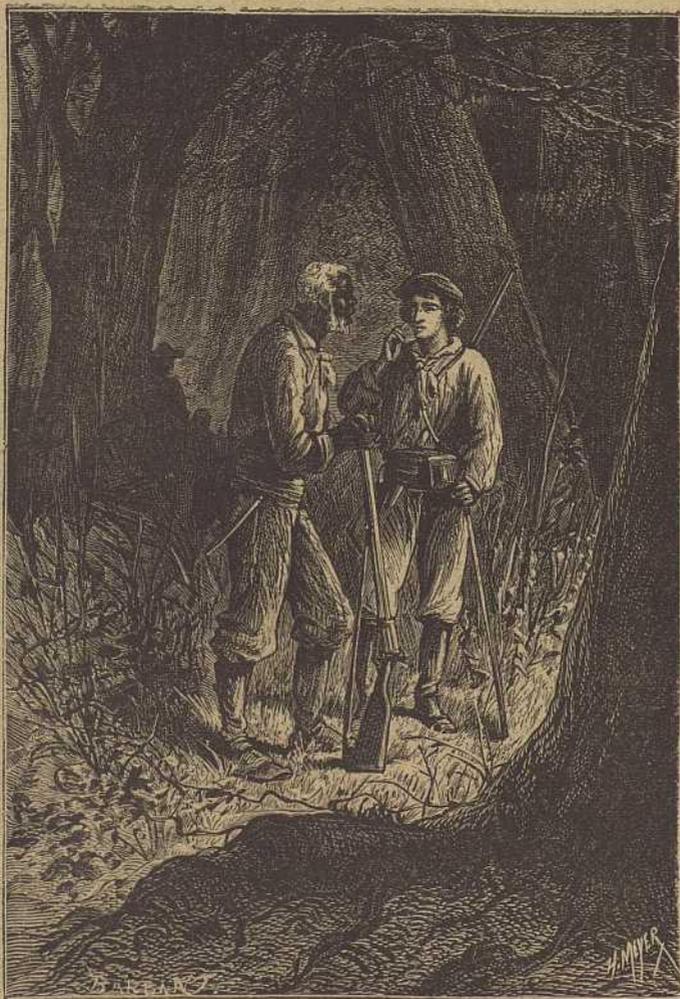
—No, respondió Juanito; ¿pero entonces no tendre brida que llevar?

—Ya me pondrá usted un bocado si quiere, dijo Hercules abriendo su gran boca, y tirará de él cuanto le plazca.

—Bien sabes que no tiraré mucho.

—Haría usted mal, tengo la boca dura.

—¿Pero y la granja del señor Harris preguntó otra vez el niño.



—No, Tom, yo iré solo, exclamó Dick Sand. Quedaos aquí.

—Pronto llegaremos, respondió la señora Weldon... Sí... pronto.

—¿Quiere usted que nos pongamos en marcha? preguntó Dick Sand para cortar esta conversacion.

—Sí, Dick, respondió la señora Weldon.

Se levantó el campo y se emprendió de nuevo la marcha en el mismo orden. Fue preciso pasar al través de la espesura para no abandonar el curso del riachuelo. Habia allí algunos senderos practicados en otro tiempo, pero estaban muertos segun la expresion indigena, es decir, invalidos por las raices y la maleza. En tan penosas condiciones tuvieron que marchar por espacio de una milla empleando tres horas en recorrerlos. Los negros trabajaban sin descanso. Hércules, despues de haber dado el niño á Nan, tomó parte en la tarea. ¡Y qué parte! Lanzaba suspiros vigorosos haciendo girar su hacha, y donde caia el hacha de Hércules se abria un boquete como si le hubiera abierto un fuego devorador.

Por fortuna aquel trabajo penoso no debia durar mucho. Atravesada la primera milla se vió un gran claro practicado al través de la espesura que termi-

naba oblicuamente en el riachuelo y seguia sus orillas. Era un paso de elefantes los cuales sin duda por centenares tenian la costumbre de viajar por aquella parte del bosque hasta el rio. Grandes agujeros hechos por los pies de los enormes paquidermos, acribillaban un suelo pantanoso en la época de las lluvias, y cuya naturaleza esponjosa se prestaba á conservar la impresion de las huellas de los animales.

Pronto comprendieron los viajeros que aquel paso no servia solamente á los gigantescos elefantes. Seres humanos habian tomado mas de una vez aquel camino; pero como lo hubieran seguido rebaños brutalmente conducidos al matadero. Acá y allá cubrian el suelo huesos humanos, restos de esqueletos medio roidos por las fieras y algunos de los cuales llevaban todavia las cadenas del esclavo.

Hay en el Africa central largos caminos jalados de este modo por restos humanos. Las caravanas recorren centenares de millas y ¡cuántos desdichados caen en el camino bajo el látigo de los agentes, ó muertos por la fatiga y las privaciones ó diezmados por la enfermedad! ¡Cuántos tambien caen

asesinados por los tratantes mismos cuando faltan los víveres! ¡Si! cuando no se les puede alimentar, se les mata á tiros, á sablazos ó á puñaladas, y estas matanzas no dejan de ser frecuentes!

Así pues, según todos los indicios, aquel camino había sido también seguido por caravanas de esclavos. Durante una milia, Dick-Sand y sus compañeros tropezaron á cada paso con huesos esparcidos y ponían en fuga enormes chotacabras que con pesado vuelo se levantaban y revoloteaban por el aire al acercarse los viajeros.

La señora Weldon miraba sin ver. Dick-Sand temblaba que le hiciese alguna pregunta, porque conservaba la esperanza de llevarla hasta la costa sin decirle que la traición de Harris les había estraviado en una provincia africana. Por fortuna la señora Weldon no se explicaba lo que tenía ante la vista. Había querido tomar su niño, y Juanito, dormido, absorbía todos sus pensamientos. Nan marchaba á su lado, y ni la una ni la otra hicieron al joven aprendiz las preguntas que temía. El viejo Tom caminaba también con los ojos bajos comprendiendo demasiado por qué el sendero estaba á un lado y á otro cubierto de huesos humanos.

Sus compañeros miraban á derecha y á izquierda con aire de sorpresa, como si hubieran atravesado un interminable cementerio donde un cataclismo hubiera desordenado las tumbas; pero pasaban en silencio.

En tanto el lecho del riachuelo se ensanchaba y tomaba mas profundidad al mismo tiempo; su curso era menos torrencial y Dick-Sand esperaba que pronto se haría navegable ó desembocaría en algun río mas importante tributario del Atlántico.

Estaba decidido á seguir á toda costa aquella corriente de agua, y así no dudó en abandonar el sendero que trazando una línea oblicua se apartaba del riachuelo.

La caravana se aventuró, pues, otra vez por la espesura marchando con el hacha en la mano entre lianas y yerbas que formaban un tejido casi inextricable. Pero si estos vegetales obstruían el suelo, ya no estaban los viajeros en el espeso bosque que confinaba con el litoral. Los árboles iban siendo raros. Anchos campos de bambuesse levantaban tan solo sobre las yerbas, tan altas que Hércules mismo no las dominaba con la cabeza. El paso de la pequeña caravana no hubiera sido descubierto sino por la agitación de los tallos de los bambues.

Aquel día, hacía la tres de la tarde, la naturaleza del terreno se modificó absolutamente, presentándose á la vista largas llanuras que debían estar enteramente inundadas durante la estación de las lluvias. El suelo mas pantanoso se hallaba alfombrado de espesos musgos coronados ó magníficos helechos. Si se levantaba en él alguna eminencia un poco rígida, se veía aparecer la hematites parda, indicios sin duda de algun rico yacimiento de mineral.

Dick-Sand se acordó entonces muy á propósito de lo que había leído en los viajes de Livingstone, porque mas de una vez el atrevido doctor estuvo á punto de perder la vida en aquellos pantanos, muy peligrosos para el que aventura sus pies en ellos.

—Mucho cuidado, amigos míos, dijo tomando la delantera. Antes de poner el pié en el suelo, tentad si está sólido.

—En efecto, respondió Tom, parece que estos terrenos han sido inundados por la lluvia, y sin embargo, no ha habido lluvia en estos últimos días.

—No, respondió Bat, pero la tempestad no está lejos.

—Razon de más, repuso Dick Sand, para apresurarnos á pasar estos pantanos antes que estalle.—Hércules, toma otra vez al niño en brazos. Bat y Austin, vosotros ireis junto á la señora Weldon pa-

ra poder sostenerla en caso necesario, y usted señor Benedicto.... ¿Pero qué está usted haciendo, señor Benedicto?....

—Me hundo, respondió simplemente el primo Benedicto que acababa de desaparecer como si se hubiera abierto debajo de él súbitamente alguna trampa.

En efecto, el pobre hombre se había aventurado sobre un terreno muy movedizo y había desaparecido hasta la mitad del cuerpo en un barro pegajoso. Le tendieron la mano y se levantó cubierto de cieno, pero muy satisfecho de que no hubiera padecido daño alguno su preciosa caja de entomologista. Acteon se puso á su lado y tuvo por consigna evitar toda nueva caída al desgraciado miope.

Por lo demás, el primo Benedicto había escogido muy mal aquel sitio para hundirse. Cuando le sacaron del suelo fangoso, una grande cantidad de burbujas subió á la superficie y estallando dejaron escapar gases de un olor sofocante. Livingstone, que algunas veces estuvo metido en este cieno hasta el pecho, comparaba estos terrenos á un conjunto de enormes esponjas hechas de una tierra negra y porosa de donde el pié hacia saltar muchos filetes de agua. Estos parajes eran siempre peligrosos.

Por espacio de media milla Dick Sand y sus compañeros tuvieron que caminar por aquel suelo esponjoso, el cual se puso al fin tan poco transitable, que la señora Weldon se vió obligada á detenerse porque se hundía hasta media pierna en el fango. Hércules, Bat y Austin, queriendo evitarla mas todavía las molestias que la fatiga del paso al través de aquella llanura pantanosa, hicieron una litera con bambues en la cual consintió en ser llevada. Juanito fué colocado en sus brazos y se trató de atravesar lo mas pronto posible el pantano pestilencial.

Las dificultades fueron grandes. Acteon sostenía vigorosamente al primo Benedicto; Tom ayudaba á Nan, que sin él, hubiera desaparecido varias veces en el cieno; los otros tres negros llevaban la litera y á la cabeza iba Dick Sand sondeando el terreno. El sitio donde debía ponerse el pié no se elegía sin trabajo. Era preciso marchar con preferencia por los rebordes cubiertos de una yerba espesa y coriacea; pero con frecuencia faltaba el punto de apoyo y se hundían hasta las rodillas en el pantano.

En fin, hacía las cinco de la tarde acabaron de atravesarle: el suelo recobró suficiente dureza, gracias á su naturaleza arcillosa aunque se sentía la humedad todavía debajo. Evidentemente aquellos terrenos se hallaban situados de alto á bajo entre las fuentes y los rios que alimentaban, y el agua corría al través de sus poros.

En aquel momento el calor se había hecho sofocante, y hubiera sido insoportable, si espesas nubes tempestuosas no se hubieran interpuesto entre el suelo y los rayos ardientes del sol. Relámpagos lejanos comenzaban á desgarrar las nubes y los sordos mugidos del trueno retumbaban en las profundidades del cielo. Iba á estallar sin duda una formidable tempestad.

Estos cataclismos son terribles en Africa; lluvias torrenciales, rachas de viento á que no resisten los árboles mas sólidos, se suceden sin cesar; tal es la lucha de los elementos en aquella latitud. Dick Sand lo sabía perfectamente y se alarmó en gran manera porque no era posible pasar la noche á la intemperie. La llanura probablemente se inundaría y no presentaba un solo resalte sobre el cual fuera posible buscar refugio.

¿Dónde encontrar un abrigo en aquella cuenca desierta, sin un árbol, sin un arbusto? Las entrañas mismas del suelo no hubieran podido proporcionarle, porque á dos piés de la superficie se habría encontrado el agua.

Sin embargo, hacía el Norte una serie de colinas

poco elevadas parecían limitar la llanura pantanosa, presentándose como si fuera el borde de aquella depresión del terreno. Algunos árboles sobresalían en una zona mas clara formada por las nubes en la línea del horizonte.

Allí, si no había abrigo, por lo ménos la caravana no corría el riesgo de la inundación posible: allí quizá estaba la salvación de todos.

—¡Adelante, amigos míos! ¡adelante! repetía Dick Sand; tres millas mas y estaremos mas seguros que aquí.

—¡Adelante! ¡adelante! gritó Hércules.

El valiente negro hubiera querido tomar todo el mundo en sus brazos y llevarlo él solo.

Estas palabras entusiasmaron á aquellos hombres valerosos, y á pesar de las fatigas de una jornada de marcha, se adelantaron mas de prisa que al principio.

Cuando estalló la tempestad, el sitio á donde se dirigían no estaba sino á dos millas de distancia. Sin embargo, la lluvia no acompañó, cosa mas terrible aun, á los primeros relámpagos que despidieron las nubes y cambiaron la electricidad entre ellos y la tierra. La oscuridad se hizo casi completa aunque el sol no había desaparecido todavía debajo del horizonte. La cúpula de vapores se fue bajando poco á poco como si hubiera amenazado un hundimiento, que debía por fin resolverse, en una lluvia torrencial. Relámpagos rojos ó azules la surcaban en mil parajes y envolvían la llanura en una inmensa red de fuegos.

Veinte veces Dick Sand y sus compañeros corrieron el riesgo de ser heridos del rayo, porque en aquella llanura desprovista de árboles formaban los únicos puntos salientes que podían atraer las descargas eléctricas. Juan despertado por el ruido de los truenos se escondió entre los brazos de Hércules. Tenía miedo el pobre niño, pero no quería que su madre lo conociera por no afligirla mas. Hércules marchando á grandes pasos le consolaba como mejor podía.

—No tenga usted miedo, Juanito, le repetía; si cae un rayo yo le cortaré por la mitad de una sola manotada. Soy mas fuerte que él.

Verdaderamente la fuerza del gigante tranquilizaba un poco á Juanito.

Sin embargo, la lluvia no podía tardar en caer y entonces las nubes condensándose verterían el agua á torrentes. ¿Qué sería de la señora Weldon y de sus compañeros si no encontraban abrigo?

Dick Sand se detuvo un instante junto al viejo Tom.

—¿Qué hacer? dijo.

—Continuar nuestra marcha, señor Dick, respondió Tom; no podemos permanecer en la llanura que vá á ser inundada por la lluvia.

—No, Tom, no; pero dónde buscar abrigo? ¿dónde encontrar aunque no fuese mas que una cabaña?...

Dick Sand se interrumpió bruscamente porque un relámpago mas blanco que los demás acababa de iluminar la llanura toda.

¿Qué veo allí, á un cuarto de milla? exclamó el joven aprendiz.

—Yo tambien he visto algo, respondió el viejo Tom, moviendo la cabeza.

—¿Un campamento, no es verdad?

—Sí, señor Dick,.... debe ser un campamento..... pero un campamento de indígenas....

Un nuevo relámpago permitió observar mas claramente aquel campamento que ocupaba una parte de la inmensa llanura.

Allí, en efecto, se levantaba un centenar de tiendas cónicas simétricamente colocadas y que medían cada una de 12 á 15 piés de altura. Por lo demás, no se veía ni un solo soldado. ¿Estaban encerrados en sus tiendas para dejar pasar la tempestad ó estaba el campamento abandonado?

En el primer caso, Dick Sand, cualesquiera que fuesen las amenazas del cielo, debía huir de aquel sitio á toda prisa. En el segundo, quizá estaba allí el abrigo que buscaba.

—Yo lo sabré, se dijo á sí propio.

Y luego, dirigiéndose al viejo Tom, añadió;

—Permaneced aquí y que nadie me siga. Yo iré á reconocer ese campamento.

—Deje usted que uno de nosotros le acompañe, señor Dick.

—No, Tom, yo iré solo para acercarme sin que me vean. Quedaos aquí.

La pequeña caravana que seguía á Tom y á Dick Sand, hizo alto. El joven aprendiz se adelantó inmediatamente y desapareció en medio de la oscuridad, que era profunda, cuando los relámpagos no desgarraban las nubes. Ya comenzaban á caer algunas gotas de lluvia.

—¿Qué hay? preguntó la señora Weldon cuando se acercó el viejo negro.

—Hemos visto un campamento, señora Weldon, respondió Tom; un campamento.... ó quizá una aldea, y nuestro capitán ha querido ir á reconocerla antes de dirigirnos á ella.

La señora Weldon se contentó con esta respuesta. Tres minutos despues Dick Sand estaba de vuelta.

—¡Venid! ¡venid! gritó con voz que espresaba grande alegría.

—¿El campamento está abandonado? preguntó Tom.

—No es un campamento, respondió el joven aprendiz; ni tampoco un pueblo. Son hormigueros.

—¿Hormigueros? exclamó el primo Benedicto, á quien aquella palabra hizo salir de su mutismo.

—Sí, señor Benedicto; pero hormigueros de doce piés de altura por lo ménos, y en los cuales trataremos de escondernos.

—Pero entonces, repondió el primo Benedicto; serán hormigueros del termita belicoso ó del termita devorador. Solo esos insectos de génio levantan monumentos semejantes que envidian los mejores arquitectos.

—Que sean termitas ó nó, señor Benedicto, respondió Dick Sand; es preciso desalojarlos y ocupar su lugar.

—Nos devorarán y estarán en su derecho.

—¡En marcha! ¡en marcha!

—Pero aguarde usted, dijo el primo Benedicto; yo creía que esos hormigueros no existían mas que en Africa?..

—¡En marcha! gritó por última vez Dick Sand con una especie de violencia, tanto temía que la señora Weldon hubiera oído las últimas palabras pronunciadas por el entomologista.

Siguieron todos á Dick Sand con la celeridad posible. Un viento furioso se levantó entonces; gruesas gotas resonaban sobre el suelo; en pocos instantes las rachas debían ser insoportables.

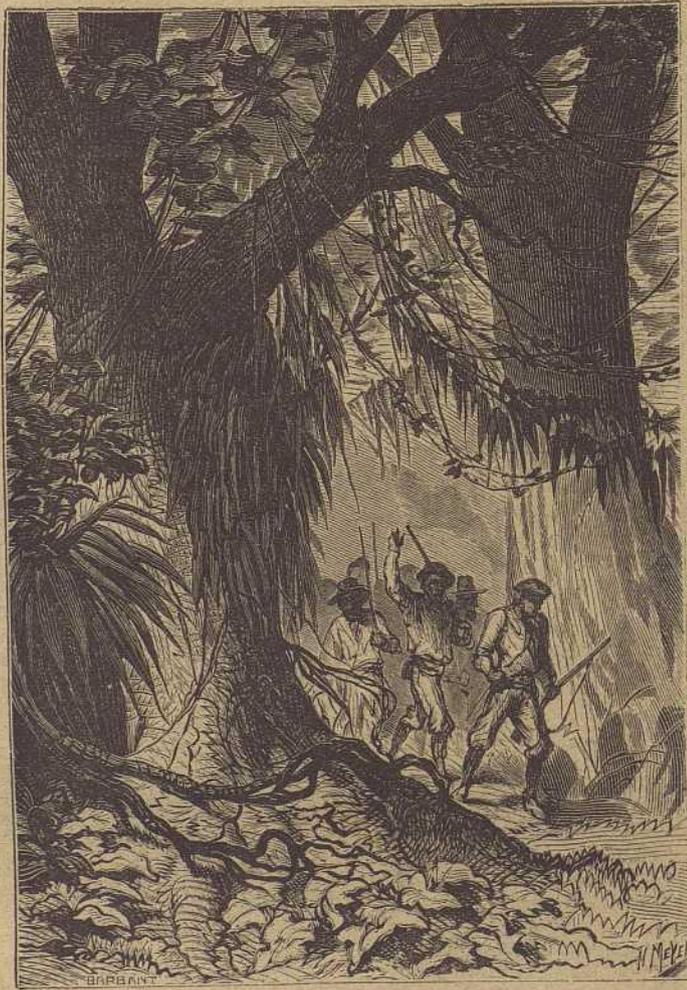
Pronto llegaron á uno de aquellos conos que herizaban la llanura, y por temible que fueran los termitas no había medio de vacilar.

Sino era posible desalojarlos, era necesario por lo menos apoderarse de su morada y vivir con ellos.

En la base del cono, hecha de una especie de arcilla rojiza, se abría un agujero bastante estrecho, que Hércules ensanchó con su machete en pocos instantes, de modo que pudiera dar paso á un hombre como él.

Con gran sorpresa del primo Benedicto no se manifestó ni uno solo de los millares de termitas que hubieran debido ocupar el hormiguero: el cono parecía abandonado.

Ensanchado el agujero, Dick Sand y sus compañeros entraron y Hércules el último, en el momento en que la lluvia empezaba á caer con tal furia, que parecía querer apagar los relámpagos.



—En marcha, gritó por última vez Dick Sand.

Pero no había nada que temer de aquellas ráfagas de viento y lluvia. Una feliz casualidad había proporcionado á la pequeña caravana aquel abrigo sólido, mejor que una tienda y mejor también que una cabaña de indígenas.

Era uno de esos conos de termitas que, según la comparación del teniente Cameron, atendida la pequeñez de los insectos que le han construido, son más admirables que las pirámides de Egipto, levantadas por la mano del hombre: «Es, dice, como si un pueblo hubiera edificado el monte Everest, uno de los más altos de la cadena del Himalaya.

## CAPITULO V.

### LECCION SOBRE LAS HORMIGAS EN UN HORMIGUERO.

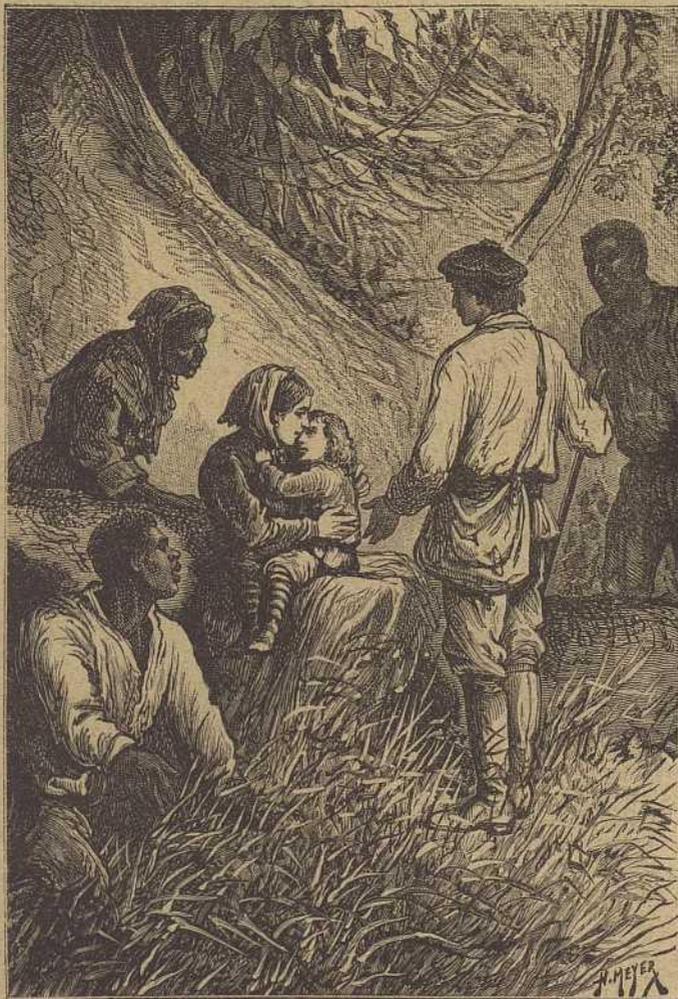
En aquel momento la tempestad estallaba con una violencia desconocida en las latitudes templadas.

Era providencial que Dick Sand y sus compañeros hubieran encontrado aquel refugio.

En efecto, la lluvia no caía en gotas diferentes,

sino en filetes de agua, de un espesor variable. Algunas veces era una masa compacta que formaba sábanas, como una catarata, como un Niágara. Figurémonos un estanque aéreo que contuviera todo el mar, y que se vertiera de repente sobre la tierra. Bajo tales diluvios el suelo se abre, las llanuras se cambian en lagos, los arroyos se convierten en torrentes, los ríos desbordados inundan vastos territorios; y es que, al contrario de lo que sucede en las zonas templadas donde la violencia de las tempestades está en razón inversa de su duración, en Africa, por fuertes que sean, continúan durante días enteros. ¿Cómo pueden las nubes almacenar tanta electricidad? ¿Cómo pueden acumular tantos vapores? Es difícil comprenderlo. Sin embargo, eso sucede, y el viajero que atraviesa aquellos sitios puede creerse transportado á las épocas extraordinarias del período diluviano.

Por fortuna, el hormiguero, hecho de paredes muy espesas, era perfectamente impermeable. Una cabaña de castores, de tierra bien batida, no hubiera sido más seca. Un torrente hubiera podido pasar por en-



En aquel momento Juanito se despertó y echó los brazos al cuello de su madre.

cima sin que una sola gota de agua se hubiera filtrado al través de sus poros.

Luego que Dick Sand y sus compañeros tomaron posesion del cono, se ocuparon en reconocer sus disposiciones interiores. Encendieron el farol, y el hormiguero se iluminó de un modo suficiente. El cono, que tenía 12 pies de altura por dentro, media 11 de anchura, salvo en su parte superior, que se redondeaba en forma de pan de azúcar. Por todas partes el espesor de las paredes era de un pie, poco mas ó menos, y existía un hueco entre los diversos pisos de las celdillas que le formaban.

Por mas que sea admirable la construccion de semejantes monumentos, debidos á industriosas falanges de insectos, no es menos cierto que se encuentran con frecuencia en el interior del Africa. Smeathman, viajero holandés del siglo último, ocupó una vez con cuatro de sus compañeros la cima de uno de estos conos. En el Lunde, Livingstone observó varios hormigueros hechos de arcilla roja y de 15 á 20 pies de altura. El teniente Cameron muchas veces tomó por campamentos aquellas aglomeraciones de conos

que herizaban la llanura en el Nangüe, y una vez se detuvo al pie de verdaderos edificios, no ya de 20 pies, sino de 40 y 50; enormes conos redondeados y flanqueados de otros mas pequeños y delgados, como los pequeños campanarios de una catedral. Tales son los hormigueros del Africa meridional.

¿A qué especie de hormiga se debía la construccion prodigiosa de estos hormigueros?

«Al termita belicosa,» habia dicho sin vacilar el primo Benedicto, luego que habia reconocido la naturaleza de los materiales empleados en su construccion.

Y en efecto, las paredes, como hemos dicho, estaban formadas de arcilla rojiza. Si hubieran sido de tierra de aluvion, gris ó negra, habria habido que atribuirlos al *termes mordax* ó al *termes atrox*. Como se ve, estos insectos tienen nombres poco tranquilizadores, que no podian agradar mas que á un entomologista entusiasta como era el primo Benedicto.

La parte central del cono, en la cual la pequeña caravana habia encontrado asilo, y que formaba el hueco interior, no hubiera bastado para contenerla;

pero grandes cavidades superpuestas, formaban otros tantos departamentos, en que una persona de mediana corpulencia podía encajarse. Imagínese una *serie* de cajones abiertos, en cuyo fondo había millones de alvéolos, que habían estado ocupados por los termitas, y se tendrá una idea exacta de la disposición interior del hormiguero. Aquellos cajones se hallaban uno sobre otro como las literas de los camarotes de un buque, y en los superiores fue donde la señora Weldon, Nan, Juanito y el primo Benedicto pudieron refugiarse. En las inferiores se encajaron Austin, Bat y Acteon, mientras Dick Sand, Tom y Hércules se quedaron en la parte mas baja del cono.

—Amigos míos, dijo entonces el joven aprendiz á los dos negros; el suelo comienza á impregnarse de agua, y es preciso ponerle seco sacando arcilla de la base; pero tengamos cuidado de no obstruir la entrada por donde penetra el aire exterior, no vayamos á ahogarnos en este hormiguero.

—Una noche pronto se pasa, respondió el viejo Tom.

—Pues bien, tratemos de aprovecharla para descansar. Ya hace diez días que no hemos dormido á cubierto.

—¡Diez días! repitió Tom.

—Por lo demás, añadió Dick Sand, pues que este cono forma un sólido abrigo, quizá convendrá que permanezcamos en él veinticuatro horas. Entre tanto yo iré á reconocer el río que buscamos, y que no puede estar lejos. Pienso también que hasta el momento en que hayamos construido una balsa, valdría mas no dejar este sitio donde no puede alcanzarnos la tempestad. Pongamos, pues, el suelo mas resistente y mas seco.

Las órdenes de Dick Sand fueron ejecutadas prontamente. Hércules con su hacha hizo caer el primer piso de alvéolos, que se componía de arcilla bastante menuda, y levantó así un pie mas la parte inferior del suelo sobre el terreno pantanoso en que descansaba el hormiguero, y Dick Sand se aseguró de que el aire podía penetrar libremente en el interior del cono, al través del orificio abierto en su base.

Era, sin duda, una circunstancia feliz que el hormiguero hubiera sido abandonado por los termitas. Con algunos millares de estas hormigas hubiera sido inhabitable. ¡Pero había sido evacuado desde largo tiempo, ó acababan de abandonarlo aquellos voraces neurópteros? No era superfluo resolver esta cuestión.

El primo Benedicto la había planteado desde luego; tanto le había sorprendido aquel abandono, y pronto se convenció de que la emigración era reciente.

En efecto, no tardó en bajar á la parte inferior del cono, y allí alumbrado por el farol, se puso á registrar los rincones mas secretos del hormiguero. Entonces descubrió lo que él llamaba el almacén general de los termitas; es, decir, el sitio donde estos industriosos insectos amontonaban las provisiones de la colonia. Era una cavidad abierta en la pared, no lejos de la celda real, que, á consecuencia del trabajo de Hércules, había desaparecido al mismo tiempo que las celdillas destinadas á las jóvenes larvas.

En aquel almacén el primo Benedicto recogió cierta cantidad de partículas de goma y de jugos de plantas apenas solidificados, lo que probaba que los termitas les habían llevado del exterior muy recientemente.

—Pues bien, no, exclamó como si respondiese á alguna contradicción que su mente le hubiera sugerido; no, este hormiguero no ha sido abandonado sino desde hace muy poco.

—¿Quién le dice á usted lo contrario, señor Benedicto? preguntó Dick Sand. Recientemente ó no, lo importante para nosotros es que los termitas lo hayan dejado para que podamos ocupar su lugar.

—Lo importante, respondió el primo Benedicto, sería saber por qué razones lo han dejado. Ayer, esta mañana misma, esos sagaces neurópteros lo habitaban todavía porque aquí hay jugos líquidos, y por la tarde.....

—¿Pero qué quiere usted deducir de ahí, señor Benedicto? preguntó Dick Sand.

—Que un presentimiento secreto ha debido obligarles á abandonar el hormiguero. No solamente no ha quedado en las celdillas ninguno de esos termitas, sino que han llevado su prevision hasta el punto de llevarse consigo las jóvenes larvas, pues que yo no he podido encontrar una sola. Repito que todo esto no se hace sin motivo y que esos perspicaces insectos preveían algun peligro próximo.

—Preveían que íbamos á invadir su morada, dijo Hércules riendo.

—¿De veras? dijo el primo Benedicto á quien esta respuesta del valiente negro incomodó sensiblemente. ¿Se cree usted tan fuerte que pueda ofrecer peligro á esos insectos? Algunos millares de ellos le reducirían á usted prontamente al estado de esqueleto si le encontraran muerto en su camino.

—Muerto no lo dudo, respondió Hércules que no quería rendirse; pero vivo, yo aplastaría muchos millares.

—Usted aplastaría cien mil, quinientos mil, un millón, replicó el primo Benedicto animándose; pero no mil millones, y mil millones le devorarían vivo ó muerto hasta la última partícula.

Durante esta discusión que era menos ociosa de lo que hubiera podido creerse, Dick Sand reflexionaba en la observación que había hecho el primo Benedicto. Era indudable que éste conocía las costumbres de los termitas bastante para no engañarse en sus observaciones, y si afirmaba que un secreto instinto les había impulsado á abandonar el hormiguero, poco antes de la llegada de la caravana, era que en verdad había peligro en permanecer en él.

Sin embargo, como no podía tratarse de dejar aquel abrigo en un momento en que la tempestad se desencadenaba con sin igual intensidad, no trató de buscar por mas tiempo la explicación de lo que parecía bastante inexplicable y se contentó con responder:

—Pues bien, señor Benedicto, si los termitas no han dejado sus provisiones en este hormiguero, no olvidemos que nosotros hemos traído las nuestras y cenemos. Mañana, cuando la tempestad haya cesado, veremos el partido que se debe tomar.

Ocupáronse entonces en preparar la cena porque el cansancio, aunque grande, no había podido alterar el apetito de aquellos vigorosos andarines, antes al contrario, y las conservas que debían bastarles para dos días fueron bien acogidas. La galleta no había tomado humedad y durante algunos minutos, se pudo oír el ruido de los dientes sólidos de Dick Sand y de sus compañeros que la trituraban. Entre las mandíbulas de Hércules, la galleta era como el grano bajo la rueda del molino; no trituraba; pulverizaba.

Solo la señora Weldon comía muy poco y eso porque Dick Sand la animaba á cada momento. Parecía que aquella valerosa mujer estaba mas triste que nunca; sin embargo, Juanito se había mejorado; el acceso de fiebre no había vuelto y en aquel momento descansaba á la vista de su madre en su alveolo bien cubierto de ropas. Dick Sand no sabía qué pensar de aquel aumento de tristeza.

Es inútil decir que el primo Benedicto hizo honor á la cena, no porque se cuidase de la calidad ni de la cantidad de los comestibles que devoraba, sino porque había encontrado ocasion favorable de dar una lección de entomología relativamente á los termitas. ¡Ah! ¡Si hubiera podido encontrar un termita, uno solo en el hormiguero abandonado! ¡Pero, nada!

—Estos admirables insectos, dijo sin cuidarse de

saber si le escuchaban ó no, pertenecen al órden maravilloso de los neurópteros, cuyas antenas son mas largas que la cabeza, las mandíbulas muy distintas y las alas inferiores por lo general, iguales á las superiores. Cinco géneros constituyen este órden, los panopartos, los mirmelones, los hemerovios, los termitines y los peridos. Escusado es decir que los insectos cuya casa indebidamente quizá ocupamos, pertenecen al género de los termitines.

En aquel momento, Dick Sand escuchaba muy atentamente al primo Benedicto. ¿El encuentro de aquellos termitas había despertado en él el pensamiento de que estaban en el continente africano sin saber por qué fatalidad habían podido llegar á él? El jóven aprendiz estaba muy deseoso de hallar la explicación de aquella fatalidad.

El primo Benedicto, una vez empeñado en su tema favorito continuó dando rienda suelta á su saber.

—Ahora bien, estos termitines, dijo, están caracterizados por cuatro artículos en los tarsos, mandíbulas córneas y de un vigor notab'e. Entre ellos existe la familia mantispa, la familia rafibia, la familia termita conocida generalmente con el nombre de hormigas blancas, el termita fatal, el termita de co-selete amarillo, el termita lucifogo, el mordaz, el destructor.....

—¿Y los que han construido este hormiguero?..... preguntó Dick Sand.

—Pertenecen á la familia de los termitas belicosos, respondió el primo Benedicto, que pronunció este nombre como hubiera pronunciado el de los Macedonios ó de cualquiera otro pueblo antiguo valiente en la guerra; sí, y de los belicosos de gran tamaño. Entre Hércules y un enano, la diferencia sería menor que la que hay entre el mayor de estos insectos y el mas pequeño. Si hay entre ellos obreros de cinco milímetros de longitud hay soldados de diez milímetros, machos y hembras de veinte, y aun se encuentra tambien una especie muy curiosa llamada de los sirafues que tienen media pulgada de longitud, tenazas por mandíbulas y una cabeza mas gorda que el cuerpo como los tiburones. Son los tiburones de los insectos, y en una lucha entre los sirafues y un tiburón, yo apostaría por los primeros.

—¿Y dónde se observan mas comunmente esos sirafues? preguntó Dick Sand.

—En Africa, respondió el primo Benedicto, en las provincias centrales y meridionales; porque el Africa es por esencia el país de las hormigas. Sobre esto debe leerse lo que dice Livingstone en las últimas notas que ha traído Stanley. El, doctor mas feliz que yo, pudo asistir á una batalla homérica librada entre un ejército de hormigas negras y otro de hormigas rojas. Estas que se llaman *acometedoras* y á las cuales los indigenas dan el nombre de sirafues, fueron las victoriosas. Las otras, llamadas *chungues*, emprendieron la fuga llevándose sus larvas y sus hijuelos, no sin haberse defendido valerosamente. Jamas, dice Livingstone, jamás el entusiasmo de la batalla se ha llevado mas lejos ni en el hombre ni en el animal. Estos sirafues con su tenaz mandíbula, que aranca la parte donde muere, hacen retroceder al hombre mas valiente. Los animales de mayor tamaño, leones, elefantes, huyen de estas hormigas á las cuales nada detiene, ni los árboles por donde trepan hasta la cima, ni los rios, pues los pasan haciendo un puente con sus propios cuerpos unidos uno á otro. En cuanto al número, otro viajero africano, Du Chaillu ha visto desfilar por espacio de doce horas una columna de estas hormigas que caminaban con bastante celeridad. ¿Por qué admirarse de tanta multitud. La fecundidad de estos insectos es sorprendente, y hablando solo de los termitas belicosos, se ha probado que una hembra pone hasta sesenta

mil huevos por dia. Asi es que estos neurópteros proporcionan á los indigenas un alimento succulento. Las hormigas asadas, amigos míos, son un manjar que no lo hay mejor en el mundo.

—¿Las ha comido usted, señor Benedicto? preguntó Hércules.

—Nunca, respondió el sábio profesor, pero las comeré.

—¿Dónde?

—Aquí.

—Aquí no estamos en Africa, dijo vivamente Tom.

—No..... no....., respondió el primo Benedicto. Sin embargo, hasta ahora estos termitas belicosos y sus hormigueros no han sido observados mas que en el continente africano. ¡Qué cosas tienen los viajeros! ¡No saben ver! En fin, tanto mejor; yo he descubierto ya un tsetse en América, y á esta gloria uniré la de haber señalado los termitas belicosos en el mismo continente. ¡Qué datos para una memoria que causará sensacion en la Europa científica ó quizá para algun tomo en folio con láminas y grabados en el texto!....

Era evidente que la verdad no había penetrado en el cerebro del primo Benedicto. El pobre hombre y todos sus compañeros, á escepcion de Dick Sand y Tom, se creían y debían creerse en un sitio donde no estaban, y para desengañarlos, eran necesarios otros hechos mucho mas graves que ciertas curiosidades científicas.

Eran las nueve de la noche. El primo Benedicto había hablado largo tiempo. ¿Había notado que sus oyentes acomodados en sus alveolos se habían ido durmiendo poco á poco durante su leccion de entomología? No sin duda; daba sujecion para sí mismo. Dick Sand no le preguntaba y permanecía inmóvil aunque no dormía, y Hércules, aunque había resistido mas que los otros, acabó por cerrar los ojos á fuerza de cansancio y con ellos los oidos.

El primo Benedicto continuó todavia disertando por algun tiempo. Sin embargo, el sueño le venció al fin y subió á la cavidad superior del cono, en el cual había elegido su domicilio.

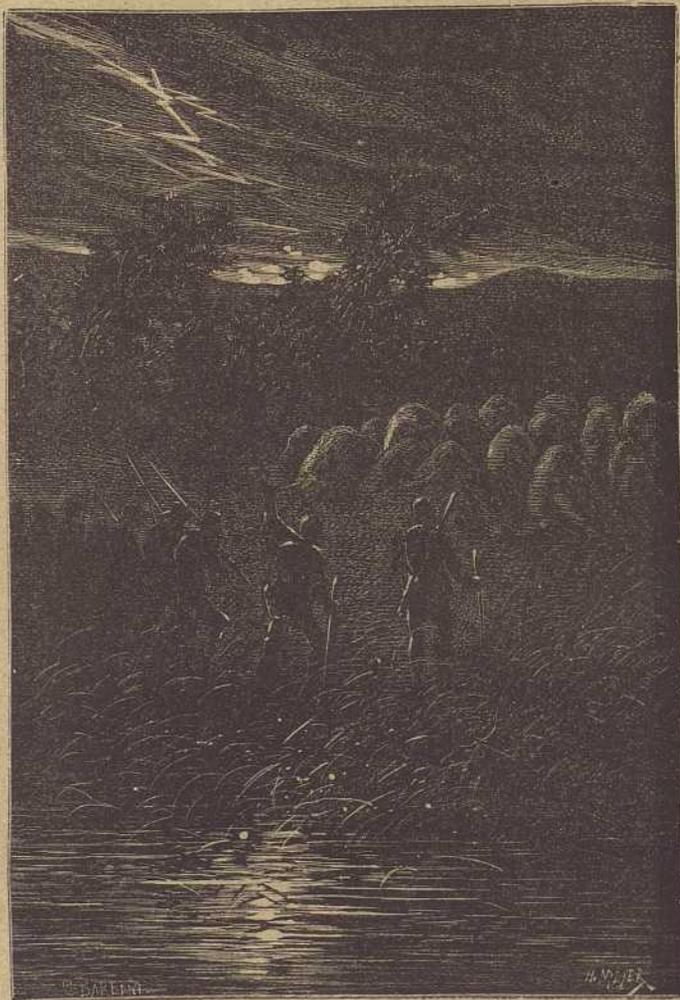
Establecióse entonces un profundo silencio en el interior del hormiguero mientras la tempestad llenaba el espacio de ruidos y relámpagos, sin que nada pareciese indicar que el cataclismo estuviese próximo á concluir.

El farol se había apagado, el interior del cono estaba sumergido en una oscuridad completa.

Todos dormían sin duda; Dick Sand era el único que no buscaba en el sueño el reposo que sin embargo le era tan necesario. Su pensamiento le absorbía. Pensaba en sus compañeros á quienes quería salvar á toda costa. El naufragio del *Pilgrim* no había señalado el fin de las pruebas crueles á que estaba sometido. Otras mas terribles les amenazaban si caían en manos de los indigenas.

¿Y cómo evitar este peligro, el peor de todos, durante el viaje de regreso hácia la costa? Evidentemente, Harris y Negoro no les habían llevado á cien millas por el interior de Angola, sin un designio secreto de apoderarse de ellos. ¿Pero qué meditaba aquel miserable portugués? ¿A quién se dirigía su odio? El jóven aprendiz se decía á sí mismo una y otra vez que él solo había podido incurrir en su aborrecimiento y pasaba revista á todos los incidentes que habían señalado la travesía del *Pilgrim*, el encuentro del casco y de los negros que conducía, la persecucion de la ballena, la desaparicion del capitán Hull y de su tripulacion.

Dick Sand se encontraba entonces á la edad de quince años, en cargo del mando de un buque, al cual la brújula, y la corredera iban á faltarle por la criminal manobra de Negoro. Contemplábase ejer-



Un nuevo relámpago permitió observar más distintamente aquel campamento.

ciendo un acto de autoridad respecto del insolente cocinero, amenazándole con cargarle de hierro ó levantarle la tapa de los sesos de un tiro de revolver. ¡Ah! ¿por qué había vacilado su mano? El cadáver de Negro nos hubiera sido arrojado al mar y se habrían evitado muchas catástrofes.

Tal era el curso de los pensamientos del joven aprendiz. Después se detenía un instante en el naufragio que había terminado la travesía del *Pilgrim*. El traidor Harris se le aparecía entonces y aquella provincia de la América meridional se transformaba poco á poco. La Bolivia se convertía en la Angola terrible con su clima febril, con sus fieras y sus indígenas, mas feroces todavía. La pequeña caravana ¿podría librarse de tantos peligros en su vuelta á la costa? ¿Aquel río que Dick Sand buscaba y que esperaba encontrar le conduciría al litoral con mas seguridad y con menos fatiga? No quería dudarle porque sabía que una marcha de cien millas por aquel país inhospitalario rodeados de peligros incansables, no era posible.

—Por fortuna, se decía, la señora Weldon y todos

ignoran la gravedad de la situación y solamente el viejo Tom y yo sabemos que Negro nos ha arrojado á la costa de Africa y que Harris nos ha traído al interior de Angola.

Aquí llegaba Dick Sand en sus tristes pensamientos cuando sintió una especie de soplo que pasaba sobre su frente. Una mano se apoyó en su hombro y una voz conmovida murmuró estas palabras á su oído.

—Lo sé todo, pobre Dick, pero Dios puede todavía salvarnos. Hágase su voluntad.

## CAPITULO VI.

### LA CAMPANA DEL BUZO;

A esta revelación inesperada Dick Sand no hubiera podido responder. Por otra parte la señora Weldon, se había vuelto á su sitio cerca de Juanito. Evidentemente no quería decir mas, y el joven aprendiz no hubiera tenido valor para detenerla.

Así la señora Weldon lo sabía todo. Los diversos

indicentes del camino la habían iluminado también, y quizá la palabra Africa, tan desdichadamente pronunciada el día anterior por el primo Benedicto.

—La señora Weldon lo sabe todo, repitió Dick Sand; pues bien quizá vale más que lo sepa. Esa valerosa mujer no se desespera, tampoco yo he de perder la esperanza.

Dick Sand deseaba con impaciencia que amaneciera para poder explorar los alrededores de aquella aldea de termitas. Era preciso encontrar un río tributario del Atlántico, que tuviera un rápido curso para trasportar toda su pequeña caravana, y tenía como el presentimiento de que aquella corriente de agua no debía estar lejana. Lo que necesitaba sobre todo, era evitar el encuentro de los indígenas, quizá lanzados ya en su persecución bajo la dirección de Harris y de Negro.

Pero el día no venía; ningún resplandor entraba por el orificio inferior en el cono. Los ruidos del trueno que por el espesor de las paredes parecían sordos indicaban que la tempestad no cedia. Prestando oído Dick Sand oía caer la lluvia con violencia en la base del hormiguero y como las grandes gotas no chocaban ya con un suelo duro, era preciso deducir de aquí que toda la llanura estaba inundada.

Debían ser las once de la noche sobre poco más ó menos. Dick Sand sintió entonces que una especie de sopor, si no un verdadero sueño se apoderaba de sus sentidos. De todos modos descansaría; pero en el momento de ceder á su somnolencia, le ocurrió el pensamiento de que pudiera obstruirse el orificio inferior si se acumulaba tierra de resultados de la tormenta. En tal caso, no pudiendo entrar el aire, la respiración de diez personas iba á viciarse la atmósfera interior muy en breve, cargándola de ácido carbónico.

Por consiguiente, Dick Sand se dejó resbalar hasta el suelo, que había sido levantado con la arcilla del primer piso de alveolos. El suelo estaba entonces perfectamente seco y el orificio abierto. El aire penetraba libremente en el interior del cono, y con él algunos resplandores de fulguraciones y las sonoridades vivas de aquella tempestad que no podía apagarse ni aun con el diluvio de agua que caía.

Dick Sand vió que todo iba bien. Ningun peligro parecía amenazar inmediatamente á los termitas humanos que habían remplazado á la colonia de neurópteros. Pensó pues en reponerse con algunas horas de sueño cuya influencia ya sentía.

Mas por una suprema precaución se tendió sobre la arcilla en la base del cono al alcance del estrecho orificio. De esta manera ningun accidente podía presentarse en el exterior sin que fuese el primero en advertirlo. Cuando viniera el día, la claridad le despertaría también y podría comenzar la exploración de la llanura.

Se tendió pues con la cabeza arrimada á la pared, el fusil en la mano y casi inmediatamente se quedó dormido.

Lo que duró su sueño no hubiera podido decirlo: sintió una viva sensación de frescura y despertó.

Levantóse y observó no sin grande ansiedad, que el agua invadía el hormiguero y tan rápidamente que en breves momentos debía llegar hasta los alveolos que ocupaban Tom y Hércules.

Estos despertados por Dick Sand se hicieron cargo al momento de la nueva complicación.

Encendióse el farol que alumbró inmediatamente el interior del cono.

El agua se había detenido á una altura de cinco pies.

—¿Qué hay Dick? preguntó la señora Weldon.

—No es nada respondió el jóven aprendiz; la parte inferior del cono se ha inundado. Es probable que durante la tempestad algun río cercano se haya desbordado por la llanura.

—¡Bueno! dijo Hércules; eso prueba que tenemos cerca un río.

—Sí, respondió Dick Sand; y ese río es el que nos llevará á la costa. Tranquílcese usted, señora Weldon, el agua no puede llegar hasta usted, ni hasta Juanito, Nan y el señor Benedicto.

La señora Weldon no respondió; el primo Benedicto dormía como un verdadero termita.

Entre tanto los negros inclinados sobre el agua que reflejaba la luz del farol, esperaban que Dick Sand, que media la altura de la inundación, les indicase lo qué convenia hacer.

Dick Sand se ocupó primero en poner las provisiones y las armas fuera del alcance de la inundación.

—¿Ha penetrado el agua por el orificio? dijo Tom.

—Sí respondió, Dick Sand y ahora impide que se renueve el aire interior.

—¿No podríamos hacer una abertura en la pared por cima del nivel del agua? preguntó el viejo negro.

—Sin duda... Tom; pero si tenemos cinco pies de agua en el interior, hay quizá seis ó siete... ó mas... en el exterior.

—¿Cree usted eso? señor Dick.

—Creo Tom que el agua, subiendo en el interior del hormiguero ha debido comprimir el aire en la parte superior y que este aire es el que impide que suba todavía más. Pero si hacemos una abertura en la pared para que el aire se escape, ó bien el agua subirá hasta llegar al nivel exterior, ó si pasa de la abertura subirá hasta el punto en que pueda contenerla otra vez el aire comprimido. Debemos estar aquí como están los obreros en una campana de buzo.

—¿Y qué hacer entonces? preguntó Tom.

—Reflexionar mucho antes de tomar un partido, respondió Dick Sand, porque una imprudencia podría costarnos la vida.

La observación del jóven aprendiz era muy justa; comparando el cono con una campana de buzos sumergida, había tenido razón; pero en estos aparatos el aire se renueva incesantemente por medio de bombas, los buzos respiran convenientemente y no sufren ninguna molestia, más que la que puede resultar de una permanencia demasiado prolongada en una atmósfera comprimida que no tiene la presión normal.

Pero en el hormiguero además de este inconveniente, el espacio quedaba reducido en una tercera parte por la invasión del agua, y el aire no podía renovarse sino por una abertura que le pusiera en comunicación con la atmósfera exterior.

—¿Podría practicarse esa abertura sin correr el riesgo que había indicado Dick Sand? ¿Una vez practicada no se agravaría la situación?

Lo cierto era que el agua se mantenía entonces á un nivel del cual no pasaría sino por una de dos cosas ó porque se abriese un agujero y el nivel de la inundación fuera superior en el exterior ó porque la inundación creciese. En ambos casos no quedaria en el interior del cono mas que un espacio estrecho en que el aire no renovado se comprimiria mas y más.

—¿Pero el hormiguero no podía ser arrancado del suelo y derribado por la inundación que se llevaria entonces á sus habitantes?

No, el hormiguero era tan sólido como una cabaña de castores y estaba tan firmemente adherido á su base.

Así pues lo que constituía el peligro mas temible era la persistencia de la tempestad y por tanto la subida de la inundación. Treinta pies de agua en la llanura hubieran podido cubrir el cono con diez y ocho pies de exceso y hubieran comprimido el aire en el interior bajo la presión de una atmósfera.

Todo bien meditado, Dick Sand temió que la inundación hubiera tomado un desarrollo considerable. Y en efecto no debía proceder tan solo del diluvio que vertían las nubes. Parecía mas probable que un río de los alrededores, aumentado por la tempestad, hubie-

se salido de su cauce y se hubiera extendido por las llanuras inmediatas; lo cual probaba que el hormiguero no estaba entonces enteramente sumergido y que no era ya posible salir de él ni siquiera por su parte superior, fácil de demoler en breve tiempo.

Dick Sand muy alarmado, reflexionaba sobre lo que debía hacer. ¿Debería apresurar ó esperar el desenlace de la situación despues de haber reconocido el estado de las cosas?

Eran las tres de la mañana; todos inmóviles y silenciosos escuchaban los ruidos del exterior que llegaban bastante debilitados al través del orificio obstruido. Sin embargo un sordo rumor, estenso y continuo indicaba que la lucha de los elementos no habia cesado.

En aquel momento el viejo Tom hizo notar á sus compañeros que el nivel del agua iba subiendo poco á poco.

—Es verdad, respondió Dick Sand, y si el agua sube aunque el aire no pueda escaparse por ningun resquicio, es señal de que la crecida aumenta y le comprime más y más.

—Hasta ahora la subida es poca, dijo Tom.

—Sin duda, respondió Dick Sand; ¿pero donde se detendrá?

—Señor Dick, preguntó Bat, ¿quiere usted que salga del hormiguero? ¿Sumergiéndome en el agua y buscando la abertura podré salir...

—Vale más que lo intente yo, respondió Dick Sand.

—No señor, Dick, respondió vivamente el viejo Tom. Deje usted que vaya mi hijo y fiese en su habilidad. Sino pudiera volver, la presencia de usted es necesaria aquí.

Despues añadió por lo bajo:

—No olvide usted á la señora Weldon y á Juanito.

—Está bien, respondió Dick Sand; que vaya Bat. Si el hormiguero está sumergido no trates de volver, ya procuraremos salir lo mismo que tú lo has hecho. Pero si el cono sobresale todavía de las aguas, haz la señal dando grandes golpes en la parte superior con el hacha que vés á llevar. Te oiremos y será para nosotros la señal de hacer una abertura por ese lado ¿Has comprendido?

—Sí, señor Dick, respondió Bat.

—Anda hijo mio, añadió el viejo Tom, y estrechó la mano de su hijo.

Bat despues de haber hecho una buena provision de aire para una larga aspiracion, se sumergió en la masa líquida cuya profundidad era entonces mayor de cinco pies. La tarea de que se habia encargado era difícil, pues que tenia que buscar la abertura inferior, pasar por ella y despues subir á la superficie exterior de las aguas. Era, pues, necesario ejecutarla en muy poco tiempo.

Trascurrió cerca de medio minuto. Dick Sand pensaba ya que Bat habia logrado salir por el orificio, cuando el negro sacó la cabeza entre las aguas.

—¿Qué hay? exclamó Dick Sand.

—La entrada está cerrada por los escombros, respondió Bat, luego que pudo cobrar aliento.

—Cerrada, repitió Tom.

—Sí, respondió Bat; el agua probablemente ha desleído la arcilla... He reconocido con la mano todas las paredes... y no hay abertura...

Dick Sand movió la cabeza con aire descontento. Sus compañeros y él estaban herméticamente cerrados en aquel cono, quizá sumergido ya completamente en el agua.

—Si no hay ningun agujero, dijo entonces Hércules, es preciso hacer uno.

—Espera Hércules, replicó el jóven aprendiz, deteniendo al gigante, que con el hacha en la mano se disponia á sumergirse.

Dick Sand reflexionó durante algunos instantes y despues añadió.

—Tenemos que proceder de otro modo. Toda la cuestion está en saber si el agua cubre el hormiguero ó no. Si hacemos una pequeña abertura en la cima del cono sabremos á que atenernos; pero si el hormiguero estuviera completamente sumergido, el agua invadiria el cono todo entero y seriamos perdidos. Procedamos pues por partes...

—Pero pronto, respondió Tom.

En efecto el nivel continuaba subiendo poco á poco. Habia entonces tres pies de agua en el interior del cono y á escepcion de la señora Weldon, de su hijo, del primo Benedito y de Nan, refugiados en las cavidades superiores, todos estaban metidos en el agua hasta medio cuerpo.

Por consiguiente habia necesidad de proceder con la actividad posible y con la precauciones que habia sugerido Dick Sand.

Este resolvió abrir un agujero á un pié sobre el nivel interior y por consiguiente á siete piés del suelo.

Si por aquel agujero el cono se comunicaba con el aire exterior, era señal de que no llegaba hasta allí la inundacion; si por el contrario, entraba el agua, el aire seria rechazado interiormente y en este caso habria que tapar rápidamente la abertura ó bien el agua se elevaria hasta el orificio. En este caso se volveria á hacer el experimento un pié mas arriba y así sucesivamente, y si por último en el vertice del cono no se encontraba aire exterior, seria señal de que habia más de quince piés de agua en la llanura y de que toda la aldea de los termitas habia desaparecido bajo la inundacion. ¿Entonces que probabilidad quedaba á los presos en el hormiguero de librarse de la muerte mas espantosa, de la muerte por asfixia lenta?

Dick Sand sabia todo esto pero su serenidad no le abandonó un instante. Habia calculado con toda precision las consecuencias del experimento que iba á intentar. Pero no era posible esperar mas tiempo. La asfixia les amenazaba en aquel estrecho espacio, que se reducía más á cada instante en una atmosfera ya saturada de ácido carbónico.

El mejor instrumento que podia emplearse para hacer un agujero en la pared era una baqueta de fusil que á su extremo llevaba un sacatrapos destinado á descargar el arma. Haciéndola girar rápidamente, el sacatrapos se introdujo en la arcilla como una barrena y fue horadando las paredes poco á poco. No debia tener el agujero mas tamaño que el de la baqueta; pero este bastaba para que pudiera penetrar el aire.

Hércules con el farol levantado alumbraba á Dick Sand. Habia algunas velas de repuesto y no era de temer que por el excesivo gasto de ellas viniera á faltarles la luz.

Un minuto despues de haber principiado la operacion, la baqueta se hundió libremente al través de la pared. Inmediatamente se produjo un ruido bastante sordo, parecido al que forman los glóbulos, de aire al atravesar una columna de agua. El aire pasó al exterior y al mismo tiempo el nivel del agua subió en el cono y se detuvo á la altura del agujero, lo que probaba que se habia abierto demasiado bajo, es decir debajo de la masa líquida.

—Volvamos á empezar, dijo friamente el jóven aprendiz, despues de haber tapado el agujero con un puñado de arcilla.

El agua se detuvo en el nuevo nivel; pero el espacio reservado se habia disminuido en más de ocho pulgadas. La respiracion era difícil, porque em pezaba á faltar el oxígeno. Esto se conocia tambien en que la luz del farol se ponía mas roja y perdía una parte de su brillo.

A un pié por encima del primer agujero, Dick Sand comenzó á abrir otro por el mismo procedimiento. Si este experimento no tenia buen éxito el agua subi-

ria más en el interior del cono... pero era preciso aventurarse.

Mientras Dick Sand maniobraba con su barrena, se oyó al primo Benedicto esclamar:

—Pardiez por eso... por eso... por eso los termitas...

Hércules levantó el farol y dirigió la luz hácia el primo Benedicto cuyo rostro expresaba la más completa satisfacción.

—Sí, repitió, por eso los inteligentes termitas abandonaron el hormiguero. Habían presentado la inundación. ¡Ah! ¡el instinto! amigos míos, ¡el instinto! Saben mas que nosotros los termitas, mucho mas que nosotros.

Tal fue toda la moralidad que el primo Benedicto sacó de la situación.

En aquel momento Dick Sand retiró la baqueta que había atravesado la pared. Oyóse un silbido y el agua subió todavía un pie en el interior del cono... El agujero no había encontrado aire en el exterior.

La situación era terrible. La señora Weldon hasta la cual casi llegaba el agua, había levantado á Juanito en sus brazos. Todos se ahogaban en aquel estrecho espacio; zumbábanles los oídos y el farol no daba ya mas que una luz insuficiente.

—¿Estará el cono enteramente bajo las aguas? murmuró Dick Sand.

Era preciso saberlo y para esto hacer un tercer agujero en el vértice.

Pero si el resultado de esta última tentativa era infructuosa sobrevendrían la asfixia y la muerte inmediata porque el aire que quedaba en el interior se escaparía al través del orificio superior y el agua llenaría completamente el cono.

—Señora Weldon, dijo entonces Dick Sand, ya conoce usted la situación. Si nos retardamos el aire respirable nos vá á faltar. Si la tercer tentativa se frustra, el agua llenará todo este espacio; la única probabilidad de salvarnos que nos queda es que la cima del cono sobresalga de las aguas Hay que intentar este último experimento. ¿Quiere usted que lo intentemos?

—Sí, respondió la señora Weldon.

En aquel momento se apagó el farol en aquel aire ya impropio para la combustion. La señora Weldon y sus compañeros quedaron rodeados de la mas completa oscuridad.

Dick Sand se había subido sobre los hombros de Hércules el cual se había asido á una de las cavidades laterales sacando solamente la cabeza fuera del agua. La señora Weldon, Juanito y el primo Benedicto, estaban en el último piso de alveolos.

Dick Sand atacó con su baqueta la pared que siendo mas espesa y mas dura en aquel sitio fué menos fácil de atravesar. Dick Sand se apresuraba no sin una terrible ansiedad pues por aquella abertura iba á atravesar ó la vida con el aire ó la muerte con el agua.

De repente se oyó un silbido agudo. El aire comprimido se escapó; pero un rio de luz se filtró al través de la pared. El agua subió ocho pulgadas solamente y se detuvo sin que Dick Sand tuviera necesidad de cerrar el agujero. Se había establecido el equilibrio entre el nivel interior y el exterior. La cima del cono sobresalía entre las aguas. La señora Weldon y sus compañeros estaban salvados.

Inmediatamente despues de un viva frenético en el cual dominó la tonante voz de Hércules, los machetes se pusieron á la obra y el vértice del cono fué desapareciendo poco á poco. Ensanchose la abertura, el aire puro entró á torrentes y con él los primeros rayos del sol que se levantaba. Una vez destruido el vértice del cono, seria fácil subir por las paredes y allí se determinaría el modo de llegar á alguna

eminencia próxima que estuviese al abrigo de toda inundación.

Dick Sand subió el primero á la cima del cono...

Allí dió un grito.

Había sentido ese ruido particular demasiado conocido de los viajeros africanos que hacen las flechas silbando por el aire.

Dick Sand tuvo tiempo de ver á cien pasos del hormiguero un campamento y á diez pasos del cono, en la llanura inundada largas barcas tripuladas por indígenas.

De una de aquellas barcas había partido la lluvia de flechas en el momento en que la cabeza del jóven aprendiz salía fuera del agujero.

Dick Sand con una palabra había puesto á sus compañeros al corriente de la situación. Tomando su fusil seguido de Hércules, Acteon, y Bat volvió á presentarse en la cima del cono, y todos hicieron fuego contra una de las embarcaciones.

Varios indígenas cayeron y muchos gritos acompañados de tiros respondieron á la detonacion de las armas de Dick Sand.

¿Pero que podían Dick Sand y sus compañeros contra un centenar de africanos que les rodeaba por todas partes?

El hormiguero fue atacado. La señora Weldon, su hijo, el primo Benedicto y todos fueron arrancados bárbaramente del sitio donde se hallaban, y, sin haber tenido tiempo siquiera de dirigirse la palabra ni de estrecharse por última vez la mano, se vieron separados los unos de los otros sin duda en virtud de órdenes anteriormente comunicadas.

En la primera barca se llevaron á la señora Weldon á Juanito y al primo Benedicto, y Dick Sand los vió desaparecer en medio del campamento.

El acompañado de Nan, del viejo Tom, de Hércules, de Bat, de Acteon, y de Austin fue arrojado en una segunda piragua que se dirigió hacia otro punto de la colina.

Veinte indígenas tripulaban esta barca á la cual seguían otros cinco. Resistir no era posible y sin embargo Dick Sand y sus compañeros lo intentaron. Algunos soldados de la piragua fueron heridos por ellos y ciertamente habrían pagado esta resistencia con sus vidas sinó hubiera habido órdenes formales de no matarlos.

En algunos minutos se hizo el trayecto; pero en el momento en que la barca tocaba en la orilla, Hércules de un salto irresistible se lanzó á tierra. Dos indígenas se precipitaron sobre él; pero el gigante hizo girar su fusil como una maza y los indígenas cayeron con el craneo destrozado.

Un instante despues Hércules desaparecía entre la espesura de los árboles en medio de una granizada de balas en el momento en que, Dick Sand y sus compañeros despues de haber sido depositados en tierra eran encadenados como esclavos.

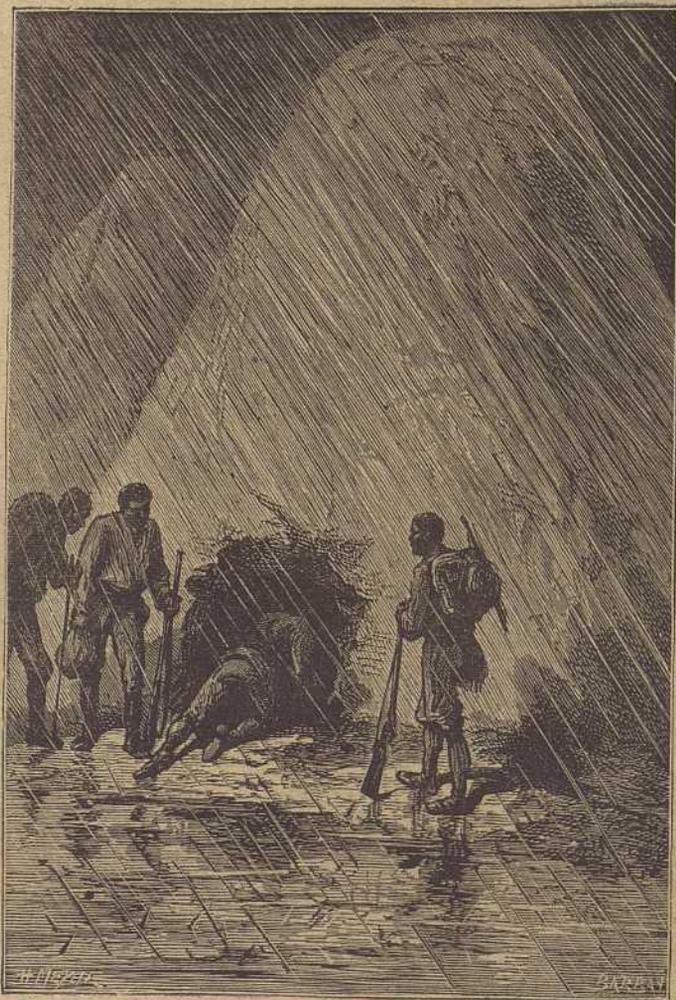
## CAPITULO VII.

### UN CAMPAMENTO Á ORILLAS DEL COANZA.

El aspecto del pais despues que la inundación había convertido en lago, la llanura en que se levanta la aldea de los termitas, había cambiado enteramente. Unos veinte hormigueros sobresalian tan solo en aquella ancha cuenca.

El Coanza se había desbordado durante la noche engrosado por las aguas de sus afluentes aumentadas á su vez por la tempestad.

Este rio uno de los mas grandes de Angoia desemboca en el Oceano Atlántico á cien millas del punto donde había encallado el *Pilgrim*. Cameron debía atravesarlo pocos años despues, antes de llegar á la provincia de Benguela. El Coanza está destinado á ser



Una vez agrandado el agujero, Dick Sand y sus compañeros se deslizaron por él...

el vehículo del tránsito interior de esta parte de la colonia portuguesa. Ya hay vapores que suben hasta ciertos puntos de su embocadura y no pasará diez años sin que lleguen á su lecho superior. Así, pues, Dick Sand había procedido juiciosamente buscando hacia el Norte algún río navegable. El riachuelo cuyas orillas habían seguido, iba á desembocar en el Coanza mismo y si no hubiera sido por aquel ataque repentino del cual nada podía librarles, le hubiera hallado una milla mas allá de los hormigueros. Sus compañeros y él se habrían embarcado en una balsa fácil de construir y probablemente hubieran podido bajar por el Coanza hasta las poblaciones portuguesas donde hacen escala los vapores. Allí su salvación era segura.

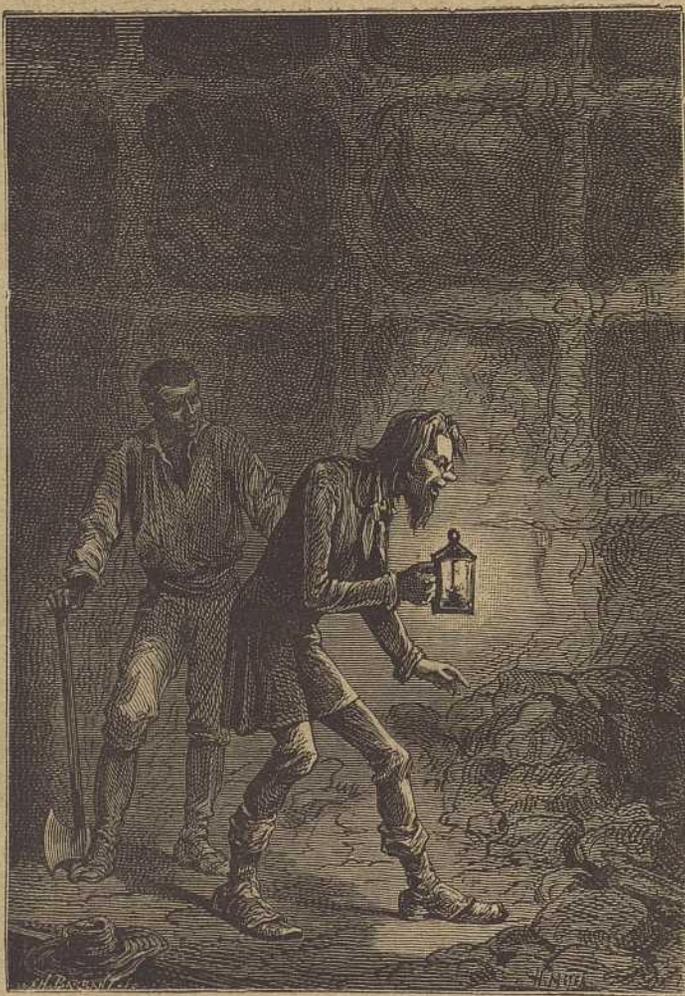
Pero no debía suceder así.

El campamento divisado por Dick Sand desde el cono del hormiguero se hallaba establecido en una altura inmediata á aquel cono, en el cual la casualidad le había puesto como en un lazo tendido á propósito. En la cima de aquella eminencia había un enorme sicomoro que fácilmente hubiera abrigado á quinien-

tos hombres bajo su inmenso ramaje. El que no ha visto esos árboles gigantes del Africa central, no puede formarse una idea de lo que son. Sus ramas constituyen un bosque en que uno podría perderse. Mas lejos gruesos bananeros, de esos cuyas semillas no se tras forman en frutos completaban el cuadro de aquel vasto paisaje.

Toda una caravana, aquella cuya llegada había anunciado Harris á Negro, acababa de hacer alto bajo el abrigo del sicomoro que la ocultaba como en un misterioso asilo. Aquel numeroso convoy de indígenas arrancados de sus moradas por los agentes del negrero Alves, se dirigía hácia el mercado de Kazonde; y desde allí los esclavos, según las necesidades del comercio; serian enviados ó á los barracones de la costa occidental ó á Nangüe hacia la region de los grandes lagos para ser distribuidos entre el alto Egipto y las factorías de Zanzibar.

Tan luego como llegaron al campamento Dick Sand y sus compañeros, fueron tratados como esclavos. Al viejo Tom, á su hijo, á Austin y á Acteon y á la pobre Nan negros de origen, aunque no africanos, se



El primo Benedicto, alumbrado por el farol, se puso á registrar los rincones.

les aplicó el trato de los esclavos indígenas. Luego que fueron desarmados apesar de su viva resistencia fueron unidos dos á dos por la garganta, por medio de un largo palo de seis á siete pies abierto en cada extremo en forma de horquilla y cerrado despues con una barra de hierro. De esta manera se veian obligados á marchar en línea recta, uno detrás de otro sin poder apartarse ni á la derecha, ni á la izquierda, y para mayor precaucion una pesada cadena les unia por la cintura. Tenian los brazos libres para llevar fardos y los pies libres para andar; pero no podian hacer uso de ellos para huir. De esta manera iban á atravesar centenares de millas azotados por el latigo de un haviidar. Echados aparte abrumados por la reaccion que habia seguido á los primeros instantes de su lucha contra los negros, no hacian movimiento alguno. ¿Porque no habian seguido á Hércules en su fuga? Y sin embargo ¿qué podia esperarse en favor del fugitivo? Aunque era tan vigoroso ¿qué seria de él en aquella tierra inhospitalaria donde el hambre, la soledad, las fieras, los indígenas, todos conspiraban contra él? ¿No tendria al fin que envidiar la suerte

de sus compañeros? Estos sin embargo no tenian que esperar compasion de partede los jefes de la caravana, árabes ó portugueses, que hablaban una lengua que no podian comprender y que no entraban en comunicacion con ellos sinó por miradas ó gestos amenazadores.

A Dick Sand no le habian puesto con ningun otro esclavo; era un blanco y no se habian atrevido á someterle al tratamiento comun. Desarmado, tenia los pies y las manos libres, pero un haviidar le vigilaba especialmente. Dick Sand observaba el campamento y á cada instante esperaba ver presentarse á Negoro ó á Harris... Pero se engañó en sus esperanzas; no obstante que no tenia duda de que aquellos miserables eran los que habian dirigido el ataque contra el hormiguero.

Crejó que la señora Weldon, Juanito y el primo Benedicto habian sido llevados separadamente á otro punto por órden del americano ó del portugués, y y no viendo ni á uno ni á otro se dijo á sí mismo que sin duda los dos complices acompañaban á sus victimas. Pero ¿á dónde las conducian? ¿Qué querian ha-

cer de ellos? Este era el cuidado que más pena le daba. Olvidando su propia situación para no pensar más que en la de la señora Weldon y su familia.

La caravana acampada bajo el sicomoro gigantesco se componía de unas ochocientas personas ó sean quinientos esclavos de ambos sexos, doscientos soldados y unos ciento entre porteadores ó merodeadores, guardias, havildares, agentes y jefes.

Estos jefes eran de origen árabe y portugués, y sería difícil imaginar el número de crueldades que ejercen sobre sus cautivos. Los golpean sin descanso y los pobres negros que caen abrumados de fatiga y no pueden ya ser vendidos reciben la muerte á tiros ó á cuchilladas. Así mantienen la obediencia por medio del terror; pero el resultado de este sistema es que á la llegada de la caravana el tratante se encuentra con el cincuenta por ciento de pérdida en esclavos, ya porque algunos han podido escaparse, ya porque otros han muerto en la travesía dejando sus huesos sembrados á lo largo de los caminos del interior.

Como es de suponer los agentes de origen europeo, portugueses en su mayor parte, no son sino facinerosos, espulsados de su país, sentenciados á la deportación, fugados de presidio, antiguos negreros condenados á la horca y que no han podido ser habidos; en una palabra la hez de la humanidad. Tal era Negro y tal era también Harris á la sazón al servicio de uno de los mas ricos traficantes del Africa Central, José Antonio Alves, muy conocido en toda la provincia y acerca del cual el teniente Cameron ha dado noticias curiosas.

Los soldados que escoltan á los cautivos son generalmente indígenas que están á sueldo de los traficantes. Pero estos no tienen el monopolio de esas razzias que les proporcionan esclavos porque los reyes negros se hacen entre sí guerras atroces y con el mismo objeto y entonces los vencidos adultos, las mujeres y los niños reducidos á la esclavitud son vendidos por los vencedores á los tratantes por algunas varas de tela de algodón, por municiones, por armas de fuego, por perlas de color de rosa ó encarnadas y á veces, dice el doctor Livingstone, en épocas de hambre, por algunas mazorcas de maíz.

Los soldados que escoltaban la caravana del viejo Alves podrian dar una idea de lo que son los ejércitos africanos. Era aquella una aglomeración de bandidos negros, apenas vestidos y blandiendo largos fusiles de chispa con cañones de gran número de abrazaderas de cobre; semejante escolta á la cual se unen merodeadores que no valen más, dá mucho que hacer á los agentes. Se discuten sus órdenes, se les imponen los sitios y las horas de descanso, se les amenaza con abandonarlos y frecuentemente tienen que ceder á las exigencias de esta soldadesca.

Aunque los esclavos de ambos sexos están sujetos generalmente á la obligación de llevar fardos durante la marcha, hay también un cierto número de porteadores que acompañan la caravana. Se les llama mas generalmente *pagazis* y llevan los fardos y objetos mas preciosos y principalmente el marfil. Tal es en ocasiones el tamaño de estos dientes de elefantes, algunos de los cuales pesan hasta ciento sesenta libras, que se necesitan dos pagazis para llevar uno á las factorías, desde donde se espide esta preciosa mercancía á los mercados de Khartum, de Zanzibar y de Natal. A la llegada estos pagazis reciben el precio convenido, que consiste en unas veinte varas de cotonia ó de esa tela que lleva el nombre de *merikanis* un poco de pólvora, un puñado de *cauris* (1), algunas perlas, y hasta esclavos de difícil salida, cuando el tratante no tiene moneda.

(1) Conchitas muy conocidas en el país que sirven de moneda menuda.

Entre los quinientos esclavos que contaba la caravana había pocos hombres hechos, porque una vez terminada la razzia é incendiada la aldea, todo indígena de más de cuarenta años es cruelmente degollado ó ahorcado en los árboles inmediatos y solo los jóvenes adultos de ambos sexos y los niños se reservan para proveer los mercados. Despues de estas carcerías de hombres apenas sobreviven la décima parte de los vencidos. Así se explica la espantosa despoblación que cambia en desiertos los grandes territorios del Africa equinocial.

Aquellos niños y aquellos adultos iban apenas vestidos con un pedazo de esa tela de corteza que producen ciertos árboles y que se llama *embozo* en el país. Así el estado de aquel rebaño de seres humanos, mujeres cubiertas de heridas debidas al latigo del havildar, niños estenuados con los pies chorreando sangre á quien sus madres tratan de llevar además de sus fardos, jóvenes estrechamente sujetas á la barquilla que les hace mas daño que la cadena de un presidio, es mas lamentable de lo que puede imaginarse. La vista de aquellos desdichados que apenas viven, cuya voz no tiene ya timbre, esqueletos de ébano, segun la espresion de Livingstone, hubiera llenado de compasión el corazón de las fieras; pero tantas desdichas dejaban insensibles á aquellos árabes endurecidos y á aquellos portugueses que á creer al teniente Cameron son mas crueles todavía (1).

Escusado es decir que durante las marchas como en los descansos los presos son vigilados severamente. Así es que Dick Sand comprendió en breve que no podia intentar la fuga. Pero entonces ¿cómo buscar á la señora Weldon? Era indudable que ella y su niño habían sido robados por Negro. El portugués habia querido separarles de sus compañeros por razones que el joven aprendiz no alcanzaba; pero no podia dudar de la intervencion de Negro y su corazón se rompía al pensar en los peligros de toda especie que amenazaban á la señora Weldon.

—¡Ah! se decía, ¿cuando pienso que he tenido á esos dos miserables al alcance de mi fusil y de mi revolver y no les he dado muerte!...

Este pensamiento era uno de los que mas obstinadamente se fijaban en el ánimo de Dick Sand. ¿Cuántas desgracias no hubieran evitado la muerte, la justa muerte, de Harris y de Negro! ¿Qué de miserias de menos para los que eran tratados en aquel momento como esclavos por aquellos traficantes de carne humana!

Representábase á Dick Sand todo el horror de la situación de la señora Weldon y de Juanito. Ni la madre ni el niño podian contar con su primo Benedicto. El pobre hombre apenas se bastaba á sí mismo. Sin duda les llevaban á algun distrito apartado de la provincia de Angola, ¿pero quién llevaba al niño todavía enfermo?

—Su madre, sí, su madre, se repetía Dick Sand, habrá sacado fuerza de flaqueza. Habrá hecho lo que hacen esas desdichadas esclavas y caerá como ellas... ¡Ah! póngame Dios enfrente de esos verdugos y yo...

Pero estaba preso, era contado como una cabeza mas en aquel rebaño empujado por los havildares hacia el interior del Africa. No sabia si Negro y Har-

(1) Véase lo que dice Cameron: «Para obtener las cincuenta mujeres de que Alves se decía propietario se habían destruido diez aldeas cada una de las cuales tenia de ciento á doscientas almas ó sea un total de mil quinientos habitantes. Algunos habían podido escapar pero la mayor parte, casi todos, habían perecido en las llamas: ó recibido la muerte en defensa de sus familias ó habían muerto en los boques ó bajo los dientes de las fieras.

«Esto crimen perpetrado en el Africa por hombres que se dan el título de cristianos y se confían de portugueses parecerian inconcebibles á los habitantes de países civilizados. Es imposible que el gobierno de Lisboa conozca las atrocidades cometidas por gente que lleva su bandera y que se jacta de pertenecer á la nación portuguesa.»

«El Portugal ha habido protestas muy vivas contra esta especie de Cameron.»

ris dirigian por sí mismos el convoy donde iban sus víctimas. Dingo no estaba ya allí para seguir la pista del portugués, para señalar su aproximación; Hércules solo podía auxiliar á la infortunada señora Weldon. ¿Pero era de esperar este milagro?

Dick Sand se detenía sin embargo en esta idea diciéndose que el vigoroso negro estaba libre. De su adhesión no había que dudar. Todo lo que fuera humanamente posible, Hércules lo haría en favor de la señora Weldon, sí, ó Hércules intentaría seguir sus huellas y ponerse en comunicacion con ellos ó si no podría seguir la pista, trataría de concertarse con él y quizá procurar su libertad y librarle por medio de un golpe atrevido. Durante los descansos de la noche confundiéndose con los prisioneros y negro como ellos no podría burlar la vigilancia de los soldados, llegar hasta él, romper sus ligaduras, llevarle al bosque y ambos libres entonces procurar los medios de salvar á la señora Weldon? El río mas cercano que encontrasen les permitiría bajar hasta el litoral y Dick Sand continuaria con nuevas probabilidades de éxito y mayor conocimiento de las dificultades el plan tan desgraciadamente frustrado por el ataque de los indígenas.

El joven aprendiz se dejaba llevar así de estas alternativas de temores y de esperanzas que en suma servían para resistir al abatimiento y gracias á su enérgica naturaleza estaba pronto á aprovecharse de la menor circunstancia favorable que se le ofreciera.

Lo que importaba saber ante todo era á qué mercado se dirigía el convoy de esclavos. ¿Era hácia una de las factorías de Angola á la cual llegarían en pocas etapas ó caminarían por centenares de millas al través del Africa central? El principal mercado de los traficantes es el de Nangüe en el Mañema en el meridiano que divide el continente Africano en dos partes casi iguales y donde se estiende el país de los grandes lagos recorrido por Livingstone en aquella época; pero había gran distancia desde el campamento del Coanza á Nangüe y se tardarían meses hasta llegar allí.

Este era uno de los mas graves cuidados de Dick Sand, porque una vez en Nangüe, en el caso en que la señora Weldon, Hércules, los demás negros y él llegaran á escaparse hubiera sido difícilísimo por no decir imposible volver al litoral teniendo que atravesar un camino sembrado de peligros.

Pero Dick Sand tuvo pronto motivo para pensar que el convoy no tardaría en llegar á su destino. Aunque no comprendía la lengua que empleaban los jefes de las caravanas, es decir, unas veces el árabe y otras el idioma africano, notó que pronunciaban frecuentemente el nombre de un importante mercado de aquella region. Este nombre era el de Kazonde y no ignoraba que allí se hacia un gran comercio de esclavos. Dedujo pues naturalmente que en Kazonde se decidiría la suerte de los prisioneros, ya en provecho del rey de aquel distrito ya por cuenta de algun rico traficante del país. No se engañaba.

Estando al corriente de los descubrimientos de la geografía moderna conocía bastante bien todo lo que se sabía acerca de Kazonde. La distancia de San Pablo de Loanda á Kazonde no pasa de cuatrocientas millas y por consiguiente no le separaban más que doscientas millas del campamento á orillas del Coanza. Dick Sand estableció aproximadamente su cálculo tomando por base el camino que había recorrido la caravana conducida por Harris. Ahora bien, en circunstancias ordinarias aquel trayecto era de diez á doce días y duplicando este tiempo en atención á las necesidades de una caravana ya cansada por un largo camino podían calcular en tres semanas la duracion del trayecto desde Coanza á Kazonde. Lo que creía saber hubiera querido participarlo á

Tom y sus compañeros porque habría sido una especie de consuelo para ellos saber que no se les llevaba al centro del Africa, á esos funestos países de donde no hay esperanza de salir. Unas cuantas palabras dichas al pasar para enterarles de lo que ignoraban bastarían; pero ¿podría pronunciarlas?

Tom y Bat, (porque una feliz casualidad había reunido al padre y al hijo) Acteon y Austin iban unidos dos á dos por medio de las horquillas y se hallaban al extremo derecho del campamento, vigilados por un havildar y una docena de soldados.

Dick Sand libre en sus movimientos resolvió disminuir poco á poco la distancia que le separaba del grupo que formaban sus compañeros á cincuenta pasos mas allá y comenzó á maniobrar con este objeto.

Probablemente el viejo Tom adivinó el pensamiento de Dick Sand. Una palabra pronunciada en voz baja, previno á sus compañeros que estuvieran atentos; ellos no hicieron señal ninguna pero se mantuvieron dispuestos á ver y á oír.

En breve Dick Sand con aire indiferente se adelantó cincuenta pasos más. Desde el sitio en que ya se encontraba hubiera podido alzar la voz de modo que Tom le hubiera oído pronunciar el nombre de Kazonde y decirle cuál sería la duracion probable del trayecto; pero valía mas completar sus noticias y entenderse con ellos acerca de la conducta que debían observar durante el viaje. Continuó pues acercándose. Ya su corazón palpitaba de esperanza y no estaba más que á algunos pasos del objeto deseado, cuando el havildar, como si hubiera penetrado su intención, se precipitó sobre él. A sus gritos diez soldados acudieron y Dick Sand fué brutalmente llevado á retaguardia mientras que Tom y los suyos eran conducidos á la fuerza á vanguardia.

Dick Sand exasperado se había arrojado sobre el havildar y había logrado romperle el fusil y casi arrancárselo de las manos; pero siete ú ocho soldados le acometieron á la vez y se vió obligado á ceder. Los soldados furiosos le hubieran asesinado si uno de los jefes de la caravana, un árabe de gran estatura y de fisonomía feroz no hubiera intervenido. Aquel árabe era el jefe Ibn-Hamis del cual había hablado Harris; pronunció algunas palabras que Dick Sand no comprendió y los soldados soltaron su presa y se alejaron.

Era pues evidente por una parte que había prohibición formal de dejarle hablar con sus compañeros, y por otra de atentar contra su vida. ¿Quién podía haber dado tales órdenes sinó eran Harris ó Negro?

En aquel momento, eran las nueve de la mañana del 19 de abril, los sonidos roncós de un cuerno de *udu* (1) y el ruido del tambor dieron la señal de que se iba á emprender la marcha.

Todos, jefes, soldados, portadores esclavos, se pusieron en pié inmediatamente. Se cargaron los fardos, se formaron varios grupos de cautivos bajo las órdenes de un havildar que desplegó una bandera de vivos colores y se dió la señal de partida.

Entonces resonaron en el aire cánticos pero no de los vencedores sinó de los vencidos.

Estos cánticos, especie de amenazas y de fé candorosa de los esclavos contra sus opresores y verdugos decían sobre poco más ó menos:

«Me habeis enviado á la costa, pero cuando haya muerto no tendré que sufrir más el yugo y volveré para mataros.»

## CAPITULO VIII.

### NOTAS DE DICK SAND.

Aunque la tempestad de la víspera había cesado, el tiempo se hallaba muy revuelto todavía. Era por

(1) Especie de rumiante de la fauna africana.

lo demás la época de la *masika*, segundo período de la estación de las lluvias en aquella zona del suelo africano. Las noches sobre todo iban á ser lluviosas por espacio de unas dos ó tres semanas, lo cual no podría menos de acrecentar los trabajos de la caravana.

Se puso en marcha con tiempo cubierto, y después de haber dejado las orillas del Coanza, penetró directamente en los bosques hácia el Este.

Unos cincuenta soldados marchaban á vanguardia, otros ciento por cada uno de los dos flancos del convoy y el resto á retaguardia. Hubiera sido difícil á los prisioneros escaparse aun cuando no hubieran estado encadenados. Hombres, mujeres y niños iban confundidos, y los havildares les hacían apresurar el paso á latigazos. Había algunas desdichadas madres que daban el pecho á un niño y llevaban otro de la mano. Otras llevaban también sus niños sin vestidos, sin calzados, caminando sobre las yerbas aceradas del suelo.

El jefe de la caravana, el feroz Ibn Hamis, que había intervenido en la lucha entre Dick Sand y su havildar, vigilaba todo aquel rebaño yendo y viniendo de la cabeza á la cola de la larga columna. Si sus agentes y él se cuidaban poco de las fatigas que sufrieran sus cautivos, en cambio tenían que cuidarse mucho de los soldados que reclamaban algún suplemento de ración y de los pagazis que querían hacer alto. De aquí se originaban disensiones, y muchas veces golpes, y los esclavos pagaban la pena de la irritación constante de los havildares. No se oían mas que amenazas por un lado, gritos de dolor por otro, y los que marchaban en las últimas filas pasaban sobre un suelo manchado por los primeros con su sangre.

Los compañeros de Dick Sand, siempre á la cabeza del convoy, no podían tener ninguna comunicación con él. Iban en fila con el cuello oprimido entre la pesada horquilla que no les permitía ni un solo movimiento de cabeza, y no les faltaban latigazos lo mismo que á sus tristes compañeros de infortunio.

Bat, apareado con su padre, marchaba delante de él, procurando no dar ninguna sacudida á la horquilla, y eligiendo los mejores sitios donde poner el pié, pues que el viejo Tom debía pasar detrás de él. De cuando en cuando, si el havildar se quedaba un poco atrás, pronunciaba algunas palabras para animar á su padre, que llegaban al oído de Tom que trataba de continuar su marcha. Se conocía que Tom se fatigaba; era un suplicio para aquel buen hijo no poder volver la cabeza hácia el padre á quien tanto amaba. Tom tenía sin duda la satisfacción de ver á su hijo; sin embargo, la pagaba muy cara. ¡Cuántas lágrimas caían de sus ojos cuando el látigo del havildar azotaba las espaldas de Bat! Era aquel un suplicio mayor que si hubiera caído sobre su propia carne.

Austin y Acteon marchaban algunos pasos detrás unido uno á otro y sufriendo golpes á cada instante. ¡Ah! ¡cuánto envidiaban la suerte de Hércules! Cualesquiera que fuesen los peligros que le amenazaban en aquel país salvaje, á lo menos podía usar de su fuerza y defender su vida.

El viejo Tom, durante los primeros momentos de su cautiverio, había dado á conocer á sus compañeros toda la verdad, diciéndoles, no sin causarles profunda sorpresa, que estaban en Africa, y que la traición de Negoro y de Harris les había arrojado primero é internado después en aquel país donde no debían esperar compasión alguna de sus amos.

Nan no era mejor tratada; formaba parte de un grupo de mujeres que ocupaba el centro del convoy y la habían encadenado con una joven madre de dos niños, uno de pecho y otro de tres años de edad

que apenas podía andar. Movida de compasión se había encargado de este niño, y la pobre esclava la había dado las gracias con una lágrima. Nan llevaba, pues, el niño, evitándole al mismo tiempo que el casancio, que no hubiera podido resistir, los golpes que le hubiera dado el havildar; pero era un peso muy grande para la vieja Nan; temía que sus fuerzas la abandonarían pronto, y pensaba entonces en Juanito, recordando cómo iría en los brazos de su madre. La enfermedad había debilitado al pobre niño, pero aun debía pesar mucho para los brazos estenuados de la señora Weldon. ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? ¿Volvería á verla?

Dick Sand iba casi á retaguardia del convoy; no podía ver ni á Tom, ni á sus compañeros, ni á Nan. La cabeza de la larga caravana, no era visible para él sino cuando atravesaba algunas llanuras. Caminaba sumido en los mas tristes pensamientos, y apenas le distraían de ellos los gritos de los agentes y de los jefes esclavos; no pensaba ni en sí mismo ni en las fatigas que tendría que soportar, ni en los tormentos que Negoro le reservaba quizá; no pensaba mas que en la señora Weldon, y en vano buscaba entre las espinas de los senderos y entre las ramas de los árboles alguna huella de su paso. No había podido tomar otro camino, si como todo inducía á creerlo, la llevaban á Kazonde. ¡Cuánto no hubiera dado por encontrar algún indicio de la marcha hácia el sitio á donde conducían á los demás.

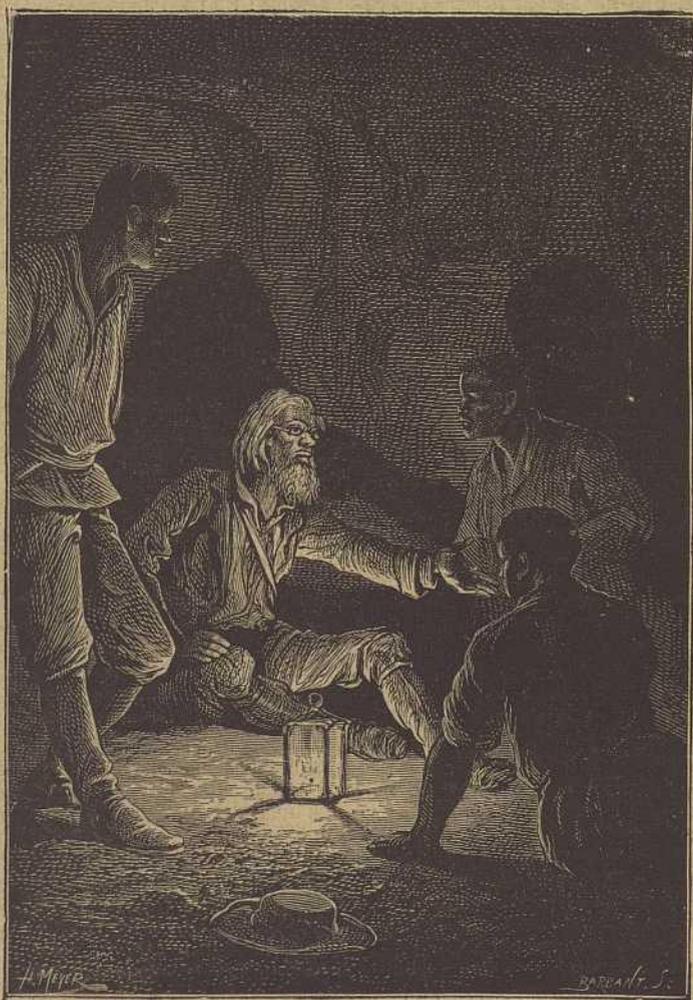
Tal era la situación de cuerpo y espíritu del joven aprendiz y de sus compañeros; pero cualquiera que fuese el motivo que tuviera para temer por sí mismo, y por grandes que fueran sus padecimientos, la compasión que le inspiraba la miseria de aquel triste rebaño de esclavos, y la indignación que le causaba la brutalidad de sus dueños eran mucho mayores. ¡Ah! ni él ni sus compañeros podían hacer nada para socorrer á los unos y resistir á los otros.

Todo el país, situado hácia el Este del Coanza, formaba un bosque de veinte millas; los árboles sin embargo, ya sea que decaen bajo las mordeduras de los muchos insectos de aquel país, ó que las tropas de elefantes los arrancan cuando son jóvenes, eran menos espesos que en las comarcas inmediatas al litoral. La marcha por el bosque no debía, pues, encontrar obstáculos, y los arbustos habrían sido mas incómodos aun que los árboles. Había en efecto muchos algodones de siete á ocho piés de altura, cuyo algodón sirve para elaborar las telas de rayas negras y blancas que se usan en el interior de la provincia.

En ciertos sitios el suelo se trasformaba en ásperos matorrales, entre los cuales el convoy desaparecía.

Entre todos los animales del país, solo el elefante y la girafa habrían podido dominar con la cabeza aquellas cañas que parecían bambúes; aquellas yerbas cuyo tallo media una pulgada de diámetro. Era preciso que los agentes conociesen muy bien el país para no perderse en él.

Todos los días la caravana se ponía en marcha al amanecer y no se detenía hasta el medio día, en que hacia un alto de una hora. Se abrían entonces algunos fardos de manioc, y este alimento en cierta cantidad era lo que se distribuía á los esclavos, añadiendo algunas patatas ó un poco de carne de cabra y de ternera cuando los soldados habían podido robarlas al pasar por algún pueblo. Pero la fatiga había sido tal, y el reposo era tan insuficiente y hasta tan imposible durante las noches lluviosas, que al llegar la hora de la distribución de víveres, los prisioneros apenas podían comer. Así es que ocho días después de haberse levantado el campamento del Coanza, veinte de ellos habían sucumbido en el camino y habían quedado á merced de las fieras que



—Estos admirables insectos, dijo el primo Benedicto; pertenecen al orden maravilloso de los neuropteros....

seguan al convoy. Leones, panteras y leopardos esperaban á las víctimas, que no podían faltar, y cada noche, despues de puesto el sol, sus rugidos estallaban á tan corta distancia que podía temerse un ataque directo.

Al oír aquellos rugidos, que en la oscuridad eran mas formidables todavía, Dick-Sand no pensaba sin terror en los obstáculos que encontraría Hércules en sus empresas y en los peligros que le rodearían á cada paso. Y sin embargo, si hubiera tenido ocasión de huir, él por su parte no hubiera vacilado tampoco.

Véanse ahora las notas que Dick-Sand tomó en aquel itinerario del Coanza á Kazonde. Veinticinco marchas se hicieron para andar las doscientas cincuenta millas; la *marcha* en el lenguaje de los tratantes son diez millas, contando el alto del día y de la noche.

*Del 25 al 27 de abril.*—Hemos visto una aldea rodeada de muros de cañas de ocho á nueve piés de altura; campos cultivados de maíz, habas, sorgo y

diversos arquidos. Se han capturado dos negros y han sido muertos quince; la población en fuga.

A la mañana siguiente hemos atravesado un río tumultuoso de ciento cincuenta varas de ancho, por un puente flotante formado de troncos de árbol unidos con lianas. Los postes estaban medio rotos; dos mujeres unidas á la misma horquilla han caído al agua; la una llevaba su niño. Las aguas se agitan y se tiñen de sangre. Los cocodrilos se deslizan entre las ramas del puente y corremos el riesgo de poner el pié en sus bocas abiertas.

*28 de abril.*—Hemos atravesado un bosque de bauhínias, árboles de alto tronco de los que proporcionan el palo de hierro á los portugueses.

Fuertes lluvias; terrenos inundados; marcha muy penosa.

He visto hácia el centro del convoy á la pobre Nan que llevaba un negrillo en sus brazos. Camina con dificultad. La esclava encadenada con ella cojea, y la sangre corre de su espalda lacerada á latigazos.

Por la noche hemos acampado bajo un enorme

baobab de flores blancas y de un follaje verde claro. Durante la noche he oído el rugido de los leones y de los leopardos. Uno de los indígenas ha disparado su fusil contra una pantera. ¿Qué habrá sido de Hércules?...

**29 y 30 de abril.**—Primeros frios de lo que se llama el invierno africano. Rocío muy abundante finaliza la estación lluviosa con el mes de abril y comienza en el mes de noviembre; las llanuras están todavía inundadas. Vientos del Este que suspenden la traspiración y predisponen para las fiebres palúdicas.

No hay indicios de la señora Weldon ni del señor Benedicto. ¿A dónde los llevan si no es á Kazonde?

Han debido seguir el camino de la caravana y precedernos. ¡Me devora la inquietud! Juanito ha debido tener otra vez la fiebre en esta región malsana. ¿Pero vive todavía?

**Del 1 al 6 de mayo.**—Hemos atravesado en varias marchas largas llanuras que no han podido desecarse todavía con la evaporación. A veces hemos tenido agua hasta la cintura. Millares de sanguijuelas se adherían á la piel, y ha sido preciso marchar entre ellas. En algunas alturas he visto plantas del loto y papirus, y en el fondo bajo las aguas, otras plantas de grandes hojas, como coles, en que tropiezan los piés, lo cual ocasiona muchas caídas.

En estas aguas hay gran abundancia de pececillos de la especie de los siluros que los indígenas pescan por millares en estos pantanos y venden á las caravanas.

Imposible encontrar un sitio para acampar durante la noche; no se ven límites á la llanura inundada; es preciso marchar en la oscuridad; mañana habrán sucumbido muchos esclavos; ¡qué trabajos! Cuando uno cae, ¿por qué levantarse? Algunos instantes mas bajo estas aguas y todo concluiría. El palo del havildar no le alcanzaria á uno en estas tinieblas. ¡Sí! pero... ¿y la señora Weldon y su hijo? No tengo derecho de abandonarlos; resistiré hasta el fin. ¡Es mi deber!

Gritos espantosos se oyen durante la noche.

Veinte soldados han arrancado algunas ramas de árboles resinosos que resplandecieron lívidas en las tinieblas.

La causa de los gritos que he oído ha sido un ataque de cocodrilos. Doce ó quince de estos monstruos se han arrojado en la oscuridad sobre uno de los flancos de la caravana. Varias mujeres y niños han sido arrastrados por los cocodrilos hasta sus *terrenos de pasto*. Así llama el doctor Livingstone á esas cuevas profundas donde el anfibio va á depositar su presa despues de haberla ahogado, porque no la come hasta que ha llegado á cierto grado de descomposición.

He frotado las escamas de uno de esos cocodrilos; un esclavo adulto ha sido su víctima cerca de mí; le arrancaron de la horquilla que le tenia por el cuello rompiéndola. ¡Qué grito de desesperación, y qué aullido de dolor! ¡Todavía me parece que le oigo!

**7 y 8 de mayo.**—Se cuentan las víctimas; veinte esclavos han desaparecido.

Al amanecer he buscado á Tom y á sus compañeros ¡Alabado sea Dios! ¡Están vivos! ¡Ah! ¡Debemos dar gracias á Dios! ¡No sería mejor para nosotros haber acabado todas estas desgracias?

Tom va á la cabeza del convoy. En un momento en que su hijo ha torcido un poco la horquilla, ésta se ha presentado oblicuamente y Tom ha podido verme.

En vano he buscado á la vieja Nan; ¡irá confundida entre el grupo central, ó ha perecido en esta noche espantosa?

El 8 hemos pasado el límite de la llanura inundada despues de veinticuatro horas de caminar por

el agua; hemos hecho alto en una colina; el sol nos seca un poco. Comemos, pero ¡qué alimento tan miserable! Un poco de manioc y algunos puñados de maiz; agua turbia para beber. De los prisioneros que están tendidos en el suelo, ¿cuántos se levantarán?

¡No! ¡no es posible que la señora Weldon y su niño hayan pasado por tantos trabajos! ¡Dios les habrá hecho la gracia de que les hayan conducido por otro camino á Kazonde! ¡La desgraciada madre no hubiera podido resistir!

Nuevos casos de viruela en la caravana, ó sea de *endue*, como la llaman los negros. Los enfermos no podrán durar mucho. ¿Los abandonarán?

**9 de mayo.**—Hemos emprendido la marcha desde el amanecer; nadie se queda rezagado; el látigo del havildar ha hecho levantar á los que se retardaban por fatiga ó enfermedad. Estos esclavos tienen valor; son una moneda, y los agentes no les dejarán atrás mientras tengan fuerzas para caminar.

Voy rodeado de esqueletos vivos; no tienen ni aun voz para quejarse.

Al fin he visto á Nan, y su vista me ha causado mucho daño. El niño que llevaba en brazos ha desaparecido, va sola. Esto será menos penoso para ella, pero lleva todavía la cadena rodeada al cuerpo, y ha tenido que echar el otro extremo sobre los hombros.

Apresurando el paso he podido acercarme á ella; parecia que no me conocia. ¿Tan cambiado estaré? —¡Nan! la he dicho.

La vieja criada me ha mirado por largo tiempo, y al fin contestó:

—¿Es usted, señor Dick? Yo... yo dentro de poco habré muerto.

—No, no, valor, la he respondido bajando los ojos para no ver aquella mujer que ya no era mas que un espectro sin sangre.

—Habré muerto, contestó, y no volveré á ver á mi querida ama, ni al niño Juan. ¡Dios mio, Dios mio! ¡ten piedad de mí!

He querido sostener á la vieja Nan, cuyo cuerpo temblaba bajo sus vestidos desgarrados. Hubiera tenido como un favor verme atado con ella y llevar una parte de la cadena cuyo peso llevaba ella sola despues de la muerte de su compañera.

Un brazo vigoroso me rechaza, y la desgraciada Nan se vió obligada á fuerza de latigazos á meterse entre la multitud de los esclavos. He querido precipitarme sobre aquel hombre brutal... El jefe árabe se ha presentado, me ha cogido del brazo y me ha mantenido quieto hasta el momento de dejarme en las últimas filas de la caravana.

Despues ha pronunciado este nombre:

—¡Negoro!

Sin duda por órden del portugués me tratan de otra manera que á mis compañeros de infortunio.

¿Qué suerte me reservan?

**10 de mayo.**—Hoy hemos pasado junto á dos aldeas que estaban ardiendo. Las pajas de los techos despedían llamas por todas partes. De los árboles penden los cadáveres que el incendio ha respetado. Población en fuga; campos devastados. Allí se ha hecho una razzia; ¡doscientos asesinatos para obtener quizá una docena de esclavos!

Al llegar la noche hacemos alto y se establece el campamento bajo grandes árboles. Las altas yerbas forman espesura en el límite del bosque.

Ayer se han escapado algunos prisioneros despues de haber roto sus horquillas; pero han sido capturados y tratados con crueldad sin ejemplo. Los havildares y los soldados redoblan su vigilancia.

Llega la noche; rugidos de leones y de hienas, ronquidos lejanos de los hipopótamos. Sin duda hay cerca de aquí algun lago ó algun rio.

A pesar de mi cansancio no puedo dormir. ¡Pienso en tantas cosas!

Además, me parece que oigo andar entre las altas yerbas; será quizá alguna fiera; ¿se atrevería á entrar en el campamento?

Escucho. ¡Nada! Sí, un animal pasa entre las cañas. Estoy sin armas; sin embargo, me defenderé, daré voces. Mi vida puede todavía ser útil á la señora Weldon y á mis compañeros.

Miro entre las profundas tinieblas; no hay luna; la noche está oscurísima.

Veo relucir dos ojos en la sombra entre los papiros; ojos de hiena ó de leopardo. Han desaparecido... Ahora vuelven á aparecer.

En fin, se oye el roce de un cuerpo entre las yerbas; un animal salta sobre mí.

Voy á dar un grito de alarma.

Por fortuna he podido contenerme.

No puedo creer á mis ojos... Es Dingo... Dingo que está cerca de mí... ¡Valiente Dingo!... ¿Cómo has venido? ¿Cómo has podido encontrarme? ¡Ah! el instinto... El instinto... bastaría á explicar tales milagros de fidelidad? Me lame las manos. ¡Ah buen perro, hoy mi único amigo! ¿es decir que no te mataron?...

Le devuelvo sus caricias; me comprende; quisiera ladrar.

Le tranquilizo, es preciso que no le oigan, que siga la caravana sin que nadie le vea, y tal vez... ¿Pero qué esto? Frota obstinadamente su cuello contra mis manos; parece que me dice que busque algo... Busco, y siento alguna cosa que está atada á su cuello... Un pedazo de caña pasa por entre el collar, donde están grabadas las letras S. V., cuyo misterio es todavía inexplicable para mí.

Sí... he sacado la caña de debajo del collar... la he roto y encuentro un billete dentro.

Pero no puedo leerlo. Es preciso esperar á que amanezca... Quisiera detener á Dingo, pero el buen animal, sin dejar de lamerme las manos, parece que tiene prisa por abandonarme... Ha comprendido que su misión estaba cumplida... Da un salto de costado y desaparece sin ruido entre las yerbas. ¡Dios le libre del diente de los leones ó de las hienas.

De seguro que Dingo ha vuelto donde está el que me lo ha enviado.

El billete, que no puedo leer, me quema las manos. ¿Quién le ha escrito? ¿Será la señora Weldon? ¿Será Hércules? ¿Cómo el fiel animal, al cual creíamos muerto, ha sido encontrado por el uno ó por la otra?

¿Qué me va á decir este billete? ¿Me trae un plan de evasión, ó me da solamente noticias de los que me son tan queridos? De todos modos este incidente me ha conmovido por extremo y me ha proporcionado una tregua á mis dolores.

¡Ah! ¡cuánto tarda el día!

Espio los primeros resplandores que asomen en el horizonte; no puedo cerrar los ojos; oigo todavía los rugidos de las fieras. ¡Pobre Dingo! ¡Quiera Dios librarle de ellas!

En fin, va á presentarse el día casi sin alba en estas latitudes tropicales.

Me pongo de manera que no me vean.

Trato de leer... Todavía no puedo.

Al fin he leído; el billete es de Hércules.

Está escrito en una tira de papel y con lápiz, y dice de esta manera:

«A la señora Weldon y á Juanito les llevan en una kitanda. Harris y Negoro los acompañan. Preceden á la caravana en tres ó cuatro marchas con el primo Benedicto. No he podido comunicar con ellos. He recogido á Dingo que estaba herido de un balazo... pero ya se ha curado. Buen ánimo, señor Dick. No pienso mas que en todos ustedes, y he huido para poderles ser útil.»

¡Ah! la señora Weldon y su hijo están vivos. ¡Dios sea loado! No han tenido que sufrir como nosotros las fatigas de estas penosas marchas. La kitanda es una especie de litera de yerbas secas suspendida entre dos largas cañas de bambú, y llevada sobre los hombros de dos hombres. Va cubierta de una cortina de seda; la señora Weldon y Juanito van en ella. ¿Qué intentarán Harris y Negoro? Esos miserables los dirigen evidentemente á Kazonde. Sí... sí... los encontraré... En medio de tantos trabajos esta es una buena noticia, una alegría que Dingo me ha traído.

Del 11 al 15 de mayo.—La caravana continua su marcha; los prisioneros caminan cada vez mas fatigosamente; la mayor parte dejan detrás de sí un rastro de sangre. Calculo que tardaremos todavía diez dias en llegar á Kazonde. ¡Cuántos habrán cesado de padecer de aquí á entonces! Pero yo necesito llegar y llegare. ¡Es atroz! Hay en el convoy mujeres desdichadas cuyo cuerpo está convertido en una llaça; las cuerdas con que van atadas las entran en la carne.

Desde ayer una madre lleva en brazos á su hijo muerto de hambre... no quiere separarse de él...

Nuestro camino se siembra de cadáveres. Las virolas hacen grandes estragos.

Acabamos de pasar cerca de un árbol... A este árbol estaban atados por el cuello varios esclavos. Les habian dejado allí para que muriesen de hambre.

Del 16 al 24 de mayo.—Tengo casi agotadas las fuerzas, pero no me considero con derecho para desmayarme. Las lluvias han cesado casi por completo. Llevamos varios dias de marchas dobles. Es lo que los tratantes llaman la *tirikesa* ó marcha de la tarde. Es preciso caminar de prisa, y el suelo se va levantando en pendientes bastante ásperas.

Pasamos por entre altas yerbas muy resistentes. Esta yerba se llama ñasi, y su tallo me destroza el rostro, mientras sus semillas picantes se introducen hasta la piel bajo mis vestidos desgarrados.

Mis fuertes botas por fortuna han resistido.

Los agentes comienzan á abandonar los esclavos demasiado enfermos para seguir adelante. Además hay temores de que nos falten los víveres; los soldados y los pagazis se sublevarían si se les disminuyese la ración. No se atreven, por consiguiente, á disminuirla, lo cual redundaría en perjuicio de los pobres cautivos.

¡Que se coman unos á otros! ha dicho el jefe.

De aquí se sigue que jóvenes todavía vigorosos mueren sin apariencia de enfermedad. Recuerdo lo que el doctor Livingstone ha dicho sobre este punto: «Estos infortunados se quejan de dolor en el corazón, se ponen las manos en el pecho y caen. Es positivamente que el corazón se les parte; esto sucede particularmente á los hombres libres reducidos á la esclavitud sin que nada les haya preparado para ella.»

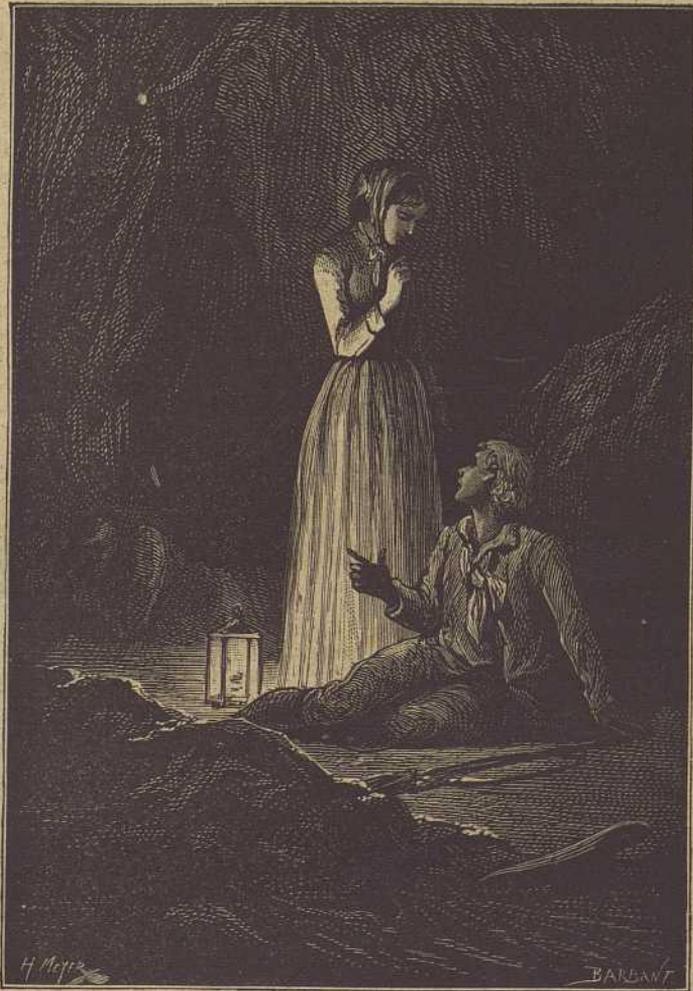
Hay veinte cautivos que no podían ya andar; han sido muertos á hachazos por los havildares. El jefe árabe no se ha opuesto á esta cruel matanza.

La escena ha sido espantosa.

La pobre vieja Nan ha caído bajo el hacha en esta horrible carnicería... Al pasar tropiezo con su cadáver. No puedo ni aun darle una sepultura cristiana.

Es la primera de los sobrevivientes del *Pilgrim* que Dios ha llevado á sí. ¡Pobre Nan! ¡Era tan buena!

Todas las noches espero á Dingo; pero no viene. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia á él ó á Hércules? ¡No!... ¡No!... No quiero creerlo... Este silencio, que me parece tan largo, no prueba mas que una cosa, y es que Hércules no ha tenido todavía medios de darme alguna noticia. Además tiene que ser prudente y estar muy alerta.



—Lo sé todo, pobre Dick, pero Dios puede todavía salvarnos. Hágase su voluntad.

## CAPITULO IX.

### KAZONDE.

El 26 de mayo, la caravana de esclavos llegaba á Kazonde. El cincuenta por ciento de los esclavos hechos en aquella última razzia se había quedado en el camino. Sin embargo, el negocio era todavía bueno para los traficantes; los pedidos eran muchos, y el precio de los esclavos iba á subir en los mercados de Africa.

La provincia de Angola hacia en aquella época un gran comercio de negros. Las autoridades portuguesas de San Pablo de Loanda ó de Benguela, no hubieran podido fácilmente ponerle obstáculos, porque los convoyes se dirigian hácia el interior del continente africano. Los barracones del litoral estaban llenos de prisioneros; los pocos negreros que lograban burlar la vigilancia de los cruceros de la costa, no bastaban para embarcarlos á todos y dirigirlos á las colonias españolas de América.

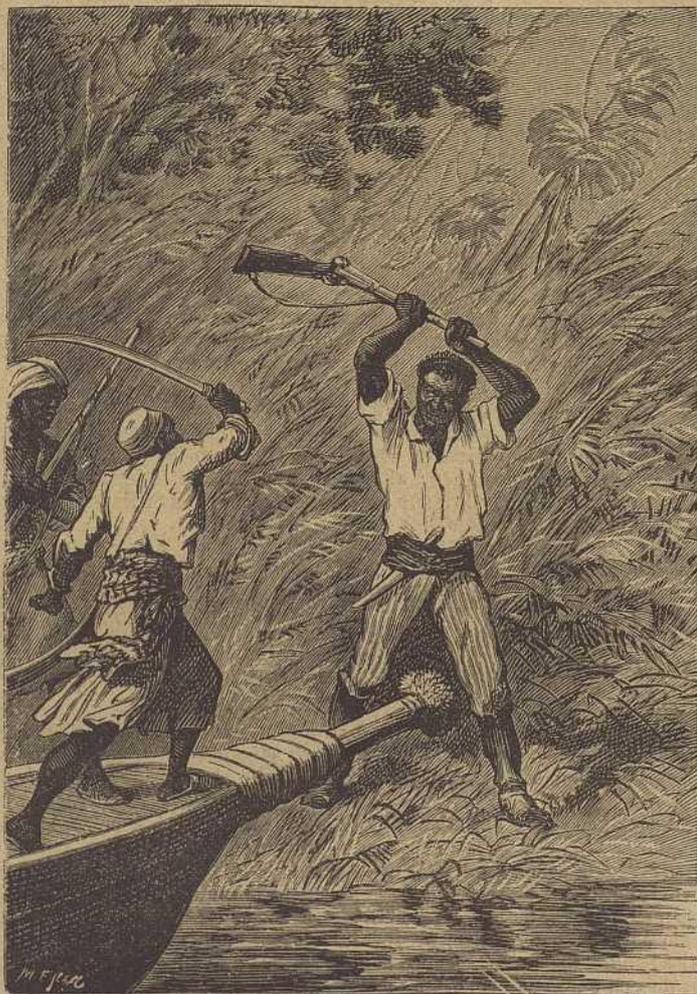
Kazonde, situado á trescientas millas de la embo-

cadura 'del Coanza, es uno de los principales *lakonis* ó sea uno de los mas importantes mercados de la provincia. En su plaza mayor, llamada la *chitoka*, se tratan los negocios, y allí se esponen y venden los esclavos, y desde allí las caravanas se dirigen á la region de los grandes lagos.

Kazonde, como todas las grandes poblaciones del Africa central, está dividida en dos partes distintas: el barrio de los negociantes árabes, portugueses ó indígenas que contenia sus barracones, y la residencia del rey negro, que es algun feroz borracho coronado, que reina por el terror y vive de las subvenciones en especie que le dan en abundancia los traficantes.

En Kazonde el barrio comercial pertenecia entonces á José Antonio Alves, de quien habian hablado Harris y Negoro, simples agentes á sueldo suyo. Allí estaba el principal establecimiento de este traficante, que poseia otro en Bihé y otro en Casange, en la provincia de Benguela, donde el teniente Cameron iba á encontrarle pocos años despues.

Una gran calle central de cada lado de los grupos



Pero el gigante agitó en el aire su fusil como una maza.

de casas ó *tembes*, casas con azoteas de paredes hechas de barro, y cuyo patio cuadrado sirve de parque al ganado; al extremo de la calle la gran *chitoka*, rodeada de barracones y dominando este conjunto de habitaciones, algun enorme bananero cuyas ramas se desenvuelven por un movimiento soberano; aqui y allí grandes palmeras plantadas como escobas con el palo en tierra y la cabeza al aire; sobre el polvo de las calles, unas veinte aves de rapiña encargadas de la policia urbana y de la salubridad pública, constituyen el barrio comercial de Kazonde.

No lejos corre el Luhi, rio cuyo curso todavía indeterminado va á parar probablemente al Congo, tributario de Zaira ó á algun afluente de éste.

La residencia del rey de Kazonde, que confina con el barrio comercial, no es mas que una aglomeracion de chozas sucias que se estienden por espacio de una milla cuadrada. De estas casas las unas tienen libre acceso y las otras están rodeadas de una empalizada de cañas ó de higueras enanas. Un recinto particular rodeado de un seto de papiirus. Unas treinta casas que sirven de morada á los esclavos del

jefe, un grupo de chozas para sus mujeres, y un tembe mas espacioso y elevado, medio escondido entre las plantaciones de manioc, forman la residencia del rey de Kazonde, hombre de cincuenta años, que se llamaba Moini Lunga. La situacion de este rey ha decaido mucho comparada con la de sus predecesores. No tiene á sus órdenes cuatro mil soldados; allí donde los primeros tratantes portugueses contaron veinte mil, y no podria ya, como en sus buenos tiempos, darse el placer de inmolar veinticinco á treinta esclavos por dia.

Por lo demás, este rey era un viejo precoz, gastado por los desórdenes, consumido por el abuso de los licores fuertes; un feroz maniático que por capricho hacia mutilar á sus súbditos, á sus oficiales ó á sus ministros, cortando las narices ó las orejas á los unos, el pié ó la mano á los otros, y cuya muerte, que debia estar próxima, se esperaba sin ningun genero de sentimiento.

Solo un hombre en todo Kazonde debia quizá perder con la muerte de Moini Lunga, y era el tratante José Antonio Alves, que se entendia muy bien con

aquel borracho, cuya autoridad era reconocida en toda la provincia. En efecto, podía temer que después de su muerte, si alguien se oponía al advenimiento de la primera de sus mujeres, que era la reina Moína, los Estados fuesen invadidos por un competidor vecino, que era uno de los reyes del Ukusu. Este, más joven y más activo, se había apoderado ya de algunas aldeas que dependían del gobierno de Kazonde y tenía á su devoción otro tratante rival de Alves; aquel Tipo-Tipo negro, árabe de raza, pero que debía visitar en breve á Cameron en Nangúe.

Diremos ahora quién era este Alves, verdadero soberano bajo el reinado del negro embrutecido, cuyos vicios había desarrollado y explotado.

José Antonio Alves, ya avanzado en edad, no era, como podía suponerse atendido su nombre, emsungu, es decir, un hombre de raza blanca. No tenía de portugués mas que el nombre, que había tomado sin duda para mayor facilidad en su comercio. Era un verdadero negro muy conocido en la sociedad de los traficantes y que se llamaba Kendele. Era natural de Dondo á orillas del Coanza; había principiado por ser simple agente de los corredores de esclavos, y debía concluir siendo traficante de alta nombradía, es decir, un bribon redomado, que se daba por el hombre mas honrado del mundo.

Cameron debía encontrarle á fines de 1874 en Kilemba, capital de Kassongo, jefe del Urua, y acompañarle con su caravana hasta su establecimiento de Bihe por espacio de setecientas millas.

El convoy de esclavos al llegar á Kazonde fue conducido á la plaza mayor.

Era el 26 de mayo; los cálculos de Dick Sand se habían justificado; el viaje había durado treinta y ocho dias desde la salida del campamento establecido á orillas del Coanza. ¡Cinco semanas de los mas espantosos trabajos que puede soportar un ser humano!

Eran las doce del dia cuando se verificó la entrada en Kazonde. Los tambores redoblaban, los cuernos de cudú lanzaban sus roncós sonidos entre las detonaciones de las armas de fuego; los soldados de la caravana descargaban su fusiles al aire, y los servidores de José Antonio Alves respondían con iguales salvas. Todos aquellos bandidos se felicitaban de volverse á ver después de una ausencia de cuatro meses. Al fin iban á descansar de sus fatigas y á recobrar en la embriaguez y en la disipación el tiempo perdido.

Los esclavos, la mayor parte estenuados, formaban todavía un total de doscientas cincuenta cabezas. Después de haber sido obligados á marchar como un rebaño, iban á ser encerrados en aquellos barracones, que los labradores de América no hubieran querido para establos. Allí les esperaban otros mil doscientos ó mil quinientos esclavos que al dia siguiente debían ser exhibidos en el mercado de Kazonde. Los barracones se llenaron; desaparecieron las pesadas horquillas que oprimían el cuello de los esclavos, pero se les dejaron las cadenas.

Los pagazis se detuvieron en la plaza después de haber dejado sus cargas de marfil en poder de los negociantes de Kazonde; recibieron luego su paga en algunas varas de percal ó otra tela de mas alto precio, y se retiraron para agregarse á otra caravana.

El viejo Tom y sus compañeros estaban, pues, libres de la horquilla que habían llevado por espacio de cinco semanas. Bat y su padre habían podido al fin arrojarle uno en brazos de otro. Todos se habían estrechado las manos; pero apenas se habían atrevido á dirigirse la palabra. ¿Qué se hubieran podido decir que no fueran frases de desesperación? Bat, Acteon y Austin, todos tres vigorosos y acombrados

á duros trabajos, habían podido resistir la fatiga; pero el viejo Tom, debilitado por las privaciones, no tenía fuerza alguna, y si la marcha hubiera durado pocos dias mas, su cadáver habría sido abandonado como el de la vieja Nan para que sirviese de pasto á las fieras de la provincia.

Todos cuatro, tan luego como llegaron, fueron llevados á un estrecho barracon cuya puerta se cerró inmediatamente detrás de ellos. Allí encontraron algun alimento y allí esperaban la visita de algun traficante con el que podrían, aunque inútilmente, hacer prevalecer su calidad de americanos. Dick Sand había quedado solo en la plaza bajo la vigilancia especial de un havildar.

Estaba al fin en Kazonde, á donde no dudaba que le habían precedido la señora Weldon, Juanito y el primo Benedicto. Les había buscado con la vista al atravesar los diversos barrios de la población y hasta en el fondo de los tembes que formaban las calles, y por último, en aquella chitoka casi desierta entonces.

Pero la señora Weldon no estaba allí.

—¿No la habrán traído aquí? se preguntó Dick Sand. ¿Dónde había de estar? No, Hércules no ha podido engañarse. Además, el traerla aquí debía estar convenido entre Harris y Negoro... y sin embargo tampoco los veo...

Dick Sand era presa de una punzante ansiedad. Explicábase que se ocultara á su vista á la señora Weldon, todavía presa; pero Harris y Negoro, este último sobre todo, debían tener deseos de verse cuanto antes con el joven aprendiz que se hallaba entonces en su poder, aunque no fuese mas que para gozar de su triunfo, para insultarle, para atormentarle, para vengarse al fin. ¿Debia deducirse de su ausencia que habían tomado otra dirección, y que la señora Weldon había sido llevada á cualquier otro punto del Africa central? ¿La presencia del americano y del portugués, sería la señal del suplicio de Dick Sand? A pesar de todo esto la deseaba impacientemente. Harris y Negoro en Kazonde eran para él la certeza de que la señora Weldon y su niño estaban allí tambien.

Dick Sand se dijo entonces que desde aquella noche en que Dingo le había llevado el billete de Hércules, no había vuelto á aparecer el perro. La respuesta que tenía preparada para todo evento, y en la cual recomendaba á Hércules que no pensara mas que en la señora Weldon, que no la perdiera de vista, y que si le era posible le tuviese al corriente de todo lo que pasara, no había podido enviarla á su destino. Lo que Dingo había podido hacer la primera vez, es decir, llegar sin ser visto hasta las últimas filas de la caravana. ¿Por qué Hércules no se lo había hecho intentar de nuevo? El fiel animal, había sucumbido en alguna tentativa abortada, ó Hércules, continuando la pista de los que se llevaban á la señora Weldon, como él hubiera hecho en su lugar, había penetrado con Dingo en las profundidades de los bosques centrales del Africa con la esperanza de llegar á alguna factoría del interior?

¿Qué podía imaginar Dick Sand si en efecto, ni la señora Weldon ni sus raptos estaban allí? Se había persuadido de tal modo, quizá sin razon, de que los encontraría en Kazonde, que el no verlos desde luego fue para él un golpe terrible, y tuvo un movimiento de desesperación que no pudo dominar. Su vida, si no podía ser útil á las personas que le eran queridas, no servía para nada y no tendría que hacer mas que morir. Pero pensando de este modo Dick Sand, desconocía su propio carácter; al embate de tantas pruebas, el niño se había hecho hombre, y el desaliento no podía ser en él mas que un tributo accidental pagado á la naturaleza humana.

En aquel momento estalló un formidable ruido de

trompetas y gritos. Dick Sand, que estaba sentado sobre el polvo de la chitoka, se levantó pensando que cualquier nuevo incidente podría darle á conocer el paradero de los que buscaba. El, que hacia un momento habia desesperado, comenzó á cobrar esperanzas.

«¡Alves! ¡Alves!» este era el nombre que repetía una multitud de indígenas y de soldados que invadió entonces la Plaza Mayor. El hombre de quien dependia la suerte de tantos desgraciados, iba en fin á presentarse. Era posible que sus agentes Harris y Negro llegaran con él. Dick Sand se hallaba en pié con los ojos abiertos y prestando toda su atención. Los dos traidores encontrarían al fin al jóven aprendiz de quince años delante de ellos, erguido, firme, mirándoles cara á cara. No sería el capitan del *Pilgrin* el que temblase delante del antiguo cocinero de á bordo.

Un palanquin, especie de kitanda cubierta de una mala cortina remendada, desteñida y desgarrada por los extremos, se presentó al final de la calle principal, y de él bajó un viejo negro, que era el traficante José Antonio Alves.

Algunos servidores le acompañaban con grande algazara.

Al mismo tiempo que Alves se presentó su amigo Coimbra, hijo del mayor Coimbra de Bihe, y segun dice el teniente Cameron, el mayor tunante de la provincia; un ser grasiento, despechugado, bizco, con la cabellera crespa y enmarañada, la cara amarilla, vestido de una camisa andrajosa y de un chaleco de yerbas. Parecía una horrible vieja con su sombrero de paja todo desgarrado. Este Coimbra era el confidente y el *alter ego* de Alves, el organizador de las razzias, el mas digno de mandar á los bandidos del traficante.

Este último tenia quizá un aspecto menos repugnante que su acólito con sus vestidos de antiguo turco al día siguiente de un carnaval. Sin embargo, no daba una grande idea de esos jefes de factorias que hacen el tráfico de negros en grande escala.

La esperanza del aprendiz se vió frustrada por aquel momento, porque ni Harris ni Negro formaban parte de la comitiva de Alves. ¿Tendría que renunciar á toda esperanza de hallarles en Kazonde?

El jefe de la caravana, el árabe Ibn-Hamis, se adelantó á estrechar las manos de Alves y de Coimbra, y á recibir felicitaciones de todas partes. El cincuenta por ciento de esclavos que faltaban á la cuenta general, produjo cierto gesto de descontento en la cara de Alves; pero en suma, el negocio era bueno todavía. Con las mercancías humanas que el traficante poseía en sus barracones, podría satisfacer los pedidos del interior y cambiar sus esclavos por marfil y por esas *hanas* de cobre, especie de aspas bajo cuya forma se esporta este metal en el centro de Africa.

Los havildares tuvieron tambien su parte en las felicitaciones; y en cuanto á los portadores, el traficante dió orden de que se les pagara inmediatamente su salario.

José Antonio Alves y Coimbra hablaban una especie de portugués mezclado con el idioma indígena, que un natural de Lisboa no hubiera podido comprender sin algun trabajo. Dick Sand no entendia, pues, lo que aquellos *negociantes* decían entre sí. ¿Trataban de sus compañeros y de él tan pérfidamente agregados al personal del convoy?

El jóven aprendiz se convenció bien pronto de que así era la verdad cuando un havildar, obedeciendo á un ademán del árabe Ibn-Hamis, se dirigió hácia el barracon donde habian sido encerrados Tom, Austin, Bat y Acteon.

Casi al mismo tiempo los cuatro americanos fueron presentados á Alves.

Dick Sand se acercó lentamente porque no queria perder nada de aquella escena.

El rostro de José Antonio Alves se iluminó cuando vió aquellos negros bien formados á quienes el descanso y un alimento mas abundante habia de devolver pronto su vigor natural. Dirigió al viejo Tom una mirada desdenosa; su edad hacia bajar el precio, pero miró con satisfaccion á los otros tres que en el próximo lakoni de Kazonde debian venderse caros.

Entonces Alves encontró en su memoria algunas palabras de inglés que agentes tales como el americano Harris habian podido enseñarle, y el viejo mono creyó que debia dar irónicamente la bienvenida á sus nuevos esclavos.

Tom comprendió aquellas palabras del traficante y se adelantó inmediatamente.

—Nosotros somos hombres libres, dijo señalando con el dedo á sus compañeros; somos ciudadanos de los Estados-Unidos.

Alves lo comprendió sin duda y respondió con un gesto de buen humor:

—Sí... sí... americanos. Bien venidos... bien venidos.

—Bien venidos, añadió Coimbra.

El hijo del mayor de Bihe se adelantó entonces hácia Austin, y como un mercader que examina una muestra, despues de haberle tentado el pecho y los hombros, quiso hacerle abrir la boca para verle los dientes.

Peró en aquel momento el señor Coimbra recibió en el rostro el puñetazo mas magistral que ha atrapado nunca el hijo de un mayor.

El confidente de Alves rodó á diez pasos de distancia. Algunos soldados se arrojaron sobre Austin, que iba á pagar quizá muy caro aquel movimiento de cólera.

Alves les detuvo con un ademán, riendo de la mejor gana de la desgracia de su amigo Coimbra, que habia perdido dos dientes de los cinco ó seis que le quedaban.

José Antonio Alves no queria que se deteriorase su mercancía, y además era de un carácter alegre, y desde largo tiempo no se habia reido de tan buena gana.

Sin embargo, consoló como pudo al desdichado Coimbra, y éste, levantándose, volvió á ocupar su lugar cerca del traficante, no sin dirigir un gesto de amenaza al atrevido Austin.

En aquel momento Dick Sand, empujado por un havildar, llegó delante de Alves.

Este evidentemente sabia quién era el jóven aprendiz, de dónde procedía y cómo habia sido llevado al campamento del Coanza.

Así, despues de haberle mirado con malignidad, dijo en mal inglés:

—¡El pequeño yanki!

—Sí, yanki, respondió Dick Sand. ¿Qué se quiere hacer de mis compañeros y de mí?

—¡Yanki, yanki! ¡el pequeño yanki! repetía Alves.

No habia comprendido, ¿ó no queria comprender la reclamacion que se le hacia?

Dick Sand por segunda vez promovió la cuestion relativa á sus compañeros y á él, dirigiéndose al mismo tiempo á Coimbra, en cuya fisonomía, por degradada que estuviera por el abuso de los licores alcohólicos, observó rastros que denotaban que no era de origen indígena.

Coimbra renovó el gesto de amenaza que habia dirigido ya á Austin y no respondió.

Entre tanto Alves hablaba con bastante animacion con el árabe Ibn-Hamis, y evidentemente de cosas que concernian á Dick-Sand y á sus amigos. Sin duda iban á separarse de nuevo, y ¡quién

sabe si podría presentarse otra ocasion de dirigirles algunas palabras!

—Amigos míos, dijo Dick Sand á media voz y como si se hubiera hablado á sí mismo; oid unas palabras: He recibido por Dingo un billete de Hércules que ha seguido á la caravana, Harris y Negoro se han llevado á la señora Weldon, á Juanito y al señor Benedicto; no se sabe á dónde ni tampoco si están en Kazonde. ¡Paciencia! ¡valor! estad prontos para la primera ocasion, y que Dios se apiade de nosotros.

—¿Y Nan? preguntó el viejo Tom.

—Nan ha muerto.

—La primera.

—Y la última... respondió Dick Sand, porque ya veremos...

En aquel momento se apoyó una mano sobre su hombro y oyó estas palabras pronunciadas con aquel tono amable que conocia demasiado.

—Si no me engaño, aquí está mi jóven amigo. Me alegro mucho de ver á usted.

Dick Sand se volvió.

Harris estaba delante de él.

—¿Dónde está la señora Weldon? exclamó Dick Sand dirigiéndose al americano.

—¡Ah! respondió Harris aparentando una compasion que no sentia; ¡pobre madre! ¿Como hubiera podido sobrevivir!...

—¿Ha muerto? exclamó Dick Sand? ¿Y su hijo?

—¡Pobre niño! respondió Harris en el mismo tono; ¿cómo no le habian de matar tantas fatigas?

Así, todo lo que amaba Dick Sand habia desaparecido. ¿Qué pasó en su interior? Un irresistible movimiento de cólera, un deseo de venganza que le era preciso satisfacer á toda costa invadió su mente.

Saltó sobre Harris, se apoderó del machete que colgaba de la cintura del americano y se le hundió en el corazón.

—¡Maldicion!... exclamó Harris cayendo.

Un momento despues era cadáver.

## CAPITULO X.

### UN DIA DE GRAN MERCADO.

El movimiento de Dick Sand habia sido tan rápido que no fue posible contenerle. Algunos indígenas se arrojaron sobre él, y hubiera sido despedazado si no se hubiera presentado Negoro.

Una señal del portugués separó á los indígenas, que levantaron y se llevaron el cadáver de Harris.

Alves y Coimbra reclamaron la muerte inmediata de Dick Sand, pero Negoro les dijo en voz baja que no perderian nada por esperar, y se dió orden de llevar de allí al jóven aprendiz, con recomendacion de no perderle de vista un instante.

Dick Sand acababa al fin de ver á Negoro por primera vez desde su separacion en el litoral. Sabia que aquel miserable era el único causante de la catástrofe del *Pilgrim*, y debia aborrecerle todavía más que á su cómplice. Sin embargo, despues de haber muerto al americano, no se dignó dirigir siquiera una palabra á Negoro. Harris habia dicho que la señora Weldon y su hijo habian sucumbido; nada le interesaba ya, ni siquiera lo que pudieran hacer de él. Le llevaban; ¿á dónde? poco le importaba.

Estrechamente encadenado le dejaron en un baracon sin ventanas, especie de calabozo donde el traficante Alves encerraba á los esclavos por rebelion ó por vici de hecho. Allí no podia tener comunicacion alguna con el exterior, y no pensó siquiera en dolerse de semejante aislamiento. Habia vengado á los seres queridos que ya no existian, y cual-

quiera que fuese la suerte que le esperaba estaba pronto á sufrirla.

Ya se entenderá que si Negoro habia detenido á los indígenas que iban á vengar la muerte de Harris, era porque reservaba á Dick Sand uno de esos terribles suplicios cuyo secreto tienen los africanos. El cocinero de á bordo tenia en su poder al capitán de quince años; no le faltaba mas que á Hércules para que su venganza fuese completa.

Dos dias despues, el 28 de mayo, se abrió el mercado el gran lakoni, en el cual debian encontrarse los traficantes de las principales factorías del interior y los indígenas de las provincias inmediatas á Angola.

Aquel mercado no era especial para la venta de esclavos, sino que afluían tambien al mismo tiempo á él los productos y los productores de la fértil Africa. Desde la madrugada, la animacion era ya grande en la vasta chitoka de Kazonde, y es difícil dar una justa idea de ella.

Figúrese el lector un concurso de cuatro á cinco mil personas, incluso los esclavos de José Antonio Alves, entre los cuales figuraban Tom y sus compañeros. Estos infelices, precisamente porque eran de raza extranjera, debian ser los mas apreciados por los corredores de carne humana.

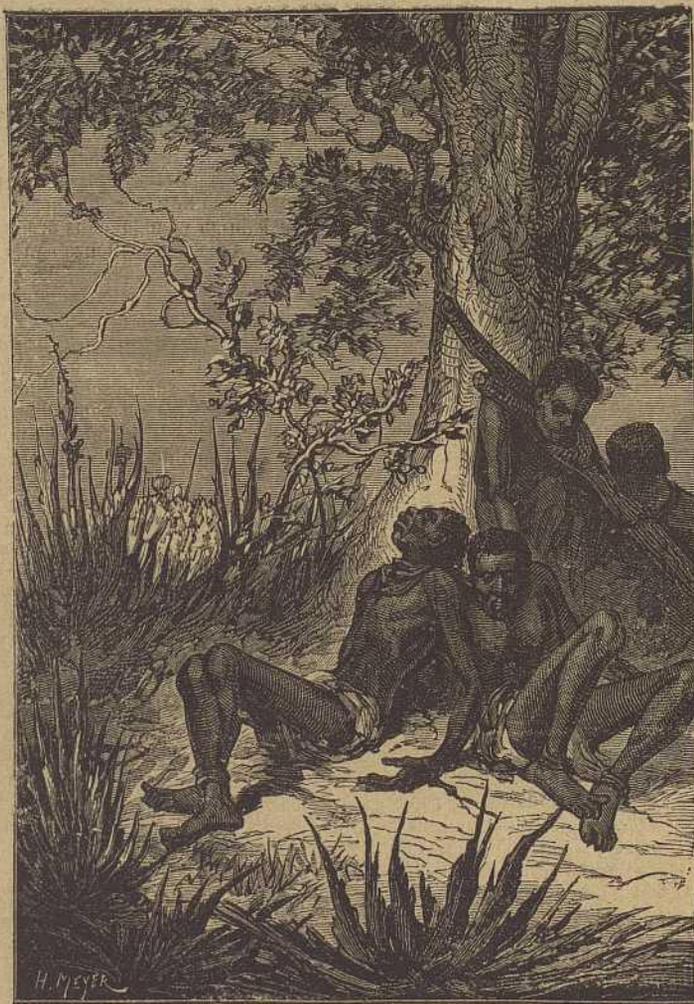
Alves estaba allí el primero entre todos, y acompañado de Coimbra formaba lotes de esclavos para constituir las caravanas que debian llevarse los traficantes del interior. Entre éstos estaban ciertos mestizos del Uiyí, principal mercado del lago Tangánika, y árabes muy superiores á los mestizos en este género de comercio.

Veíanse tambien indígenas en gran número; eran niños, mujeres y hombres; las mujeres muy apasionadas al tráfico de esclavos, y que en genio comercial hubieran podido dar quince y falta á las mas civilizadas entre sus semejantes de color blanco. En los mercados de las grandes ciudades en los dias de mas animacion no se hace mayor ruido ni se concluyen mas negocios.

En las naciones civilizadas la necesidad de vender puede mas que la gana de comprar; pero entre los salvajes de Africa la oferta se presenta con tanta pasion como la demanda.

Para los indígenas de ambos sexos el lakoni es un dia de fiesta y si no se habian puesto sus mejores vestidos por la razon potísima de no tenerlos llevaban á lo menos sus mejores adornos. Cabelleras divididas en cuatro partes cubiertas de lazos y trenzas atadas como un rodete ó dispuestas en forma de chimenea sobre la frente con penachos y plumas rojas; cabelleras en figura de cuernos encorvados unidas con una pasta de tierra roja y arcilla como el minium que sirve para tapar las juntas de las máquinas; cabelleras falsas ó verdaderas llenas de broches, alfileres de hierro ó de marfil y aun entre las mas elegantes de cuchillitos para tatuar introducidos en la masa del pelo; cabellos ensartados con perlas de vidrio formando tapicería de abalorio de diversos colores, tales eran los edificios que se veian mas comunmente sobre la cabeza de los hombres.

Las mujeres preferian dividir su cabellera en pequeñas bolas del grueso de una cereza, en mechones, en trenzas cuyos extremos figuraban un dibujo en relieve ó en tirabuzones dispuestos á lo largo de la cara. Algunas mas sencillas y quizás mas lindas dejaban caer sus cabellos sobre la espalda á la moda inglesa y otras á la moda francesa les llevaban en franjas cortadas sobre la frente. Sobre todo aquel tizne se estendia una argamasa compuesta de grasa y arcilla ó de reluciente *enkola* sustancia roja que se estrae del palo de sándalo de tal manera que aquellas elegantes, parecia que llevaban en la cabeza una multitud de tejas.



Les habían dejado allí para que se muriesen de hambre.

No hay que creer que este lujo de ornamentación se aplicaba tan solo á la cabellera de los indígenas; ¿De que servirían las orejas si no se pudieran atravesar con anillos de madera preciosa ó de cobre ó cadenas de maíz trenzado ó pequeñas calabazas que sirven para llevar el tabaco y que dilatan las orejas hasta el punto que los lóbulos de estos apéndices caen á veces hasta los hombros de sus propietarios? Hay que advertir que los salvajes del Africa no llevan bolsillos ¿ni como los habían de llevar? De aquí la necesidad de poner donde pueden y como pueden los cuchillos, las pipas y otros objetos usuales. En cuanto al cuello los brazos muñecas las piernas y los tobillos son partes del cuerpo incontestablemente destinadas á llevar brazaletes de cobre ó de bronce acero adornado de botones brillantes ó de sartas de perlas rojas llamadas *same-same* ó *talakas* y que estaban entonces muy en moda. Así con todas aquellas joyas ostentadas en proporción los ricos de la comarca tenían el aspecto de las cajas de un buhonero.

Además si la naturaleza ha dado dientes á los indígenas, ¿no ha sido con el objeto de que se arranquen

los incisivos medios de arriba y de abajo para lamarlos la punta ó para encorvarlos como los dientes agudos de las serpientes?

Si les ha puesto uñas al extremo de los dedos ¿no ha sido para que crezcan desmesuradamente hasta hacer casi imposible el uso de la mano? Si la piel negra ó aceituna sobre la armazón humana, ¿no ha sido para tatuarse de *tembos* que representan árboles pájaros medias lunas ó lunas llenas ó esas líneas onduladas en las cuales Livingstone creyó encontrar dibujos del antiguo Egipto? Ese tatuado de los padres practicado por medio de una materia azul introducida en las incisiones se estampa punto por punto como si fuera un *cliché* sobre el cuerpo de los hijos y permite distinguir á qué tribu ó á que familia pertenecen. Preciso es grabar el blason sobre el pecho cuando no se le puede pintar sobre la portezuela de un carruaje.

Tal era la parte de ornamentación en aquella moda indígena. En cuanto á los vestidos propiamente dichos se resumían respecto del caballero en algún delantal de cuero de antilope que bajaba hasta las

rodillas ó en un chaleco de tejido de yerba de colores vivos; y respecto de las señoras en un cinturón de perlas del cual pendía una falda verde bordada de seda adornada de abalorio ó de cauris ó en uno de esos paños de lamba, tela de yerba azul negra y amarillenta muy buscada entre los habitantes de Zanzibar. Por supuesto que no hablamos sino de los negros de la alta sociedad. Los demás mercaderes ó esclavos iban apenas vestidos; las mujeres con frecuencia servían de porteadoras y llegaban al mercado con enormes cestos á la espalda que mantenían por medio de una correa que les pasaba sobre la frente. Luego que tomaban puesto y desenfardaban sus mercancías se sentaban en el cesto vacío.

La asombrosa fertilidad del país hacia afluir al lakoni productos alimenticios de primera calidad. Había abundancia de ese arroz que da ciento por uno; de ese maíz que da tres cosechas en ocho meses y doscientos por uno; de sésamo y pimienta del Urua, mas fuerte que la Cayena; de yuca, de sorgo, de nuez moscada; de sal y de aceite de palma. Allí se habían dado cita centenares de cabras, cerdos, carneros sin lana con joroba y pelos, evidentemente de origen tártaro, volatería, pescados, etc. Varias piezas de vagilla de barro muy simétricamente torneada, llamaba la atención por sus vivos colores. Las diversas bebidas que los niños indígenas pregonaban con voz chillona, atraían á los aficionados; eran vino de bananas, *ponche*, licor muy usado y muy fuerte; *malofú*, cerveza dulce hecha con los frutos del bananero é hidromiel mezcla límpida de miel y agua fermentada con cebada.

Pero lo que constituía la gran curiosidad del mercado de Kazonde era el comercio de telas y de marfil.

En telas se contaban por millares las chukas ó brazas de *mericani*, tela de algodón crudo procedente de Salem en el *Masassuchest*; de *caniqui*, cotón azul de treinta y cuatro pulgadas de ancho; de *sojari*, tela de cuadros azules y blancos con bordados rojos y cintas azules menos cara que los *diulis* de seda de surate de fondo verde, rojo ó amarillo, que valen desde siete duros la pieza de tres varas, hasta ochenta duros, cuando está tejida de oro.

En cuanto al marfil afluya de todos los puntos del África central y era llevado á Kartum, á Zanzibar ó al Cabo, siendo muchos los negociantes que explotaban únicamente este ramo de comercio africano.

Es imposible formar una idea del número de elefantes que hay que matar para suministrar los quinientos mil kilogramos de marfil (1) que la exportación arroja anualmente sobre los mercados de Europa y principalmente de Inglaterra. Se necesitan nada menos que cuarenta mil para las necesidades del Reino Unido; solo la costa occidental de África produce ciento cuarenta toneladas de esta preciosa sustancia. El término medio es de veintiocho libras cada par de dientes de elefante, que en 1874 valieron hasta mil quinientos francos; pero hay colmillos que pesan hasta ciento sesenta y cinco libras y precisamente en el mercado de Kazonde; los aficionados hubieran encontrado admirables ejemplares de un marfil opaco, traslucido, fácil de trabajar, de corteza parda y que conserva su blancura y no amarillea con el tiempo, como los marfiles de otras procedencias.

Y ahora ¿cómo se arreglaban entre compradores y vendedores las diversas operaciones del comercio? ¿Cuál era la moneda corriente? Ya se ha dicho: esta moneda es el esclavo para los traficantes de África.

El indígena paga en cuentas de vidrio de fabricación veneciana llamadas *kachocolos* cuando son de un color blanco de cal, *bubulues* cuando son negras, y *sicundereches* cuando son de color de rosa. Estas

(1) Las fabricas de cuchillos de Sheffield consumen ciento setenta mil kilogramos.

cuentas ó perlas reunidas en diez filas ó *khetes* que dan dos vueltas al cuello forman el *fundo* cuyo valor es grande. La medida mas usual de estas perlas es el *frasilák*, que pesa setenta libras y Livingstone, Cameron y Stanley tuvieron siempre cuidado de ir abundantemente provistos de esta moneda. A falta de cuentas de vidrio el *pice*, moneda de Zanzibar, de cuatro céntimos, y las *viunguas*, conchas particulares de la costa oriental, tienen curso en los mercados del continente africano.

Las tribus antropófagas dan cierto valor á los dientes humanos y en el lakoni se veían collares de estos dientes, que llevaban algunos indígenas, que sin duda se habrían comido á sus productores. Sin embargo, estos dientes comienzan ya á no pasar como moneda.

Tal era, pues, el aspecto de aquel mercado. La animación hácia el medio día llegó á su mas alto punto y el bullicio era inmenso; el furor de los vendedores despreciados; la locura de los chalanos engañados era inesplicable; suscitáronse luchas frecuentes y como puede creerse no había oficiales de paz que pudieran establecerla en aquella multitud ahullante.

Alves dió orden de llevar entonces á la plaza los esclavos, de los cuales quería deshacerse, y la muchedumbre se aumentó entonces con dos mil desgraciados de toda edad, que el traficante tenía en sus barracones desde hacia varios meses. El género no estaba en mal estado; un largo reposo y un alimento suficiente, había puesto á los esclavos en estado de figurar ventajosamente en el lakoni; en cuanto á los que habían llegado los últimos no podían sostener ninguna comparación con ellos y después de un mes de barracon, Alves los hubiera vendido con mayor provecho; pero los pedidos de la costa oriental eran tantos, que se decidió á exponerlos tales como estaban.

Esta fue una desgracia para Tom y sus compañeros; los havildares les empujaron como un rebaño que invadía la chitoka; iban sólidamente encadenados y sus miradas decían todo el furor y toda la vergüenza de que estaban poseídos.

—El señor Dick no está ahí, dijo Bat, luego que recorrió con la vista la gran plaza de Kazonde.

—No, respondió Acteon: no le pondrán en venta.

—Le matarán, si no le han muerto ya, añadió el viejo negro. Nosotros no tenemos mas que una esperanza y es la de ser comprados todos por el mismo tratante. Sería un consuelo muy grande que no nos separaran.

—¡Ah! si supiera que estabas lejos de mí trabajando como esclavo, pobre padre... exclamó Bat sofocado por los sollozos.

—No, no, dijo Tom, no nos separaremos y quizás podremos...

—¡Si Hércules estuviera aquí! exclamó Austin.

Pero el gigante no había vuelto á presentarse; desde las noticias que envió á Dick-Sand no se había oído hablar de él ni de Dingo. ¿Habría que envidiar su suerte?

Sí, seguramente, porque si Hércules había succumbido, á lo menos no había llevado las cadenas del esclavo.

La venta de esclavos había comenzado y los agentes de Alves paseaban los lotes de hombres, mujeres y niños entre la multitud sin cuidarse de si separaban ó no las madres de sus pequeños ó quizás podrían decir de sus cachorros, pues que no eran tratados mas que como animales domésticos. Tom y los suyos pasaron tambien de comprador en comprador marchando un agente delante de ellos que pregonaba el precio en que el lote á que pertenecían sería adjudicado.

Varios corredores árabes ó mestizos de las provincias centrales acudieron para examinarlos; no veían

en ellos las señales particulares de la raza africana modificada en los americanos desde la segunda generacion; pero aquellos negros vigorosos é inteligentes muy diversos de los negros enviados de las orillas del Zambesi ó del Lualaba tenian gran valor á sus ojos. Les palpaban; les hacian volver á uno y otro lado; les miraban los dientes como hacen los chalanes con los caballos que quieren comprar; despues les arrojaban á lo lejos un palo y les obligaban á correr para recogerlo á fin de examinar su aire y su modo de andar.

Este era el método empleado por todos y todos estaban sometidos á esa humillacion. No se crea que aquel os desgraciados mostraban completa indiferencia al verse tratados de tal modo, no; excepto los niños que no podian comprender la degradacion á que se les reducía, todos hombres ó mujeres manifestaban gran vergüenza de lo que pasaba; por lo demás, no se les escaseaban ni las injurias ni los golpes. Coimbra medio borracho y los agentes de Alves les trataban con gran brutalidad, y entre los nuevos amos que iban á cambiarlos por marfil telas ó perlas no podian esperar mejor acogida. Violentamente separados los unos de los otros, la madre de su hijo, el marido de su mujer, el hermano de la hermana no se les permitia ni una última caricia ni un último beso y en aquel lakoni se veian por última vez.

En efecto, las necesidades de la trata exigen que los esclavos segun su sexo reciban un destino diferente. Los tratantes que compran los hombres, no son generalmente los mismos que compran las mujeres. Estas en virtud de la poligamia, que es ley entre los musulmanes, son llevadas principalmente á los países árabes, donde se las trueca por marfil. Los hombres destinados á los trabajos mas duros van á las factorías de las dos costas y son esportados ya para las colonias españolas, ya para los mercados de Mascate y de Madagascar. Esta distribucion produce escenas dolorosas entre los desgraciados á quienes los agentes separan y que están destinados á morir sin volverse á ver.

Tom y sus compañeros debian sufrir á su vez la suerte comun, pero á decir verdad, no tenian la eventualidad de que acabamos de hablar; mas valia para ellos en efecto ser esportados á alguna colonia de esclavos, porque allí á lo menos tendrian alguna probabilidad de hacer oír sus reclamaciones, mientras que detenidos en una provincia central de Africa, habrian tenido que renunciar á toda esperanza de volver á ser libres.

Sucedió lo que habian deseado y aun tuvieron el consuelo casi inesperado de que no les separaran. Su lote fue vivamente disputado por muchos tratantes del Uiyi. José Antonio Alves se restregaba las manos de placer; el precio subia; todos querian ver aquellos esclavos de un valor desconocido en el mercado de Kazonde, y cuya precedencia Alves habia tenido mucho cuidado de ocultar. Tom y los suyos no hablaban la lengua del país, no podian protestar. Adquiriólos un rico traficante árabe que debia salir dentro de pocos dias para el lago Tanganika, por donde pasan gran número de esclavos que despues son enviados á las factorías de Zanzibar.

¿Llegarian á su destino atravesando las comarcas mas peligrosas y mal sanas del Africa Central? Eran mil quinientas millas las que tenian que atravesar en tales condiciones y entre frecuentes guerras de tribu á tribu bajo un clima mortífero. ¿Tendria el viejo Tom fuerzas para soportar tantos trabajos? ¿No sucumbiria en el camino como la pobre Nan? Pero al fin no estaban separados y esto les hizo quizás menos pesada la cadena que les reunia á todos.

El tratante árabe les hizo conducir á un barracón aparte; queria evidentemente cuidar bien una mer-

cancia que le prometia gran producto en el mercado de Zanzibar.

Tom, Bat, Acteon y Austin salieron pues de la plaza y no pudieron ver ni saber nada de la escena con que iba á terminar el gran lakoni de Kazonde.

## CAPITULO XI.

### UN PONCHE OFRECIDO AL REY DE KAZONDE.

Eran las cuatro de la tarde, cuando al estremo de la calle principal se oyó un gran ruido de tambores, panderetas y otros instrumentos de origen africano. La animacion se redobla entonces en todos los estremos del mercado, y medio dia de gritos y de luchas no habia estinguido la voz ni cansado los brazos y piernas de aquellos negociantes endemoniados. Aun estaban por vender muchos esclavos; los traficantes se disputaban los lotes con un ardor del cual podria dar una idea aunque imperfecta la Bolsa de Londres en un dia de grande alza.

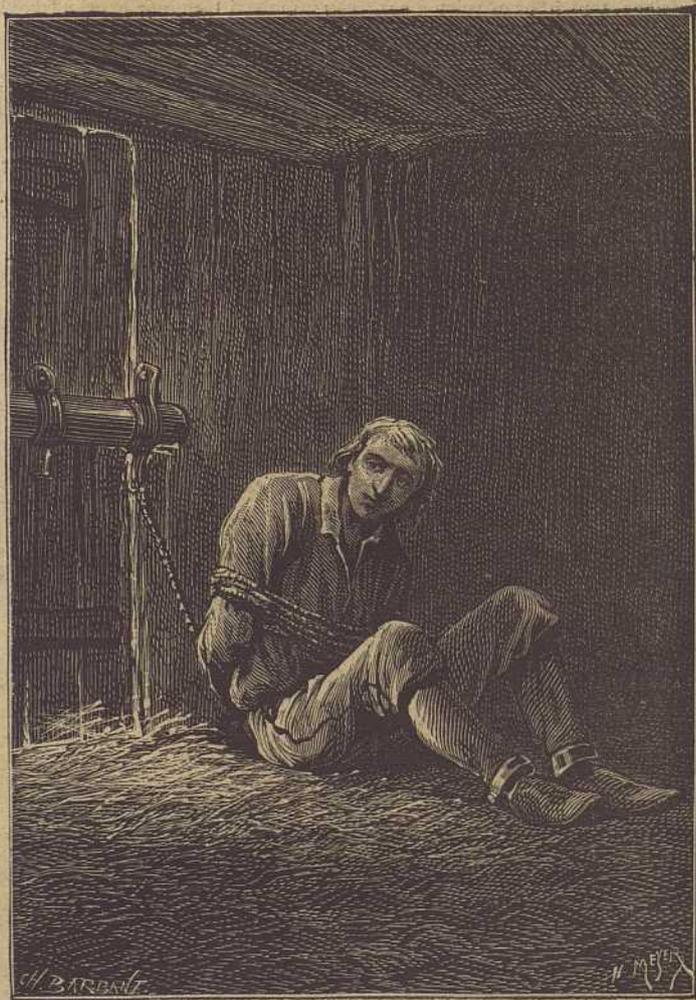
Pero al oír el discordante ruido que estalló de repente, se suspendieron las transacciones y los pregoneros pudieron tomar aliento.

El rey de Kazonde, Moini Lunga acudia á honrar con su visita el gran lakoni. Acompañábale un séquito muy numeroso de mujeres, de funcionarios, soldados y esclavos. Alves y otros traficantes salieron á recibirle y exageraron naturalmente los homenajes que agradaban particularmente á aquel bestia coronado.

Moini Lunga iba en un viejo palanquin, del cual bajó no sin el auxilio de una docena de brazos, en medio de la plaza mayor.

Tenia cincuenta años, pero cualquiera le hubiera dado ochenta. Figúrese el lector un mono viejo que ha llegado al término de la mayor vejez; en la cabeza llevaba una especie de tiara adornada de garras de leopardo pintadas de rojo y de varios mechones de pelo blancos; era la corona de los soberanos de Kazonde. De su cintura pendian dos faldellines de cuero de cudu bordados de perlas y mas arrugados que el delantal de un herrero. Ostentaba en su pecho una multitud de tatuados que atestiguan su antigua nobleza, y á creerlos, la genealogía de los Moini Lunga se perdía en la noche de los tiempos. A los tobillos, á las muñecas y á los brazos de Su Magestad se arrollaban brazaletes de cobre incrustados de conchas é iba calzado con un par de botas de lacayo con vueltas amarillas, que Alves le habia regalado hacia lo menos veinte años. Añádase que en la mano izquierda llevaba un gran baston de punta plateada, en la derecha un espantamoscas con el puño incrustado de perlas, por encima de la cabeza uno de esos paraguas viejos llenos de remiendos y que parecen haber sido hechos de unos calzones de arlequin, por último, colgando del cuello y sobre la nariz del monarca, el lente y el par de anteojos que tanta falta habian hecho al primo Benedicto y que le habian quitado á Bat del bolsillo, y se tendrá el verdadero retrato de esta magestad negra que hacia temblar á todo el mundo en el país, en un radio de cien millas.

Precisamente porque ocupaba un trono, Moini Lunga pretendia tener origen celeste, y al que de entre sus súbditos lo hubiera dudado le habria enviado á convencerse de ello al otro mundo. Segun decia él no experimentaba ninguna de las necesidades humanas porque era de esencia divina. Si comia era porque queria; si bebia era porque le agradaba. Era además imposible que bebiera mas. Sus ministros, sus funcionarios, siendo incurables borrachos, habrian pasado á su lado por personas sóbrias. Era una magestad alcoholizada en último grado é ince-



Dick-Sand, fuertemente amarrado, fue encerrado en el fondo de un barracón sin ventanas.

santemente empapado de cerveza fuerte, de pombé y sobre todo de una especie de aguardiente de que Alves le abastecía con profusión.

Moini Lunga tenía en su harem esposas de todas edades y de todas clases, y la mayor parte de ellas le acompañaban en esta visita al lakoni. Moina, la primera en edad, la que se llamaba reina, era una megera de cuarenta años, de sangre real como sus colegas. Llevaba una especie de tartan de colores vivos, un jubón de yerbas bordado de perlas, collares en todos los sitios donde podía sostenerlos, una cabellera dispuesta en escalones que hacía parecer su pequeña cabeza como en una enorme orla, era en fin un monstruo. Las demás esposas, que eran ó primas ó hermanas del rey, menos ricamente vestidas pero mas jóvenes, marchaban detrás de ella dispuestas á llenar á una señal del amo sus funciones de muebles humanos. Estas desgraciadas no son verdaderamente otra cosa. Cuando el rey qu ría sentarse, dos de sus mujeres se inclinaban hasta el suelo y le servían de silla, mientras sus pies descansaban sobre los

cuerpos de otras mujeres como sobre una alfombra de ébano.

Seguían á Moini Lunga sus funcionarios, capitanes y magos, y lo que llamaba la atención, era que á estos salvajes que se tambaleaban como su señor, les faltaba una parte del cuerpo; á uno una oreja, á otro un ojo, á éste la nariz, al de mas allá la mano. Ni uno solo estaba completo. Era esto porque en Kazonde no se aplican mas que dos clases de castigos: la mutilación ó la muerte, todo al capricho del rey. Por la menor falta se hacía una amputación cualquiera á un individuo, y los mas castigados son los desorejados porque ya no pueden llevar anillos en las orejas.

Los capitanes de los *kilolos* gobernadores de los distritos, hereditarios ó nombrados por cuatro años, llevaban cubierta la cabeza con gorros de piel de cebra, y por todo uniforme chalecos rojos. En la mano blandían largas cañas roten untadas por un extremo con drogas mágicas.

En cuanto á los soldados, llevaban por armas ofensivas y defensivas arcos cuya madera, á la cual iba



Moini Lunga y su séquito

arrollada la cuerda de repuesto estaba adornada de franjas, puñales afilados en forma de lenguas de serpientes, lanzas anchas y largas, escudos de madera de palma decorados con arabescos. Respecto al uniforme propiamente dicho, ese no costaba absolutamente nada al tesoro de S. M.

Por fin componían en último lugar el séquito del rey los adivinos de la corte y los instrumentistas.

Los hechiceros, *enganga*, son los médicos del país. Los salvajes tienen una fe absoluta en los servicios adivinatorios, encantamientos, fetiches, figuras de barro pintadas de blanco y rojo representando animales fantásticos ó figuras de hombres y mujeres labradas en madera. Por lo demás, estos imagos no estaban menos mutilados que los demás corlesanos, y sin duda el monarca les pagaba de esta manera las curas que no lograban realizar.

Los instrumentistas, hombres ó mujeres, tocaban ásperas carracas ó ruidosos tambores, ó hacían vibrar al choque de pequeñas varitas terminadas por una bola de goma las *marimebas*, especie de tímpanos formados por dos filas de calabazas de dimensio-

nes diferentes, componiendo todo un ruido atronador para cualquiera que no poseyese un par de orejas africanas.

Por encima de toda esta multitud, que componía el séquito real, se balanceaban algunas banderas y estandartes, y en lo alto de las picas algunos cráneos blanqueados de los jefes rivales á quienes Moini Lunga había vencido.

Cuando el rey hubo dejado su palanquin, estallaron grandes aclamaciones por todas partes. Los soldados de las caravanas descargaron sus antiguos fusiles, cuyas detonaciones no dominaban absolutamente nada las voces de la multitud. Los havildares se prosternaron despues de haberse frotado su negro hocico con polvos de cinabrio que llevaban en un saco. En seguida Alves, adelantándose á su vez, llevó al rey una provision de tabaco fresco, la *yerba calmante*, como la llaman en el país. Moini Lunga tenia gran necesidad de ser calmado, porque estaba, no se sabe por qué, de muy mal humor.

Al mismo tiempo que Alves, Coimbra, Ibn-Hamis y los traficantes árabes ó mestizos fueron haciendo

sus cumplimientos al poderoso soberano de Kazonde. *Marjaba* decían los árabes, que es la palabra de bienvenida en su lengua del Africa Central; otros daban palmadas y se inclinaban hasta el suelo; algunos se embadurnaban con fango y prodigaban á aquella asquerosa magestad señales del mas abyecto servilismo.

Moini Lunga sin reparar en nadie, marchaba separando las piernas como si el suelo tuviera movimiento de cabeceo ó de balance. Paseábase de este modo, metiéndose á lo mejor entre los lotes de los esclavos, y si los tratantes debían temer que tuviese el capricho de adjudicarse algunos prisioneros, estos no tenían menos el llegar á caer en poder de semejante bruto.

Negoro no se habia separado un instante de Alves, y en su compañía presentó sus respetos al rey. Ambos hablaban la lengua indígena, si puede llamarse hablar una conversacion en la cual Moini Lunga no tomaba parte sino por monoslabos que apenas podían pasar entre sus labios avinados. No hacia mas que pedir á su amigo Alves que renovara su provision de aguardiente agotada ya por grandes libaciones.

—El rey Lunga sea bienvenido al mercado de Kazonde, decia al traficante.

—Tengo sed, respondió el monarca.

—Recibirá su parte en los negocios del gran lakoni, añadió Alves.

—Venga de beber, replicaba Moini Lunga.

—Mi amigo Negrogo tiene una gran satisfaccion en volver á ver al rey de Kazonde despues de tan larga ausencia.

—De beber, repetía el borracho, cuya persona toda desprendía un olor repugnante á alcohol.

—¿Pombé ó hidromiel? preguntó José Antonio Alves como hombre que sabia á dónde queria ir á parar Moini Lunga.

—No... no... respondió el rey, el aguardiente de mi amigo Alves, y por cada gota de su agua de fuego le daré...

—Una gota de sangre de un blanco, exclamó Negrogo, haciendo á Alves una seña, que éste comprendió y aprobó.

—Un blanco, dar muerte á un blanco, contestó Moini Lunga, cuyos feroces instintos se despertaron al oír la proposicion del portugués.

—Ese blanco ha matado á un agente de Alves, dijo Negrogo.

—Sí... á mi agente Harris, añadió el traficante, y es preciso que su muerte sea vengada.

—Enviaremos ese blanco al rey Masongo, en el alto Zaira, al país de los Asuas. Allí le cortarán en pedazos y se le comerán vivo. No han olvidado el sabor á la carne humana, exclamó Moini Lunga.

Este Masongo era, en efecto, rey de una tribu de antropófagos, pues por desgracia, es cierto que todavía en algunas provincias del Africa central se practica abiertamente el canibalismo. Livingstone lo asegura en sus notas de viaje. En las orillas del Lualaba, los mañemas comen no solamente hombres muertos en la guerra, sino esclavos que compran para devorarlos, diciendo que la carne humana está ligeramente salada y no exige sino poco condimento. Cameron ha encontrado tribus canibales en los dominios de Moene Buga, que no comen los cadáveres sino despues de haberles macerado durante algunas horas en agua corriente. Stanley ha encontrado tambien entre los habitantes del Ukusu esta costumbre de antropofagia evidentemente muy estendida entre las tribus del centro.

Pero por cruel que fuese el género de muerte propuesto por el rey para Dick-Sand, no podia convenir á Negrogo, que no queria desposeerse de su victima.

—Aquí es donde el blanco ha dado muerte á nuestro camarada Harris.

—Y aquí es donde debe morir, añadió Alves.

—Donde tú quieras, Alves, respondió Moini Lunga, pero gota de aguardiente por gota de sangre.

—Sí, respondió el traficante, agua de fuego, y tú verás como merece este nombre. Le haremos arder: José Antonio Alves va á ofrecer un ponche al rey Moini Lunga...

El borracho estrechó las manos de su amigo Alves sin poderse tener de gozo. Las mujeres y cortesanos participaron de su alegría. Jamás habian visto arrojar llamas al aguardiente y sin duda pensaban beberlo todo inflamado. Despues, con la sed del alcohol quedaria satisfecha la sed de sangre tan imperiosa entre aquellos salvajes.

¡Pobre Dick-Sand! ¡Qué horrible suplicio le esperaba! Cuando se piensa en los efectos terribles ó grotescos de la embriaguez en los países civilizados, se comprende hasta dónde puede impulsar á seres bárbaros.

Ya se comprenderá que el pensamiento de torturar á un blanco no podia desagradar á ninguno de los indígenas, ni á José Antonio Alves, negro como ellos; ni á Coimbra, mestizo de sangre negra; ni á Negrogo, en fin, animado de un odio feroz contra los hombres de su color.

Llegó la noche, una noche sin crepúsculo, hora propicia para hacer arder el alcohol.

Era una idea magistral, verdaderamente, la que habia tenido Alves, de ofrecer un ponche á aquella magestad negra, y presentarle el aguardiente bajo una forma nueva. Moini Lunga comenzaba á creer que el agua-ardiente no justificaba bastante su nombre. Quizá inflamado y caliente estimularia de un modo mas agradable las papilas insensibles de su lengua.

El programa de la noche comprendía por consiguiente un ponche primero y un suplicio despues.

Dick-Sand, estrechamente encerrado en su oscura prision, no debía salir de ella mas que para ir á la muerte. Los demás esclavos, vendidos ó no, habian vuelto á sus barracones y no quedaban en la chitoka mas que los traficantes, los havildares, los soldados dispuestos á tomar su parte en el ponche, si el rey y su córte les dejaban alguna.

José Antonio Alves, aconsejado por Negrogo, hizo bien las cosas. Se llevó una gran caldera de cobre, que podia contener á lo menos doscientas pintas y que fue puesta en medio de la gran plaza. Echáronse en ella algunos barriles de un alcohol de calidad inferior pero muy rectificado. Agregáronse en abundancia canela, pimienta y todos los ingredientes que podían hacerle aun mas fuerte para aquellos salvajes.

Todos formaban círculo alrededor del rey. Moini Lunga se adelantó tambaleándose hácia la caldera, como si le fascinase y quisiera precipitarse an ella.

Alves le detuvo generosamente y le puso una antorcha en la mano.

—¡Fuego! gritó con un gesto maligno de satisfaccion.

—¡Fuego! respondió Moini Lunga aplicando la mecha al líquido. Este se inflamó inmediatamente produciendo un grande efecto cuando las llamas azuladas revolotearon en la superficie de la caldera. Alves, sin duda para dar mas acritud al alcohol, le habia mezclado con algunos puñados de sal marina. Las caras de los concurrentes se iluminaron con aquella lividez espectral que la imaginacion presta á las fantasmas. Aquellos negros, borrachos ya aun antes de beber el aguardiente, se pusieron á gritar y gesticular, y asiéndose por las manos, formaron un inmenso círculo alrededor del rey de Kazonde.

Alves, armado de un enorme cucharón de metal, removía el líquido que arrojaba grandes llamaradas azules sobre los semblantes de aquellos monos furiosos.

Moini Lunga se adelantó, tomó el cucharón de manos del traficante, le hundió en la caldera y después, retirándole lleno de ponche inflamado le acercó á sus labios.

¡Qué grito lanzó entonces el rey de Kazonde!

Acababa de producirse un fenómeno de combustión espontánea. El rey se había encendido como una lata de petróleo. Aquel fuego desarrollaba poco calor, pero no por eso era menos devorante.

Ante semejante espectáculo, se detuvo súbitamente el baile de los indígenas.

Un ministro de Moini Lunga se precipitó sobre su soberano para apagarle, pero no menos alcoholizado que su amo, se encendió á su vez.

A este paso la corte de Moini Lunga corría peligro de quemarse toda entera.

Alves y Negoro no sabían cómo socorrer á su magestad; las mujeres, espantadas, tomaron la fuga, y Coimbra, conociendo perfectamente su naturaleza inflamable, se escapó con la misma ligereza.

El rey y el ministro, que habían caído al suelo, se retorcián, víctimas de espantosos dolores.

En cuerpos tan profundamente alcoholizados, la combustión no produce sino una llama ligera y azulada imposible de apagar con agua. Aun sofocada en el exterior continuaría interiormente, porque cuando los licores han penetrado todos los tejidos, no existe ningún medio de contener la combustión.

Pocos instantes después, Moini Lunga y su ministro habían muerto, pero continuaban ardiendo y en breve, en el sitio donde habían caído no quedaban mas que algunos carbones ligeros, uno ó dos pedazos de columna vertebral, dedos de las manos ó de los pies, que el fuego no consume en los casos de combustión espontánea, pero los cubre de una grasa infecta y penetrante.

Esto era todo lo que quedaba del rey de Kazonde y de su ministro.

## CAPITULO XII.

### UN ENTIERRO REAL.

Al día siguiente, 19 de mayo, la población de Kazonde, presentaba un aspecto desacomunado. Los indígenas aterrorizados, no salían de sus cabañas. No habían visto jamás ni un rey que se decía de esencia divina, ni un simple ministro morir de un modo tan terrible. Algunas veces habían quemado los cuerpos de sus semejantes y los mas viejos no podían olvidar ciertos preparativos culinarios relativos al canibalismo. Por consiguiente sabían cuán difícilmente se verifica la incineración de un cueapo humano y, sin embargo, su rey y su ministro se habían quemado espontáneamente, lo cual les parecía, y debía parecerles en efecto, inexplicable.

José Antonio Alves tampoco salía de su casa porque temía le hicieran responsable del accidente. Negoro le había hecho comprender lo que había pasado, advirtiéndole que estuviese alerta, porque echarle la culpa de la muerte de Moini Lunga, hubiera sido para él un mal negocio, de que no hubiera salido sin grandes pérdidas.

Pero Negoro tuvo una buena idea y Alves, aconsejado por él, hizo esparcir el rumor de que la muerte del soberano de Kazonde había sido sobrenatural; y que el gran Manitu no la enviaba sino á sus elegidos. Y los indígenas, tan inclinados á la superstición, no repugnaron en aceptar este grosero embuste. El fuego que salía del cuerpo del rey y del de su ministro, fue entonces para ellos un fuego sagrado y no había que hacer otra cosa mas que honrar á Moini Lunga con funerales dignos de un hombre elevado á la categoría de los dioses.

Aquellos funerales con todo el ceremonial propio de los pueblos africanos, ofrecían á Negoro la ocasión de hacer representar á Dick Sand un papel en ellos. La sangre que iba á costar la muerte del rey Moini Lunga, sería increíble si los viajeros del Africa central, el teniente Cameron entre otros, no hubieran referido hechos que no pueden ponerse en duda.

La heredera natural del rey de Kazonde era la reina Moina. Procediendo sin tardanza á las ceremonias fúnebres, ejecutaba un acto de autoridad soberana, y podía de este modo adelantarse á sus competidores, entre otros aquel rey del Ukusu que había tratado de usurpar los derechos de los soberanos de Kazonde. Además Moina por lo mismo que subía al trono, evitaba la suerte cruel reservada á las demás esposas del difunto, y al mismo tiempo se deshacía de las mas jóvenes, de las cuales era de quienes mas tenía que quejarse. Este resultado convenía particularmente al temperamento feroz de aquella megera. Hizo por consiguiente anunciar al son de las cornamusas y de las marimebas, que los funerales del rey difunto tendrían efecto al día siguiente por la tarde con todo el ceremonial de costumbre.

Ninguna protesta se suscitó ni en la corte ni entre la plebe indígena. Alves y los demás traficantes, no tenían nada que temer del advenimiento de la reina Moina, porque con algunos regalos y algunas lisonjas, la someterían fácilmente á su influencia. La herencia real se trasmitió por consiguiente sin dificultad, y no hubo temor por esto mas que en el harem y no sin razón.

Aquel mismo día principiaron los trabajos preparatorios para los funerales. Al extremo de la gran calle de Kazonde, corría un arroyo profundo y torrencial afluente del Coango. Se trató de variar el curso de este arroyo, á fin de dejar en seco su lecho pues en el debía abrirse la fosa real, y una vez enterrado el cuerpo del rey volvería el arroyo á su curso natural.

Los indígenas se ocuparon activamente en construir una presa que obligase al arroyo á buscar un lecho provisional al través de la llanura de Kazonde. La última parte de la fúnebre ceremonia, sería por consiguiente romper esta presa para que el torrente recobrase un antiguo lecho.

Negoro destinaba á Dick Sand á completar el número de las víctimas que debían ser sacrificadas en la tumba del rey. Había sido testigo del irresistible movimiento de cólera del joven aprendiz, cuando Harris le había dicho que la señora Weldon y Juanito habían muerto, y siendo como era el tal Negoro un bribon cobarde, no se había querido esponer á sufrir la misma suerte que su cómplice. Pero ya ante un prisionero sólidamente atado de pies y manos, supuso que no tenía nada que temer y resolvió hacerle una visita. Era Negoro uno de esos miserables á quienes no les basta torturar á sus víctimas, sino que necesitan además gozarse en sus sufrimientos.

Hacia el medio día fue pues al barracon en que Dick Sand estaba custodiado por un havildar; allí estrechamente amarrado yacía el joven aprendiz casi enteramente privado de alimento desde hacia veinte y cuatro horas, debilitado por las miserias pasadas, torturado por las cuerdas que se introducían en sus carnes sin casi poderse mover, y esperando la muerte por cruel que fuese como término á tantos males.

Sin embargo, á la vista de Negoro todo su sér se estremeció; hizo un esfuerzo instintivo para romper las ligaduras que le impedían arrojarse sobre aquel miserable y vengarse en él. Pero el mismo Hércules no hubiera podido romperlas. Comprendió que era otro género de lucha el que se iba á entablar entre los dos, y armándose de calma se limitó á mirar á Negoro cara á cara decidido á no hacerle el honor de contestarle aunque dijera todo lo que quisiera.

He creído de mi deber, le dijo Negro, venir á saludar por última vez á mi jóven capitán, y hacerle saber cuanto es mi sentimiento porque no mande aquí como mandaba á bordo del *Pilgrim*.

Y viendo que Dick Sand no respondía añadió:

—¿Qué capitán, no conoce usted á su antiguo co-cinero? Sin embargo viene á pedir á usted sus órdenes, y á preguntarle que es lo que quiere que le sirva de desayuno.

Al mismo tiempo Negro empujó brutalmente con el pié al jóven aprendiz tendido en el suelo.

—Tengo además añadido otra pregunta que hacer á usted mi jóven capitán. ¿Podría usted al fin explicarme cómo queriendo atraer al litoral americano ha venido usted al fin á Angola donde está?

Dick Sand no necesitaba oír las palabras del portugués para comprender lo que había adivinado cuando reconoció que la brújula del *Pilgrim* había debido ser falseada por aquel traidor. Pero la pregunta de Negro era una confesion. No respondió á ella sino con un silencio desdenoso.

—Habrá usted de confesar capitán, continuó Negro que ha sido una felicidad para usted que se encontrara á bordo un marino verdadero. ¿Dónde estaríamos sin él gran Dios? En lugar de perecer en alguna roca á que la tempestad le habria arrojado, ha llegado usted gracias á él á un puerto amigo y si á alguien debe usted encontrarse al fin en lugar seguro es á ese marino á quien usted ha cometido la torpeza de despreciar mi jóven señor.

Hablando así Negro cuya calma aparente no era sino el resultado de un inmenso esfuerzo, había acercado su rostro á Dick Sand; su faz se volvió súbitamente feroz, le tocó tan cerca que se hubiera creído que iba á devorarlo. El furor de este malvado no pudo contenerse por mas tiempo.

—Ahora me toca á mí, gritó de pronto en el paraisimo del furor que sobrecitaba en él la calma de su víctima. Hoy soy yo el capitán, soy el amo. Tu vida de aprendiz reprobado está en mis manos.

—Tómala respondió Dick Sand sin conmoverse. Pero sabe que hay en el cielo un Dios vengador de todos los crímenes y que tu castigo no está lejos.

—Si Dios se cuida de los humanos, ya es tiempo de que se cuide de tí.

—Estoy pronto á presentarme delante del Juez supremo, respondió friamente Dick Sand y no me asusta la muerte.

—Allá lo veremos, gritó Negro, cuentas quizá con un socorro; pero un socorro en Kazonde, donde Alver y yo somos omnipotentes no es posible que venga; si lo crees estas loco. Quizá supones que están todavía ahí tus compañeros; el viejo Tomy los otros. Desengáñate; hace mucho tiempo que han sido vendidos y que han marchado para Zancibar y serán muy afortunados si no revientan en el camino.

—Dios tiene mil medios de hacer justicia, contestó Dick Sand. El menor instrumento puede bastarle. Hércules está libre.

—Hércules, exclamó Negro, dando una patada en el suelo, hace mucho tiempo que ha perecido bajo las garras de los leones y de las panteras y no siento mas que una cosa y es que esas fieras se hayan adelantado á mi venganza.

—Si Hércules ha muerto, dijo Dick Sand, en cambio Dingo está vivo; un perro como ese, Negro, basta y sobra para castigar á un hombre como tú. Te conozco a fondo, Negro, eres un cobarde; Dingo te busca y te sabrá encontrar, un día moriras destrozado por sus dientes.

—Miserable! exclamó el portugués esasperado, ¡miserable! Dingo ha muerto de un tiro que yo le disparé; ha muerto como la señora Weldon y su hijo ha muerto como moriran todos los que quedaron del *Pilgrim*.

—Y como tú moriras antes de mucho, respondió Dick Sand, cuya mirada tranquila hizo ponerse pálido al portugués.

Negro fuera de sí estuvo á punto de pasar de las palabras á los hechos y ahogar entre sus manos á su prisionero desarmado. Ya se había arrojado sobre él y le sacudía con furor cuando le detuvo una reflexión y comprendió que iba á matar á su víctima y que con la muerte le ahorraría las venticuatro horas de tormento que le preparaba. Se levantó pues dijo algunas palabras al havildar que había permanecido impassible le recomendó que vigilase estrechamente al prisionero y salió del barracon.

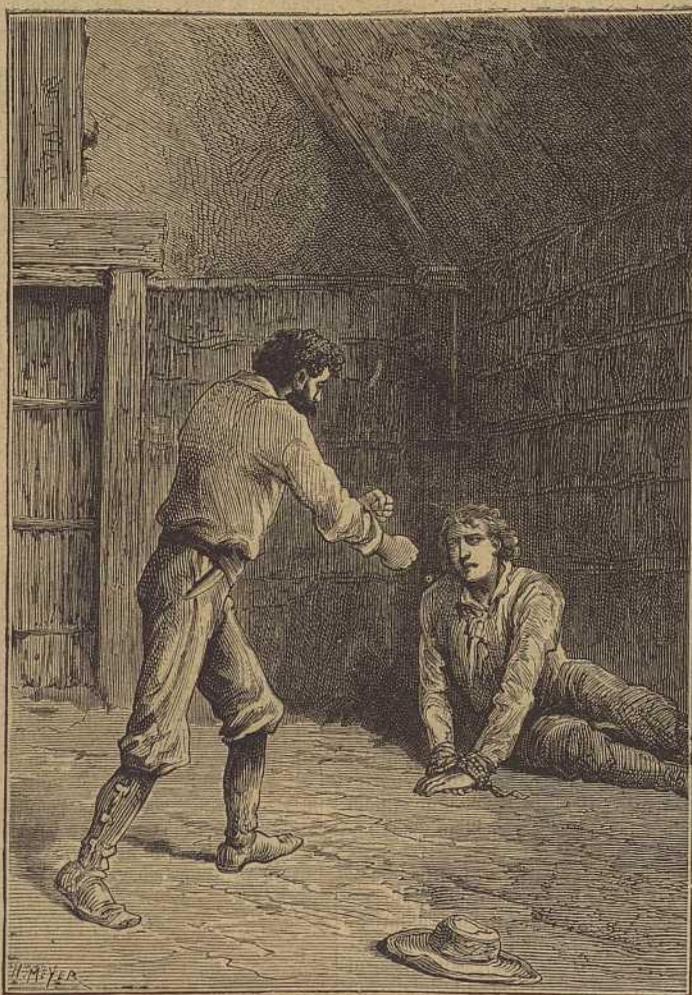
Esta escena en vez de abatir á Dick Sand, le había vuelto toda su fuerza moral; su energía física se aumentó tambien de resultados de la sacudida. Negro al precipitarse sobre él en su furor, ¿había alojado de algun modo las ligaduras que hasta entonces habían imposibilitado sus movimientos? Es probable, porque Dick Sand conoció que sus brazos y piernas tenían mas juego que antes de la llegada de su verdugo. El jóven aprendiz, sintiéndose consolado, se dijo, que tal vez le seria posible desatar sus brazos sin grande esfuerzo. Encerrado como estaba en una prision sólidamente cerrada, la libertad de los brazos no seria mas que una incomodidad, un suplicio menos; pero hay momentos en la vida en que el menor consuelo tiene un valor inapreciable.

Ciertamente Dick Sand no esperaba nada; ningun socorro humano podia llegar sino del exterior. ¿Y de dónde hubiera podido proceder? Estaba pues resignado, y á decir verdad, le importaba poco morir. Pensaba en todos los que le habían precedido en la muerte y no aspiraba mas que á unirse con ellos. Negro acababa de repetirle lo que le había dicho Harris: la señora Weldon y Juanito habían sucumbido. Era tambien verosímil que Hércules, espuesto á tantos peligros, hubiese perecido de una muerte cruel. Tom y sus compañeros estaban lejos y se habían perdido para siempre; así á lo menos debia creerlo. Esperar otra cosa que no fuera el fin de sus males por medio de una muerte que no podia ser mas terrible que su vida, habria sido una insigne locura. Se preparaba pues á morir encomendando sus negocios á Dios y pidiéndole el valor de llegar hasta el fin sin debilidad. Es un pensamiento bueno y noble el de Dios; y no en vano se levanta el corazón hasta el que todo lo puede. Cuando Dick Sand había hecho su oracion, si hubiera podido leerse en el fondo de su alma, se hubiera descubierto tal vez un vislumbre de esperanza, ese vislumbre que un soplo del cielo puede cambiar á pesar de todas las probabilidades en luz resplandeciente.

Trascurrieron las horas y llegó la noche. Los rayos del dia que se filtraban al través de las paredes del barracon, se disiparon poco á poco; los últimos ruidos de la chitoka que durante aquel dia había estado poco animada despues del espantoso barullo del dia anterior, se extinguieron tambien y la oscuridad mas profunda invadió el interior de la estrecha prision. En breve todos descansaban en la poblacion de Kazonde.

Dick Sand tuvo un sueño reparador que duró dos horas, al cabo de las cuales, se despertó mas animado. Logró desatar uno de los brazos un poco deshinchado y fue una delicia para él poder estenderle á su voluntad.

Debía ser la hora de las doce de la noche; el havildar dormía con un sueño pesado, merced á una botella de aguardiente cuyo cuello tenia todavía en su mano crispada. El salvaje la había vaciado hasta la última gota. Dick Sand tuvo el pensamiento de apoderarse de las armas de su carcelero que podrian serle de gran socorro en caso de evasion, pero en aquel momento creyó oír rascar la pared del barra-



—¡Miserable! exclamó el portugués exasperado.

con por la parte inferior y exterior. Entonces, ayudándose del brazo, se arrastró por el suelo hasta el extremo de la pared sin haber despertado al havildar.

No se había engañado. Continuaban escarbando de una manera notable como si desde el exterior quisieran abrir un hoyo en el suelo por debajo de la puerta. ¿Era un animal? ¿Era un hombre?

—¿Hércules? Si fuese Hércules, se dijo el jóven aprendiz.

Fijó la vista en el carcelero; estaba inmóvil y bajo la influencia de un sueño de plomo. Acercando entonces los labios al umbral de la puerta, creyó poderse arriesgar y murmurar el nombre de Hércules. Respondióle un gemido, una especie de ladrido sordo.

—No es Hércules, dijo Dick Sand; pero es Dingo. Ha conocido que estaba aquí en el farracón. ¿Me traerá noticias de Hércules? Pero si Dingo no ha muerto, Negoro ha mentido, y entonces....

En aquel momento, pasó una pata del perro por debajo de la puerta. Dick Sand la cogió y conoció que

era la de Dingo; pero si había un billete, no podía traerle Dingo sino atado al cuello. ¿Qué hacer? ¿Era posible ensanchar el hoyo para que Dingo pudiera pasar la cabeza? En todo caso era preciso intentarlo.

Pero apenas Dingo había comenzado á escarbar el suelo con las uñas, resonaron en la plaza ladridos que no eran los de Dingo. El fiel animal acababa de ser descubierto por los perros indígenas y no tuvo mas remedio sin duda que emprender la fuga. Se oyeron algunas detonaciones; el havildar comenzó á despertarse; Dick Sand, no pudiendo ya pensar en la evasión porque se había dado la alarma, se retiró dando vueltas á su rincón, y despues de varias horas mortales de espera, vió amanecer aquel día que debía ser el último de su vida.

Durante todo el día, los trabajos de los cavadores, se llevaron con actividad, tomando parte en ellos gran número de indígenas, bajo la dirección del primer ministro de la reina Moína. Todo debía estar pronto para la hora determinada so pena de mutilación, porque la nueva soberana, promeza seguir punto por punto las costumbres del difunto rey.

Se abrió nuevo cauce á las aguas del torrente y en el lecho que quedó en seco, se cavó la huesa, á la cual se dieron diez pies de profundidad por cincuenta de longitud y diez y seis de anchura.

Cerca del anochecer se comenzó á tapizarla, en el fondo y á lo largo de las paredes con mujeres vivas, elegidas entre las esclavas de Moini Lunga. De ordinario estas desgraciadas son enterradas vivas; pero á causa de la estraña y quizá milagrosa muerte de Moini Lunga, se había resuelto que serian ahogadas junto al cuerpo de su amo (1).

Tambien es costumbre que el rey difunto sea revestido de sus mas ricos trages antes de ser puesto en la fosa; pero aquella vez como no quedaban mas que algunos huesos calcinados de la real persona, fue preciso proceder de otro modo. Se fabricó un maniquí de mimbres que representaba suficientemente y quizá venfajosamente á Moini Lunga y en él se introdujeron los restos que había perdonado la combustion. Este maniquí fue revestido del traje real, traje que como es sabido, no costaba caro y adornado de los famosos anteojos del primo Benedicto. Habia en aquella mascarada algo de terriblemente cómico.

La ceremonia debía celebrarse á la luz de las antorchas y con grande aparato. Toda la poblacion de Kazonde, indígena ó extranjera, debía asistir á ella.

Cuando oscureció, una gran comitiva bajó por la calle principal desde la chitoka hasta el sitio de la inhumacion. Nada faltaba en la ceremonia; ni gritos, ni danzas fúnebres, ni evocaciones de los magos, ni ruido de instrumentos ni detonaciones de los viejos fusiles del parque.

José Antonio Alves, Coimbra, Negro, los traficantes árabes, sus havildares, se habian agregado al pueblo de Kazonde. Ninguno habia salido aun del gran lakoni, porque la reina Moína no lo hubiera permitido y no era prudente infringir las órdenes de la que entonces comenzaba á ejercer el oficio de soberana.

El cuerpo del rey, llevado en un palanquin, iba el último de la comitiva rodeado de sus esposas de segundo orden, algunas de las cuales debian acompañarle al otro mundo. La reina Moína con grande aparato, marchaba detrás de lo que podia llamarse el ataud real. Era ya bien de noche cuando todos llegaron á las orillas del torrente; pero las antorchas de resina, sacudidas por los portadores, arrojaban sobre la multitud grandes resplandores de luz.

Vióse entónces distintamente la fosa, tapizada de cuerpos negros y vivos que se removian bajo las cadenas que les sujetaban al suelo. Cincuenta esclavas esperaban allí que el torrente pasara sobre ellas, la mayor parte, jóvenes indígenas, las unas resignadas y silenciosas, las otras gimiendo y sollozando.

Las esposas, adornadas como para una fiesta y que debian perecer, habian sido elegidas por la reina.

Una de las víctimas, la que llevaba el título de segunda esposa, fue obligada á encorvarse sobre las rodillas y las manos para servir de sillón real como había servido durante la vida del rey, y la tercera acudió á sostener el maniquí mientras la cuarta se tendió á sus pies á guisa de almohadon.

Delante del maniquí al extremo de la tumba, habia un poste fijado en tierra y pintado de rojo. A este poste habia atado un blanco, destinado tambien á ser víctima en aquellos sangrientos funerales.

(1) No es posible formar una idea de lo que son esas horribles ecatombes humanas, cuando se trata de honrar dignamente la memoria de un poderoso jefe en las tribus del centro de Africa. Camaron dice, que mas de cien víctimas, fueron sacrificadas de este modo en los funerales del padre del rey de Kasongo.

Era Dick Sand; su cuerpo medio desnudo presentaba las señales de los tormentos que le habian hecho sufrir por orden de Negro. Atado al poste esperaba la muerte como hombre que no tiene mas esperanza que la de otra vida....

Sin embargo, no había llegado el momento de que se rompiera la presa que detenia las aguas.

La reina hizo una señal y la cuarta esposa que servia de almohadon al rey fue degollada por el ejecutor de Kazonde, corriendo su sangre hasta la fosa. Aquel fue el principio de una espantosa escena de matanza. Cincuenta esclavas cayeron bajo el cuchillo de los verdugos y el lecho del rio llevó olas de sangre.

Por espacio de media hora los gritos de las víctimas se mezclaron con las vociferaciones de los concurrentes, y en vano se hubiera buscado en aquella multitud un sentimiento de repulsion ó de piedad.

Al fin la reina Moína hizo otra señal y la presa que contenia las aguas superiores, comenzó á abrirse poco á poco. Por un refinamiento de crueldad se dejaron filtrar las aguas en vez de precipitarlas por medio de una rotura instantánea. Se queria la muerte lenta en vez de la muerte rápida.

El agua ahogó al principio la alfombra de esclavas que cubria el fondo de la fosa. Viéronse terribles movimientos de aquellos seres vivos que luchaban contra la asfixia. Dick Sand, sumergido hasta las rodillas, intentó un último esfuerzo para romper sus ligaduras.

Pero el agua fue subiendo; las últimas cabezas desaparecieron bajo el torrente que volvió á recobrar su curso y nada pareció indicar despues que en el fondo de aquel rio se habia abierto una tumba donde cien víctimas acababan de perecer en honor del rey de Kazonde.

La pluma se resistiria á describir cuadros semejantes, si la obligacion de decir la verdad, no la impulsara á pintarlas en su realidad abominable. El hombre se halla todavia en esos tristes países en las circunstancias que acabamos de decir y no es permitido ya ignorarlo.

### CAPITULO XIII.

#### EL INTERIOR DE UNA FACTORIA.

Harris y Negro habian mentido al decir que la señora Weldon y Juanito habian muerto. La señora Weldon, Juanito y el primo Benedicto, se hallaban entonces en Kazonde.

Despues del ataque del hormiguero, habian sido llevados al otro lado del campamento del Coanza por Harris y Negro, acompañados de una docena de soldados indígenas.

Un palanquin, la kitanda del país, recibió á la señora Weldon y á Juanito. ¿Por qué tales cuidados de parte de un hombre como Negro? La señora Weldon no se atrevia á buscar la explicacion de esta conducta.

El viaje desde Coanza á Kazonde se hizo rápidamente y sin cansancio. El primo Benedicto, en quien los trabajos parece que no hacian mella, caminaba á buen paso, y como le dejaban registrar á derecha y á izquierda, no pensaba en quejarse. La pequeña caravana llegó pues á Kazonde ocho dias antes que la de Ibn-Hamis, y la señora Weldon fue encerrada con su hijo y el primo Benedicto en el establecimiento de Alves.

Juanito se hallaba mucho mejor; al salir de la comarca pantanosa donde habia adquirido la fiebre, se habia ido mejorando poco á poco y habia entrado ya en convalecencia. Ni su madre ni él, hubieran podido soportar las fatigas de la caravana general; pero en las condiciones en que habian hecho el viaje, du-

rante el cual se les habían prestado algunos pequeños servicios para su comodidad, se hallaban bajo el punto de vista físico en un estado satisfactorio.

En cuanto á sus compañeros, la señora Weldon no tenia noticias de ellos. Despues de haber visto á Hércules huir hácia el bosque, ignoraba lo que habia sido de él, y respecto de Dick Sand, no estando presentes Harris ni Negoro para torturarle, esperaba que como blanco podría evitar los malos tratamientos. En cuanto á Nan, Tom, Bat, Austin y Acteon como eran negros serian evidentemente tratados como tales; ¡pobres séres que jamás hubiesen debido pisar aquella tierra de Africa donde la traicion acababa de arrojarles!

Quando la caravana de Ibn-Hamis llegó á Kazonde, la señora Weldon no teniendo comunicacion alguna con el exterior, no pudo saberlo.

Los ruidos del lakoni tampoco la decian gran cosa. No supo que Tom y los suyos habian sido vendidos á un tratante del Uiyi y que iban á marchar inmediatamente. No se enteró ni de la muerte de Harris, ni de la del rey Moini Lunga, ni de los funerales régios donde se habian sacrificado tantas víctimas, una de las cuales habia sido Dick Sand. La desgraciada mujer se hallaba pues sola en Kazonde á merced de los traficantes, en poder de Negoro, y para librarse de esta suerte, no podia contar con nadie. Ni siquiera podia pensar en morir porque su hijo estaba á su lado.

Ignoraba tambien absolutamente la suerte que la esperaba. Durante todo el viaje, desde el Coanza á Kazonde, Harris y Negoro no la habian dirigido una palabra. Desde su llegada no habia vuelto á verlos ni podia salir del recinto que cerraba el establecimiento particular del rico traficante.

Escusado es decir que tampoco podia encontrar auxilio alguno en el primo Benedicto que no era mas que un niño grande.

Quando el digno entomólogo supo que no estaban en el continente americano como creia, no se cuidó de preguntar cómo habia podido suceder aquello. Su primer movimiento fue un movimiento de despecho. En efecto, aquellos insectos que se imaginaba haber sido el primero en descubrir en América; aquellos tsetses y otros no eran mas que simples exapodos africanos que tantos naturalistas habian descubierto antes que él en sus paises originarios.

¡Adios pues la gloria de unir su nombre á tales descubrimientos. ¿Qué podia haber de admirable en que el primo Benedicto hubiera coleccionado insectos africanos pues que estaba en Africa?

Pero pasado el primer momento de cólera, se dijo que la *tierra de los Faraones* (pues se obstinaba en llamarla así) poseia incomparables riquezas entomológicas, y que si no estaba en la *tierra de los Inas* no habia perdido nada en el cambio.

—Eh, se repetia á sí mismo y repetia á la señora Weldon que no le escuchaba; estamos en la patria de las manticoras, de esos coleópteros de largas patas velludas, de helitros soldados y cortantes, de enormes mandíbulas y cuya especie mas notable es la manticora tuberculosa. Este es el país de los calosomos de punta dorada; de los gollaihs de Guinea y del Gabon, cuyas patas están guarnecidas de espigas; de las antidiadras manchadas que ponen sus huevecillos en la concha vacía de los caracoles; y de los escarabajos sagrados que los habitantes del alto Egipto veneran como dioses. Aquí han nacido esas estingies de cabeza de muerte, ahora esparcidas por toda Europa, y esas *idias Bigote* cuya picadura temen tanto los habitantes de la costa del Senegal. Sí, aquí se pueden hacer soberbios descubrimientos y yo los haré si esta buena gente me lo permite.

Ya se sabe quién era aquella buena gente, de

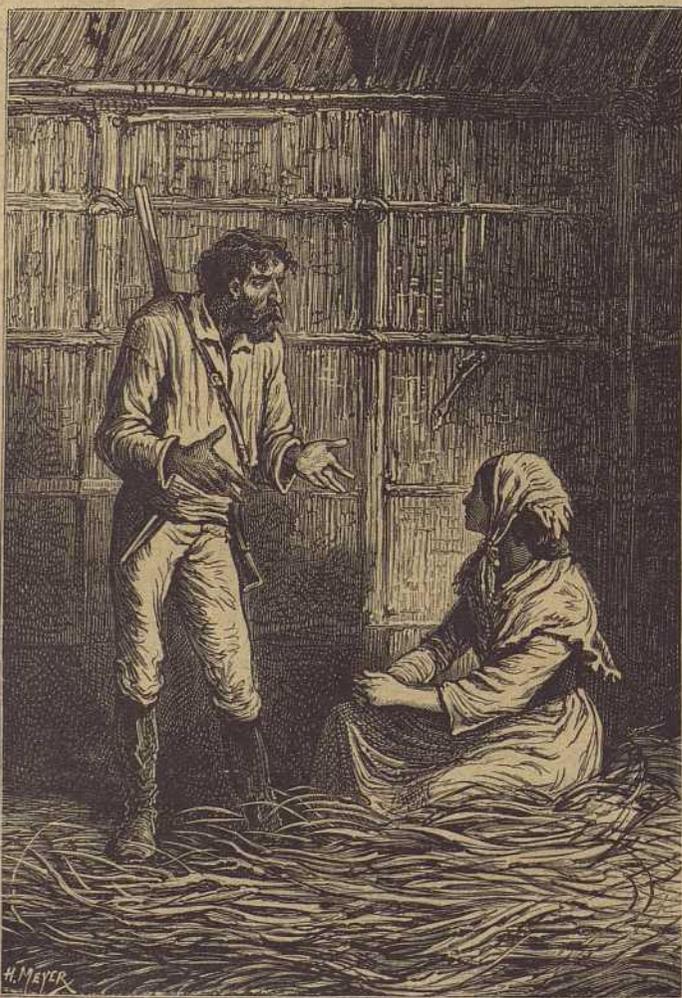
quien el primo Benedicto no pensaba en quejarse. Por lo demás, ya lo hemos dicho, el entomologista habia gozado en la compañía de Negoro y de Harris de una especie de libertad de que Dick Sand le habia privado absolutamente durante el viaje de la costa al Coanza. El inocente entomólogo estaba muy agradecido por esta condescendencia.

Por último, el primo Benedicto hubiera sido el mas feliz de los naturalistas si no hubiera experimentado una pérdida estremadamente sensible para él. Continuaba en posesion de su caja de hojadelata, pero sus anteojos no se levantaban ya sobre su nariz ni pendia el lente de su cuello. Ahora bien, un naturalista sin lente y sin anteojos es un ser inverosímil. El primo Benedicto estaba destinado sin embargo á no volver á ver aquellos dos aparatos de óptica, pues que habian sido sepultados con el regio maniquí. Así, cuando encontraba algun insecto, se veia obligado casi á metérsele por los ojos para distinguir sus particularidades mas elementales. Era una gran pena para el primo Benedicto, y hubiera pagado caros unos gemelos; pero este artículo no estaba de venta en los mercados de Kazonde. Por lo demás, podía ir y venir por el establecimiento de José Antonio Alves, donde se le creia incapaz de intentar la fuga, y además, una alta empalizada separaba la factoría de los demás barrios de la poblacion, y no hubiera sido fácil salvar este obstáculo.

El recinto de la factoría, aunque estaba bien guardado, no media menos de una milla de circunferencia. Con los árboles, los arbustos de especies particulares de Africa, las grandes yerbas, los arrovelos y la maleza de que se componia, los barracones y las cabañas, habia mas de lo que se necesitaba para ocultar los insectos mas raros del continente, y hacer, si no la fortuna, la felicidad del primo Benedicto. Allí descubrió algunos exápodos, y estuvo á punto de perder la vista por querer estudiarlos sin anteojos; pero aumentó la preciosa coleccion y sentó las bases de una grande obra sobre la entomología africana. Si su feliz estrella le hubiese hecho descubrir un insecto nuevo al cual dar su nombre, no habria tenido nada mas que desear en este mundo.

Como hemos dicho, el establecimiento de Alves era bastante grande para los paseos científicos del primo Benedicto, y por tanto parecia inmenso á Juanito, que podia pasearse en él con toda libertad. Pero aquel niño no buscaba los placeres tan naturales en su edad. Apenas se separaba de su madre, que no queria dejarle solo, y temia siempre alguna desgracia, Juanito hablaba con frecuencia de su padre, á quien no habia visto desde tan largo tiempo, y pedia que le llevaran donde estuviese. Preguntaba por todos, por la vieja Nan, por su amigo Hércules, por Bat, Austin y Acteon, por Dingo, que parecia haberle abandonado. Quería volver á ver á su amigo Dick Sand, y su jóven imaginacion enterneada no vivia mas que de recuerdos. A estas preguntas la señora Weldon no podia responder sino estrechándole contra su pecho y cubriéndole de besos. Todo lo que podia hacer era no llorar delante de él.

Sin embargo, la señora Weldon no habia dejado de observar que si durante el viaje desde el Coanza no habia estado sujeta á malos tratamientos, nada indicaba en el establecimiento de Alves que se hubiera cambiado de conducta para con ella. No habia en la factoría mas que esclavos al servicio del traficante. Todos los demás que eran objeto de su comercio, estaban encerrados en los barracones de la chitoka ó habian sido vendidos á los corredores del interior. Los almacenes del establecimiento se hallaban atestados de telas y de marfil, aquellas destinadas á ser trocadas en las provincias del centro, y éste dis-



— ¿Se niega usted á escribirla? exclamó Negro.

puesto para ser esportado á los principales mercados del continente.

Habia, pues, poca gente en la factoría. La señora Weldon ocupaba con Juanito una choza aparte; el primo Benedicto tenía otra, y no se comunicaban con los servidores del traficante. Comían juntos, sirviéndoles de alimento la carne de cabra ó de ternera, legumbres, yuca, sorgo y frutas del país. Halima, jóven esclava, especialmente destinada al servicio de la señora Weldon, le manifestaba á su modo, y segun podia, una especie de afecto salvaje, pero sincero.

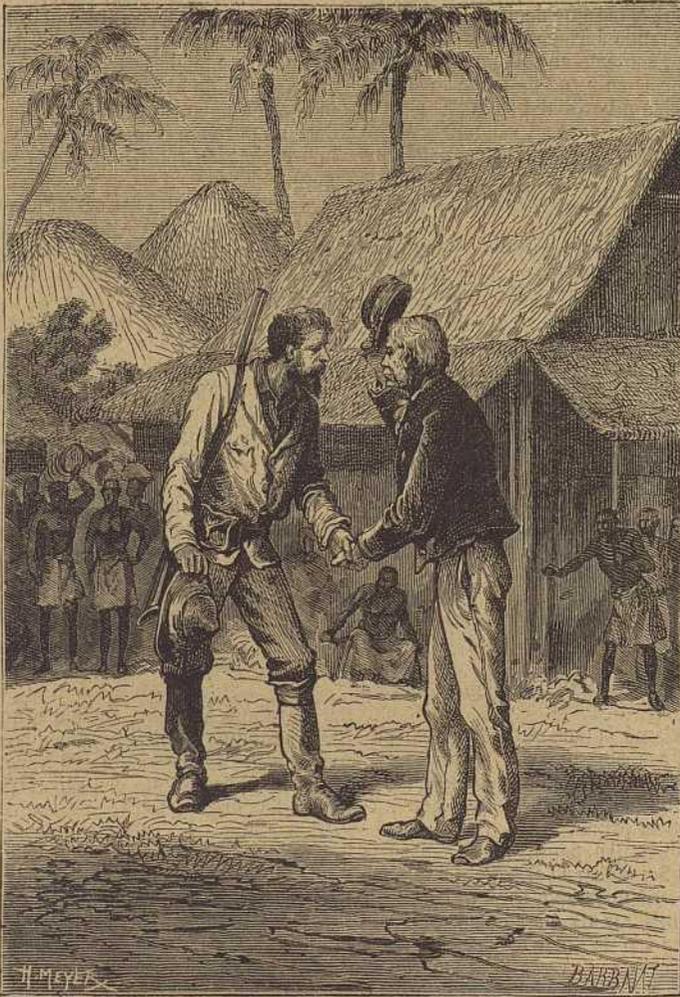
La señora Weldon apenas veía á José Antonio Alves que ocupaba la casa principal de la factoría y no habia visto á Negro, alojado fuera del establecimiento, y cuya ausencia la parecia bastante inexplicable. La reserva del portugués no cesaba de admirarla y á veces de alarmarla.

— ¿Qué querrá? ¿Qué espera? se preguntaba; ¿para qué nos ha traído á Kazonde?

Así trascurrieron ocho días que precedieron á la llegada de la caravana de Ibn Hamis, los dos días an-

teriores á la ceremonia de los funerales y los seis siguientes.

En medio de tanta ansiedad la señora Weldon no podia olvidar que su marido debia estar sumido en la mayor desesperacion no viendo volver ni á su mujer ni á su hijo á San Francisco. No podia saber que su mujer hubiera tenido la idea funesta de tomar pasaje á bordo del *Pilgrim*, y debia creer que se habia embarcado en uno de los vapores de la compañía trasatlántica. Estos vapores iban llegando en periodos regulares, y ni la señora Weldon, ni Juanito, ni el primo Benedicto parecian. Además, el *Pilgrim* debia estar ya de vuelta, y tampoco se tenia noticia de él, debiéndole contar ya en la categoria de los buques que se suponen perdidos por falta de noticias. ¿Qué golpe tan terrible habria sido el que recibiera al tener noticia por su corresponsal de Auckland de la partida del *Pilgrim* y del embarque de la señora Weldon. ¿Qué habia hecho? ¿Se habia negado á creer que su mujer y su hijo hubiesen perecido en la mar? Pero entonces ¿á donde dirigiria sus pesquisas? Evidentemente á las islas del Pacifico ó quizá al litoral



—¿Usted es el doctor Livingstone según presumo?

de América; pero jamás, no, jamás le ocurriría el pensamiento de que su familia hubiera podido ser arrojada sobre aquella fatal costa de África.

Así pensaba la señora Weldon ¿pero qué podía intentar? ¿Huir? ¿Y cómo? Se la vigilaba de cerca, y además, huir era aventurarse por espesos bosques arrojando mil peligros en un viaje de más de doscientas millas que la separaban de la costa. Sin embargo, estaba decidida á intentar la fuga si no se la ofrecía algún otro medio de recobrar su libertad. Pero antes deseaba conocer exactamente los designios de Negro.

Al fin supo á qué atenerse sobre este punto.

El 6 de junio, tres días después del entierro del rey de Kazonde, Negro entró en la factoría por primera vez desde su vuelta y se dirigió á la cabaña ocupada por su prisionera.

La señora Weldon estaba sola. El primo Benedicto había emprendido uno de sus paseos científicos y Juanito, al cuidado de la esclava Halima, se paseaba por el recinto del establecimiento.

Negoro empujó la puerta de la cabaña y sin más preámbulo dijo:

—Señora Weldon, Tom y sus compañeros han sido vendidos y están en marcha para los mercados del Uyi.

—¡Dios los proteja! dijo la señora Weldon enjugando una lágrima.

—Nan ha muerto en el camino, y Dick Sand ha perecido....

—¿Ha muerto Nan? ¿y Dick?... exclamó la señora Weldon.

—Sí, era justo que el capitán de quince años pagase con su vida el asesinato de Harris, contestó Negro. Usted señora está sola en Kazonde, sola en poder del antiguo cocinero del *Pilgrim*, absolutamente sola, ¿lo entiende usted?

Lo que decía Negro era demasiado cierto, aun en lo que concernía á Tom y á los suyos. El viejo negro, su hijo Bat, Acteon y Austin habían marchado el día antes con la caravana del traficante del Uyi sin haber tenido el consuelo de volver á ver á la señora

Weldon, ni aun saber que se hallaba en Kazonde en el establecimiento de Alves. Habían marchado para el país de los lagos, viaje que se calcula por centenares de millas, que muy pocos terminan y del cual muy pocos vuelven.

—¿Y qué más tiene usted que decirme? murmuró la señora Weldon mirando á Negro.

—Señora Weldon, contestó el portugués con voz breve; podría vengarme en usted de los malos tratamientos que he sufrido á bordo del *Pilgrim*, pero la muerte de Dick Sand basta para mi venganza. Ahora vuelvo á ser mercader y voy á participar á usted mis intenciones.

La señora Weldon continuó mirándole sin pronunciar una palabra.

—Usted, añadió el portugués, su hijo y ese imbecil que corre tras de las moscas tienen un valor comercial, y yo pretendo utilizarle. Por consiguiente voy á vender á usted.

—Yo soy de raza libre, respondió la señora Weldon con tono firme.

—Usted es una esclava, si yo quiero que lo sea.

—¿Y quién compraría una blanca?

—Un hombre que la pagará en lo que yo le pida.

La señora Weldon bajó por un momento la cabeza, porque sabía que todo era posible en aquel espantoso país.

—¿Me ha entendido usted? preguntó Negro.

—¿Quién es ese hombre á quien pretende usted venderme? dijo la señora Weldon.

—Vender á usted ó revenderla... á lo menos así lo supongo; añadió el portugués sonriéndose.

—¿Quién es ese hombre? preguntó la señora Weldon.

—Ese hombre... es James W. Weldon su marido de usted.

—¿Mi marido? exclamó la señora Weldon no pudiendo creer lo que acababa de oír.

—El mismo señora Weldon, su marido de usted al cual quiero no devolver, sino hacerme pagar su mujer, su hijo y además su primo.

La señora Weldon estuvo pensando si Negro la tendería algun lazo. Sin embargo creyó observar que hablaba seriamente. El miserable para quien el dinero es todo, suele inspirar alguna confianza cuando se trata de algun negocio de dinero y este era verdaderamente un negocio.

—¿Y cuando se propone usted hacer esa operación? preguntó la señora Weldon.

—Lo más pronto posible.

—¿Y dónde?

—Aquí mismo. El señor Weldon no vacilará indudablemente en venir á Kazonde á buscar á su mujer y su hijo.

—No, no vacilará. ¿Pero quién le dará aviso?

—Yo. Iré á buscarle á San Francisco. No me falta dinero para el viaje.

—El que usted robó á bordo del *Pilgrim*.

—Sí... ese... y otro tambien; respondió desvergonzadamente Negro. Pero si quiero vender á usted pronto, quiero tambien venderla cara. Pienso que el señor Weldon no pondrá dificultades para darme cien mil duros...

—No las pondrá si puede darlos, respondió friamente la señora Weldon, solamente que mi marido á quien tiene usted que decir que estoy presa en Kazonde en el Africa central...

—Precisamente.

—No le creará á usted sin pruebas y no será tan imprudente que bajo la sola palabra de usted se aventure á venir á Kazonde.

—Vendrá, dijo Negro, si le llevo una carta de usted en que le manifieste su situación, y en que me pinte como un servidor fiel que se ha librado de las manos de estos salvajes...

—Jamás escribiré semejante carta, respondió mas friamente aun la señora Weldon.

—¿Se niega usted á escribirla? exclamó Negro.

—Sí señor, me niego.

El pensamiento de los peligros que corría su marido presentándose en Kazonde; lo poco que había que confiar en las promesas del portugués; la facilidad que este tendría para apoderarse de James Weldon despues de haber cobrado el rescate conveido, hicieron que en un primer momento la señora Weldon, no mirando sino á sí propia y olvidándose de su hijo rechazara rotundamente la proposición de Negro.

—Usted escribirá esa carta, añadió este.

—No... respondió la señora Weldon.

—¡Ah! tenga usted cuidado, exclamó Negro. No está usted sola aquí; tambien su hijo está en mi poder y yo sabré...

La señora Weldon hubiera querido responder que aquello era imposible. Su corazón parecia querer saltar del pecho y se apagó su voz.

—Señora Weldon, dijo Negro, usted reflexionará en la oferta que acabo de hacerle. Dentro de ocho dias me habrá usted entregado una carta para James Weldon ó de otro modo tendrá usted que arrepentirse.

Dicho esto, el portugués se retiró sin dar libre curso á su ira; pero era fácil ver que nada le detendría para obligar á la señora Weldon á obedecerle.

#### CAPITULO XIV.

##### ALGUNAS NOTICIAS DEL DOCTOR LIVINGSTONE.

La señora Weldon, cuando se quedó sola, no tuvo mas pensamiento al principio, sino el de que trascurririan ocho dias antes de que Negro se presentara á pedirle una respuesta definitiva. Tenia, pues, tiempo de reflexionar y tomar un partido. De la providad del portugués no podia tratarse, sino de su interés; el valor en venta que atribuia á la prisionera, debía evidentemente ser para esta una garantía á lo menos provisional contra toda tentativa que pudiera poner su vida en peligro. Quizá encontraría un término medio que la permitiera volver á reunirse con su marido, sin que este se viese obligado á venir á Kazonde. Una carta suya, lo sabia perfectamente, obligaría á James Weldon á arrostrar todos los peligros de un viaje á las mas peligrosas regiones del Africa; pero una vez en Kazonde, cuando Negro tuviera entre sus manos aquel caudal de cien mil duros, ¿qué garantía tendrian Weldon, su mujer, su hijo y el primo Benedicto de que les dejarían marchar? ¿No podría impedírsele un capricho de la reina Moína? ¿No se haría en mejores condiciones la entrega de la señora Weldon y de los suyos, si se verificase en la costa, en un punto determinado, lo cual al mismo tiempo ahorraría á James Weldon los peligros del viaje al interior y las dificultades, por no decir la imposibilidad de la vuelta?

Tales eran las reflexiones de la señora Weldon y las razones por que se habia negado desde luego á acceder á la proposición de Negro y á darle una carta para su marido. Pensó tambien que si Negro habia aplazado su segunda visita para dentro de ocho dias, era, sin duda, porque necesitaba todo este tiempo para preparar su viaje, pues de otro modo no la hubiera dado tan largo plazo.

—¿Querrá verdaderamente separarme de mi hijo si no escribo la carta? murmuró.

En aquel momento Juanito entró en la cabaña, y por un movimiento instintivo, su madre le atrajo á sí, como si Negro hubiera estado allí dispuesto á arancárselo.

—¿Tú tienes alguna pena, madre? dijo el niño.  
 —No, Juanito, no; respondió la señora Weldon. Pensaba en tu papá. ¿Te alegrarías tú de volverle á ver?  
 —Sí, sí, mamá. ¿Va á venir?  
 —No... no. No tiene que venir.  
 —¿Entonces iremos donde está?  
 —Sí, Juanito.  
 —¿Con mi amigo Dick... y Hercules..... y el viejo Tom?  
 —Sí... sí... respondió la señora Weldon, bajando la cabeza para ocultar sus lágrimas.  
 —¿Te ha escrito papá?  
 —No, querido.  
 —¿Entonces vas á escribirle?  
 —Sí... sí... tal vez... respondió la señora Weldon.

Y sin saberlo Juanito intervino directamente en el pensamiento de su madre, que comenzó á besarle por no saber otra respuesta que dar.

Conviene decir ahora que á los diversos motivos que habian impulsado á la señora Weldon á negarse á las proposiciones de Negoro se unia otro que no dejaba de ser poderoso. Tenia quizá una probabilidad muy inesperada de recobrar la libertad sin la intervencion de su marido y aun contra la voluntad de Negoro. No era mas que una esperanza muy vaga, pero al fin esperanza.

En efecto, algunas palabras de una conversacion que habia oido varios dias antes, la habian hecho entrever un socorro posible dentro de poco tiempo, casi podria decirse un socorro providencial.

Alves y un mestizo del Uiyi hablaban á pocos pasos de la choza que ocupaba la señora Weldon, y no es de extrañar que el objeto de la conversacion de aquellos miserables negociantes fuera precisamente la trata de negros. Los dos corredores de carne humana hablaban de negocios. Discutíase sobre el porvenir reservado á su comercio, y se alarmaban á consecuencia de los esfuerzos que hacian los ingleses para destruirle, no solamente en el exterior por medio de los cruceros sino en el interior del continente por medio de los misioneros y de los viajantes.

José Antonio Alves opinaba que las exploraciones de aquellos atrevidos aventureros no podian menos de perjudicar la libertad de las operaciones comerciales. Su interlocutor era del mismo dictámen y pensaba que todos aquellos visitantes civiles ó religiosos debian ser recibidos á tiros.

Algo de esto se hacia, pero con gran disgusto de los negociantes, si se mataban algunos curiosos acudían otros, y estos de vuelta á su país referian, exagerando, decia Alves, los horrores de la trata, lo cual perjudicaba enormemente al comercio, ya muy decaído en la consideracion de las gentes.

El mestizo convenia en esto y lo deploraba, sobre todo en lo concerniente á los mercados de Nangüe, del Uiyi, de Zanzibar y de la region de los grandes lagos adonde habian ido llegando sucesivamente Speke, Grant, Livingstone, Stanley y otros. Aquello era una invasion; pronto toda la Inglaterra y toda la América ocuparían el país.

Alves se compadecia sinceramente de su colega y confesaba que las provincias del Africa occidental habian sido hasta entonces menos maltratadas, es decir, menos visitadas, pero añadiendo que la epidemia de viajeros comenzaba á estenderse por ellas. Si á Kazonde no habia ido ninguno, no sucedia lo mismo respecto de Casange y de Bihe, donde Alves poseia factorías. Harris habia hablado á Negoro de un tal teniente Cameron, que podia tener la audacia de atravesar el Africa de una costa á otra y despues de haber entrado por Zanzibar salir por Angola.

El traficante tenia razon para temerlo, y sabido es que pocos años despues Cameron al Sur y Stanley al Norte iban á explorar aquellas provincias poco co-

nocidas del Oeste, á descubrir las monstruosidades permanentes de la trata y las complicidades culpables de los agentes extranjeros para hacer recaer la responsabilidad sobre quien verdaderamente la tiene.

Ni Alves ni el mestizo podian saber nada todavía acerca de la exploracion de Cameron y de Stanley, pero lo que sabian, lo que dijeron en esta conversacion, lo que oyó la señora Weldon y lo que era tan interesante para ella, hasta el punto de sostenerla en su negativa de escribir la carta pedida por Negoro, era que muy probablemente antes de pocos dias llegaria el doctor David Livingstone á Kazonde.

Ahora bien, la llegada de Livingstone con su escolta, la influencia de que el gran viajero gozaba en Africa, el concurso de las autoridades portuguesas de Angola que no podia faltarle, todo esto podria contribuir á poner en libertad á la señora Weldon y á los suyos, á pesar de Negoro y de Alves. Así podria volver á su patria prontamente, sin que James W. Weldon tuviera que arriesgar su vida en un viaje cuyo resultado no podia menos de ser funesto.

¿Pero habia alguna probabilidad de que el doctor Livingstone visitara en aquellos dias á Kazonde? Sí, porque siguiendo su itinerario iba á completar la exploracion del Africa central.

Todos saben cuál ha sido la existencia heroica del hijo del mercader de té de Blantyre en el condado de Lanark. David Livingstone nació el 13 de marzo de 1813, siendo el segundo de seis hijos y habienlo llegado á fuerza de estudios á ser teólogo y médico, hizo su noviciado en la Sociedad de misioneros de Londres, y en 1840 desembarcó en el Cabo de Buena Esperanza, con intencion de agregarse al misionero Moffat, que se hallaba en el Africa meridional.

Desde el Cabo el futuro viajero pasó al país de los Bechuanas, explorándole por primera vez; volvió á Kuruman, se casó con la hija de Moffat, animosa compañera que debia ser digna de él, y en 1843 fundó una mision en el Valle de Mabotsa.

Cuatro años despues le encontramos establecido en Kolobeng, á 225 millas al Norte de Kuruman, en el país de los Bechuanas.

A los dos años, en 1849, salió de Kolobeng, con su mujer, sus tres hijos, y sus amigos los señores Oswell y Murray. El 1.º de agosto del mismo año descubrió el lago Ngami y volvió á Kolobeng bajando por el rio Zuga.

Durante este viaje, detenido por la mala voluntad de los indígenas, no pudo pasar el Ngami. La segunda tentativa que hizo no fue más feliz que la primera; pero la tercera debia tener buen éxito. Tomando de nuevo el camino del Norte con su familia y con el señor Oswell, despues de trabajos espantosos, pasando hambre y sed y estando á punto de perder á sus hijos por la falta de víveres y de agua, llegó, siguiendo la orilla del Chobe, afluente del Zambesi, al país de los Makololos. Su jefe, Sevituane, se unió con su comitiva en Liñanti, y á fines de junio de 1851 habia descubierto el curso del Zambesi y volvía al Cabo para trasladar su familia á Inglaterra (1).

En efecto, el intrépido Livingstone queria quedarse solo para arriesgar su vida en el viaje audaz que trataba de emprender.

Pensaba esta vez salir del Cabo, atravesar oblicuamente el Africa del Sur al Oeste y llegar á San Pablo de Loanda.

El 3 de Junio de 1852 salió del Cabo con algunos indígenas, llegó á Kuruman y siguió á lo largo del desierto de Kalahari. El 31 de diciembre entró en Litubaruba y encontraba el país de los Bechuanas

(1) Este viaje del doctor Livingstone es el que la casa editorial de los señores Gaspar ha dado en su obra el *Nuevo viajero universal*.

arrasado por los boers, antiguos colonos holandeses que eran dueños del Cabo antes que los ingleses se apoderasen de él.

El 15 de enero de 1853 salió de Litubaruba, penetró en el centro del país de los Bamanguatos, y el 23 de mayo llegó á Liñanti, donde el joven soberano de los makololos, Sekeletu, le recibió con grande agasajo.

Allí el doctor, detenido por fiebres intensas, se dedicó á estudiar las costumbres del país, y por la primera vez pudo observar los estragos que hacia el tráfico de negros en Africa.

Un mes despues bajaba por el Chobe, llegaba al Zambesi, entraba en Nañele, visitaba á Katonga y Libonta, llegaba á la confluencia del Zambesi y del Liba, formaba el proyecto de subir por este rio hasta las posesiones portuguesas del Oeste y volvia á Liñanti para prepararse á este viaje, despues de nueve semanas de ausencia.

El 11 de noviembre de 1853, acompañado de 27 makololos, salió de Liñanti, y el 27 de diciembre llegó á la embocadura del Liba. Subió despues por este rio hasta el territorio de los Balondas, donde recibe las aguas del Makondo, que viene del Este. Era la primera vez que un hombre blanco penetraba en aquella region.

El 14 de enero entró en la residencia de Shinte, el soberano más poderoso de los Balondas, que le acogió perfectamente, y el 26 del mismo mes, despues de haber atravesado el Liba, llegó á las posesiones del rey Katema. Tambien allí fue bien recibido y su pequeña caravana pasó adelante, acampando el 20 de febrero á orillas del lago Dilolo.

Desde este punto se encontró Livingstone con un país difícil de atravesar, con exigencias continuas de los indigenas, con ataques de las tribus, con la sedición de sus compañeros de viaje y amenazas de muerte, conspirando todo contra él. Un hombre ménos enérgico hubiera abandonado la partida, pero el doctor resistió y el 4 de abril llegó á orillas del Coango, gran rio que forma la frontera oriental de las posesiones portuguesas y va á desaguar al Norte en el Zaira. Seis días despues entraba en Casange, donde el traficante Alves le habia visto á su paso, y el 31 de mayo llegaba á San Pablo de Loanda. Por la primera vez, despues de dos años de viaje, acababa de ser atravesada el Africa oblicuamente del Sur al Oeste.

El 24 de setiembre del mismo año David Livingstone salió de Loanda, y siguiendo la orilla derecha de aquel Coanza que habia sido tan funesto á Dick Sand y á los suyos, llegó á la confluencia del Lombe, por donde cruzan grandes caravanas de esclavos, volvió á pasar por Casange, salió de aquí el 20 de febrero, atravesó el Coango y llegó á Kawawa á orillas del Zambesi. El 8 de junio volvió á encontrar el lago Dilolo, visitó de nuevo á Shinte, bajó por el Zambesi y entró en Liñanti, donde estuvo hasta el 3 de noviembre de 1855.

Esta segunda parte del viaje, que debia llevar al doctor hácia la costa oriental, estaba destinada á completar la travesía del Africa del Oeste al Este.

Despues de haber visitado las famosas cataratas de Victoria, el humo tonante, como las llaman los naturales, abandonó el Zambesi para tomar la dirección del Nordeste. Pasó por el territorio de los Bato-kas, indigenas embrutecidos por las inhalaciones del cáñamo; visitó á Semalambue, jefe poderoso de aquella region; atravesó el Kafue; volvió á encontrar la corriente del Zambesi; visitó al rey Emburuma y las ruinas de Zumbo, antigua ciudad portuguesa; encontró en su camino al jefe Mpende el 17 de Enero de 1856, que entonces estaba en guerra con los portugueses, y al fin llegó á Tete, á orillas de Zambesi, el 2 de marzo. El 22 de abril salió de esta estacion, rica en otro tiempo; bajó hasta el delta del rio y lle-

gó á Quilimane, en su embocadura, el 20 de mayo, cuatro años despues de haber salido del Cabo. El 12 de julio se embarcaba para la isla Mauricio y el 27 de diciembre estaba de vuelta en Inglaterra, despues de 16 años de ausencia.

Premios de la Sociedad de Geografía de París, gran medalla de la Sociedad de Geografía de Londres, recepciones brillantes, nada faltó al ilustre viajero. Otro hubiera pensado que tenia bastante derecho para descansar, pero el doctor no lo pensó así y el 1.º de marzo de 1858 salió de nuevo, acompañado de su hermano Carlos, del capitán Bedindfield, de los doctores Kirk y Meller y de los señores Thornton y Baines, llegando en mayo á la costa de Mozambique para desde allí dirigirse á reconocer la cuenca del Zambesi.

No todos debian volver de este viaje.

Un pequeño vapor llamado *Ma-Robert* permitió á los exploradores subir por el gran rio desde la embocadura del Congone. Llegaron á Tete el 8 de setiembre; reconocieron el curso inferior del Zambesi y del Chire, su afluente de la izquierda en enero de 1859; visitaron el lago Chirua en Abril; exploraron el territorio de los Mangañas; descubrieron el lago Nyanza el 10 de Setiembre; volvieron á las cataratas Victoria el 9 de agosto de 1860; el 31 de enero de 1861 llegaron el obispo Mackensie y sus misioneros á la embocadura del Zambesi; en marzo se hizo la exploracion de Rovuma en el buque *Pionnier*; volvieron los viajeros al lago Nyanza en setiembre de 1861 y allí residieron hasta fin de Octubre. Por último, el 30 de enero de 1862 llegó la señora de Livingstone con un segundo vapor llamado *Lady Nyanza*. En aquel momento el obispo Mackensie y uno de los misioneros habian muerto ya á causa de los rigores del clima, y el 27 de abril la señora Livingstone murió en los brazos de su marido.

En mayo el doctor intentó un nuevo reconocimiento del Rovuma, y despues á fines de noviembre volvió al Zambesi, subió por el Chire, perdió en abril de 1863 á su compañero Thornton, envió á Europa á su hermano Carlos y al doctor Kirk, debilitados por las enfermedades, y el 10 de noviembre por la tercera vez volvia á ver el Nyanza, cuya hidrografía pudo completar.

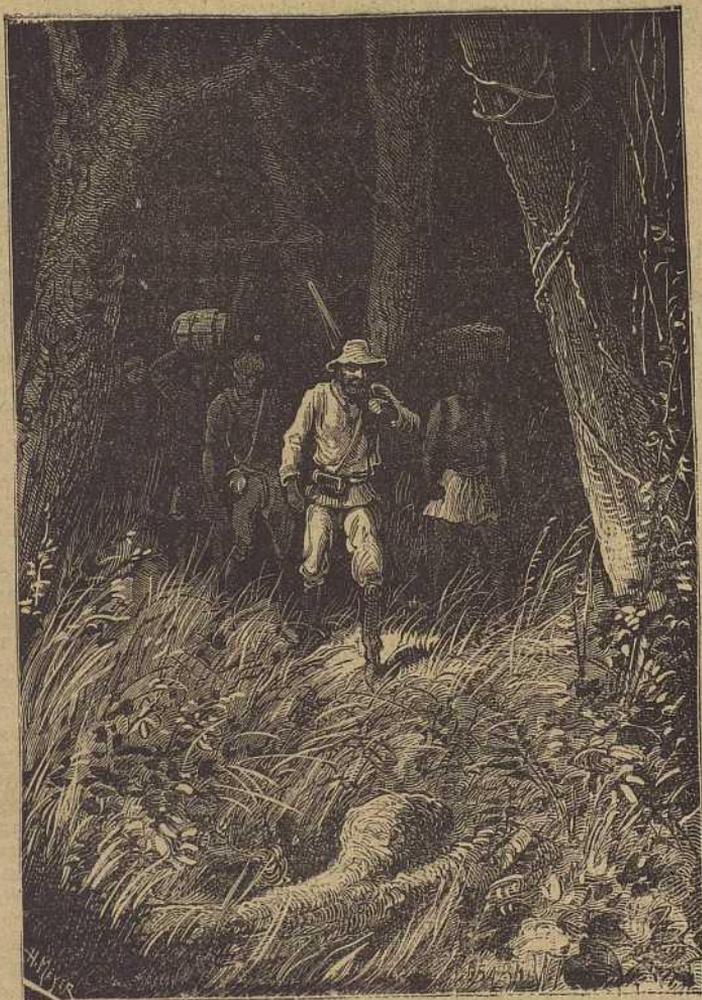
Tres meses despues se encontraba en la embocadura del Zambesi, pasaba á Zanzibar, y el 20 de julio de 1864, despues de cinco años de ausencia, llegaba á Londres, donde publicaba su obra titulada *Exploracion del Zambesi y de sus afluentes*.

El 28 de enero de 1866 desembarcó de nuevo en Zanzibar para comenzar su cuarto viaje.

El 8 de agosto, despues de haber asistido á las horribles escenas propias de la trata de esclavos en aquella comarca, acompañado solamente esta vez de algunos cipayos y unos cuantos negros, se encontró en Mokalaose á orillas del Nyanza. Seis semanas despues la mayor parte de los hombres de su escolta huían, volviéndose á Zanzibar y esparciendo allí el rumor falso de la muerte de Livingstone.

Este, sin embargo, no retrocedió; queria visitar el país comprendido entre el Nyanza y el lago Tanganika. Con este propósito el 10 de diciembre, guiado por algunos indigenas, atravesó el rio Loangua, y el 27 de abril de 1866 descubrió el lago Liamba. Allí permaneció un mes entre la vida y la muerte, y apenas restablecido el 30 de agosto llegó á orillas del lago Moero, cuya orilla septentrional reconoció, y el 21 de noviembre entró en Cazembe, poblacion donde permaneció cuarenta días durante los cuales renovó dos veces su exploracion del lago Moero.

Desde Cazembe se inclinó hácia el Norte con el designio de llegar á la importante poblacion de Uyi-yi, á orillas del Tanganika; pero sorprendido por las inundaciones y abandonado de sus guidos tuvo que



Negoro, escoltado por veinte negros, se dirigió hácia el Norte.

volver á Cazembe; bajó luego al Sur en 6 de Junio, y seis semanas despues llegó á orillas del gran lago Bangüeolo, donde permaneció hasta el 9 de agosto, con intencion de volver á subir hácia el Tanganika.

¡Qué viaje!

Desde el 7 de enero de 1869, la debilidad del héroe doctor era tal que no podia andar por sí solo y era preciso llevarle. En febrero llegó al fin al lago y entró en Uyiya, donde encontró algunos objetos que le habia enviado la Compañía oriental de Calcuta.

Su idea fija era entonces llegar á las fuentes ó al valle del Nilo subiendo por el Tanganika. El 21 de setiembre se hallaba en Bambarre, en el Mañuema, país de canibales y llegaba al Lualaba, á aquel Lualaba del cual Cameron iba á sospechar y Stanley á descubrir, que no era con otros nombres sino el alto Zaira ó el Congo. En Mamojela estuvo enfermo ochenta dias, no teniendo mas que tres servidores á sus órdenes; el 21 de julio de 1871 se puso al fin en marcha hácia el Tanganika y hasta el 23 de octubre no pudo llegar á Uyiya. A la sazón ya no era mas que un esqueleto.

Sin embargo, antes de esta época se le creía muerto en Europa, donde hacia tiempo que no se tenían noticias suyas y él mismo casi habia perdido la esperanza de ser socorrido.

Once dias despues de su entrada en Uyiya, el 3 de noviembre; estallaron salvas de armas de fuego á un cuarto de milla del lago. El doctor acudió y un hombre blanco se presentó delante de él.

—¿Usted es el doctor Livingstone, segun presumo?

—Sí, señor, respondió este levantando su casquete y sonriendo benévolamente.

Sus manos se estrecharon con efusion.

—¡Gracias á Dios, dijo el hombre blanco, que me ha permitido encontrar á usted!

—Tengo una gran satisfaccion, dijo Livingstone, en encontrarme aquí para darle á usted la bienvenida.

\* El blanco era el americano Stanley, corresponsal del *Herald* de Nueva York, á quien el señor Bennett, director del periódico, habia enviado en busca del doctor Livingstone.

En el mes de octubre de 1870, este americano, sin vacilar ni aventurar una frase, simplemente, como un héroe, se había embarcado en Bombay para Zanzibar, y siguiendo con corta diferencia el itinerario de Speke y Burton, después de innumerables trabajos y teniendo su vida con frecuencia amenazada, llegó á Uyiya.

Los dos viajeros, que desde entonces se hicieron amigos, emprendieron en seguida una expedición al Norte del Tanganika. Se embarcaron, llegaron hasta el cabo Magala y después de una minuciosa exploración, convinieron en que el gran lago desaguaba en un afluente del Lualaba. Esto es lo que Cameron y Stanley mismo debían averiguar positivamente pocos años después. El 12 de diciembre, Livingstone y su compañero estaban de vuelta en Uyiya.

Stanley se preparó á partir. El 27 de diciembre, después de ocho días de navegación, el doctor y Stanley llegaron á Urimba y el 23 de febrero entraban en Kuiuara.

El 12 de marzo fue el día de la despedida.

—Usted ha hecho, dijo el doctor á su compañero, lo que hubieran hecho pocos hombres, y lo ha realizado mucho mejor que otros grandes viajeros. Le estoy á usted muy agradecido; Dios le guíe, amigo mio, y le bendiga.

—¡Que Dios le traiga á usted á la patria sano y salvo, querido doctor, replicó Stanley cogiéndole las manos.

Stanley se separó del doctor volviendo el rostro para no mostrar sus lágrimas.

—¡Adios, doctor; adios, amigo mio! dijo con voz apagada.

—¡Adios! respondió con voz débil Livingstone.

Stanley partió al fin, y el 12 de julio de 1872 desembarcaba en Marsella.

Livingstone iba á comenzar de nuevo sus investigaciones. El 25 de agosto, después de cinco meses de residencia en Kuiuara, se dirigió hácia el sur de Tanganika, acompañado de sus criados negros Suzi, Chuma y Amoda y otros dos servidores, de Jacobo Wainwright y de cincuenta y seis hombres enviados por Stanley.

Un mes después, la caravana llegó á Mura, después de haber experimentado varias tempestades, precedidas de una estremada sequía, luego vinieron las lluvias, la mala voluntad de los indígenas, la pérdida de las bestias de carga, que sucumbían bajo las picaduras de la treta. El 24 de enero de 1873, la pequeña caravana se hallaba en Chitumkue y el 27 de abril, después de haber seguido hácia el Este las orillas del lago Bangüeolo, se dirigió hácia la aldea de Chitambo.

Este es el punto donde algunos traficantes habían dejado á Livingstone y esto lo que sabía por ellos Alves y su colega de Uyiya. Ambos creían con fundamento, que el doctor, después de haber explorado el Sur del lago, se aventuraria á atravesar el Loanda y penetraría hácia el Oeste de las comarcas desconocidas.

Desde allí parecía indicado el itinerario que debía llevarle á Angola, á visitar las regiones infestadas por la trata y hacerle llegar á Kazonde: nada mas verosímil que este itinerario.

La señora Weldon podía contar, por consiguiente, con la próxima llegada del gran viajero, pues que á principios de junio, hacia ya mas de dos meses que debía haber llegado al Sur del lago Bangüeol.

Ahora bien; el 13 de junio, víspera del día en que Negoro debía presentarse á reclamar de la señora Weldon la carta que había de poner cien mil duros en su mano, circuló una triste noticia que llenó de alegría á Alves y á los negreros.

El 1.º de mayo de 1873, al romper el alba, el doctor David Livingstone había muerto.

En efecto, el 29 de abril, la pequeña caravana había llegado á la aldea de Chitambo, al Sur del lago. El doctor iba en parihue'as. El 30 por la noche, bajo la influencia de un dolor excesivo, lanzó aquella exclamación, que apenas pudo entenderse: ¡Oh! ¡dear! ¡dear! y cayó como desmayado.

Al cabo de una hora llamó á su criado Suzi, pidió algunos medicamentos y luego murmuró con voz débil:

—Está bien; ahora puedes retirarte.

Hácia las cuatro de la mañana, Suzi y cinco hombres de la escolta, entraron en la cabaña del doctor. Estaba arrodilla lo cerca de su lecho y con la cabeza apoyada entre las manos, parecía estar en oración.

Suzi le tocó suavemente en la mejilla: estaba fria.

David Livingstone era cadáver.

Nueve meses después, su cuerpo era trasladado por sus fieles servidores, á costa de fatigas inauditas, llegaba á Zanzibar y el 12 de abril de 1874, era enterrado en la abadía de Westminster, entre los grandes hombres á quienes la Inglaterra honra á la par de sus reyes.

## CAPITULO XV.

### Á DONDE PUEDE CONDUCIR UNA MANTICORA:

¿A qué tabla de salvación no se agarra un desgraciado? ¿Qué vislumbre de esperanza por vago que sea no tratan de buscar los ojos de un sentenciado á muerte?

Esto había pasado con la señora Weldon y se comprenderá lo que debió padecer al saber de la boca misma de Alves que el doctor Livingstone había muerto en una pequeña aldea á orillas del lago Bangüeolo. Parecía que estaba mas aislada que nunca y que acababa de romperse una especie de vínculo que la unía al viajero y con él al mundo civilizado. La tabla de salvación huía de sus manos y el vislumbre de esperanza se apagaba ante sus ojos. Tom y sus compañeros habían marchado hácia la región de los lagos; de Hércules no había la menor noticia; la señora Weldon decididamente no podía contar con nadie. La era preciso, pues, aceptar la proposición de Negoro tratando de modificarla y de asegurar su resultado definitivo.

El 14 de junio que era el día señalado por Negoro, éste se presentó en la cabaña de la señora Weldon.

El portugués, según decía, era perfectamente práctico. Nada rebajó del importe del rescate de su prisionera; no quiso ni aun discutirlo, pero ésta se mostró igualmente práctica diciéndole:

—Si usted quiere hacer un negocio no le haga usted imposible poniendo condiciones que no se pueden aceptar. La suma que usted quiere por nuestra libertad se puede obtener sin que mi marido venga á un país donde como usted sabe un blanco no tiene garantía ninguna. Por consiguiente, no quiero que venga de ningún modo.

Después de algunas vacilaciones Negoro cedió y la señora Weldon obtuvo que su marido no se aventurase hasta Kazonde. Un buque le dejaría en Mosamedes, puertecillo de la costa del sur de Angola frecuentado ordinariamente por negreros y muy conocido de Negoro. Allí en una época determinada los agentes de Alves llevarían á la señora Weldon á Juanito y al primo Benedicto. Estos agentes recibirían el dinero y entregarían los prisioneros, y Negoro, que habría desempeñado respecto de James W. Weldon el papel de hombre honrado, desaparecería á la llegada del buque.

Así la señora Weldon obtuvo una modificación muy importante del contrato: evitaba á su marido los peligros de un viaje á Kazonde y el de ser deteni-

do allí despues de haber entregado el rescate como igualmente las dificultades de la vuelta. Respecto de las seiscientas millas que separaban á Kazonde de Mosamedes, la señora Weldon no temia este viaje si le hacia en las condiciones en que habia hecho el del Coanza á Kazonde, y por otra parte el interés de Alves, porque lo tenia tambien en el negocio. le obligaria á procurar que los prisioneros llegasen á Mosamedes sanos y salvos.

Convenidos de este modo los términos del contrato, la señora Weldon escribió á su marido en el sentido indicado, dejando á Negro que interinamente hiciese el papel de servidor leal que habia podido escapar de manos de los indígenas. Negro tomó la carta que indudablemente obligaria á James Weldon á seguirle hasta Mosamedes, y al dia siguiente, escoltado por veinte negros, se dirigió hácia el Norte, ¿Por qué tomaba aquella direccion? ¿Tenia la intencion de embarcarse en uno de los buques que frecuentan las bocas del Congo y evitar de este modo las estaciones portuguesas y los presidios de que habia sido huésped involuntario? Es probable; á lo menos ésta fue la razon que dió á Alves.

Despues de su partida la señora Weldon debió arreglar su existencia para pasar lo menos mal posible el tiempo que debia permanecer en Kazonde. Eran tres ó cuatro meses; porque admitiendo las probabilidades mas favorables, la ida y la vuelta de Negro no exigirian menos tiempo.

La intencion de la señora Weldon no era dejar la factoría donde su hijo, el primo Benedicto y ella se hallaban en una seguridad relativa. Los cuidados de Halima suavizaban un poco los rigores de aquella secuestro y ademas era verosímil que el traficante no la hubiera permitido abandonar su establecimiento, porque la gran prima que debia proporcionarle el rescate de la prisionera valia la pena de vigilarla estrechamente. Era tambien una circunstancia favorable que Alves no tuviera precision de salir de Kazonde para visitar sus otras dos factorías de Bihe y de Casange. Coimbra habia ido á reemplazarle en la expedicion de nuevas razzias, y la señora Weldon no tenia motivo alguno para echar de menos la presencia de aquel borracho.

Ademas Negro antes de marchar habia encomendado muchísimas veces á Alves que cuidase de la señora Weldon porque importaba vigilarla con rigor. No se sabia lo que habia sido de Hércules, y si no habia muerto en aquella terrible provincia de Kazonde quizá intentaria acercarse á la prisionera y librarla del poder de Alves. Este habia comprendido perfectamente una situacion que se resumia en una cifra de muchos duros: respondió de la señora Weldon como de su propia caja.

La vida monótona de la prisionera durante los primeros dias de su llegada á la factoría, continuó pues de la misma manera. Lo que pasaba en aquel recinto reproducia exactamente los diversos actos de la vida indígena en el esterior. Alves seguia las costumbres de los naturales de Kazonde. Las mujeres del establecimiento trabajaban como lo hubieran hecho en la poblacion para la mayor comodidad de sus maridos ó de sus amos. Preparaban el arroz á grandes golpes de pala en morteros de madera hasta descortezarlo perfectamente; mondaban el maíz y hacian todas las manipulaciones necesarias para sacar de él una sustancia granulosa que sirve para componer la sopa llamada *emtiello* en el país; la recoleccion del sorgo, especie de mijo cuya declaracion de madurez acababa de hacerse solemnemente en aquella época; la extraccion del aceite odorífero de las drupas del *empafu*, especie de aceituna cuya esencia forma un perfume muy estimado entre los indígenas; el hilado del algodón cuyas fibras se tuercen por medio de un uso de pié y medio de largo, al cual las hendiduras

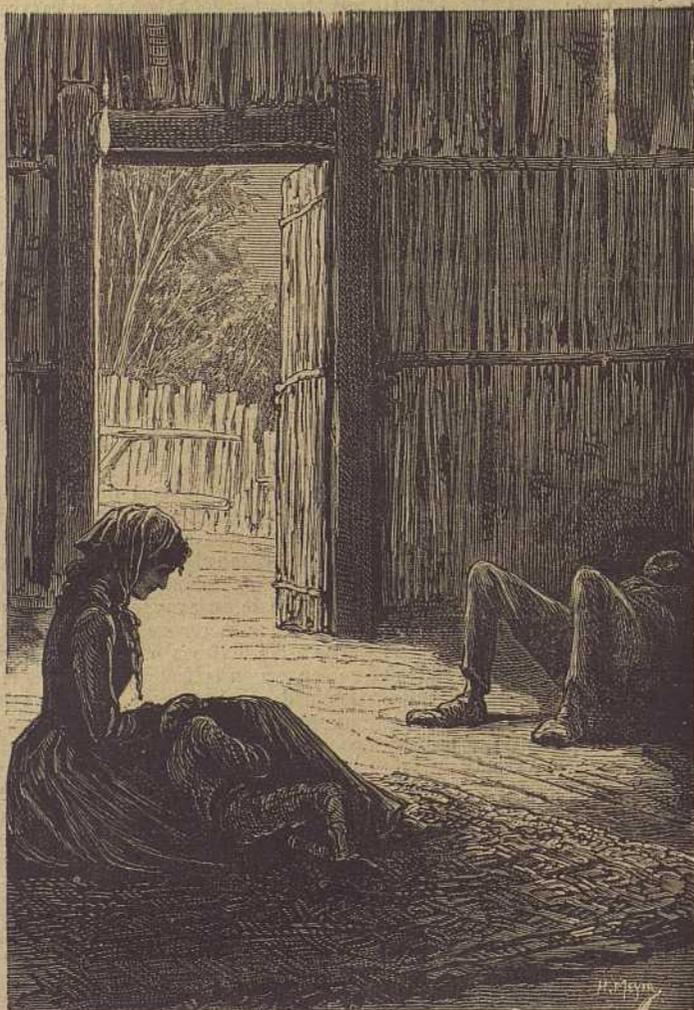
imprimen un rápido movimiento de rotacion; el tejido de tela de cortezas; la extraccion de raíces de manioc y la preparacion de la tierra para los diversos productos del país ó sea el cazave, arina que se saca del manioc; habas cuyas vayas de quince pulgadas de longitud llamadas *mositsanes* crecen en árboles á quince piés de altura; araquidas destinadas á hacer aceite; guisantes de un azul claro, conocidos con el nombre de *chilobes*, cuyas flores tienen el gusto un poco desabrido del sorgo cocido; café, cañas de azúcar cuyo jugo se reduce á melaza, cebollas, guayabas, sésamo, cohombros cuyas semillas se asan como castañas; preparacion de bebidas fermentadas, como el *malofú*, que se hace de bananas, y el pombe y otros licores; cria de animales domésticos, de esas vacas que no se dejan ordeñar sino en presencia de sus terneros ó de un ternerillo muerto y empajado; de esas terneras de raza pequeña y cuernos cortos, algunas con joroba, y de esas cabras que en el país donde se crian sirven de alimento y son un importante objeto de comercio y aun puede decirse que una moneda corriente como el esclavo; en fin, de las aves de corral, de los puercos, carneros, bueyes, etc. Esta larga enumeracion muestra cuán duros trabajos incumben al sexo débil en las regiones salvajes del continente africano.

Durante este tiempo los hombres fuman tabaco ó cañamo, cazan elefantes ó búfalos, se alquilan por cuenta de los tratantes para las razzias. Recoleccion de maíz ó de esclavos les es igual; siempre es una cosecha que se recoge en estaciones determinadas.

De estas diversas ocupaciones la señora Weldon no conocia en la factoría de Alves mas que la parte destinada á las mujeres. Algunas veces se detenia á mirarlas y éstas no la respondian sino con un gesto poco amable; un instinto de raza los inclinaba á odiar á aquella mujer blanca y en sus corazones se hubieran encontrado pocos sentimientos de compasion hácia ella. Solamente Halima era escepcion de esta regla y la señora Weldon, que habia podido aprender algunas palabras de la lengua indígena, llegó pronto á poder conversar en cierto modo con la jóven esclava.

Juanito acompañaba con frecuencia á su madre cuando ésta se paseaba por el recinto; pero hubiera querido salir fuera. Habia allí sin embargo en un enorme baobal nidos de marabus formados de algunas varitas y nidos de *suimangas* de gargantas esplendentes que se parecian á los canarios; habia viudas que despojaban los techos de las chozas para hacer sus nidos y *calaos* cuyo canto era muy agradable; periquitos grises de cola roja que en el Mañema se llaman *rus* y dan su nombre á los jefes de las tribus; habia tambien *drugos* insectívoros de gran pico rojo. Aquí y allá revoloteaban tambien centenares de mariposas de especies diferentes, sobre todo á la inmediacion de los arroyos que atravesaban la factoría; pero estas mariposas caian mas bien bajo la jurisdiccion del primo Benedicto que bajo la de Juanito, el cual sentia mucho no ser mayor para mirar por encima de las paredes del recinto. ¡Ah! ¿dónde estaba su pobre amigo Dick Sand, él que le subia tan alto por la arboladura del *Pilgrim*! ¿Cómo le hubieran seguido por aquellas ramas de los árboles cuya cima se levantaba á mas de cien pies! ¿Qué buenos paseos hubieran dado juntos!

El primo Benedicto se hallaba muy contento con tal que no le faltaran insectos que perseguir. Por fortuna habia descubierto en la factoría y la estudiaba cuanto podia hacerlo sin lente y sin anteojos, una abeja minúscula que formaba sus alveolos entre las hendiduras de la madera carcomida y un *sphex* que deposita sus huevos en celdillas que no son suyas, como hace el cuco en el nido de los demás pájaros. Tampoco faltaban mosquitos á la orilla



La señora Weldon estaba dormitando....

de los arroyuelos que con sus picaduras hacían sobre su piel un tatuado que casi le volvió desconocido. Cuando la señora Weldon le reconvenía por dejarse devorar de aquel modo por aquellos insectos incómodos, contestaba rascándose hasta hacerse sangre:

—Es su instinto, prima Weldon, su instinto, y no hay que quererlos mal por eso.

En fin, un día, era el 17 de junio, el primo Benedicto estuvo á punto de considerarse el mas feliz de todos los entomologistas. Pero esta aventura, que tuvo consecuencias inesperadas debe ser referida con algunos pormenores.

Eran como las once de la mañana; un calor insupportable habia obligado á los habitantes de la factoría á refugiarse en sus cabañas, y no se hubiera encontrado un solo indígena en las calles de Kazonde.

La señora Weldon estaba dormitando cerca de Juanito que dormía.

El primo Benedicto experimentando á su vez la influencia de aquella temperatura tropical, habia renunciado á sus correrías favoritas, lo cual no dejaba de serle muy sensible, porque en aquellos ra-

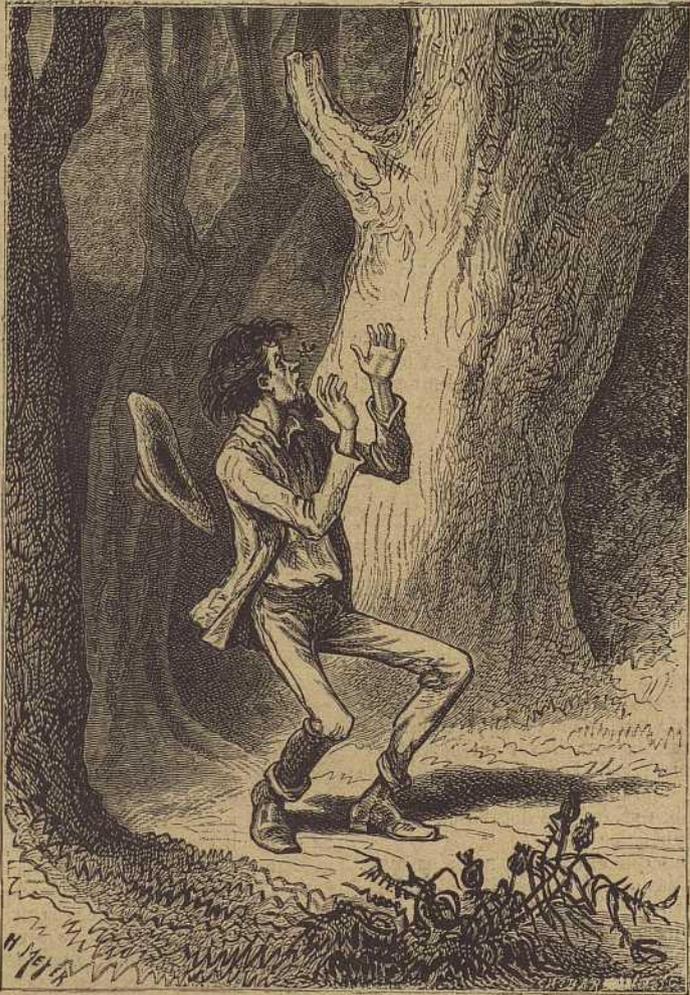
yos del sol del medio dia sentia zumbiar todo un mundo de insectos. Se habia refugiado, pues, con gran disgusto en el interior de su cabaña, y allí comenzaba á apoderarse de él el sueño cuando teniendo medio cerrados los ojos oyó un pequeño ruido, es decir, uno de esos insupportables zumbidos de insectos de los cuales algunos pueden batir quince ó diez y seis mil veces las alas en un segundo.

—Un exápodo, exclamó el primo Benedicto, que se puso alerta inmediatamente, pasando de la posición horizontal á la posición vertical.

No habia duda de que un exápodo zumbaba en la cabaña. Pero si el primo Benedicto era muy miope en cambio tenia el oido muy bueno, hasta el punto de poder distinguir un insecto de cualquier otro solo en la intensidad de su zumbido. El de aquel exápodo le pareció que le era desconocido, aunque no podia ser producido sino por un gigante de la especie.

—¿Qué exápodo es ese? se preguntó.

E inmediatamente trató de ver el insecto, lo cual era bastante difícil para sus ojos desarmados, si bien trató de conocerlo por el ruido que hacían sus alas.



Empezó, pues, á correr por aquella selva espesa sin conocimiento de lo que hacia....

Su instinto de entomologista le advertía que había allí una buena caza que hacer, y que el insecto que tan providencialmente había entrado en su cabaña no debía ser la primera vez que hubiese llegado.

Sentóse y se estuvo quieto, sin moverse, escuchándole. Algunos rayos de sol que penetraban hasta él le hicieron descubrir un grueso punto negro que revoloteaba, pero que no pasaba bastante cerca para que pudiera examinarle á su sabor. Detenia su respiracion y estaba resuelto, si se sentía picado en algun punto de la cara ó de las manos, á no hacer ningun movimiento que pudiera poner en fuga al exápodo.

En fin, el insecto, zumbando despues de haber girado largo tiempo alrededor del primo Benedicto, vino á posarse sobre su cabeza. La boca del primo Benedicto se ensanchó un instante como para dibujar una sonrisa, ¡y qué sonrisa! Sintió al ligero animal correr sobre sus cabellos. Por un instante tuvo el deseo irresistible de llevar la mano á la cabeza; pero al fin se contuvo é hizo bien.

—No, no, pensó; no le atraparía ó tal vez le hiciera daño, lo cual sería peor. Dejémosle venir mas cerca. Ya anda, va á bajar por las narices; siento sus patitas delicadas correr por mi cráneo; debe ser un exápodo de buen tamaño. Dios mio, haced solamente que baje hasta la punta de la nariz, y allí guiñando un poco el ojo podré quizá verle y determinar á qué orden, género, especie ó variedad pertenece.

Así pensaba el primo Benedicto; pero había gran distancia desde su cráneo, que era bastante puntiagudo, hasta el extremo de su nariz, bastante larga; y cuán diversos caminos podía tomar el caprichoso insecto, ya por el lado de las orejas, ya por el lado del sincipicio, caminos que le apartarian de los ojos del naturalista, sin contar que á cada instante podía remontar su vuelo, salir de la cabaña y perderse en los rayos solares, donde pasaba su vida sin duda entre sus congéneres que debían atraerle desde lo exterior.

Todas estas reflexiones se hizo el primo Benedicto; jamás en toda su vida de entomologista había pasado momentos de emocion como aquellos. Un exá-

podo africano de especie ó á lo menos de variedad ó subvariedad nueva, estaba allí, posado en su cabeza, y no podia reconocerlo á no ser que se dignase pasarse á menos de una pulgada de sus ojos.

Sin embargo, la providencia debió oír la súplica del primo Benedicto. El insecto, despues de haber caminado por aquella cabellera erizada como por la cima de alguna mata inculta, comenzó á bajar las pendientes frontales del primo Benedicto, y este pudo concebir al fin la esperanza de que se aventuraria hasta el vértice de su nariz. Una vez llegado al vértice, ¿por qué no habia de bajar hasta la base?

—Yo en su lugar bajaria, pensaba el digno naturalista.

Lo cierto es que en el lugar del primo Benedicto cualquiera otro se hubiera aplicado una violenta palmada sobre la frente á fin de aplastar al incómodo insecto ó á lo menos de ponerle en fuga. Todos convendran en que sentir seis patas moverse sobre su piel sin hablar del peligro de ser picado, y no hacer siquiera un gesto, era rayar en los límites del heroísmo. El espartano dejándose devorar el pecho por una zorra; el romano conservando entre sus dedos carbones encendidos, no eran mas dueños de sí mismos que el primo Benedicto; que descendía incontestablemente de estos dos héroes.

El insecto, despues de veinte pequeños circuitos, llegó al vértice de la nariz. Allí tuvo un momento de vacilacion que hizo afluir toda la sangre del primo Benedicto á su corazón. ¿Subiria el exápodo mas allá de la línea de los ojos ó bajaria por las narices?

Bajó; el primo Benedicto sintió sus patas belludas dirigirse hacia las bases de su nariz. El insecto no se dirigió ni á derecha ni á izquierda; permaneció, sosteniéndose entre sus dos alas temblorosas, sobre la arista ligeramente encorvada de aquella nariz de sabio tan bien dispuesta para llevar anteojos. Atravesó el pequeño barranco de la curvatura producida por el uso incesante del instrumento óptico que tanta falta hacia al pobre primo y se detuvo en el mismo extremo de su apéndice nasal.

Era el mejor punto que el exápodo podia escoger. A tal distancia, los dos ojos del primo Benedicto, haciendo converger su rayo visual, podian como dos lentes examinar el insecto con su doble mirada.

—¡Dios omnipotente! exclamó el primo Benedicto, que no pudo contener un grito: ¡la manticora tuberculosa!

Hubiera debido pensarlo y no gritar; pero esto hubiera sido exigir demasiado del mas entusiasta de los entomologistas.

Tener al extremo de su nariz una *manticora tuberculosa* de anchos elitros; un insecto de la tribu de los cicindeletos, ejemplares muy raros en las colecciones, que parece especial de aquellos países meridionales del Africa, y no lanzar un grito de admiracion, era cosa superior á las fuerzas humanas.

Por desgracia la manticora oyó aquel grito, que fue casi inmediatamente seguido de un estornudo, el cual sacudió el apéndice sobre que el insecto reposaba. El primo Benedicto quiso apoderarse de la manticora; tendió la mano, la cerró violentamente y no consiguió atrapar mas que el extremo de su propia nariz.

—¡Maldicion! exclamó.

Pero despues de esta exclamacion mostró una serenidad notable, porque sabia que la manticora tuberculosa no hace mas que revolotear, por decirlo así. Marcha con mas frecuencia que vuela; el naturalista se puso, pues, de rodillas y llegó á ver á menos de diez pulgadas de sus ojos el punto negro que se deslizaba rápidamente por la claridad de un rayo de sol.

Mas valia sin duda estudiarla en aquella actitud independiente, pero era preciso no perderla de vista.

—Apoderarse de la manticora seria correr el riesgo de aplastarla, dijo entre sí el primo Benedicto. No; la seguiré, la admiraré, tengo tiempo de sobra.

¿Tenia razon el primo Benedicto? De todos modos empezó á andar á gatas con la nariz dirigida al suelo, como un perro que sigue una pista, y manteniéndose á siete ú ocho pulgadas detras del magnífico exápodo. Un instante despues estaba fuera de la cabaña, bajo el sol de medio dia, y no tardó sino algunos minutos en hallarse al pie de la empalizada que cerraba el establecimiento de Alves.

En aquel punto, ¿la manticora iba á atravesar de un salto el recinto y á poner un muro entre su adorador y ella? No, esto no hubiera sido natural en semejante insecto y el primo Benedicto lo sabia perfectamente. Por lo mismo siguió arrastrándose como una culebra, demasiado lejos para reconocer entomológicamente al insecto, cosa por lo demas que ya habia hecho; pero bastante cerca para ver aquel punto móvil que caminaba por el suelo.

La manticora al llegar cerca de la empalizada encontró el ancho agujero de una cueva de topos que se abria al pie del recinto, y sin vacilar se entró por aquella galería subterránea, porque está en sus costumbres buscar los conductos oscuros. El primo Benedicto creyó que iba á perderla de vista; pero con gran sorpresa suya vió que el tubo, que era de dos pies de ancho por lo menos, formaba una especie de galería donde podria introducirse tambien su largo y delgado cuerpo. Su ardor en la prosecucion del insecto era tal, que no advirtió que metiéndose por aquel hueco iba á pasar por debajo de la empalizada. En efecto, aquella cueva de topos establecia una comunicacion natural entre el exterior y el interior, y al cabo de medio minuto el primo Benedicto estaba fuera de la factoría. No era esto cosa para él de grande importancia; estaba entregado completamente á la admiracion del elegante insecto que le guiaba; pero este sin duda se habia cansado de su larga caminata y apartando sus élitros desplegó las alas. El primo Benedicto conoció el peligro, y volviendo la mano iba á hacer con ella una prision provisional para la manticora cuando brrr... el insecto voló.

¡Qué desesperacion! Pero la manticora no podir ir lejos; el primo Benedicto se levantó, miró á uno y otro lado, y se lanzó en su persecucion con las manos estendidas y abiertas.

El insecto revoloteaba por cima de su cabeza y no veia mas que un grueso punto negro, sin forma apreciable para él.

¿Vendria á posarse de nuevo en tierra despues de haber trazado círculos caprichosos alrededor del cabello herizado del primo Benedicto? Todas las probabilidades estaban porque así lo hiciese.

Por desgracia para el desdichado naturalista, aquella parte del establecimiento de Alves, que estaba situada al extremo Norte de la poblacion, confinaba con un gran bosque que cubria el territorio de Kazoude, en un espacio de varias millas cuadradas. Si la manticora llegaba á la espesura de los árboles y de allí se ponía á revolotear de rama en rama, habia que reciar á toda esperanza de hacerla figurar en la famosa caja de hoja de lata, de la cual hubiera sido la joya mas preciosa.

¡Ah! esto fue lo que sucedió. La manticora habia recobrado su punto de apoyo sobre el suelo. El primo Benedicto tuvo la fortuna inesperada de volverla á ver é inmediatamente se precipitó á tierra boca abajo; pero la manticora no andaba sino por pequeños saltos.

El primo Benedicto, cansado, llenas de sangre las rodillas y las manos fue saltando tambien, abriendo los brazos y las manos á derecha y á izquierda, segun que el punto negro saltaba á una ú otra parte. Parecia que el entomologista se adiestraba en la na-

tacion, como si hubiera estado en la superficie del agua.

Trabajo inútil. Sus dos manos se cerraban siempre sobre el vacío; el insecto se le escapaba burlándose de él, y pronto al llegar bajo la fresca enramada se levantó por el aire, despues de haber lanzado á la oreja del primo Benedicto junto á la cual pasó rozando, un zumbido mas intenso, pero mas irónico, con sus alas de coleóptero.

¡Maldicion! esclamó por segunda vez el primo Benedicto; ¡se me escapa! ¡Ingrato exápodo! ¡Cuando yo te reservaba un sitio de honor en mi coleccion! Pues bien, no, no te abandonaré; te perseguiré hasta atraparle.

Olvidaba el buen primo que sus ojos de mfope no le permitian ver la manticora en medio del follaje. Pero no estaba en sí. El despecho y la cólera le volvian loco. El y él solo tenia la culpa de aquella desgracia, porque si desde luego se hubiera apoderado del insecto, en vez de seguirle en su marcha independiente, nada de esto le hubiera sucedido, y poseeria aquel admirable ejemplar de las manticoras africanas, cuyo nombre es el de un animal fabuloso, de cabeza de hombre y cuerpo de leon.

El primo Benedicto habia perdido la razon. No sospechaba que por una circunstancia de las mas imprevistas habia recobrado su libertad; no sospechaba siquiera que aquella cueva de topos, en la cual se habia metido, le habia abierto una salida y que acababa de dejar el establecimiento de Alves. El bosque estaba allí, y entre los árboles habia volado la manticora; á toda costa queria apoderarse de ella.

Empezó, pues, á correr por aquella selva espesa, sin conocimiento de lo que hacia, imaginándose siempre ver al precioso insecto, batiendo el aire con sus grandes brazos como un gigantesco segador de yerba. A dónde iba y cómo volveria, si volvía, era cosa que no se le ocurría preguntar; y por espacio de una milla se internó en el bosque, á riesgo de encontrar algun indígena ó de ser atacado por alguna fiera.

De repente, al pasar cerca de un matorral, un sér gigantesco saltó y se arrojó sobre él y lo mismo que el primo Benedicto hubiera podido hacer con la manticora, aquel sér le asió con una mano por la nuca y con la otra por el extremo de la espina dorsal, y sin dejarle tiempo para saber lo que pasaba, se le llevó al través de los árboles.

Verdaderamente el primo Benedicto habia perdido aquel dia la mejor ocasion de poder proclamarse el entomologista mas feliz de las cinco partes del mundo.

## CAPITULO XVI.

### UN EMGANCA.

Cuando la señora Weldon aquel dia 17 no vió reaparecer al primo Benedicto á la hora acostumbrada, esperimentó la mas viva inquietud porque no podia imaginar qué le habia pasado á aquel niño grande. No era admisible que hubiera logrado escaparse de la factoría, cuyo recinto era absolutamente impenetrable, y ademas la señora Weldon conocia á su primo y sabia que aunque le hubieran propuesto la fuga con tal que abandonase su caja de hoja de lata y su coleccion de insectos africanos, se hubiera negado sin vacilar á emprenderla. Ahora bien, la caja estaba allí en su cabaña, intacta y conteniendo todo lo que el naturalista habia podido recoger desde su llegada al continente. Suponer que voluntariamente se habia separado de sus tesoros entomológicos era tambien inadmisibile.

Y sin embargo, el primo Benedicto no estaba en el establecimiento de José Antonio Alves.

Durante todo aquel dia la señora Weldon le buscó

obstinadamente; Juanito y la esclava Halima le buscaron tambien cada cual por su lado, pero todo fué inútil.

La señora Weldon se vió entonces obligada á adoptar la hipótesis poco tranquilizadora de que el prisionero habia sido arrebatado por órden del traficante y por motivos ignorados. Pero entonces ¿qué habia hecho de él Alves? ¿Le habia encarcelado en alguno de los barracones de la Plaza Mayor? ¿Por qué aquel raptó despues del contrato hecho con Negro, y que comprendia al primo Benedicto entre los prisioneros que el tratante debia conducir á Mosamedes para ser entregados á James W. Weldon mediante el rescate?

Si la señora Weldon hubiera podido ser testigo de la cólera de Alves cuando este supo la desaparicion del prisionero, habria comprendido que no era cómplice en tal desaparicion. Pero entonces si el primo Benedicto se habia fugado voluntariamente, ¿por qué no habia puesto á su prima en el secreto de su evasion?

Las pesquisas de Alves y de sus servidores, que se hicieron con la mayor escrupulosidad produjeron el descubrimiento de aquella cueva de topos que ponía á la factoría en comunicacion directa con el bosque inmediato. El tratante no tuvo ya duda de que el cazador de moscas se habia escapado por aquella estrecha abertura, y puede calcularse su furor cuando reflexionó que le echarian la culpa de aquella fuga y que disminuiria en una tercera parte la prima que debia tomar por el negocio.

—No valía gran cosa aquel imbécil, pensó, y sin embargo me le harán pagar caro. ¡Ah! si llego á atraparle...

Pero á pesar de las investigaciones que se hicieron en el interior y de la batida que se dió en el bosque por un largo rádio fue imposible hallar ningun vestigio del fugitivo. La señora Weldon tuvo que resignarse á la pérdida de su primo y Alves á la de su prisionero.

Como no podia admitirse que este hubiera establecido relaciones con el exterior, pareció evidente que solo la casualidad le habia hecho descubrir la existencia de la cueva de topos y que se habia fugado sin pensar en los que quedaban en el establecimiento como si jamás hubieran existido.

La señora Weldon se vió obligada á confesarse á sí misma que así debian haber pasado las cosas, pero no pensó en culpar al pobre hombre, perfectamente inconsciente de sus actos.

—¡Desdichado! ¿Qué habrá sido de él? se preguntó.

Escusado es decir que el mismo dia se cerró perfectamente la cueva de topos y que se redobló la vigilancia en el interior lo mismo que en el exterior de la factoría.

La vida monotonica de los prisioneros continuó, pues, para la señora Weldon y su niño.

Entre tanto se produjo en toda la provincia un acontecimiento climatérico muy raro en aquella época del año. Hácia el 19 de junio comenzó una lluvia persistente, no obstante que habia pasado ya el periodo de la masika, que concluye en abril. En efecto, el cielo estaba cubierto y continuos chaparrones inundaban el territorio de Kazonde.

Lo que para la señora Weldon no fue mas que una incomodidad por tener que renunciar á sus paseos por el interior de la factoría, fue una calamidad pública para los indígenas. Los terrenos bajos, cubiertos de mieses ya maduras, quedaron enteramente sumergidos. Los habitantes de la provincia que perdian de repente sus cosechas, se vieron en el acto arruinados. Todos los trabajos agricolas de la estacion estaban comprometidos, y la reina Moína, lo mismo que sus ministros, ignoraban el modo de hacer frente á la catástrofe.



De repente un ser gigantesco saltó sobre él, y asiéndole con una mano por la nuca se le llevó....

Recurrieron entonces á las magos, pero no á los que tienen por oficio curar á los enfermos con encantamientos y hechicerías, ni á los que dicen la buena ventura á los indígenas. Tratábase de una calamidad pública y fueron llamados para conjurar el peligro los mejores *emganga*s, que tienen el privilegio de escitar ó de conjurar las lluvias.

Sin embargo, los mejores *emganga*s no supieron desempeñar esta tarea. En vano entonaron sus cantos monotonos; en vano agitaron sus cascabeles y campanillas; en vano hicieron uso de sus mas preciosos amuletos, y especialmente de un cuerno lleno de fango y cortezas de árbol cuya punta termina por otros tres cuernecillos; en vano exorcisaron la lluvia lanzando bolitas de estiércol ó escupiendo al rostro de los mas augustos personajes de la corte; nada de esto logró espulsar los malos espíritus que presiden á la formación de las nubes.

Las cosas iban de mal en peor, cuando la reina Moina tuvo el pensamiento de llamar á un célebre *emganga* que se hallaba entonces en el Norte de Angola. Era un mago de primer orden, cuyo saber era

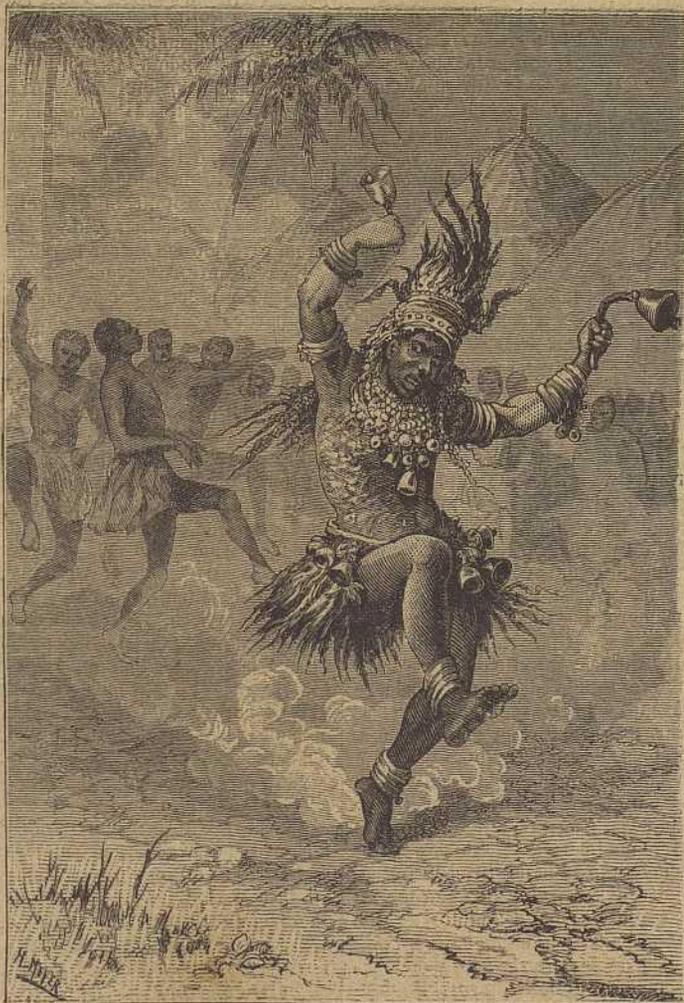
tanto mas maravilloso cuanto que jamás habia sido puesto á prueba en aquel país donde nunca se le habia visto. Sin embargo, no se hablaba de otra cosa que del buen éxito de sus encantamientos en materia de masikas.

El 25 de junio por la mañana el nuevo *emganga* anunció ruidosamente su llegada á Kazonde, con gran estrépito de campanillas.

El hechicero se dirigió rectamente á la *chitoka*, é inmediatamente la multitud de los indígenas se precipitó hácia él. El cielo estaba un poco menos lluvioso; el viento indicaba una tendencia á cambiar, y aquellos síntomas de cesacion de lluvia, coincidiendo con la llegada del *emganga*, predispusieron los ánimos en su favor.

Era, por lo demas, un hombre magnífico, un negro de veinticinco quilates. Media por lo menos seis pies de altura y debia ser muy vigoroso: su presencia no podia menos de imponer respeto á la muchedumbre.

Ordinariamente los hechiceros se reúnen en número de tres, cuatro ó cinco cuando recorren las



El emganga comenzó por dar la vuelta á la plaza ejecutando una especie de pavana.

aldeas, y llevan cierto número de acólitos ó compañeros, pero aquel emganga iba solo. Llevaba el pecho atravesado de rayas y figuras blancas hechas con tierra de pipas; la parte inferior de su cuerpo desaparecía bajo un ancho faldellín de tela de yerbas, cuya cola no hubiera desdeñado una elegante moderna. Un collar de cráneos de aves colgaba de su cuello; sobre la cabeza llevaba una especie de casco de cuero con plumas adornado de perlas, y sobre las caderas un cinturón de cobre del cual pendían centenas de campanillas mas ruidosas que la sonora cabecera de una mula española; era, en fin, un magnífico ejemplar de la corporación de adivinos indígenas.

Todos los instrumentos de su oficio se reducían á una especie de cesto cuyo fondo estaba formado por una calabaza, lleno de conchas, de amuletos, de idólos de madera y otros fetiches, y una notable cantidad de bolas de estiércol, accesorio importante de los encantamientos y prácticas adivinatorias del centro de Africa.

\* Una particularidad observó inmediatamente la multitud, y es que el emganga era mudo; pero se-

mejante defecto no podía menos de acrecentar la consideración con que todos empezaban á mirarle. No lanzaba mas que sonidos guturales, bajos y trémulos, que no tenían ninguna significación; razón mas para que se le comprendiera perfectamente en materia de sortilegios.

El emganga comenzó por dar la vuelta á la plaza Mayor, ejecutando una especie de pavana que hizo resonar todo el tren de campanillas. La multitud le seguía, imitando sus movimientos y produciendo el efecto de una tropa de monos siguiendo á un gigantesco cuadrumano. Después el hechicero, tomando por la calle principal de Kazonde, se dirigió hácia la residencia real.

Cuando la reina Moína tuvo aviso de la llegada del nuevo adivino se presentó seguida de sus cortesanos.

El emganga se inclinó hasta el polvo y luego levantó la cabeza desplegando su soberbia estatura. Sus brazos se estendieron entonces hácia el cielo, surcado por nubes diversas que pasaban rápidamente á impulsos del viento. Designó aquellas nubes con la mano; imitó sus movimientos en una pantomima

animada y las mostró huyendo al Oeste, pero volviendo al Este por un movimiento de rotación irresistible.

Después, con gran sorpresa de la población y de la corte, tomó por la mano á la terrible soberana de Kazonde. Algunos cortesanos quisieron oponerse á aquel acto, contrario á toda etiqueta; pero el vigoroso emganga, asiendo al más próximo por la piel del cuello, le envió rodando á quince pasos.

La reina no pareció desaprobár aquella activa manera de conducirse y dirigió al adivino una especie de gesto que debía ser una sonrisa. El adivino condujo á la reina con paso rápido mientras que la multitud se precipitaba siguiendo sus pasos.

Esta vez se dirigieron hácia el establecimiento de Alves; la puerta estaba cerrada; el adivino aplicó el hombro y la arrojó por tierra, haciendo entrar á la reina, subyugada, en el interior de la factoría.

El traficante, sus soldados y sus esclavos habian acudido para castigar al descarado que se permitía derribar la puerta sin esperar á que se le abriese, pero á la vista de la soberana que no protestaba se detuvieron en actitud respetuosa. Alves sin duda iba á preguntar á la reina qué era lo que le proporcionaba el honor de aquella visita, pero el mago no le dió tiempo, y haciendo retroceder á la multitud para que dejasen un ancho espacio libre á su alrededor, volvió á comenzar su pantomima con una animación mayor. Mostró las nubes con la mano, las amenazó, las exorcizó, hizo primero el ademán de detenerlas y después el de separarlas; se inflaron sus enormes megillas y sopló sobre aquel conjunto de espesos vapores, como si hubiera tenido fuerza para disiparlos. Luego, enderezándose, hizo señal de quererlas detener en su carrera y parecía que su gigantesca estatura le permitía tocarlas con la mano.

La supersticiosa Moina, vencida por la pantomima de aquel gran comediante, estaba entusiasmada. De cuando en cuando lanzaba gritos de admiración; deploraba á su vez y repetía instintivamente los gestos del emganga. Los cortesanos y la multitud le imitaban y los sonidos guturales del mudo se perdían en medio de aquellos cantos, gritos y aullidos de que tanta abundancia tiene la lengua indígena.

¿Cesaron las nubes de levantarse sobre el horizonte oriental y velar el sol de los trópicos? ¿Se desvanecieron ante los exorcismos del nuevo adivino? No. Precisamente cuando la reina y su pueblo se imaginaban haber puesto en fuga á los espíritus malignos que les enviaban tantos chaparrones, el cielo, un poco despejado desde el alba, se oscureció mas profundamente, y grandes gotas que anunciaban una nueva tormenta de lluvia cayeron crepitando sobre el suelo.

Entonces la multitud empezó á murmurar y á decirse que aquel emganga no valía mas que los otros. La reina frunció ligeramente sus cejas y el emganga comprendió que aquel fruncimiento significaba por lo menos para él la pérdida de las orejas. Los indígenas iban estrechando el círculo alrededor del adivino; sus puños comenzaban á amenazarle, y sin duda iban á jugarle una mala pasada cuando un incidente imprevisto cambió el curso de sus disposiciones hostiles.

El emganga, que dominaba con la cabeza toda aquella multitud aullante, acababa de estender el brazo hácia un punto del recinto: aquel ademán imperioso hizo que todos se volvieran á mirar al punto hácia donde se dirigía.

La señora Weldon y Juanito, atraídos por el tumulto y los clamores, acababan de salir de su cabaña y eran los que el mago, en un movimiento de cólera, habia designado con la mano izquierda mientras con la derecha se dirigía hácia el cielo.

Ellos, eran ellos; era aquella blanca, era aquel ni-

ño los que causaban todo el mal; de allí venía el origen de los males. Ellos habian atraído de sus países lluviosos aquellas nubes para inundar los territorios de Kazonde.

Todos comprendieron este lenguaje mudo; la reina Moina, mostrando á la señora Weldon, hizo un gesto de amenaza, y los indígenas lanzando gritos mas terribles se precipitaron hácia ella. La señora Weldon se creyó perdida, y tomandó á su hijo en los brazos se quedó inmóvil como una estatua delante de aquella multitud sobrecitada.

El emganga se dirigió hácia ella. Todos se apartaron delante del adivino, que con la causa del mal habia parecido encontrar el remedio.

El traficante Alves, para quien la vida de la prisionera era preciosa, se acercó tambien, no sabiendo qué hacer.

El emganga se apoderó de Juanito, arrancándole de los brazos de su madre y estendiendo con él el brazo hácia el cielo, como si quisiera romperle la cabeza contra el suelo para aplacar la cólera de los dioses.

La señora Weldon lanzó un grito terrible y cayó en tierra desmayada.

El emganga, después de haber dirigido á la reina una señal que sin duda la tranquilizó acerca de sus intenciones, levantó á la desgraciada madre y se la llevó con su niño, mientras la multitud, absolutamente dominada, se apartaba para abrirle paso.

Alves, furioso, no queria que le arrebataran su prisionera; después de haber perdido uno de los tres, no queria dejar escapar el depósito confiado á su custodia, y con el depósito la gran prima que le reservaba Negoro, aunque todo el territorio de Kazonde se abismase bajo un nuevo diluvio. Por tanto quiso oponerse á aquel raptó.

Pero entonces se amotinaron contra él los indígenas; la reina mandó á sus guardias que le prendieran, y el tratante, sabiendo lo que aquello podía costarle, tuvo que ceder en sus reclamaciones, no sin maldecir la estúpida credulidad de los súbditos de la augusta Moina.

Aquellos salvajes, en efecto, esperaban ver desaparecer las nubes con la desaparición de las personas que las habian atraído, y no dudaban que el mago haría cesar con la sangre de los extranjeros las lluvias que tanto les habian hecho padecer.

Entre tanto el mago se llevaba á sus víctimas como un león hub'era podido llevarse á un par de cabritillos que no hacen peso ninguno en su boca poderosa; Juanito iba espantado, la señora Weldon desmayada, mientras la multitud, en el último grado de furor, le seguía con sus aullidos. El mago salió del recinto, atravesó á Kazonde, penetró en el bosque y caminó por espacio de tres millas sin que sus piernas cedieran un momento, y cuando estuvo solo, pues que los indígenas comprendieron que no queria que le siguieran mas adelante, se detuvo cerca de un rio cuya rápida corriente huía hácia el Norte.

Allí en el fondo de una ancha cueva, detras de grandes yerbas pendientes de un matorral que ocultaba la orilla habia amarrada una piragua cubierta de una especie de toldo de ramas.

El emganga bajó á ella con la señora Weldon y su niño; empujó la embarcación, que fué arrastrada rápidamente por la corriente, y entonces con voz clara dijo:

—Mi capitán, presento á usted á la señora Weldon y á Juanito. En marcha, y que todas las nubes del cielo revienten ahora sobre esos dioses de Kazonde.

## CAPITULO XVII.

## Á LA DERIVA

El que hablaba así era Hércules con sus atavíos de mago, y la persona á quien se dirigía era Dick Sand, bastante débil todavía y que se apoyaba en el primo Benedicto, cerca del cual estaba tendido Dingo.

La señora Weldon, que habia recobrado el conocimiento, no pudo pronunciar mas que estas palabras:

—¡Tú, Dick! ¡Eres tú!

El jóven aprendiz se levantó, pero ya la señora Weldon le estrechaba en sus brazos y Juanito le prodigaba sus caricias.

—Mi amigo Dick, mi amigo Dick, repetía el niño. Despues, volviéndose hácia Hércules, añadió:

—¡Y yo que no te habia conocido!

—Hem, qué disfraz, respondió Hércules frotándose el pecho para borrar las figuras que en él se habia pintado.

—Estabas demasiado feo, dijo Juanito.

—Como que era el diablo y el diablo no es bonito.

—¡Hércules! dijo la señora Weldon tendiendo la mano al honrado negro.

—Ha salvado, á ustedes añadió Dick Sand, como me ha salvado á mí, aunque no quiere convenir en ello.

—¡Salvado! ¡salvado! todavía no estamos en salvo, respondió Hércules; y por otra parte, sin el señor Benedicto que vino á decirme donde estaban la señora Weldon y su niño, no hubiéramos podido hacer nada.

Hércules, en efecto, era el que cinco dias antes habia saltado sobre el naturalista en el momento en que este, alejado á dos millas de la factoría, corria en persecucion de su preciosa manticora. Sin este incidente, ni Dick Sand ni el negro hubieran sabido dónde estaba la señora Weldon, y Hércules no hubiera podido aventurarse hasta Kazonde disfrazado de mago.

Mientras la barca derivaba por la corriente con rapidez en aquella parte angosta del rio, Hércules contó lo que habia pasado desde su fuga en el campamento del Coanza. Dijo que habia seguido sin dejarse ver la Kitanda donde iban la señora Weldon y su hijo; que habia encontrado á Dingo herido; que ambos habian llegado á las inmediaciones de Kazonde; que habia escrito un billete á Dick-Sand enviándole con el perro para advertirle la direccion que llevaba la señora Weldon; que despues del encuentro inesperado con el primo Benedicto habia tratado en vano de penetrar en la factoría custodiada mas severamente que nunca y que al fin habia hallado aquella ocasion de arrancar sus prisioneros de manos del horrible José Antonio Alves. Esta ocasion se le habia ofrecido en aquel mismo dia. Un emganga que viajaba para sus asuntos de hechicería, el mismo célebre mago á quien tan impacientemente esperaban en Kazonde, llegó á pasar por aquel bosque en el cual Hércules todas las noches se aventuraba espiando y dispuesto á todo. Saltar sobre el emganga, despojarle de sus atavíos de mago, atarle al pie de un árbol con lianas tales que los mismos Davempont no hubieran podido desatar; pintarse el cuerpo tomando al hechicero por modelo y desempeñar su papel de exorcista de lluvias, todo esto habia sido asunto de pocas horas; pero era necesaria la increíble credulidad de los indígenas para poderles enganar de aquel modo.

En aquella relacion hecha rápidamente por Hércules no se habia tratado de Dick Sand.

—¡Y tú, Dick? preguntó la señora Weldon.

—Yo, señora Weldon, respondió el jóven aprendiz, no puedo decir á usted nada. Mi último pensamiento fue para usted y para Juanito... En vano quise

romper las ligaduras que me ataban al poste... El agua pasó por encima de mi cabeza y perdí el conocimiento... Cuando volví en mí, una pequeña cueva formada entre los papiros de esta orilla me servia de abrigo y Hércules de rodillas me prodigaba sus cuidados.

—Sin duda pues que soy médico, respondió Hércules; y adivino y mago.

—Hércules, preguntó la señora Weldon, ¿dime, cómo pudiste salvar á Dick Sand?

—No fui yo, señora Weldon, respondió Hércules; la corriente rompió el poste á que estaba atado nuestro capitan y en medio de la noche pude arrastrarle hasta donde yo le recogí medio muerto. Tampoco era difícil en la oscuridad esconderse entre las víctimas que tapizaban la fosa, oír la rotura del dique, nadar entre dos aguas, y con un poco de vigor arrancar el poste y al capitan puesto allí por aquellos tunantes. Esto nada tiene de extraordinario; cualquiera hubiera hecho otro tanto, el mismo señor Benedicto á Dingo. Y en suma, ¿por qué no podia haberlo hecho Dingo?...

Se oyó entonces un pequeño ladrido y Juanito tomando la gruesa cabeza del perro, le dió unas cuantas palmaditas de amistad.

Despues preguntó.

—¡Dingo, eres tú el que ha salvado á nuestro amigo Dick?

Y al mismo tiempo hizo mover la cabeza al perro de derecha á izquierda.

—Dice que no, Hércules, añadió Juanito. Ya ves que no ha sido él. Dingo, ¿es Hércules el que lo ha salvado?

Y el niño obligó á Dingo á mover la cabeza cinco ó seis veces de alto á abajo.

—Dice que sí, Hércules; dice que sí; ya ves que has sido tú.

—Amigo Dingo, respondió Hércules acariciando al perro, haces muy mal porque me habias prometido no descubrirme.

Sí, era Hércules el que habia aventurado su vida por salvar la de Dick Sand. Pero su modestia no le permitia convenir en ello y por lo demás encontraba el hecho demasiado sencillo y repetía que ninguno de sus compañeros hubiera vacilado en hacer lo mismo que él en tales circunstancias.

Esto hizo girar la conversacion acerca del viejo Tom, de su hijo, de Acteon y de Austin sus antiguos y desgraciados compañeros.

Habian marchado para la region de los lagos. Hércules les habia visto pasar con la caravana de esclavos y les habia seguido pero sin encontrar ocasion ninguna de poder comunicar con ellos. Sin duda se habian perdido para siempre.

Y á la risa franca de Hércules sucedieron entonces gruesas lágrimas que no trató de contener.

—No flores amigo mio, le dijo la señora Weldon; quién sabe si Dios nos hará el favor de que les volvamos á ver un dia.

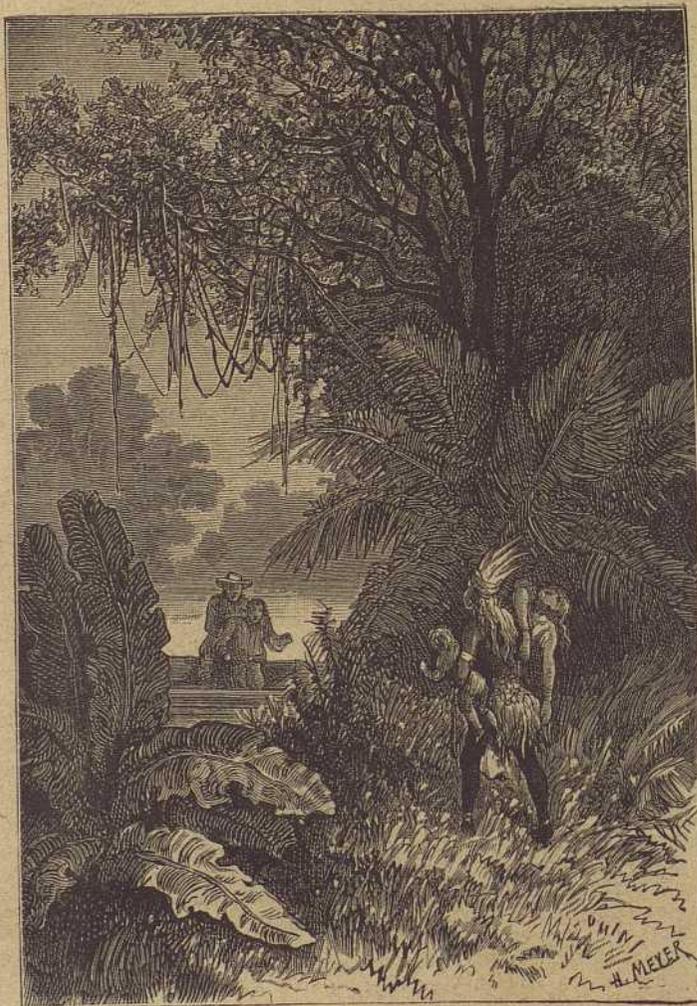
En pocas palabras la señora Weldon puso á Dick Sand al corriente de todo lo que habia pasado durante su estancia en la factoría.

—Quizá, añadió, hubiera valido mas permanecer en Kazonde.

—Qué torpe soy, exclamó Hércules.

—No, Hércules, no, respondió Dick Sand, esos miserables habrian encontrado medio de atraer al señor Weldon á algun lazo. Huyamos todos juntos y sin tardanza. Llegaremos á la costa antes que Negro esté de vuelta en Mosamedes; allí las autoridades portuguesas nos darán ayuda y proteccion y cuando Alves se presente para recibir los cien mil duros....

—Daremos cien palos sobre el-cráneo de ese viejo tuno, exclamó Hércules, y yo me encargo de arreglarle la cuenta.



—Mi capitán, presento á usted á la señora Weldon y á Juanito.

Sin embargo, esto era una complicación, aunque la señora Weldon no podía evidentemente pensar en volver á Kazonde. Era preciso ponerse bajo la protección portuguesa antes de que llegase Negoro y todos los proyectos de Dick Sand debían tender á este objeto.

Había puesto en ejecución al fin el plan que desde largo tiempo había imaginado de dirigirse al litoral, utilizando la corriente de un río cualquiera. El río estaba allí; su dirección le llevaba hacia el Norte y era posible que desembocase en el Zaira, y en tal caso, en vez de llegar á San Pablo de Loanda, llegarían á la desembocadura de aquel gran río. Poco importaba sin embargo pues que no les faltarian auxilios en aquellas colonias de la Guinea inferior.

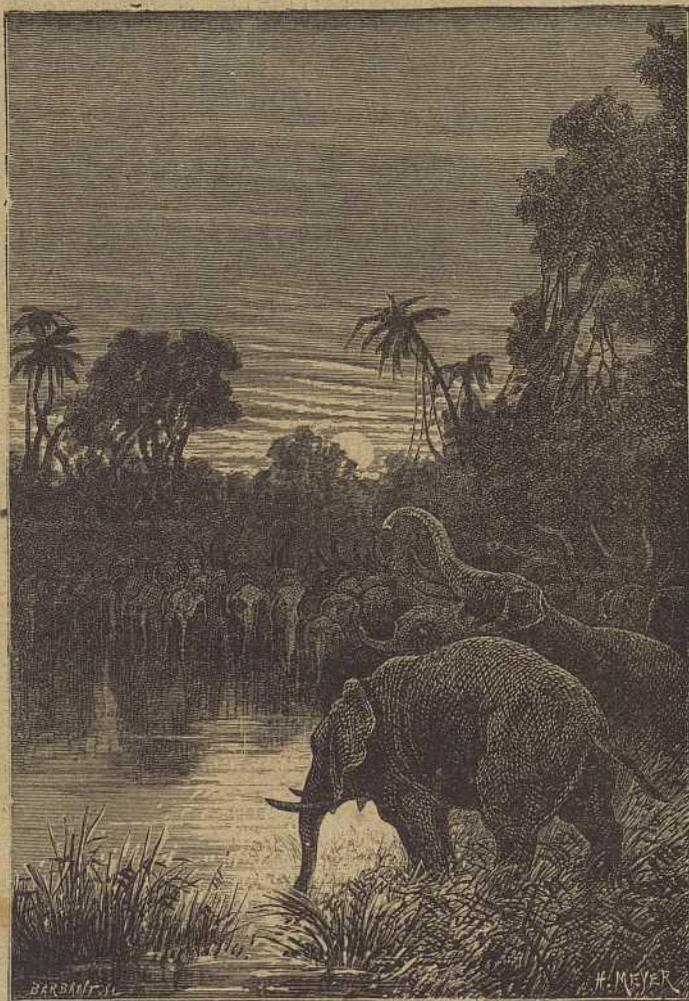
El primer pensamiento de Dick Sand, decidido á bajar por la corriente de aquel río, había sido apoderarse de una de las balsas de yerbas, especie de islotes flotantes (1) que derivan en gran número por la superficie de los ríos africanos.

(1) Cameron habla de estos islotes flotantes.

Pero Hércules, vagando durante la noche por la orilla, había tenido la fortuna de hallar una embarcación que derivaba por la corriente. Dick Sand no hubiera podido desear una mejor y la casualidad le había servido á medida de sus deseos.

En efecto, no era una de esas estrechas barcas de que hacen uso más ordinariamente los indígenas; era una piragua de más de treinta pies de larga y cuatro de ancha, de esas que se usan en los grandes lagos y que hacen caminar rápidamente gran número de remeros. La señora Weldon y sus compañeros podrían instalarse en ella á sus anchas y bastaría una espadilla para mantenerla en la dirección de la corriente del río.

Al principio, Dick Sand, queriendo pasar sin ser visto, había formado el proyecto de viajar solo de noche; pero de este modo el viaje se alargaba en un doble. Por fortuna le ocurrió la idea cubrir la piragua con un toldo de grandes yerbas sostenido por un poste colocado desde popa á proa y que inclinado sobre las aguas, ocultaba hasta la larga espadilla dando á la piragua el aspecto de un montón de yerba que



Eran varios centenares de elefantes que acudían á satisfacer su sed.

seguía la corriente entre sus movientes islotes. Tal era la ingeniosa disposición de aquel toldo que las aves mismas se equivocaban y viendo en él grano que picar, venían á posarse frecuentemente en él. Gaviotas de pico rojo, *arrhingas* de plumaje negro y alciones grises y blancos.

Además aquel techo verde formaba un abrigo contra los ardores del sol y un viaje ejecutado en tales condiciones, podía no ser fatigoso si bien no dejaba de presentar algún peligro.

En efecto, debiendo ser largo el trayecto, sería necesario proporcionarse el alimento de cada día, cazando por las orillas si la pesca no era suficiente, y Dick Sand no tenía más arma de fuego que el fusil que llevaba Hércules después del ataque del hormiguero. Con este pensaba no perder un tiro y quizá al paso desde la embarcación apuntar con más seguridad como al través de los resquicios de una cabaña.

La piragua iba impulsada por la corriente y Dick Sand calculaba que no andaría menos de dos millas por hora. Esperaba pues hacer unas cincuenta millas

en veinticuatro horas; pero á causa de la misma rapidez de aquella corriente, era preciso estar en continua vigilancia para evitar los obstáculos, las rocas, los troncos de árboles y los bajos del río. Además era de temer que la corriente se convirtiese en cascada ó en cataratas, lo que sucede frecuentemente en los ríos africanos.

Dick Sand, á quien la alegría de haber vuelto á ver á la señora Weldon y á su niño, había hecho recobrar las fuerzas, se había situado en la proa de la piragua. Al través de las largas yerbas, su mirada observaba el curso del río, y ya con la voz ya con el gesto, indicaba á Hércules, cuya vigorosa mano empuñaba la espadilla, lo que había que hacer para mantener la piragua en buena dirección.

La señora Weldon, recostada en el centro en una litera de hojas secas, iba absorta en sus pensamientos; el primo Benedicto, taciturno, frunciendo el ceño á la vista de Hércules, á quien no perdonaba su intervención en el asunto de la manticora, pensando en su colección perdida, en sus notas entomológicas, cuyo valor no apreciarían los indígenas de Kazonde,

llevaba las piernas tendidas, los brazos cruzados sobre el pecho y á veces hacia el ademan instintivo de levantar sobre su frente los anteojos que ya no llevaba sobre la nariz. En cuanto á Juanito, habia comprendido que era preciso guardar silencio, pero como el moverse no estaba prohibido, imitaba á su amigo Dingo y corría á cuatro pies de un lado á otro de la embarcacion.

Durante los dos primeros dias, el alimento de la señora Weldon y de sus compañeros, le proporcionaron las reservas que Hércules habia podido obtener antes de su partida. Dick Sand no se detuvo sino algunas horas de la noche para tomar un poco de descanso; pero no desembarcó no queriendo hacerlo sino cuando la necesidad de renovar las provisiones le obligase á ello.

Ningun incidente marcó aquel principio de viaje por el rio desconocido que por término medio no media mas de ciento cincuenta pies de anchura. Varios islotes de yerba seguian la corriente y marchaban con la misma velocidad que la embarcacion. No habia pues temor de abordarlos si ningun obstáculo les detenía.

Las orillas parecían además desiertas; evidentemente aquella parte del territorio de Kazonde era poco frecuentada de los indígenas.

A uno y otro lado crecían con profusion muchas plantas silvestres que adornaban las orillas de los mas vivos colores. Eran adespías, azucenas, clematidas, balsaminas, umbelíferas, aloes, elechos arborescentes, arbustos odoríferos que formaban un feston de incomparable esplendor. Algunas veces el bosque llegaba hasta la misma orilla de las aguas rápidas: árboles de copaiba; acacias de hojas duras; *bahuinias* de madera de hierro, cuyo tronco habia estado revestido de líquenes hácia el lado expuesto á los vientos mas frios; higueras que se levantaban sobre ramas, dispuestas en forma de estacas como manglares; y otros árboles de magnífica vista, se inclinaban sobre las aguas. Sus altas ramas se reunían á cien pies de altura y formaban una galería que los rayos solares no podían penetrar y con frecuencia tambien arrojaban un puente de lianas de una orilla á otra.

El dia 27, Juanito, no sin grande admiracion, vió una banda de monos atravesar una de estas pasaderas vegetales, asidos de las colas para el caso de que el puente se rompiera bajo su peso.

Estos monos, de la especie pequeña de los chimpanzoes que ha recibido el nombre de *sokos* en el Africa central, son ejemplares bastante feos de la raza mona y tienen la frente baja, la cara de un color amarilló claro y las orejas situadas á bastante elevacion. Viven en bandadas de diez ó doce, ladran como los perros de caza y son temidos de los indígenas á los cuales roban algunas veces los niños para arañarlos ó morderlos. Al pasar el puente de lianas no sospechaban que bajo aquel monton de yerba arastrado por la corriente, iba precisamente un niño que hubiera podido formar su distraccion. El aparato imaginado por Dick Sand estaba pues perfectamente dispuesto, porque aquellos animales perspicaces no habian sospechado la verdad.

Veinte millas mas lejos, aquel mismo dia la embarcacion se vió detenida repentinamente en su marcha.

—¿Qué hay? preguntó Hércules que llevaba la espadilla.

—Un dique, respondió Dick Sand; pero un dique natural.

—¿Hay que romperle, señor Dick?

—Sí, Hércules, y á hachazos. Varios islotes han derivado sobre él y ha resistido.

—Manos á la obra mi capitán, respondió Hércules pasando á proa de la piragua.

El dique estaba formado por el enlace de esa yerba tenaz de hojas lustradas que se teje por sí misma apretándose y haciéndose muy resistente. La llaman en el país *tikatika* y permite atravesar corrientes de agua á pie enjuto al que no teme hundirse una docena de pulgadas en su delantal herbáceo. Magníficas ramificaciones de loto cubrian la superficie de aquella presa.

Empezaba á oscurecer y así Hércules pudo sin grande imprudencia salir de la embarcacion, manejando tan diestramente el hacha que dos horas despues el dique habia cedido y la corriente replegada sobre las orillas sus dos mitades rotas proporcionando paso á la piragua.

Sentimos tener que decir que el primo Benedicto tuvo por un instante la esperanza de que se detendrían allí. Semejante viaje parecia á aquel niño grande demasiado fastidioso, y echaba de menos la factoría de José Antonio Alves y la cabaña donde se habia quedado su preciosa caja de entomologista. Su dolor era verdadero y el pobre hombre causaba lástima á los que le miraban. Ni un insecto, ni uno solo que poder recoger.

Su júbilo, por consiguiente, fue indecible cuando Hércules, que despues de todo era su discípulo, le llevó un horrible insecto que acababa de recoger en una hoja de aquella *tikatika*. Y, cosa singular; el buen negro parecia un poco confuso al ofrecerle aquel regalo.

¡Pero qué exclamacion lanzó el primo Benedicto cuando aproximando lo mas cerca posible á sus ojos de miope aquel insecto que tenia entre el índice y el pulgar! ¡Cuánto sintió entonces la falta de sus lentes y de sus anteojos!

—¡Hércules! exclamó; ¡Hércules! ¡Ah! este hallazgo me hace que te lo perdona todo. Prima Weldon, Dick. Un exápodó único en su género y de origen africano. Este á lo menos no me le disputarán y no se separará de mí mientras yo viva.

—¿Tan precioso es? preguntó la señora Weldon.

—Precioso, exclamó el primo Benedicto; vaya si lo es: un insecto que no es ni coleóptero, ni neuróptero, ni himenóptero, que no pertenece á ninguno de los diez órdenes conocidos por los naturalistas y que podría clasificarse en la segunda seccion de los arácnidos. Una especie de araña que seria araña si tuviese ocho patas y que, sin embargo, es un exápodó porque no tiene mas que seis. ¡Ah! amigos míos, el cielo me debia en recompensa de mis trabajos enviar este momento de júbilo; al fin daré mi nombre á un descubrimiento cientifico. Este insecto se llamará: *el exapodus Benedictus*.

El entusiasta naturalista estaba tan satisfecho y olvidaba hasta tal punto los trabajos pasados entregándose á su ciencia favorita, que ni la señora Weldon, ni Dick Sand tuvieron valor para negarle sus felicitaciones.

Entre tanto la piragua seguía la corriente oscura del rio. El silencio de la noche no era turbado sino por el ruido de las escamas de los cocodrilos ó el ronquido de los hipopótamos que se movían sobre las orillas.

Despues al través de la cortina de yerbas la luna apareciendo detrás de las ramas de los árboles, proyectó sus suaves resplandores sobre al interior de la embarcacion.

De repente en la orilla derecha se oyó un clamor lejano y despues un ruido sordo como si algunas bombas gigantescas hubiesen funcionado en la oscuridad.

Eran varios centenares de elefantes que hartos de raíces leñosas devoradas durante el dia acudían á satisfacer su sed antes de retirarse á descansar. Verdaderamente hubiera podido creerse que todas aquellas trompas, bajándose y levantándose con un movimiento automático, iban á dejar en seco el rio.

## CAPITULO XVIII.

## DIVERSOS INCIDENTES.

Durante ocho dias la embarcacion derivó á impulso de la corriente en las condiciones que hemos referido sin que ningun incidente de importancia ocurriese. El rio, por espacio de muchas millas, bañaba las lindes de magníficos bosques; despues el país despojado de aquellos hermosos árboles presentaba espesos matorrales que se extendian hasta los últimos límites del horizonte.

Sino habia indígenas en aquella comarca, de los cuales Dick Sand no pensaba en ocuparse, habia animales en abundancia. Eran cebras que jugueteaban en las orillas, gacelas, *caamas*, otra especie de antílopes muy graciosos que desaparecian con la noche, reemplazados por los leopardos cuyos aullidos se oian y hasta por los leones que saltaban entre las altas yerbas. Hasta entonces los fugitivos no habian tenido que sufrir ningun ataque de aquellos feroces carnívoros, ni de los del bosque, ni de los del rio.

Todos los dias, ordinariamente á las doce de la mañana, Dick Sand se acercaba á una ó otra orilla desembarcaba y exploraba las inmediaciones.

Era preciso en efecto renovar el alimento diario en aquel país privado de todo cultivo, no podia contarse ni con el manioc, ni con el sorgo, ni con el maíz, frutos que forman la alimentacion vegetal de las tribus indígenas. Estos vegetales no crecian allí sino en estado silvestre y no se podian comer. Por tanto Dick Sand se veia obligado á cazar, aunque la detonacion de su fusil podia atraerle algun mal encuentro.

Despues de encender lumbre frotando un alito contra otro de higuera silvestre á la manera indígena y aun á la manera de los monos, porque se asegura que ciertos gorilas se proporcionan fuego de esta suerte. Luego se cocia para muchos dias la carne de ciervo ó de antílope. En la mañana del 4 de julio Dick Sand llegó á matar de un balazo un *poku* que le proporcionó una buena reserva de carne de venado. Era un animal de cinco pies de largo, con grandes cuernos guarnecidos de anillos, de piel amarillo roja llena de puntos brillantes, de vientre blanco y cuya carne los viajeros encontraron excelente.

Resultó, pues, que contando con los desembarcos casi cotidianos y con las horas de descanso que era preciso tomar durante la noche, el 8 de julio, segun los cálculos de Dick Sand, no habian andado mas que cien millas.

Esto era ya bastante, sin embargo, y Dick Sand se preguntaba hasta dónde le llevaria aquel rio interminable cuyo curso todavía no habia recibido sino pequeños tributarios y que no se ensanchaba sensiblemente. En cuanto á su direccion general despues de haber seguido por largo tiempo la línea del norte, se inclinaba entonces hácia el Noroeste.

En todo caso el rio suministraba tambien su parte de alimentacion. Largas lianas armadas de espinas á guisa de anzuelo servian para pescar algunas de esas *sanyikas* de gusto muy delicado, que escabechadas se trasportan fácilmente á toda region; varios *usakas*, peces bastante estimados; varios *mondos* de grandes cabezas, cuyas encias tienen por dientes crines de cepillo; pequeños *dagalas* amigos de las aguas corrientes que pertenecen al género *clupea* y que se parecen por su gusto á las anchoas del Támesis.

El dia 9 de julio Dick Sand tuvo que dar muestras de una gran serenidad. Estaba solo en tierra acechando á un caama cuyos cuernos se mostraban por cima de un matorral y acababa de tirarle, cuando saltó á treinta pasos un formidable cazador que

sin duda iba á reclamar su presa y no estaba de humor de abandonarla.

Era un leon de gran tamaño, de esos á los cuales los indígenas llaman *karamos*, y no de esa especie sin melena llamada *leon de Nasi*; medía cinco pies de altura; era un animal formidable.

Del salto que habia dado, cayó sobre el caama, que habia caido en tierra á impulso de la bala de Dick Sand, y que, lleno de vida, pa pitaba bramando bajo las garras del terrible animal.

Dick Sand, desarmado, no habia tenido tiempo de meter otro cartucho en su fusil.

Desde el principio, el leon le habia visto; pero se contentó con mirarle.

Dick Sand fue bastante dueño de sí mismo para no hacer un movimiento. Recordó que en tales circunstancias la inmovilidad podia ser la salvacion y no intentó ni siquiera volver á cargar su arma.

El leon continuaba mirándole con sus ojos de gato rojos y luminosos. Buscaba entre dos presas la que se removía y la que estaba inmóvil. Si el caama no se hubiera retorcido bajo la garra del leon, Dick Sand se hubiera perdido.

Así transcurrieron dos minutos. El leon miraba á Dick Sand y Dick Sand al leon sin pestañear siquiera.

Al cabo de los dos minutos, el leon abrió la boca; se lanzó sobre el caama todo palpitante, se le llevó como hubiera llevado un perro á una liebre, y sacudiendo los arbustos con su formidable cola, desapareció entre la espesura de las grandes matas.

Dick Sand permaneció inmóvil todavía algunos instantes y despues se alejó para reunirse con sus compañeros, á quienes nada dijo del peligro de que le habia librado su serenidad. Pero si en vez de seguir por la corriente del rio los fugitivos, hubieran tenido que pasar por las llanuras y los bosques frecuentados por semejantes fieras, quizá no viviria ya ninguno de los naufragos del *Pilgrim*.

Sin embargo, si el país estaba inhabitado entonces, no siempre lo habia estado. Mas de una vez en ciertas depresiones del terreno, se habian podido encontrar vestigios de antiguas poblaciones que no habrian engañado á un viajero habituado á recorrer aquellas regiones como lo hizo Liwingstone. Al ver las altas empalizadas de euforbias que han sobrevivido á las chozas de ramas y al ver la higuera sagrada que se levanta aislada en medio del recinto, hubiera afirmado que en aquellos sitios habia estado una poblacion. Pero segun el uso de los indígenas, la muerte de un jefe habia bastado para obligar á los habitantes á abandonar su residencia y trasladarla á otro punto del territorio.

Quizá tambien en aquel país atravesado por el rio habia tribus que vivian bajo tierra como en otras partes de Africa. Estos salvajes que estaban en el grado ínfimo de la humanidad, no salen mas que de noche de sus cuevas como los animales de las suyas, y hubiera sido tan temible encontrar á los unos como á los otros.

Por lo demás, Dick Sand no tenia la menor duda de que aquel era país de antropófagos. Tres ó cuatro veces en algun claro del bosque entre cenizas todavía calientes, habia encontrado huesos humanos medio calcinados, restos de algun horrible banquete. Ahora bien; cualquiera funesta casualidad podria llevar á la orilla del rio á esos canibales del alto Kazonde en el momento en que Dick Sand desembarcase y por lo mismo pensaba no detenerse sino á impulso de una gran necesidad y no sin haber hecho prometer á Hércules que á la menor señal de peligro se alejaria con la embarcacion. El valiente negro lo habia prometido, pero cuando Dick Sand ponía el pie en la orilla, le costaba gran trabajo ocultar su mortal inquietud á la señora Weldon.

Durante la noche del 10 de julio, fue preciso redoblar la prudencia. A la derecha del río se veía una aldea de habitaciones lacustres. El ensanche del cauce, había formado allí una especie de lago cuyas aguas bañaban unas treinta cabañas edificadas sobre estacas. La corriente del río no entraba bajo aquellas cabañas y la embarcación debía seguirla, porque hacia la izquierda el río sembrado de rocas no era practicable.

Ahora bien; la aldea estaba habitada: algunas luces brillaban por cima de las chozas y se oían voces que casi podían confundirse con rugidos. Si por desgracia, como sucedía frecuentemente, se habían tendido redes entre las estacas, podría darse la alarma en la población mientras la piragua trataba de forzar el paso. Dick Sand, sentado en la proa y bajando la voz, daba sus órdenes para evitar todo choque contra aquellas estacas carcomidas. La noche era clara y se veía bastante para dirigir el rumbo y bastante también para ser vistos.

Hubo un terrible instante. Dos indígenas que hablaban en voz alta, estaban sentados á la orilla del agua sobre una estacada entre cuyas estacas entraba la corriente y debía entrar la embarcación. No podía modificarse la dirección de la piragua al través de aquel paso tan estrecho. ¿La verían? ¿Despertarían con sus gritos á toda la población?

No quedaba que recorrer mas que un espacio de unos cien pies, cuando Dick Sand oyó á los dos indígenas hablar con mas calor. El uno señalaba al otro el monton de yerbas que derivaba y que amenazaba romper las redes de lianas que estaban tendiendo en aquel momento.

Así, apresurándose á recogerlas, llamaron á otros para que fuesen á ayudarles.

Otros cinco ó seis negros bajaron á lo largo de las estacas y situándose en las vigas transversales que las unían, comenzaron á gritar sin que Dick Sand pudiera saber lo que decían.

En la piragua, por el contrario, había un silencio absoluto, no interrumpido sino por las órdenes que daba Dick Sand en voz baja. La inmovilidad era completa á escepcion del movimiento de vaiven del brazo de Hércules que manejaba la espadilla. A veces se oía un gruñido sordo de Dingo, cuyas mandíbulas comprimía Juanito con sus manitas; y en lo exterior el murmullo de la corriente que se rompía sobre las estacas y los gritos feroces de los caníbales.

Estos, entre tanto, recogían con presteza sus redes. Si las levantaban á tiempo, la embarcación pasaría, si no, se enredaría en ellas y los tripulantes eran perdidos. En cuanto á modificar ó suspender la marcha, era tanto menos posible cuanto que la corriente, mas fuerte entre las estacas, arrastraba la embarcación rápidamente.

Al cabo de medio minuto la piragua entró en el sitio terrible. Afortunadamente el último esfuerzo de los indígenas había conseguido retirar las redes.

Pero al pasar, según lo había temido Dick Sand, la embarcación fue despojada de una parte de las yerbas que flotaban sobre su costado derecho.

Uno de los indígenas lanzó un grito. ¿Había tenido tiempo de observar lo que ocultaba la yerba y espiaba y advertía á sus compañeros?... Era mas que probable.

Dick Sand y los suyos estaban ya fuera del alcance de los indígenas y en pocos instantes, siguiendo la corriente transformada en una especie de torrente impetuoso, habían perdido de vista la aldea lacustre.

—¡A la orilla izquierda!, gritó Dick Sand guiado por su prudencia. El lecho del río se ha vuelto practicable.

—A la orilla izquierda, respondió Hércules dando un vigoroso impulso á la espadilla.

Dick Sand fue á situarse á su lado y observó la superficie de las aguas, iluminadas vivamente por la luna. Nada vió que le pareciera sospechoso; ni una sola piragua se había puesto en su persecución. Quizá aquellos salvajes no las tenían, y cuando amaneció ningún indígena se veía en el río ni en las orillas. Sin embargo, para mayor precaución la piragua continuó costeano la orilla izquierda.

En los cuatro días siguientes, del 11 al 14 de julio, la señora Weldon y sus compañeros observaron que aquella parte del territorio se había modificado sensiblemente. No era ya un país desierto, sino el desierto mismo, y hubiera podido compararse con aquel Kalahari explorado por Livingstone durante su primer viaje. El suelo árido no se parecía en nada á las fértiles campiñas del país alto.

El río continuaba su curso interminable y parecía que no debía desembocar sino en el mismo Atlántico.

La cuestión de subsistencia en aquel árido país se hizo difícil de resolver. No quedaba ya nada de las provisiones anteriores; la pesca daba poco de sí; la caza, absolutamente nada. Ni ciervos, ni antílopes, ni pokus, ni ningún animal, hubieran encontrado de qué vivir en aquel desierto, y con ellos habían desaparecido también las fieras.

Por la noche no resonaban ya sus acostumbrados rugidos, y lo que turbaba únicamente el silencio eran esos conciertos de ranas que Cameron compara con el ruido de los calafates que calafatean, de los herreros que trabajan con el martillo, ó de los que usan las barrenas en un arsenal de construcciones navales. La campiña en las dos orillas era llana y estaba despoblada de árboles hasta las colinas lejanas que la limitaban al Este y al Oeste. Solamente crecían con profusión euforbias, no de esas que producen el cazave ó harina de manioc, sino de esas otras de las cuales no se saca mas que un aceite que no puede servir para la alimentación.

Era preciso, sin embargo, hallar provisiones y Dick Sand no sabía como encontrarlas, cuando Hércules le recordó muy oportunamente que los indígenas comían los tiernos retoños de los helechos y la médula contenida en el tallo del papiro. El mismo mientras al través de los bosques seguía la caravana de Ibn-Hamis había acudido mas de una vez á este expediente para apaciguar su hambre. Por fortuna los helechos y los papiros abundaban á lo largo de las orillas del río y la médula del papiro cuyo sabor es azucarado, fue apreciada por todos y especialmente por Juanito.

Sin embargo, este alimento era poco nutritivo, y si no hubiera sido por el primo Benedicto no hubieran podido comer mejor al día siguiente.

Benedicto, desde el descubrimiento del exápodo que debía inmortalizar su nombre, había recobrado su animación. Despues de haber puesto el insecto en lugar seguro, es decir, picado en el forro de su sombrero, salía en busca de nuevas riquezas en las horas del desembarco. Aquel día, registrando entre las altas yerbas, hizo levantar un ave cuya cola llamó su atención.

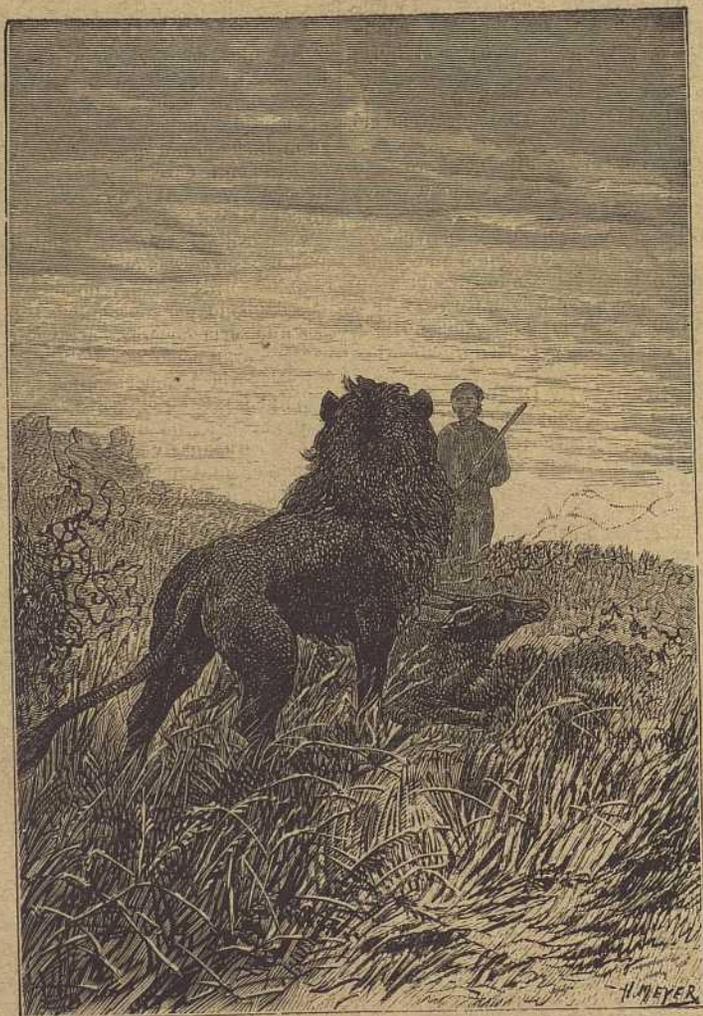
Dick Sand iba á tirar, cuando el primo Benedicto exclamó:

—No tire usted, Dick, no tire usted. Un ave para cinco personas sería insuficiente.

—Será bastante para Juanito, respondió Dick Sand apuntando segunda vez al ave que no se apresuraba á volar.

—No, no, respondió el primo Benedicto. No tire usted. Es un indicador y va á proporcionarnos miel en abundancia.

Dick Sand bajó su fusil calculando que algunas libras de miel valían mas que un ave, é inmediatamente el primo Benedicto y él siguieron al indicador



El leon miraba á Dick-Sand y Dick-Sand al leon sin pestaficar...

que, posándose y volando alternativamente, parecia que les instaba á acompañarle.

No tuvieron que ir muy lejos, y pocos minutos despues aparecieron, en medio de intenso zumbido de abejas, varios troncos viejos ocultos entre las euforbias.

El primo Benedicto quizá no hubiera querido despojar á aquellos industriosos himenópteros del *fruto de su trabajo* segun decia; pero Dick Sand no discurria de este modo, y con algunas yerbas secas hizo humo dirigiéndole hacia las abejas y se apoderaron de una cantidad considerable de miel. Despues abandonando al indicador los panes de cera que formaban su parte de producto, volvieron él y el primo Benedicto á la embarcacion.

La miel fue bien recibida, pero hubiera sido poco en suma, y todos habrian padecido cruelmente á causa del hambre si el dia 12 la piragua no se hubiera detenido en una ensenada donde pululaban enjambres de langostas cubriendo el suelo y los arbustos, por millones, en dos ó tres capas.

El primo Benedicto no dejó de hacer la observa-

cion de que los indigenas se alimentan con frecuencia de estos hortópteros, lo cual era perfectamente exacto, y por consiguiente se hizo gran provision de aquel maná. Habia con qué cargar diez embarcaciones como la piragua, y tostadas á un fuego manso aquellas langostas comestibles, hubieran parecido escelentes aun á personas menos hambrientas.

El primo Benedicto, por su parte, comió gran cantidad; no dejó de costarle algunos suspiros aquel acto, pero al fin comió.

Sin embargo, ya era tiempo de que tuviese fin aquella larga série de pruebas morales y fisicas. Aunque la bajada por aquella rápida corriente no fuera peligrosa como lo habia sido la marcha por los primeros bosques del litoral, el calor excesivo del dia, la humedad de la noche, los ataques incesantes de los mosquitos, todo hacia muy penosa la travesia. Si el rio hubiera corrido directamente hacia el Oeste ya debian estar en la costa Norte de Angola; pero la direccion general habia sido mas bien hacia el Norte y todavia podian navegar largo tiempo hasta encontrar la costa maritima.

Dick Sand estaba, pues, muy alarmado, cuando observó repentinamente en el río un cambio de dirección, en la mañana del 14 de julio.

Juanito estaba en la proa de la embarcación y miraba entre las ramas que le servían de toldo, cuando observó un gran espacio de agua hacia el horizonte.

—¡El mar! exclamó.

Al oír esta exclamación, Dick Sand se estremeció y acudió al lado de Juanito.

—¡El mar! respondió. No, todavía no, pero á lo menos un río que corre hacia el Oeste y donde vamos á desembocar. Quizá es el Zaira.

—Dios te oiga, Dick, respondió la señora Weldon.

En efecto, si, era el Zaira ó el Congo que debía ser reconocido por Stanley pocos años despues. No habia que hacer mas que bajar por él para llegar á los pueblos portugueses de la embocadura. Dick Sand esperaba que así seria y tenia fundamentos para creerlo.

Durante los dias 15, 16, 17 y 18 atravesando un país menos árido, la embarcación bajó por las aguas argentadas del río. Sin embargo, se tomaron las mismas precauciones y la piragua continuó presentando el aspecto de un monton de yerbas arrastrado por la corriente.

Los náufragos del *Pilgrim* esperaban ya que dentro de pocos dias verían el término de sus trabajos. Entonces se daría á cada uno la parte de gloria que le correspondiera, y si el jóven aprendiz no reivindicaba la mayor, la señora Weldon sabría adjudicársela.

Pero el 18 de julio, durante la noche ocurrió un incidente que debía comprometer la salvación de todos.

Hacia las tres de la mañana se oyó un ruido lejano, muy sordo todavía, hacia el Oeste. Dick Sand, ansioso, quiso saber la causa de aquel ruido y mientras la señora Weldon, Juanito y el primo Benedicto dormían en el centro de la embarcación llamó á Hércules á proa y le recomendó que escuchara con la mayor atención. La noche estaba tranquila, ni un soplo de aire agitaba las capas atmosféricas.

—Es el ruido del mar, dijo Hércules, cuyos ojos brillaron de júbilo.

—No, respondió Dick Sand moviendo la cabeza.

—¿Y entonces que es? preguntó Hércules.

—Aguardemos el día; pero hay que vigilar con el mayor cuidado.

Hércules volvió á popa despues de este diálogo.

Dick Sand quedó á proa escuchando con la mayor atención. El ruido se aumentaba y pronto llegó á ser como un mugido lejano.

Presentose el día casi sin alba. Al frente, río abajo, á una media milla se veía flotar en la atmósfera una nube; pero no eran vapores, y que no lo eran se supo evidentemente cuando los primeros rayos solares se refractaron atravesando aquella nube y desarrollando de una orilla á otra un admirable arco-iris.

—¡A la orilla! exclamó Dick Sand, cuya voz despertó á la señora Weldon. Tenemos una catarata; esas nubes son agua pulverizada. A la orilla, Hércules.

Dick Sand no se engañaba. Mas abajo, á poca distancia, faltaba de repente el lecho del río, y sus aguas se precipitaban desde una altura de mas de cien pies con magestuosa é irresistible impetuosidad. Si la embarcación hubiera seguido á impulso de la corriente media milla mas, hubiera sido arrastrada al abismo.

## CAPITULO XIX.

5. V.

Hércules, dando un empuje vigoroso á la espadilla, se lanzó hácia la orilla izquierda. La corriente, por lo demas, no era muy rápida en aquel paraje, y el lecho del río conservaba hasta llegar á la cascada su inclinación normal. El suelo del río faltaba súbitamente en la cascada y la atracción no se hacia sentir sino á trescientos ó cuatrocientos pies mas arriba de la catarata.

En la orilla izquierda se levantaban grandes bosques muy espesos en los cuales no podia penetrar ni un rayo de sol. Dick Sand no miraba sin terror aquel país habitado por los canibales del Congo inferior, país que seria necesario atravesar, pues que la embarcación no podia ya seguir la corriente. En cuanto á trasladarla á la parte inferior de las cataratas, no podia pensarse en ello. Era, pues, un golpe terrible el que acababa de herir á los infelices que componían la caravana, y esto la víspera que quizá de llegar á las poblaciones portuguesas de la embocadura. Sin embargo, habían hecho todos los esfuerzos posibles; se habían ayudado á sí mismos y el cielo no podia menos que venir en su ayuda.

La barca llegó pronto á la orilla izquierda del río y á medida que se acercaba se observaba que Dingo daba extrañas muestras de impaciencia y de dolor.

Dick Sand que le observaba, pues para él todos eran peligros, se preguntó si acaso entre los altos papiros de la orilla no estaria oculto algun indígena ó escondida alguna fiera.

Pero pronto comprendió que no era un sentimiento de cólera el que agitaba al animal.

—Parece que llora, exclamó Juanito abrazando á Dingo.

Dingo se escapó de los brazos de Juanito y saltando al agua cuando la embarcación estaba á veinte pies de la orilla llegó á tierra y desapareció entre las yerbas.

Ni la señora Weldon, ni Dick Sand, ni Hércules, sabían qué pensar.

Pocos instantes despues llegaron á tierra en medio de una espuma verde de confervas y otras plantas acuáticas. Varios martines-pescadores lanzaron un silbido agudo y pequeños patos blancos como la nieve alzaron inmediatamente el vuelo. Hércules amarró fuertemente la embarcación á un tronco de mangle y todos subieron á la orilla, sobre la cual se inclinaban las ramas de grandes árboles.

No habia en aquel bosque ningun sendero; sin embargo, las yerbas del suelo indicaban que aquel paraje habia sido recientemente visitado por indígenas ó por animales.

Dick Sand con el fusil armado y Hércules con el hacha en la mano no habían andado diez pasos, cuando encontraron á Dingo que nariz en tierra seguía una pista, lanzando de tiempo en tiempo sus ladridos. Un primer presentimiento inesplicable le habia atraído hácia aquella parte de la orilla, y otro presentimiento le llevaba entonces á penetrar en las profundidades del bosque. Esto era visible para todos.

—¡Atencion! dijo Dick Sand; señora Weldon, señor Benedicto, Juanito, vengan ustedes con nosotros. ¡Atencion, Hércules!

En aquel momento Dingo levantaba la cabeza y con saltos de un lado á otro parecia que les invitaba á que le siguieran.

Un instante despues la señora Weldon y sus compañeros llegaban á donde Dingo se habia detenido, es decir, al pie de un viejo sicomoro perdido en lo mas espeso del bosque.

Allí habia una cabaña derruida, delante de la cual Dingo se puso á ladrar lastimeramente.

—¿Quién habrá ahí? exclamó Dick Sand.

Entró en la cabaña.

La señora Weldon y los demás le siguieron.

El suelo estaba cubierto de huesos humanos ya blanqueados bajo la accion decolorante de la atmósfera.

—Un hombre ha muerto en esta cabaña, dijo la señora Weldon.

—Y Dingo conocia sin duda á ese hombre, respondió Dick Sand. Debía de ser indudablemente su amo. ¡Ah! ¡Mire usted!

Y Dick Sand mostraba en el fondo de la cabaña el tronco desnudo del sicomoro.

Allí se veían dos grandes letras rojas casi borradas, pero que todavia podían distinguirse.

Dingo habia puesto su pata derecha sobre el árbol y parecia indicarles...

—S. V., exclamó Dick Sand. Estas son las letras que Dingo ha reconocido entre todas. Estas son las iniciales que lleva en su collar...

No acabó la frase porque bajándose recogió una cajita de cobre completamente oxidada que habia visto en un rincon de la cabaña.

Abierta la caja se encontró un pedazo de papel en el cual Dick Sand leyó estas palabras:

*«Asesinado... robado por mi guia Negro... 3 de diciembre de 1871... aqui... á 120 millas de la costa... ¡Dingo!... ¡Socorro!...»*

S. VERNON.»

Este billete lo decia todo. Samuel Vernon, que con su perro Dingo habia ido á explorar el centro del Africa, habia tomado por guia á Negro. El dinero que llevaba habia escitado la codicia del miserable que resolvió apoderarse de él. El viajero francés al llegar á aquel punto de las orillas del Congo habia establecido su campamento en aquella cabaña, y allí fue mortalmente herido, robado y abandonado... Consumado el crimen Negro tomó sin duda la fuga y entonces fue cuando cayó en manos de los portugueses; y conocido como agente del negrero Alves y conducido á San Pablo de Loanda, fue condenado á terminar sus dias en el presidio de la colonia. Sabido es que logró escaparse, llegar á Nueva Zelanda y embarcarse despues en el *Pilgrim* para desgracia de sus compañeros de pasaje. ¿Pero qué habia sucedido despues del crimen? Nada que no fuera fácil de comprender. El desgraciado Vernon antes de morir habia tenido tiempo de escribir aquel billete que con la fecha y el móvil del asesinato daba el nombre del asesino. Le habia encerrado en la caja donde sin duda se hallaba el dinero robado, y por un último esfuerzo con su dedo ensangrentado habia trazado como un epitafio las iniciales de su nombre... Delante de aquellas dos letras rojas Dingo habia estado sin duda muchos dias y habia aprendido á conocerlas de un modo notable. Despues, de regreso á la costa habia sido recogido por el capitan del *Woldeck* y por último á bordo del *Pilgrim*, donde habia vuelto á encontrarse con Negro. Durante este tiempo los huesos del viajero se habian blanqueado en el fondo de aquel bosque perdido del Africa central y Samuel Vernon ya no vivia mas que en la memoria de su perro. Sí, las cosas debían de haber pasado de este modo, y Dick Sand y Hércules se disponían á dar sepultura cristiana á los restos de Samuel Vernon cuando Dingo, dando un aullido de rabia, se lanzó fuera de la cabaña.

Casi al mismo tiempo se oyeron gritos horribles á corta distancia. Era evidente que un hombre luchaba con el vigoroso animal.

Hércules hizo lo que habia hecho Dingo: se puso

de un salto fuera de la cabaña, y Dick Sand, la señora Weldon, Juanito y Benedicto, siguiendo sus pisadas, le vieron precipitarse sobre un hombre que se revolcaba en tierra, sujeto por la garganta entre los temibles colmillos del perro.

Era Negro.

Este miserable, dirigiéndose á la embocadura del Zaira para embarcarse con direccion á América despues de haber dejado su escolta á cierta distancia, habia acudido al sitio mismo donde habia asesinado al viajero que habia depositado en él su confianza.

Pero no sin motivo habia hecho aquella excursion y todos lo comprendieron al ver algunos puñados de oro francés que brillaban en un agujero recientemente abierto allí al pie de un árbol. Era, pues, evidente que despues del asesinato y antes de caer en manos de los portugueses, el asesino habia escondido el producto del robo con intencion de volver un dia á recogerlo, é iba á apoderarse de todo aquel oro cuando Dingo, descubriendo su pista, saltó á su cuello. El miserable, sorprendido, sacó su puñal é hirió al perro en el momento en que Hércules se arrojaba sobre él gritando:

—¡Ah! tunante, al fin voy á estrangularte.

No era necesario. El portugués no daba señales de vida, herido, por decirlo asi, por la justicia divina, y en el sitio mismo donde habia cometido el crimen. Pero el fiel perro habia recibido un golpe mortal, y arrastrándose hasta la cabaña, fué á morir en el mismo sitio donde habia muerto Samuel Vernon.

Hércules enterró profundamente los restos del viajero y Dingo, llorado de todos, fue puesto en la misma sepultura que su amo.

Negro no existia, pero los indígenas que le acompañaban desde Kazonde no podían estar lejos y echándole de menos era indudable que le buscarían hácia la orilla del rio. Esto era un peligro muy grave.

Dick Sand y la señora Weldon celebraron, pues, consejo sobre lo que convenia hacer sin perder momento.

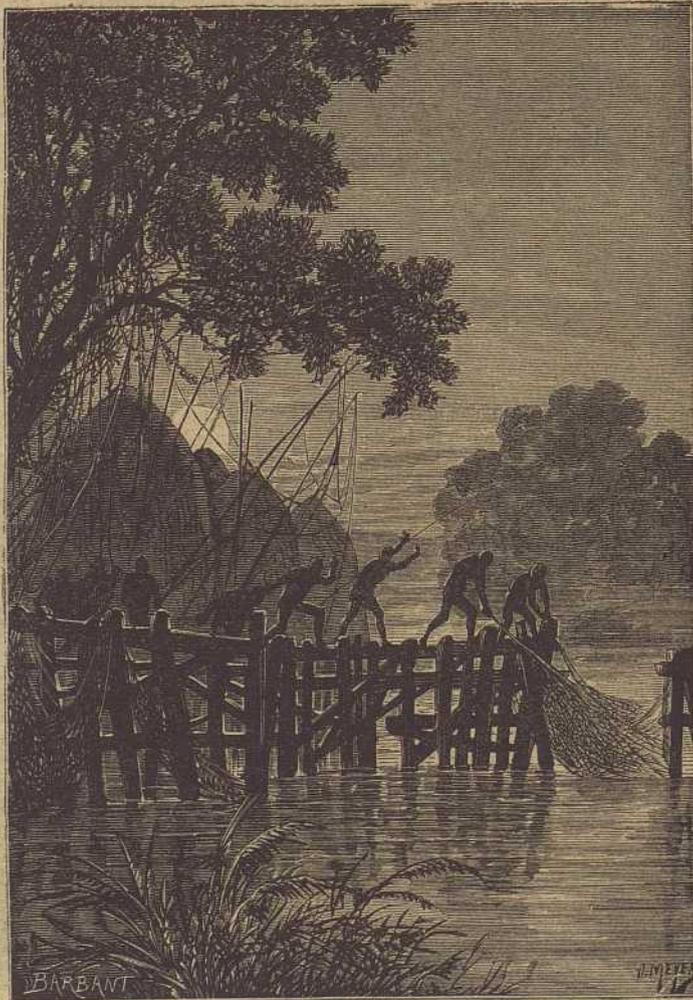
Un hecho averiguado era que aquel rio era el Congo, que los indígenas llaman Koango ó Ykutuya-Kongo, el cual toma el nombre de Zaira en cierta parte de su longitud y de Lualaba en otra. Era sin duda aquella grande arteria del Africa central á la cual los geógrafos debían dar el nombre de Stanley en honor al atrevido periodista americano que cuatro años despues debia reconocer su curso.

Peró si respecto de que fuese el Congo aquel rio no habia duda alguna, el billete del viajero francés mostraba que su embocadura se hallaba todavia á ciento veinte millas de aquel punto y por desgracia en el sitio en que la pequeña caravana se encontraba no era ya practicable. ¡Qué imponentes cascadas! Probablemente las llamadas de Entemo obstruían el paso á toda embarcacion, por lo cual era necesario seguir una ú otra orilla, salvo el construir despues de haber pasado las cataratas ó sea una ó dos millas mas abajo una balsa en la cual dejarse llevar por la corriente.

—Falta, pues, que decidir, dijo resumiendo la cuestión Dick Sand, si bajaremos por la orilla izquierda ó por la derecha. Tan peligrosa me parece la una como la otra y en ambas los indígenas son temibles. Sin embargo, en esta en que estamos me parece corremos mayor riesgo porque tenemos que temer el encuentro de la escolta de Negro.

—Pasemos á la otra orilla, dijo la señora Weldon.

—¿Será practicable? observó Dick Sand. El camino de las bocas del Congo se encuentra mejor en la orilla izquierda, pues que Negro les seguía. No importa, no debemos vacilar; pero antes de atravesar el rio con usted, señora Weldon, necesito saber si podemos bajar por la orilla hasta mas allá de las cataratas.



Los indígenas entre tanto reciben con presteza sus redes...

· Era proceder prudentemente y Dick Sand quiso al instante poner en ejecucion su plan.

El rio en aquella parte no media mas de trescientos á cuatrocientos pies de anchura y era fácil para el jóven aprendiz atravesarle porque estaba acostumbrado á manejar la espadilla. La señora Weldon, Juanito y el primo Benedicto debian quedar en la orilla bajo la custodia de Hércules mientras Dick-Sand volvía.

Tomadas estas disposiciones, iba á embarcarse, cuando la señora Weldon le dijo:

—¿No temes ser arrastrado hasta las cataratas, Dick?

—No, señora Weldon; pasaré á cuatrocientos pies de distancia.

—¿Pero en la otra orilla....?

—No desembarcaré si veo el menor peligro.

—Llévate el fusil.

—Sí, pero no tenga usted ningun cuidado por mí.

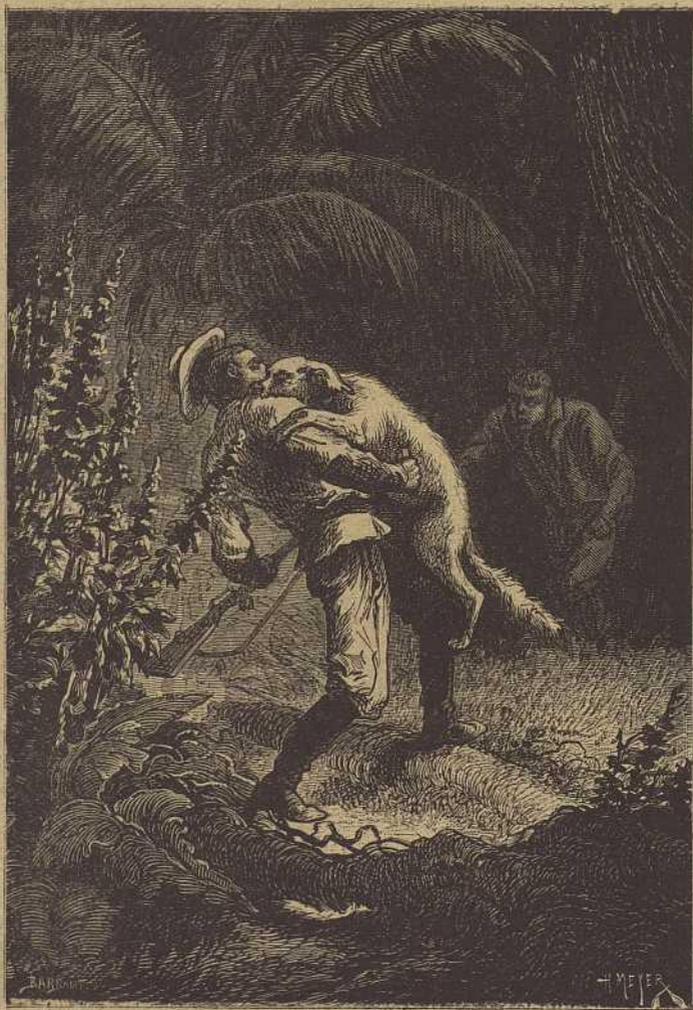
—Quizá sería mejor no separarnos, Dick, añadió la señora Weldon, como si tuviera algun presentimiento.

—No.... déjeme usted ir solo...., respondió Dick Sand. La seguridad de todos así lo exige. Antes de una hora estaré de vuelta. Ten mucho cuidado, Hércules.

Con esto la embarcacion desamarrada se alejó con Dick Sand hacia la otra orilla.

La señora Weldon y Hércules se internaron en la espesura de papyrus siguiéndole con la vista.

Dick Sand llegó pronto al centro del rio donde la corriente, sin ser muy fuerte, aumentaba un poco su rapidez á causa de la atraccion de las cataratas. A cuatrocientos pies, rio abajo, el imponente mugido de las aguas llenaba el espacio y algunas partes de agua arrastradas por el viento del Oeste llegaban hasta el jóven aprendiz. Este temblaba ante la idea de que la piragua, si hubiera estado menos vigilada durante la última noche, se hubiera perdido en aquellas cataratas y no hubiera devuelto mas que cadáveres. Pero esto ya no era de temer y en aquel momento la espadilla, hábilmente manejada, bastaba para mantener la barca en una direccion un poco oblicua á la corriente.



— ¡Ah tunante! al fin voy á estrangularte...

Un cuarto de hora despues Dick Sand habia llegado á la orilla opuesta y se preparaba á saltar en tierra.

En aquel momento estalló un gran vocerío y diez ó doce indigenas se precipitaron sobre el monton herváceo que servia de cubierta á la embarcacion.

Eran los canibales de la aldea lacustre. Por espacio de ocho dias habian seguido la orilla derecha del rio. Bajo aquella cubierta que se habia rasgado en las estacas de su aldea, habian descubierto á los fugitivos, es decir; una presa segura para ellos pues que las cascadas les obligarian tarde ó temprano á desembarcar en una ú otra orilla.

Dick Sand se vió perdido, pero reflexionó que el sacrificio de su vida quizá podria salvar la de sus compañeros. Valiente y sereno en pie sobre la proa de la embarcacion, se echó el fusil á la cara y mantuvo á respetuosa distancia á los canibales.

Estos sin embargo habian arrancado toda la yerba bajo la cual creian encontrar otras victimas, y cuando vieron que solo el jóven aprendiz habia caido en su poder, mostraron su disgusto con grandes voces. ¡Un muchacho de quince años para diez personas!

Entonces uno de aquellos indigenas se levantó tendiendo el brazo hácia la orilla izquierda y mostró á sus compañeros, á la señora Weldon y los suyos, que habiéndolo visto todo y no sabiendo qué partido tomar, acababan de acercarse á la orilla.

Dick Sand, no pensando en sí mismo, esperaba del cielo una inspiracion que pudiera salvarles.

La embarcacion iba á ser empujada hácia el centro del rio y los canibales iban á pasar á la otra orilla. Amenazados con el fusil no se movian conociendo el efecto de las armas de fuego, pero uno de ellos habia tomado la espadilla y maniobraba como hombre que sabe servirse de ella. La piragua por consiguiente atravesaba oblicuamente el rio y pronto estuvo á cien pies de la orilla izquierda.

— ¡Huyan ustedes! gritó Dick Sand á la señora Weldon, ¡huyan ustedes!

Ni la señora Weldon ni Hércules se movieron, como si sus pies hubieran echado raices en el suelo.

— ¡Huir! ¿Para qué? ¡Antes de una hora iban á caer en manos de los canibales!

Dick Sand lo comprendió, pero entonces el cielo le envió la inspiración suprema que le había pedido y entrevió la posibilidad de salvar á todos los que amaba haciendo el sacrificio de su propia vida... Nó vaciló en hacerlo.

—Dios les proteja, murmuró, y en su bondad infinita tenga misericordia de mí.

En el mismo instante dirigió su fusil hácia el indígena que maniobraba la embarcación, y la espadilla, rota por la bala, fué volando por el aire hecha pedazos.

Los canibales arrojaron un grito de espanto.

En efecto, no estando la piragua ya mantenida por la espadilla en su dirección oblicua tomó el hilo de la corriente. Esta la arrastró con una celeridad creciente, y en pocos instantes se encontró á cien pies de las cataratas.

La señora Weldon y Hércules lo habían comprendido todo. Dick Sand trataba de salvarlos precipitándose con los canibales en el abismo. Juanito y su madre arrodillados sobre la orilla le enviaban su último adiós, y la mano impotente de Hércules se tendía hácia él....

En aquel momento los indígenas, haciendo una nueva tentativa para llegar á la orilla izquierda, se arrojaron á nado fuera de la embarcación y la hicieron zozobrar.

Dick Sand, que no había perdido su serenidad enfrente de la muerte que le amenazaba, tuvo un nuevo pensamiento y fue que aquella embarcación, por lo mismo que flotaba con la quilla al aire, podía servirle para salvarse.

En efecto, dos peligros eran de temer en el momento en que Dick Sand cayese por la catarata: la axfisia por el agua y la axfisia por el aire. Ahora bien; aquella embarcación volteada era como una caja en la cual podría quizá mantener su cabeza fuera del agua al mismo tiempo que al abrigo del aire exterior que ciertamente le habría axfisiado en la rapidez de su caída. En tales condiciones un hombre tiene alguna probabilidad de librarse de la doble axfisia aun bajando por las cataratas del Niágara.

Dick Sand reflexionó todo esto en menos tiempo que dura un relámpago. Por instinto se agarró al banco que unía entre sí los bordes de la embarcación, y teniendo la cabeza fuera del agua y cubierta por la quilla volteada, sintió que la irresistible corriente le arrastraba y sintió despues la caída perpendicular....

La piragua se hundió en el abismo abierto por las aguas al pie de la catarata, y despues de haberse sumergido profundamente volvió á la superficie del río. Dick Sand, buen nadador, comprendió que su salvación estaba entonces en el vigor de sus brazos....

Un cuarto de hora despues llegaba á la orilla izquierda y allí encontraba á la señora Weldon, á Juanito y al primo Benedicto á quienes Hércules había conducido y hecho marchar á toda prisa.

Pero ya los canibales habían desaparecido en el tumulto de las aguas. No protegidos por la embarcación zozobrada habían muerto aun antes de llegar á las últimas profundidades del abismo, y sus cuerpos iban á destrozarse contra las rocas agudas donde se rompía la corriente inferior del río.

## CAPITULO XX.

### CONCLUSION.

Dos dias despues, el veinte de julio, la señora Weldon y sus compañeros encontraron una carabana que se dirigía hácia Emboma á la embocadura del Congo y que se componía, no de mercaderes de esclavos, sino de honrados negociantes portugueses que traficaban en marfil. Estos hicieron una esce-

lente acogida á los fugitivos y la última parte del viaje se verificó en condiciones soportables.

El encuentro de aquella carabana fue verdaderamente un favor del cielo. Dick Sand no hubiera podido seguir bajando el río en una balsa porque desde las cataratas de Entemo hasta Yelala el río no es mas que una serie de cascadas y de cataratas; Stanley ha contado sesenta y dos, y ninguna embarcación podía transitar por semejantes aguas. Allí era donde el intrépido viajero cuatro años despues iba á sostener el último de los treinta y un combates que tuvo que dar á los indígenas, escapando casi por milagro de los peligros de las cataratas de Embelo.

El 11 de agosto la señora Weldon, Dick Sand, Juanito, Hércules y el primo Benedicto llegaron á Emboma, donde los señores Motta, Viega y Harrisson les recibieron con generosa hospitalidad. Un vapor estaba dispuesto para marchar al istmo de Panamá, y embarcándose en él la señora Weldon y sus compañeros llegaron felizmente á la tierra americana.

Desde allí un telegrama enviado á San Francisco anunció á James W. Weldon la vuelta inesperada de su mujer y de su hijo á quienes en vano había buscado en todas las costas donde podía creer que había sido arrojado el *Pilgrim*.

El 25 de agosto, en fin, el tren del camino de hierro dejaba á los naufragos en la capital de la California. ¡Ah, si el viejo Tom y sus compañeros hubiesen estado allí con ellos!

¿Qué decir ahora de Dick Sand y de Hércules? El uno llegó á ser el hijo, el otro el amigo de la casa. James Weldon sabía todo lo que debía al jóven aprendiz y al valiente negro. Había sido una circunstancia feliz que Negoro no hubiese podido llegar hasta él porque habría pagado con todo su capital el rescate de su mujer y de su hijo; habría marchado para la costa de Africa, y allí quién sabe los peligros y las perdidas á que hubiese estado espuesto.

Una sola palabra acerca del primo Benedicto. El dia mismo de su llegada el digno naturalista despues de haber estrechado la mano de James Weldon se encerró en su gabinete y se puso al trabajo como si hubiera continuado una frase interrumpida el dia anterior. Meditaba una enorme obra acerca del *exapodus Benedictus*, uno de los bellos ideales de la ciencia entomológica.

Allí en su gabinete tapizado de insectos, encontró desde luego un lente y unos anteojos... ¡Justo cielo! ¡Qué grito de desesperación lanzó la primera vez que se sirvió de aquellos instrumentos para estudiar la única muestra que había podido llevar consigo de la entomología africana!

El *exapodus Benedictus* no era un exápodo: era una araña vulgar, y si no tenia mas que seis patas en vez de ocho, era porque le faltaban las dos patas delanteras, y si estas le faltaban, era porque Hércules al cogerla se las había roto. Ahora bien, esta mutilación, reducía al supuesto *exapodus Benedictus*, al estado de inválido y le relegaba á la clase de los arácnidos mas comunes, cosa que la miopía del primo Benedicto, le había impedido conocer mas pronto. Este chasco le causó una enfermedad, de la cual por fortuna se curó.

Tres años despues Juanito tenia ocho y Dick Sand le hacia repetir su lección sin dejar de trabajar grandemente por su cuenta. En efecto, apenas puso el pie en tierra comprendiendo todo lo que le faltaba saber, se había dedicado al estudio con una especie de remordimiento, con el del hombre que falta de ciencia se ha encontrado inferior á las exigencias de su posición.

Frecuentemente se repetía.

—Si á bordo del *Pilgrim* hubiera yo sabido todo lo que debe saber un marino; ¡cuántas desgracias se habrían evitado!

Así hablaba Dick Sand.

Por eso á los diez y ocho años habia terminado con distincion sus estudios hidrográficos y provisto de un despacho obtenido por favor especial, iba á mandar un buque por cuenta de la casa de James Wiliam Weldon.

A este punto habia llegado por su conducta y su trabajo el huérfano recogido en la punta de Sandij-Hook. A pesar de su juventud estaba rodeado de la estimacion y aun pudiera decirse que del respeto de todos; pero la sencillez y la modestia le eran tan naturales que no lo echaba de ver. No sospechaba siquiera que le pudieran atribuir lo que llaman acciones brillantes, ni que la firmeza, el valor y la constancia que habia desplegado en los diversos accidentes de su vida, hubieran hecho de él un héroe.

Un pensamiento solo le dominaba y le hacia padecer. En los ratos de ocio, no muy frecuentes que le dejaban sus estudios, pensaba en el viejo Tom, en Bat, en Austin y en Acteon, de cuyas desgracias se creia responsable. Era tambien un motivo de tristeza para la señora Weldon, la situacion de sus antiguos compañeros de infortunio. Así, James Weldon, Dick Sand y Hércules, removieron cielo y tierra para encontrar sus huellas. Consiguieronlo al fin, gracias

á los corresponsales que el rico armador tenia en todo el mundo. Tom y sus compañeros habian sido vendidos en Madagascar, donde por lo demás iba á ser abolida la esclavitud. Dick Sand queria dedicar sus pequeñas economías á rescatarles, pero James W. Weldon no lo permitió; uno de sus corresponsales negoció el asunto, y una mañana, el 15 de noviembre de 1877, cuatro negros llamaban á la puerta de su habitacion.

Eran el viejo Tom, Bat, Acteon y Austin, los cuales despues de haber escapado de tantos peligros estuvieron á punto de ser ahogados por los brazos de sus amigos.

No faltaba mas que la pobre Nan entre los pasajeros del *Pilgrim* que habian sido arrojados á la costa inhospitalaria de Africa, pero no era posible devolver la vida á la pobre criada ni tampoco á Dingo, y ciertamente era un milagro que solo aquellos dos seres hubieran sucumbido en tantas y tan peligrosas aventuras.

Escusado es decir que aquel día hubo fiesta en casa del negociante californiano y que el mejor brindis recibido con unánime aclamacion fue el de la señora Weldon en honor de Dick Sand: del CAPITAN DE QUINCE AÑOS.

## INDICE.

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I. — La trata . . . . .	5
II. — Harris y Negro. . . . .	8
III. — En marcha. . . . .	13
IV. — Los malos caminos de Angola. . . . .	16
V. — Lección sobre las hormigas en un hormiguero. . . . .	20
VI. — La campana del buzo. . . . .	24
VII. — Un campamento á orillas del Coanza. . . . .	27
VIII. — Notas de Dick Sand. . . . .	31
IX. — Kazonde. . . . .	36
X. — Un día de gran mercado. . . . .	40
XI. — Un ponche ofrecido al rey de Kazonde. . . . .	43
XII. — Un entierro real. . . . .	47
XIII. — El interior de una factoría. . . . .	50
XIV. — Algunas noticias del doctor Livingstone. . . . .	54
XV. — A dónde puede conducir una manticora. . . . .	58
XVI. — Un emganga. . . . .	63
XVII. — A la deriva. . . . .	67
XVIII. — Diversos incidentes. . . . .	71
XIX. — S. V. . . . .	74
XX. — Conclusion. . . . .	78

# COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETISIMO

DE

# COCINA, PASTELERIA, REPOSTERIA Y BOTILLERIA

CONTIENE GRAN NÚMERO DE RECETAS

DE EJECUCIÓN FÁCIL Y SEGURA, SEGÚN LA PRÁCTICA DE LOS MÁS AFAMADOS COCINEROS  
ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

COMPRENDIENDO TODOS LOS ÚTILES DE COCINA

EL SERVICIO COMPLETO DE LA MESA

Y ARTE DE TRINCHAR, EL MÉTODO MEJOR PARA ELABORAR EXCELENTES PASTELES,  
HELADOS, LICORES,

Y TODO CUANTO SE REFIERE Á LA PEQUEÑA Y Á LA GRANDE

## COCINA ESPAÑOLA, EXTRANJERA Y AMERICANA

Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto

Y UN CROMO

ÚLTIMA EDICIÓN

Forma un tomo en 4.º de 500 páginas, y se vende en Madrid en todas las librerías  
á **3 pesetas** en rústica, y **4** encuadernada en tela.

Los señores librereros obtendrán rebajas de consideración en esta importantísima  
obra dirigiéndose á su editor, D. AGUSTÍN JUBERA, CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 10,  
EN MADRID.

Agustín Jubera, editor.—Campomanes, 10, Madrid.

## BIBLIOTECA MORAL, CIENTÍFICA Y LITERARIA

### OBRAS PUBLICADAS

A. Laurie. Los Desterrados de la Tierra . . . . .	Cuaderno 1. <sup>o</sup> —Una peseta.
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 3. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 4. <sup>o</sup> — »
A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud.	Cuaderno 1. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »
» » » Tartarín de Tarascón. . . . .	Cuaderno 3. <sup>o</sup> — »
H. Malot. Román Kalbris. . . . .	Cuaderno 1. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »
Benedict. La Madona de Guido Reni. . . . .	Cuaderno 1. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 3. <sup>o</sup> — »
E. Legouvé. Nuestros hijos. . . . .	Cuaderno 1. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »
Stevenson. La Isla del Tesoro. . . . .	Cuaderno 1. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »
J. Sandeau. La Roca de las Gaviotas. . . . .	Cuaderno 1. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »
A. Laurie. De New-York á Brest en siete horas . .	Cuaderno 1. <sup>o</sup> — »
» » » » »	Cuaderno 2. <sup>o</sup> — »

Teniendo en preparación otras obras de tan notables autores como A. Laurie, A. Daudet, Stevenson, Benedict, Malot, E. Legouvé, etc., etc.

Esta *Biblioteca*, de la misma forma y tamaño que la de las obras de Julio Verne, publica todos los meses uno ó dos cuadernos de 64 páginas, con buen papel, esmerada impresión y magníficas ilustraciones.

Cada obra completa tiene como máximo cuatro cuadernos, y se vende al precio de una peseta cada uno.

Las condiciones de venta de esta *Biblioteca* para los señores Corresponsales de esta Casa, son las mismas que tenemos establecidas para las obras de Julio Verne.

### OBRAS

DE

## EDMUNDO DE AMICIS

Pesetas.	Pesetas
1870-71.—RECUERDOS . . . . .	3
LA VIDA MILITAR.—Bocetos: 1. <sup>a</sup> serie.	3
LA VIDA MILITAR.—Nuevos bocetos:	
2. <sup>a</sup> serie . . . . .	3
PÁGINAS SUeltas . . . . .	3
RETRATOS LITERARIOS. . . . .	3
ESPAÑA . . . . .	3 50
EFFECTOS PSICOLÓGICOS DEL VINO.—	
<i>Conferencia</i> . . . . .	1
ITALIA.— <i>Dos tomos</i> . . . . .	6
LOS AMIGOS.— <i>Tres tomos</i> . . . . .	9
POESÍAS.— <i>Traducidas en verso castellano</i> . . . . .	3 50
IMPRESIONES DE AMÉRICA.— <i>Acuarelas y dibujos</i> . . . . .	3
	TURÍN, LONDRES Y PARÍS.— <i>Edición corregida y aumentada</i> . . . . .
	2 50
	IDEAS SOBRE EL ROSTRO Y EL LENGUAJE, Y PRUEBAS FOTOGRAFICAS.— <i>Con cuatro fotografados de Laporta</i> . . . . .
	3
	CONSTANTINOPLA.— <i>Dos tomos</i> . . . . .
	5
	NOVELAS. . . . .
	3
	CORAZÓN (CUORE).— <i>Diario de un niño, con prólogo de «Fernánstor»</i> . . . . .
	3 50
	HOLANDA . . . . .
	4
	MARRUECOS . . . . .
	3 50
	<b>En el Océano.</b> — <i>Viaje á la Argentina, con una carta-prólogo del mismo autor</i> . . . . .
	4
	<i>Ídem id. encuadernado en tela</i> . . . . .
	4 50